

ENFRENTANDO LOS SINGULARES DESAFÍOS
DEL MINISTERIO PASTORAL



EL LLAMAMIENTO
PELIGROSO

PAUL DAVID TRIPP

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

PARTE 1 - EXAMINANDO LA CULTURA PASTORAL

1 ENCAMINADO HACIA EL DESASTRE

2 UNA Y OTRA VEZ

3 CEREBROS TEOLÓGICOS GRANDES Y CORAZONES
ENFERMOS

4 MÁS QUE CONOCIMIENTO Y HABILIDAD

5 ARTICULACIONES Y LIGAMENTOS

6 LA CONGREGACIÓN FALTANTE

7 ZONAS DE GUERRA

PARTE 2 - EL PELIGRO DE PERDER TU TEMOR

REVERENCIAL

8 FAMILIARIDAD

9 SECRETOS SUCIOS

10 MEDIOCRIDAD

11 ENTRE EL YA Y EL TODAVÍA NO

PARTE 3 - EL PELIGRO DE TENER ÉXITO

12 LA VANAGLORIA

13 PREPARÁNDOSE SIEMPRE

14 LA SEPARACIÓN

15 ENTONCES, ¿AHORA QUÉ?

LLAMAMIENTO

PELIGROSO

ENFRENTANDO LOS SINGULARES DESAFÍOS DEL

MINISTERIO PASTORAL

PAUL DAVID TRIPP

Publicaciones Faro de Gracia

P.O. Box 1043

Graham, NC 27253

A todos los pastores que me han cuidado.

La huella de tus manos todavía está en mí,

y estoy agradecido.

Publicado por:
Publicaciones Faro de Gracia

P.O. Box 1043
Graham, NC 27253
www.farodegracia.org

ISBN 978-1-629460-14-7

Agradecemos el permiso y la ayuda brindada por Crossway y Paul Tripp Ministries para traducir e imprimir este libro, *Dangerous Calling*, al español.

Dangerous Calling

Copyright © 2012, by Paul David Tripp

Published by Crossway

a publishing company of Good News Publishers

Wheaton, IL 60187, USA

This edition published by arrangement with Crossway.

All rights reserved.

© 2013, por Publicaciones Faro de Gracia. Traducción al español realizada por Cynthia Piñeda Canales. Diseño de la portada por Jeremy Bennett, Kalos Grafx Studios. Todos los Derechos Reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio – electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o cualquier otro – excepto por breves citas en revistas impresas, sin permiso previo del editor.

© Las citas bíblicas son tomadas de la Versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina. © renovada 1988, Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

Impreso en Colombia, 2014

INTRODUCCIÓN

Los libros se escriben por muchas razones. Hay libros que explican que se escriben para ayudarte a entender algo que ha dejado confusa a mucha gente. Hay libros que alientan que se escriben para hablarte del desaliento de la vida en un mundo caído y para darte una esperanza que te motive y una razón para seguir adelante. Hay libros que instruyen que te ayudan a saber cómo hacer algo que tienes que hacer pero que simplemente no sabes cómo. Hay libros exegéticos que hacen exégesis de una porción de la Palabra de Dios para ayudarte a entenderla y para que vivas a la luz de sus verdades. El libro que estás por leer contiene elementos de estos cuatro tipos de libros, sin embargo, eso no está destinado a ser su enfoque principal.

Éste es un *libro de diagnóstico*. Está escrito para ayudarte a que te veas de una manera honesta en el espejo de la Palabra de Dios, espejo que expone el corazón y la vida – para ver las cosas que están mal y que tienen que ser corregidas y para ayudarte a que te coloques, una vez más, bajo el poder sanador y transformador del evangelio de Jesucristo. De los libros que he escrito, éste ha sido el más difícil de escribir, no por el proceso de escritura en sí mismo, sino porque sus páginas exponen la fealdad de mi propio corazón y exhiben con cuánta desesperación sigo teniendo necesidad de la gracia. No es una exageración decir que lloré mientras escribía algunos de los capítulos. Hubo momentos en los que tuve que subir para compartir con Luella lo que había escrito, se me salían las lágrimas por la convicción y ya no podía continuar. Pero mientras escribía, no me quedé sintiéndome desalentado o sin esperanza sino, más bien, me quedé con una esperanza más profunda en el evangelio y un mayor gozo en el ministerio del que creo que he conocido.

Este libro está escrito para hacerle frente al problema de la condición de la cultura pastoral que muchas veces es poco saludable y para poner sobre la mesa las tentaciones que son únicas del ministerio pastoral o que el ministerio pastoral intensifica. Éste es un libro de amonestación que te llama a hacer una humilde auto reflexión y a cambiar. Está escrito para hacerte sentir incómodo para que esto te motive hacia el cambio. En momentos te puede hacer enojar, pero estoy convencido de que el contenido de este libro es una reflexión de lo que Dios me ha llamado a hacer. Quizá hemos llegado a estar demasiado cómodos. A lo mejor hemos dejado de examinarnos a nosotros mismos y a la cultura que nos rodea a aquéllos de nosotros que hemos sido llamados al ministerio en la iglesia local. Creo que, más que cualquier otro libro que he escrito, escribí este libro porque no podía vivir sin escribirlo. Y me he lanzado en dirección de la carrera ministerial para procurar la ayuda para los pastores que se han extraviado.

Supongo que eso significa que soy un pastor valiente por asumir que tanto tú como yo necesitamos que nos pastoreen y, por lo menos en las páginas de este libro, voy a intentar pastorearte. Hago esto sabiendo que cada amonestación que pongo delante de ti, yo mismo la necesito y que cada dosis de la medicina de la gracia que te doy, yo también la tengo que tomar.

Es el evangelio de la gracia del Señor Jesucristo lo que hace posible la honestidad que está en las páginas de este libro. Si todo el pecado, la debilidad y los fracasos que este libro aborda han sido completamente cubiertos por la sangre del Señor Jesucristo, entonces podemos romper el silencio, salir a la luz y hacerle frente a lo que Dios nos está llamando a enfrentar. Mi oración es para que este libro comience una conversación que nunca termine y que conduzca a los cambios que por tanto tiempo se han necesitado.

Simplemente te voy a pedir que, a medida que leas, desactives a tu abogado interior y consideres esto con un corazón sincero. Sé tan valiente como para pedirle a Dios que te revele lo que te tenga que revelar y que te dé la gracia para ocuparte de lo que te tengas que ocupar. Y a medida que hagas estas cosas, celebra la gracia que te ha sido prodigada y que te libera de la carga de que tú mismo tengas que bombearte tu justicia y ostentarla delante de los demás. Ya que tu posición ante tu Señor se basa en la justicia de Otro, puedes estar de pie ante un Dios santo y admitir tus secretos más oscuros y confesar tus fracasos más profundos y no tener miedo sabiendo que, por la obra de Jesús, a quien tú confiesas, no te va a dar la espalda sino que se va a dirigir hacia ti con Su gracia que perdona, salva, transforma, capacita y libera. Ésta es la buena noticia que no solo hace posible este libro, sino que también es la buena noticia que tú y yo nos debemos predicar a nosotros y entre nosotros, día tras día.

Paul David Tripp
10 de abril de 2012

PARTE 1 - EXAMINANDO LA CULTURA PASTORAL

CAPÍTULO UNO

ENCAMINADO HACIA EL DESASTRE

Yo era un hombre iracundo. El problema era que yo no sabía que era un hombre iracundo. Yo pensaba que nadie tenía una perspectiva más precisa de mí que yo y yo simplemente no me veía como una persona iracunda. No, no pensaba que fuera perfecto y sí, sí sabía que necesitaba a otros en mi vida pero vivía como si no los necesitara. Luella, mi querida esposa, fue muy fiel durante un largo periodo de tiempo para hacerme ver mi ira. Lo hizo con una combinación de firmeza y gracia. Nunca me gritó, nunca me insultó y nunca me reprochó enfrente de nuestros hijos. Una y otra vez ella me hizo saber que mi ira no era ni justificada ni aceptable. Miro hacia el pasado y me maravilla el carácter que ella mostró durante esos días tan difíciles. Más tardé descubrí que Luella ya había estado preparando su plan de escape. No, ella no estaba planeando divorciarse de mí; ella solo sabía que el ciclo de la ira tenía que romperse para que nos pudiéramos reconciliar y vivir en la clase de relación que Dios había diseñado que fuera el matrimonio.

Cuando Luella se me acercaba con otro ejemplo de esta ira, siempre hacía lo mismo. Me envolvía en mi manto de justicia, activaba a mi abogado interno y le recordaba una vez más qué estupendo esposo tenía. Repasaba mi bien ensayada lista, y bastante larga por cierto, de todas las cosas que hacía por ella, todas las formas en las que le hacía más fácil su vida. Soy un chico hogareño, no me importa hacer cosas en la casa. Me encanta cocinar. Así que tenía muchas cosas a los cuales podía señalar, que me aseguraban que no era el chico que ella estaba diciendo que yo era, y que yo esperaba que la convenciesen de que ella también estaba equivocada. Pero Luella no se convencía. Parecía más y más convencida de que ella estaba bien y que el cambio tenía que llevarse a cabo. Yo solo quería que ella me dejara solo, pero no lo hacía y francamente eso me enojaba.

Hoy me asustan, cuando las recuerdo, las maneras en las que era un hombre que se encaminaba al desastre. Estaba en camino a destruir mi matrimonio y mi ministerio y no tenía ni la menor idea. Existía una gran falta de conexión entre mi imagen privada y mi vida ministerial pública. El hombre irritable e impaciente en el hogar era un tipo muy diferente del pastor misericordioso y paciente que nuestra congregación veía en esos escenarios del ministerio público y la adoración, que eran donde me encontraban más. Cada vez estaba más cómodo con las cosas que debieron haberme obsesionado y convencido de pecado.

Estaba bien con las cosas como estaban. Sentía poca necesidad del cambio. Simplemente no veía la esquizofrenia espiritual en la que se había convertido esa vida ministerial personal. Las cosas no se quedarían como estaban por la sencilla razón de que yo era y soy un hijo del Redentor incansable que no iba a abandonar la obra de Sus manos hasta que esa obra estuviera completa. Poco sabía yo que Él sacaría a la luz mi corazón en un momento poderoso de esa gracia que libera. Estaba ciego y me estaba endureciendo poco a poco y estaba emprendiendo felizmente el trabajo de una iglesia local y una escuela cristiana que estaban creciendo.

Al ser confrontado, en numerosas ocasiones le dije a Luella que yo pensaba que ella era solo una esposa descontenta, común y corriente. Le dije que oraría por ella. ¡Esto la ayudó y la consoló! De hecho, hizo lo contrario – esto representó dos cosas para ella. La alertó a qué tan ciego estaba yo y le recordó que ella no tenía ningún tipo de poder para cambiarme. El cambio que se necesitaba requería un acto de gracia. A Luella la confrontó el hecho de que ella nunca sería nada más que un instrumento en las poderosas manos de Dios.

Pero Dios bendijo a Luella con la fe perseverante que necesitaba para seguir acercándose a mí, muchas veces en medio de momentos desalentadores. Lo que estoy por compartir a continuación es tanto humillante como vergonzoso. En una ocasión, cuando Luella me estaba enfrentando con otro caso de mi ira, me sentí presionado y de verdad dije estas palabras sumamente humildes: “¡Al noventa y cinco por ciento de las mujeres en nuestra congregación les encantaría estar casadas con un hombre como yo!” ¿Cómo puede ser esto humilde? Luella rápidamente me informó ¡que ella estaba en el restante 5 por ciento! ¿Qué tan ciego tiene uno que estar para dejar que una afirmación como la mía saliera de mis labios? Dios estaba por deshacer y volver a construir el corazón y la vida de este hombre y yo no sabía que lo necesitaba y no tenía ni idea de que estaba por venir.

Mi hermano Tedd y yo habíamos estado un fin de semana en un entrenamiento para el ministerio e íbamos de regreso a casa. Nunca pensé que un solo viaje por la Extensión Noreste de la autopista de cuota a Pensilvania podría ser tan trascendental. Tedd sugirió que tratáramos de poner en práctica en nuestras propias vidas lo que habíamos aprendido el fin de semana. Él dijo, “¿Por qué no empiezas tú?” y después procedió a hacerme una serie de preguntas. Creo que voy a celebrar lo que sucedió después por diez millones de años en la eternidad. A medida que Tedd me hacía las preguntas, era como si Dios hubiera estado rasgando las cortinas y yo me estuviera viendo y oyendo con exactitud por primera vez. No hay forma en la que pueda exagerar el significado de la obra que el Espíritu Santo estaba haciendo en ese momento, en el coche, por medio de las preguntas de Tedd.

Cuando Dios abrió mis ojos en ese momento, inmediatamente me quebranté y me afligí. Lo que vi, por medio de las preguntas de Tedd, estaba tan lejos del punto de vista que tenía de mí mismo, y que había llevado a todas partes durante tantos años, que era casi imposible creer que el hombre al que ahora estaba viendo y escuchando era realmente yo. Pero lo era. No podía creer lo que me vi haciendo y lo que me escuché diciendo mientras describía los escenarios en respuesta a las preguntas de Tedd. Fue un momento de rescate divino, intencionado y poderoso, un momento más grande de lo que fui capaz de captar en la conmoción y emoción del momento. No sé si Tedd sabía en ese momento qué tan grande era este momento.

No podía esperar llegar a casa y hablar con Luella. Sabía que el discernimiento que se me estaba dando no era solo el resultado de que Dios estaba usando las preguntas de Tedd; también era el resultado de la fidelidad amorosa, pero resuelta, de Luella durante todos esos años de fastidio. Soy un hombre con un vivaz sentido del humor y muchas veces entro a la casa de manera ocurrente, pero no esta noche. Estaba en las angustias de la convicción que altera la vida y transforma el corazón. Por la forma en que yo me veía, creo que Luella supo enseguida que algo estaba pasando. Le pedí que si nos podíamos sentar y platicar aunque ya fuera tarde. Cuando nos sentamos dije, “Sé que por un largo tiempo has estado tratando de lograr que vea mi ira y yo no he estado dispuesto a hacerlo. Siempre te he rechazado pero honestamente puedo decir, por primera vez, que estoy listo para escucharte. Quiero escuchar lo que tienes que decir”.

Nunca voy a olvidar lo que sucedió después. Luella comenzó a llorar; me dijo que me amaba y después habló durante dos horas. Fue en esas dos horas que Dios comenzó el proceso de destruir por completo mi corazón y volver a construirlo. La palabra más importante de la oración anterior es *proceso*. No me golpeó un rayo; no me convertí de manera instantánea en un hombre no iracundo. Pero ahora era un hombre con ojos y oídos y tenía el corazón abierto. Los siguientes meses fueron increíblemente dolorosos. Parecía que mi ira estaba visible a donde quiera que veía. A veces parecía que el dolor era demasiado para poder soportarlo. Ese dolor era el dolor de la gracia. Dios estaba haciendo que la ira que había negado y protegido fuera como vómito en mi boca. Dios estaba obrando para asegurarse que nunca más volviera a regresar. Estaba en medio de una cirugía espiritual. Verás, el dolor no era una señal de que Dios me hubiera retirado Su amor y Su gracia. No, lo contrario era lo cierto. El dolor era una clara señal de que Dios me estaba prodigando Su amor y Su gracia. Por lo que tanto había orado, lo estaba obteniendo en esta prueba para convencerme de pecado – la salvación (santificación) de mi alma.

Nunca voy a olvidar un momento en particular que se llevó a cabo meses

después de esa noche de convicción y liberación. Estaba bajando las escalares para ir a nuestra sala y vi a Luella que estaba sentada dándome la espalda. Y cuando la vi, me golpeó el hecho de que no podía recordar la última vez que había sentido esa horrible ira hacia ella. Ahora, aquí quiero ser franco. No estoy diciendo que había llegado a un punto tal en mi santificación en el que me fuera imposible experimentar un instante de impaciencia o rabia; pero esa ira antigua que había dominado mi vida se había ido. ¡Alabado sea Dios! Caminé detrás de Luella y puse mis manos en sus hombros y ella echó su cabeza para atrás, me miró y yo le dije, “Sabes, ya no estoy enojado contigo”. Juntos reímos y lloramos al mismo tiempo por la belleza de lo que Dios había hecho.

NO ESTÁS SOLO

Me gustaría poder decir que mi experiencia pastoral es única, pero he llegado a aprender en mis viajes ministeriales a cientos de iglesias alrededor del mundo que, tristemente, no es así. Por supuesto que los detalles son únicos pero la misma falta de conexión entre la imagen pastoral pública y el hombre que está a solas está ahí en las vidas de muchos, muchos pastores. He escuchado tantas historias que contienen tantas confesiones, que me he llevado conmigo el dolor y la preocupación por el estado en el que se encuentra la cultura pastoral en nuestra generación. Es la carga de esta preocupación, asociada a mi conocimiento y experiencia de la gracia transformadora, lo que me ha motivado a escribir este libro.

Hay tres temas fundamentales que operaron en mi vida, que he descubierto que operan en las vidas de muchos pastores con los que he platicado. Estos temas fundamentales funcionaron como el mecanismo de la ceguera espiritual en mi vida y lo hacen en las vidas de incontables pastores alrededor del mundo. Analizar estos temas es una buena forma de lanzarnos a hacer un examen de las áreas en las que la cultura pastoral puede no ser del todo bíblica y a considerar las tentaciones que residen en el ministerio pastoral o que el ministerio pastoral intensifica.

1) DEJÉ QUE EL MINISTERIO DEFINIERA MI IDENTIDAD.

Esto es algo de lo que he escrito antes pero pienso que es particularmente importante que la gente que está en el ministerio lo entienda. Siempre lo digo de esta manera: “Nadie es más influyente en tu vida que tú porque nadie te habla más que tú”. Ya sea que te des cuenta de esto o no, estás en una conversación contigo mismo que no tiene fin y las cosas que te dices acerca de ti le dan forma a la manera en la que vives. Constantemente te estás hablando de tu identidad, de

tu espiritualidad, de tu funcionalidad, de tu emotividad, de tu mentalidad, de tu personalidad, de tus relaciones, etc. Constantemente te estás predicando alguna clase de evangelio. Te predicas un anti evangelio de tu propia justicia, poder y sabiduría o te predicas el verdadero evangelio de una profunda necesidad espiritual y gracia suficiente. Te predicas un anti evangelio de soledad e incapacidad o te predicas el verdadero evangelio de la presencia, provisión y poder de un Cristo omnipresente.

Precisamente, en medio de tu conversación interna, está lo que te dices acerca de tu identidad. Los seres humanos siempre se están asignando alguna clase de identidad. Solo existen dos lugares en los que hay que buscar. Vas a obtener tu identidad de manera vertical, de quién eres en Cristo, o la vas a estar comprando de manera horizontal en las situaciones, experiencias y relaciones de tu vida diaria. Esto es cierto para todos pero estoy convencido que obtener la identidad de uno de manera horizontal es una tentación concreta para los que están en el ministerio. Parte de porqué estaba tan ciego a la enorme falta de conexión que existía entre lo que estaba sucediendo en mi vida ministerial pública y mi vida familiar privada era esta cuestión de la identidad.

El ministerio había llegado a ser mi identidad. No, no pensaba de mí como un hijo de Dios que tenía una necesidad diaria de la gracia, en medio de mi propia santificación, todavía en una lucha con el pecado, todavía con una necesidad del cuerpo de Cristo y llamado al ministerio pastoral. No, pensaba de mí mismo como un *pastor*. Eso es todo, conclusión. El oficio de pastor era más que un llamado y un conjunto de dones que Dios me había dado y que el cuerpo de Cristo había reconocido. “Pastor” me definía. *Era* yo en un sentido que probaba ser más peligroso de lo que yo hubiera pensado. Permíteme explicar la dinámica espiritual de todo esto.

De maneras que mis ojos no veían y mi corazón todavía no estaba listo para abrazar, mi cristianismo había dejado de ser una relación. Sí, sabía que Dios es mi Padre y que yo soy Su hijo, pero en lo cotidiano y lo habitual las cosas se veían diferentes. Mi fe se había vuelto un llamado profesional. Se había vuelto mi trabajo. Mi papel como pastor era la forma en que yo me entendía. Moldeaba la manera en que me relacionaba con Dios. Creaba mis relaciones con las personas que estaban en mi vida. Mi llamado se había vuelto mi identidad y estaba en problemas y no tenía ni la menor idea. Estaba predispuesto para el desastre y, si no hubiera sido la ira, hubiera sido algo más.

No es una sorpresa para mí que haya muchos pastores amargados allá afuera, muchos que están socialmente incómodos, muchos que tienen en casa relaciones desordenadas y disfuncionales, muchos que tienen relaciones tensas con los miembros del personal o con los líderes laicos y muchos que luchan con

pecados secretos que no han confesado. ¿Podiera ser que todas estas luchas se potencian por el hecho de que hemos llegado a estar cómodos con vernos y definirnos de un modo que no es del todo bíblico? Así que llegamos a la relación con Dios y con los demás no estando del todo necesitados. Y ya que no estamos del todo necesitados, no estamos del todo abiertos al ministerio de los demás y al convencimiento de pecado por parte del Espíritu. Esto consume al aspecto privado de la devoción en nuestro caminar con Dios. La adoración sensible y sincera es difícil para una persona que piensa de sí misma en los términos de que ya tuvo éxito. Nadie festeja la presencia y la gracia del Señor Jesucristo más que la persona que ha abrazado su necesidad desesperada y diaria de ella. Pero el ministerio me ha redefinido. Hoy encuentro vergonzosas las formas en las que me dije que yo no era como todos los demás, que yo existía en una categoría única. Y si yo no era como todos los demás, entonces yo no necesitaba lo que todos los demás necesitaban. Ahora bien, si me hubieras dicho que me sentara y me hubieras dicho todo esto concretamente, te hubiera dicho que todo esto era un montón de tonterías; pero así era cómo actuaba y me relacionaba.

Sé que no estoy solo. Hay muchos pastores que se han metido en una categoría espiritual que no existe. Como yo, piensan que son alguien que no son. Así que responden como no deberían y desarrollan hábitos que son espiritualmente peligrosos. Están contentos con una vida devocional que, o no existe, o que el tener que preparar constantemente secuestra. Están cómodos con vivir fuera del cuerpo de Cristo o por encima de él. Están listos para ministrar pero no están muy abiertos a que se les ministre. Hace mucho que dejaron de verse con exactitud y, por esta razón, tienen la tendencia a no recibir bien la amorosa confrontación de los demás. Y tienden a llevarse a casa con ellos esta categoría única de la identidad y no son para nada humildes y pacientes con sus familias.

La identidad falsa que muchos de nosotros nos hemos adjudicado después estructura cómo vemos a los demás y cómo les respondemos. Tú eres más amoroso, paciente, amable y misericordioso cuando estás consciente que no existe una verdad que tú le puedas dar a otro que tú mismo no necesites con desesperación. Eres más humilde y amable cuando piensas que la persona a la que le estás ministrando es más parecida a ti que diferente. Cuando te has metido en otra categoría que tiende a hacerte pensar que has tenido éxito, es muy fácil que critiques y seas impaciente. Escuché a un pastor que, sin darse cuenta, verbalmente expresó bien esto.

Mi hermano Tedd y yo estábamos en una gran conferencia sobre la vida cristiana escuchando a un reconocido pastor hablar sobre la adoración familiar. Contó historias del cielo, la disciplina y la dedicación que tenían hacia la adoración personal y familiar los grandes padres de nuestra fe. Detalló con

extensas descripciones cómo eran sus devociones privadas y familiares. Creo que todos sentimos que todo esto era muy condenatorio y desalentador. Sentí el peso de la carga de la multitud mientras escuchaban. Yo me estaba diciendo, “Consuélanos con la gracia, consuélanos con la gracia”, pero la gracia nunca llegó.

De camino al hotel, Tedd y yo nos fuimos con el conferencista y otro pastor que era nuestro conductor. Nuestro pastor conductor había claramente sentido él mismo la carga y le hizo al conferencista una pregunta brillante. Él dijo, “Si un hombre en tu congregación viniera contigo y te dijera, ‘Pastor, sé que se supone que debo tener devocionales con mi familia, pero las cosas están tan caóticas en mi casa que apenas si puedo levantarme de la cama y darle de desayunar a mi hijo e ir a la escuela; no sé cómo alguna vez voy a lograr tener los devocionales también’ – ¿qué le dirías?” (La siguiente respuesta no la he compuesto ni mejorado en modo alguno.) El conferencista contestó, “Yo le diría, ‘Soy un pastor, lo que quiere decir que llevo mucho más cargas por muchas más personas que tú y si yo puedo llevar a cabo todos los días la adoración familiar, tú también deberías poder hacerlo’”. Tal vez lo dijo porque estaba con un grupo de pastores, pero ¡él realmente lo dijo! No se identificó con la lucha que este hombre tenía. No había un ministerio de la gracia. Al venir de un mundo que este hombre no entendía, colocó la ley sobre él de una manera aún más pesada, como tristemente lo hice yo una y otra vez con mi esposa e hijos.

Cuando escuché su respuesta me enojé, hasta que recordé que yo había hecho exactamente lo mismo una y otra vez. En casa era demasiado fácil impartir juicio al mismo que yo también era demasiado tacaño para dar la gracia. Pero había otra cosa que estaba operando que era incluso más peligrosa. Esta identidad de categoría única no solo definía mi relación con los demás, sino también estaba destruyendo mi relación con Dios.

Ciego a lo que estaba pasando en mi corazón, era orgulloso e inaccesible, estaba a la defensiva y demasiado cómodo. Yo era un pastor; no necesitaba lo que la demás gente necesitaba. Ahora bien, quiero decir una vez más que a un nivel teológico y abstracto, hubiera argumentado que todo esto eran puras tonterías. Ser pastor era mi llamado, no mi identidad. Hijo del Dios Altísimo era la identidad que la cruz me había comprado. Miembro del cuerpo de Cristo era mi identidad. Hombre en medio de su propia santificación era mi identidad. Pecador y todavía necesitado de la gracia que salva, transforma, capacita y libera era mi identidad. No me di cuenta que buscaba de forma horizontal lo que ya se me había dado en Cristo y que esto estaba produciendo una cosecha de un fruto malo en mi corazón, en mi ministerio y en mis relaciones. Dejé que mi ministerio se convirtiera en algo que nunca debió haber sido (mi identidad); acudí a él para que me diera lo que nunca podría darme (mi sentimiento interior de

bienestar).

2) DEJÉ QUE LA ENSEÑANZA BÍBLICA Y EL CONOCIMIENTO TEOLÓGICO DEFINIERAN MI MADUREZ.

Esto no está desligado de lo anterior, pero es suficiente para crear una categoría diferente que requiere su propia atención. En el ministerio es bastante fácil ceder a una redefinición sutil pero importante de lo que la madurez espiritual es y hace. Esta definición tiene sus raíces en cómo pensamos acerca de lo que es el pecado y lo que el pecado hace. Creo que muchos, muchos pastores llevan a sus ministerios pastorales una definición falsa de la madurez, que es el resultado de la culturización académica que tiende a llevarse a cabo en el seminario. Permíteme explicarlo.

Ya que el seminario tiene la tendencia a reducir la fe a un rígido sistema de preceptos y reglas o, lo que es lo mismo, a academizar la fe, haciéndola un mundo de ideas que tiene que ser dominado (voy a escribir sobre esto con todo detalle más adelante en este libro), a los estudiantes les es demasiado fácil apoyar incondicionalmente la creencia de que la madurez bíblica se trata de la precisión del conocimiento teológico y de la entereza de su enseñanza bíblica. Por esta razón los graduados del seminario, que son expertos en la Biblia y en la teología, tienen la tendencia a pensar que son maduros. Pero debe decirse que la madurez no es solo algo que haces con tu mente (aunque éste es un elemento importante de la madurez espiritual). No, la madurez se trata de cómo vives tu vida. Es posible ser teológicamente astuto y ser muy inmaduro. Es posible ser bíblicamente culto y tener una importante necesidad de crecimiento espiritual.

Yo me gradué con honores en el seminario. Gané premios académicos. Supuse que era maduro y cualquiera que no compartía mi apreciación me hacía sentir incomprendido y yo pensaba que me juzgaba mal. De hecho, vi esos momentos de confrontación como parte de la persecución que todos enfrentan cuando se entregan al ministerio del evangelio. Ahora, las raíces de esto son un serio malentendido de lo que son el pecado y la gracia. Verás, el pecado no es primero un problema intelectual. (Sí, sí afecta mi intelecto, como lo hace con todas las áreas de mi funcionamiento.) El pecado es primero un problema moral. Se trata de mi rebelión contra Dios y de mi búsqueda para obtener para mí mismo la gloria que se le debe a Él.

El pecado no se trata primero de la infracción de cualquier conjunto abstracto de reglas. El pecado se trata primero, y antes que nada, de romper mi relación con Dios y porque he roto esta relación, entonces es fácil y natural rebelarme contra las reglas de Dios. Así que no solo es mi mente la que tiene que

ser renovada por una enseñanza bíblica sana, sino que la poderosa gracia del Señor Jesucristo tiene que recuperar mi corazón. La recuperación de mi corazón es tanto un evento (justificación) como un proceso (santificación). El seminario, por lo tanto, no va a resolver mi problema más serio – el pecado. Puede contribuir a la solución, pero también me puede cegar a mi verdadera condición por su tendencia a redefinir lo que en realidad se parece a la madurez. La madurez bíblica nunca se trata solo de lo que sabes; siempre se trata de cómo la gracia ha usado lo que has llegado a saber para transformar la manera en la que vives.

Piensa en Adán y Eva. No desobedecieron a Dios porque fueran intelectualmente ignorantes de los mandamientos de Dios. No, ellos deliberadamente pasaron por encima de los límites de Dios porque buscaron el lugar de Dios. La guerra espiritual del Edén se peleó sobre el césped de los deseos de los corazones de Adán y Eva. La batalla se estaba peleando en un ámbito más profundo que el mero conocimiento. Considera a David. No reclamó a Betsabé como suya y planeó deshacerse de su esposo porque fuera ignorante de las prohibiciones de Dios en contra del adulterio y el homicidio. No, David hizo lo que hizo porque en algún momento no le importó lo que Dios quería. Iba a tener lo que su corazón deseaba sin importar qué.

O piensa en lo que quiere decir ser sabio. Hay una enorme diferencia entre conocimiento y sabiduría. El conocimiento es una comprensión exacta de la verdad. La sabiduría es entender y vivir a la luz de cómo esa verdad se aplica a las situaciones y relaciones de tu vida diaria. El conocimiento es un ejercicio de tu cerebro. La sabiduría es el compromiso de tu corazón que conduce a la transformación de tu vida.

Aunque yo no lo sabía, había entrado al ministerio pastoral con una visión no bíblica de la madurez bíblica. Ahora me asusto por la forma en que pensé que había tenido éxito. Yo mismo me veía mucho más maduro de lo que realmente era. Así que cuando Luella me confrontaba amorosa y fielmente, y yo solo estaba a la defensiva, por definición pensaba que ella estaba equivocada. Y cada vez me convencía más que ella era la que tenía el problema. Así que yo no me veía como necesitado y no estaba abierto a la corrección y usaba mi conocimiento bíblico y teológico para defenderme. Era un desastre y no tenía ni idea.

3) CONFUNDÍ EL ÉXITO DEL MINISTERIO CON EL RESPALDO QUE DIOS LE DABA A MI ESTILO DE VIDA.

El ministerio pastoral era emocionante en muchos sentidos. La iglesia estaba

creciendo numéricamente y parecía que la gente estaba creciendo espiritualmente. Parecía que más y más personas se estaban comprometiendo con esta vibrante congregación espiritual y vimos que en las vidas de las personas se estaban llevando a cabo batallas en el corazón. Fundamos una escuela cristiana que estaba creciendo y que estaba aumentando en reputación e influencia. Estábamos comenzando a identificar y a discipular a los líderes. No todo era color de rosa, y hubo momentos que fueron dolorosos y muy agotadores, pero comencé mis días con un profundo sentimiento de privilegio de que Dios me había llamado a hacer lo que Él me había llamado a hacer. Estaba guiando a una congregación de fe y Dios estaba bendiciendo nuestros esfuerzos. Pero tomé estas bendiciones de la manera equivocada. Sin saber que lo estaba haciendo, tome la fidelidad de Dios hacia mí, hacia Su pueblo, hacia la obra de Su reino, hacia Su plan de redención y hacia Su iglesia como un respaldo para mí.

Era una perspectiva de mi ministerio que decía “Soy uno de los chicos buenos y Dios está detrás de mí todo el tiempo”, pero lo más importante era la perspectiva de mí mismo. De hecho, le decía a Luella (y esto es vergonzoso pero importante de admitir), “Si soy un chico tan malo, ¿por qué Dios está bendiciendo todo en lo que pongo mis manos?” Dios actuaba como Él no era porque estaba respaldando mi manera de vivir pero por Su celo, por Su propia gloria y por Su fidelidad a Sus promesas de gracia para Su pueblo. Y Dios tiene la autoridad y el poder para usar cualquier instrumento que Él escoja, de la manera que Él prefiera usarlo. El éxito de un ministerio siempre es más un cuadro de quién es Dios que una declaración sobre quienes son las personas que Él está usando para Su propósito. Todo lo tenía mal. Tomé el crédito que no merecía por lo que no podía hacer; hice que se tratara de mí, así que no me veía como un hombre que se encaminaba al desastre y con una profunda necesidad de la gracia de Dios que libera.

Era un hombre que necesitaba la gracia que libera y, por medio de la fidelidad de Luella y las preguntas quirúrgicas de Tedd, Dios hizo exactamente eso. ¿Y tú? ¿Cómo te ves? ¿Cuáles son las cosas que con regularidad te dices acerca de ti? ¿Hay señales sutiles en tu vida de que veas que eres diferente de las personas a las que les estás ministrando? ¿Te ves como un ministro de la gracia que necesita la misma gracia? ¿Has llegado a estar cómodo con las discontinuidades entre el evangelio que predicas y la manera en que vives? ¿Existen faltas de armonía entre tu imagen ministerial pública y los detalles de tu vida privada? ¿Promueves en tu iglesia un nivel de gozo común que tú mismo no te das? ¿Caes en creer que nadie tiene una visión más exacta de ti que la que tú tienes? ¿Usas tu conocimiento o tu experiencia para mantener a raya la confrontación?

Pastor, no tienes que tener miedo de lo que está en tu corazón y no tienes que

tener miedo a que te conozcan porque no hay nada en ti, que pudiera salir a la luz, que no haya ya sido cubierto por la preciosa sangre de tu rey Salvador, Jesús.

CAPÍTULO DOS

UNA Y OTRA VEZ

Me gustaría poder decir que mi historia es única, que la mayoría de los pastores no luchan de la manera en que yo lo hice. Me gustaría poder decir que en las vidas de la gran mayoría de los pastores no existe una falta de conexión entre la imagen ministerial pública y los detalles de sus vidas privadas. Me gustaría poder decir que la mayoría de los pastores son tan hábiles en predicarse el evangelio a ellos mismos como lo son con los demás. Me gustaría poder decir que las relaciones entre los pastores y su personal raras veces son tensas y raras veces se estropean. Me gustaría poder reportar que pocos pastores están enojados y amargados. Me gustaría poder decir que mi experiencia es que la mayoría de las iglesias pastorean bien a sus pastores. Me gustaría poder alentarte con el hecho de que la mayoría de los pastores son conocidos por su humildad y accesibilidad. Me gustaría poder decir que la mayoría de los pastores ministran con un profundo sentimiento de su propia necesidad. Sí, me gustaría poder decir todas estas cosas pero no puedo.

Debido a lo que Dios me ha llamado a hacer, estoy con diferentes grupos de pastores y su personal, en algún lugar del mundo, alrededor de cuarenta veces al año. En estos fines de semana soy obsesivamente entrometido, en el mejor sentido ministerial de esas palabras. Amo a los pastores. Amo a la iglesia local. Entiendo el estira y afloja del ministerio pastoral. He experimentado sus momentos más brillantes y sus noches más oscuras. Sé cómo este llamamiento puede parecer insoportablemente pesado y cómo puede ser puro placer. Sé que los pastores no solo enfrentan problemas sino que también pueden ser demasiado hábiles en complicar su propio problema. No conozco a ningún pastor que se haya graduado de tener necesidad de la gracia que perdona, salva, transforma, capacita y libera. Así que me importa y, porque me importa, quiero saber qué está pasando y cómo le(s) está yendo al (a los) pastor(es). Me encanta reunirme con los pastores y su personal y perturbar su calma. Me encanta ayudarlos a que comuniquen lo que les está pasando y cómo les está yendo en medio de eso. Me encanta recordarles a los pastores los beneficios presentes de la persona y obra de Jesús. Me encanta ayudarlos a ver que su seguridad no se encuentra en cuánto la gente de su iglesia va a llegar a amarlos, sino en la realidad de cuánto Jesús ya los ha amado. Me encanta darle al pastor bastante orgulloso ojos para verse con una mayor claridad bíblica y me encanta ayudar al pastor derrotado a verse a la luz de la gracia del evangelio. Así que escucho con cuidado. Observo la intención del ministerio. Saco historias e indago su significado en el corazón del pastor.

Trato de tener acceso al carácter de la cultura local del pastor y del personal. Hago todo esto con una pregunta en mente: ¿cómo está el evangelio de Jesucristo formando y transformando el corazón de este pastor y de la cultura local de su ministerio?

Además de mi compromiso de escuchar disimuladamente la vida del pastor y de sus compañeros en el ministerio, existe una segunda experiencia que ha informado y motivado el material de este libro. Casi todos los fines de semana estoy en algún lugar enseñando alguna clase de tema sobre la vida cristiana (el matrimonio, la educación de los hijos, la comunicación, el cuerpo de Cristo, el vivir a la luz de la eternidad, etc.). Una y otra vez en estos fines de semana uno de los pastores me va a llevar a una habitación y va a comenzar a confesarme que él es el “patán” del que he estado hablando (yo nunca uso esa palabra). Él va a confesar el lamentable estado de su matrimonio, que es un padre iracundo, que se enajena cada tarde con demasiada televisión, que lidia con la presión del ministerio tomando más alcohol del que debería o que tiene relaciones disfuncionales en el ministerio que está a su alrededor. Aquí está una de mis historias de fin de semana.

El día antes de que llegara para el fin de semana, recibí una llamada de un miembro del personal de la dirección preguntándome si estaría dispuesto a pasar una hora con la junta de la iglesia. Enseguida supe cuál iba a ser el tema de nuestra conversación. Me hicieron pasar a las oficinas del personal inmediatamente después de que terminó la conferencia del fin de semana y me recibió la junta que se encontraba conmocionada. Mi corazón se fue con ellos antes que compartieran algunos de los detalles de su semana que había sido totalmente inesperada. Oramos y comenzaron a contar su historia.

Los miembros del equipo de liderazgo habían llegado para la reunión semanal de preguntas que se llevaba a cabo los lunes por la mañana. Por lo general pasaban un tiempo en oración y después hablaban sobre los eventos del domingo. Pero esta junta probaría ser diferente en todos los sentidos. En primer lugar, el pastor principal estaba retrasado. Nunca llegaba tarde. Odiaba llegar tarde pero esta vez estaba tan retrasado que uno de los miembros del equipo llamó para ver si algo andaba mal y para ver si él estaba en camino. Cuando entró a la habitación, todos supieron que algo estaba mal, muy mal. Tenía solo cuarenta y cinco años y estaba en la cima de ministerio, pero se veía viejo, cansado y abatido. No se veía como el mismo hombre que había predicado justo el día anterior. Murmuró una disculpa por llegar tarde y sin dudarlo dijo:

Estoy acabado, ya no puedo hacer esto. No puedo lidiar con las presiones del ministerio. No puede hacerle frente a predicar otro sermón. No puedo tratar con otra reunión. Si soy honesto, tendría que decir que todo lo que quiero hacer es

irme. Quiero dejar el ministerio, quiero dejar esta zona, quiero dejar a mi esposa. No, no ha habido una aventura amorosa. Solo estoy cansado de fingir que soy alguien que no soy. Estoy cansado de actuar como si estuviera bien cuando no lo estoy. Estoy cansado de jugar como si mi matrimonio estuviera bien cuando es el polo opuesto de bueno. No puedo predicar este domingo y me tengo que ir solo o voy a explotar. Siento poner esto antes ustedes de esta manera, pero estoy acabado – no puedo seguir adelante.

Y con eso, se levantó y se fue. El equipo de liderazgo estaba demasiado aturdido como para detenerlo. Después de hablar entre ellos y orar juntos otra vez, lo llamaron y le pidieron que regresara. Fue en la conversación que sigue que estos líderes llegaron a conocer a un hombre con el que habían vivido y ministrado pero que no conocían.

Para mí, lo que llamaba mi atención sobre este triste escenario, que he escuchado demasiadas veces, no fue su impresionante rapidez sino la cruda realidad que, día tras día, el pastor vivía en esta comunidad ministerial que en lo fundamental desconocía y descuidada. Ayudé al equipo de liderazgo a pensar qué hacer después y cómo cuidar a su pastor, pero me fui con un peso en el corazón, sabiendo que habían sido lanzados a algo que sería muy doloroso para todos ellos y que no pasaría muy pronto.

He pasado por escenarios similares con muchos pastores en todo el mundo. De Belfast a Los Ángeles, de Johannesburgo a Nueva York, de Minneapolis a Singapur, de Cleveland a Berlín, he escuchado sus historias y he sentido su desaliento, su amargura, su soledad, su temor y su anhelo. Así como yo he contado mi historia, los pastores se han sentido seguros en contar sus historias. Y me he encontrado una y otra vez con que hay demasiados pastores que tienen historias tristes que contar y una y otra vez me he preguntado, *¿qué es lo que se ha desviado del buen camino en la cultura pastoral?*

Muchas veces me han pedido presentar un material similar al de este libro, como una conferencia previa a una conferencia sobre otro tema. Siempre trato de ser resueltamente honesto al mismo tiempo que trato de ser inalterablemente optimista. Terminé dirigiéndome a alrededor de quinientos pastores en una de estas conferencias previas, pero no estaba preparado para lo que sucedería después. Cuando terminé y descendí de la plataforma, una larga fila de pastores preocupados y quebrantados se formó enfrente de mí. Como a unos cinco pastores del primero de la fila estaba un hombre que lloraba mientras avanzaba hacia mí. Creo que pude haber puesto una oficina de consejería durante dos semanas, de tiempo completo, y aun así no haber ministrado a todas las necesidades que estaban frente a mí. Fue en esta conferencia que tomé la decisión que hablaría de estos temas y que haría todo lo que pudiera para

ministrar a los otros pastores que eran mis compañeros. Este libro es el resultado de ese claro momento del llamamiento.

Conforme he analizado mi propia historia y me he esforzado por hacer una exégesis de la historia de otros que están en el ministerio, han salido a la superficie temas. Sí, cada historia es única y las generalizaciones pueden ser tanto inútiles como peligrosas, pero el camino para perderte, en medio de tu propia historia del ministerio, es un camino que ha sido recorrido por muchos. Inspeccionar su viaje te puede ayudar a entender el tuyo.

SEÑALES DE UN PASTOR QUE ESTÁ PERDIENDO SU CAMINO

Hay cosas que mi amigo pastor, del que hablé antes, hizo y no hizo que resumen bien las señales de un pastor en problemas.

1) ÉL IGNORÓ LA CLARA EVIDENCIA DE LOS PROBLEMAS.

La evidencia lo rodeaba por todos lados y, sin embargo, él simplemente no prestó atención. He mencionado en otros libros que nadie es más influyente en tu vida que tú porque nadie te habla más que tú. Mi amigo pastor había estado en una larga conversación con él mismo negando, minimizando y racionalizando la evidencia que apuntaba al hecho de que él era un hombre que estaba en problemas. No, no era adulterio ni pornografía; su lucha era más fundamental que eso. Su ira explosiva con sus hijos, que no era una experiencia irregular, era una de esas señales. Sus quejas constantes sobre los otros líderes después de las juntas del ministerio era otra pieza de la evidencia inquietante. La creciente distancia entre él y su esposa representaba que algo no estaba bien. Su vida devocional inexistente apuntaba a que algo estaba mal. El hecho de que él se enajenaba todas las noches con horas de televisión apuntaba hacia un corazón inquieto. Sus fantasías de ministrar con una capacidad diferente o en un lugar diferente apuntaban hacia algo que estaba fuera de lugar. Su habilidad para no dar respuestas a preguntas personales era evidencia de que estaba perdiendo el rumbo. Sí, había toda clase de evidencia pero lo negó, lo ignoró o se justificó.

Este pastor había llegado a ser lo que todos nosotros tenemos la tendencia de llegar a ser en nuestro pecado – muy hábiles estafadores de nosotros mismos. Así es como funciona. Si todos los días no estás admitiendo que eres un desastre y que tienes una necesidad diaria y más bien desesperada de la gracia que perdona y transforma, y si la evidencia a tu alrededor no te ha hecho abandonar tu confianza en tu propia justicia, entonces tú mismo te vas a dar a la tarea de convencerte de que estás bien. ¿Cómo haces eso? Bueno, señalas la amplia evidencia que te da el mundo caído, que la gente y las situaciones a tu alrededor

son imperfectas y están estropeadas y son, por lo tanto, la razón por la que tú le respondes a la vida en la manera en que lo haces. Te dices a ti mismo una y otra vez que tú no eres el problema – que es eso o que son ellos pero no tú. Y te dices que tú realmente no necesitas cambiar; son las personas y las circunstancias a tu alrededor las que tienen que cambiar. Lo que estás haciendo, aunque a lo mejor no estés consciente de esto, es levantar argumentos elaborados, aparentemente lógicos, de tu propia justicia. Todos los días la defiendes delante de ti y encuentras formas de exhibirla delante de los demás. En vez de arrojarte a la misericordia del único Salvador verdadero, estás actuando como tu propio salvador, levantando argumentos expiatorios para la justicia de lo que Dios claramente dice que está mal. Niegas la evidencia, defiendes tu justicia y resistes la gracia. No es de extrañar que las cosas empeoren hasta que finalmente llegan a un punto crítico. Conozco este patrón que niega la evidencia. ¡Obtuve mi grado de maestría en eso! El problema fue que yo era un pastor y no tenía ni idea de la realidad de que, al mismo tiempo en que yo estaba sosteniendo delante de los demás al único Salvador hermoso, estaba trabajando duro para ser mi propio salvador.

2) ESTABA CIEGO A LOS PROBLEMAS DE SU PROPIO CORAZÓN.

Uno de los componentes más aterradores del pecado remanente es el engaño. Es una realidad que es vital reconocer y confesar. El pecado ciega. Verás, tú y yo poseemos dos sistemas de visión. Están nuestros ojos físicos que nos permiten ver el universo físico que nos rodea y están los ojos de nuestro corazón que nos ayudan a “ver” las realidades espirituales que es vital que veamos si es que vamos a ser lo que fuimos diseñados para ser y vamos a hacer lo que fuimos diseñados para hacer. El pecado causa estragos en nuestra visión espiritual. Aunque somos capaces de ver el pecado de los demás con claridad y detalle, tenemos la tendencia a cegarnos con el nuestro. Y el aspecto más peligroso de esta condición, que de por sí ya es peligrosa, es que las personas espiritualmente ciegas tienden a estar ciegas a su ceguera.

Así es como funciona. Mi amigo pastor hizo su mejor esfuerzo por aferrarse al espejismo de que nadie tenía una visión más precisa de él que la que él tenía. Pensaba que ninguna crítica a sus pensamientos, deseos, motivaciones, elecciones, palabras y acciones era más confiable que la suya. Pensaba que las únicas preguntas y la única confrontación que él necesitaba eran las que él mismo se formulaba. Estaba demasiado confiado de su visión y demasiado crédulo de su autocrítica. Cuando otros lo cuestionaban o lo confrontaban, sin darse cuenta de que lo estaba haciendo, activaba su abogado interno y generaba argumentos en su propia defensa. Muchas veces se decía que el interlocutor realmente no lo conocía porque si lo conociera, él no lo cuestionaría de la forma

en que lo hacía. Con frecuencia le decía enojado a su esposa, “Querida, tú no me conoces tan bien como crees”.

Ya que el pecado ciega, Dios ha puesto el cuerpo de Cristo para que funcione como un instrumento para que veamos en nuestras vidas, para que nos podamos conocer con una profundidad y exactitud que sería imposible si se nos dejara por nuestra cuenta. Pero mi amigo no confiaba en la ayuda perceptiva de los demás; más bien, ya que él solo dependía de la visión que tenía de él mismo se quedó en su propia ceguera. Los patrones no se abordaron y, ya que no se abordaron, se les dio tiempo y espacio para crecer hasta que la falta de conexión entre su vida y su ministerio llegó a ser tan obvia y agobiante que en todo lo que podía pensar era en salir.

3) A SU MINISTERIO LE HACÍA FALTA DEVOCIÓN.

Cada vez estoy más y más convencido de que lo que le da a un ministerio sus motivos, perseverancia, humildad, gozo, ternura, pasión y gracia es la vida devocional del que está ministrando. Cuando todos los días admito qué tan necesitado estoy, todos los días medito en la gracia del Señor Jesucristo y todos los días me alimento de la sabiduría restauradora de Su Palabra, estoy motivado para compartir con los demás la gracia que todos los días estoy recibiendo de las manos de mi Salvador. Simplemente no hay un conjunto de habilidades exegéticas, de homilias o de liderazgo que puedan compensar la ausencia de esto en la vida de un pastor. Es mi adoración lo que me permite guiar a otros en la adoración. Es mi sentimiento de necesidad lo que me guía a pastorear tiernamente a los que tienen necesidad de la gracia. Es mi gozo en mi identidad en Cristo lo que me guía a querer ayudar a los demás a vivir en medio de lo que quiere decir estar “en Cristo”. De hecho, una de las cosas que hacen que un sermón sea convincente es que el predicador está adorando a su manera a través de su propio sermón.

El tener un ministerio que se alimenta de la devoción personal tiene sus raíces en la confesión humilde y sale profundo del corazón. Aquí es donde todo salió mal con mi amigo pastor y muchos otros que están en sus zapatos. Debido a que él negó la evidencia que estaba a su alrededor, y que estaba ciego a su propio corazón, tuvo la tendencia a ver que estaba bien cuando no estaba bien. Así que lo que preparó no lo condenó ni lo alentó y no dejó que su propia predicación le enseñara. Su autosatisfacción quería decir que sus palabras y acciones en el ministerio no crecían en la tierra de un amor personal por Cristo y una adoración de Cristo. La preparación se convirtió en descargar un conjunto de verdades en personas que necesitaban que su pensamiento fuera reorganizado. Su consejería era más para solucionar problemas que para alentar en el evangelio. Y en el

camino todo comenzó a secarse y volverse poco atractivo. Dejó de tener vida. Todo dejó de tratarse de la adoración y se volvió una serie de responsabilidades pastorales que siempre se repiten.

4) ÉL MISMO NO SE ESTABA PREDICANDO EL EVANGELIO.

Si tú estás en el ministerio y no te estás recordando una y otra vez el *ahora mismo* del evangelio, es decir, los beneficios del en este mismo momento de la gracia de Cristo, vas a estar buscando en otro lado para obtener lo que sólo se puede encontrar en Jesús. Si no estás alimentando tu alma con las realidades de la presencia, promesas y provisión de Cristo, le vas a pedir a la gente, a las situaciones y a las cosas a tu alrededor que sean el mesías que ellos nunca pueden ser. Si no estás uniendo tu identidad al amor inquebrantable de tu Salvador, les vas a pedir a las cosas en tu vida que sean tu Salvador y esto nunca va a suceder. Si tú mismo no te estás exigiendo obtener tu sentimiento más profundo de bienestar de manera vertical, lo vas a comprar de manera horizontal y siempre vas a quedar vacío. Si no estás descansando en el único evangelio verdadero, predicándotelo una y otra vez, vas a buscar otro evangelio para satisfacer las necesidades de tu inestable corazón.

Debido a que mi amigo pastor no se predicó a él mismo las verdades de quién era él en Cristo, comenzó a buscar el descanso en los lugares donde el descanso no se podía encontrar. De maneras en las que él no se dio cuenta, le pidió a las personas y a las situaciones a su alrededor que fueran su salvador. Estaba demasiado consciente de la forma en que sus líderes le respondían y necesitaba su respeto para tener paz interior. Necesitaba las respuestas de felicitación por parte de su congregación por su predicación porque eso lo hacía sentirse bien de lo que estaba haciendo. Tenía su identidad demasiado unida a sus opiniones e ideas y sentía que el rechazo de las mismas era el rechazo de él. Y conforme buscaba horizontalmente lo que solo se podía encontrar verticalmente, se sintió más y más solo y subestimado. Su conversación privada con él mismo era más de autodefensa, de autocompasión e hiriente hacia los demás que una práctica liberadora y motivadora de las glorias presentes del amor de Cristo. Al olvidar predicarse a él mismo el evangelio que buscaba darles a los demás, esto comenzó a producir un efecto en una espiral descendente en su corazón, de lo que no estaba consciente hasta que fue tan agobiante que todo lo que quería hacer era claudicar.

5) NO ESTABA ESCUCHANDO A LAS PERSONAS QUE ESTABAN MÁS CERCA DE ÉL.

En muchas maneras a mi amigo pastor no lo conocían en el ámbito de las luchas de su corazón pero él no estaba sin ninguna clase de ayuda del exterior. Él sí vivía y ministraba con líderes que lo cuidaban y le hablaban con honestidad. Hubo muchas ocasiones en las que un compañero anciano o un empleado de mucho tiempo se le acercarían por su actitud o por la manera en que le había hablado a alguien. Con los años hubo muchas ocasiones en las que alguien se le había acercado con preocupaciones acerca de su matrimonio y del tiempo que él estaba o no invirtiendo ahí o por cosas que veían que estaban pasando en las vidas de sus hijos. Había sido enfrentado por la forma tan íntima en que guardaba los detalles de su vida personal o por cuántas noches de vigilia pasaba en su oficina. No, nadie conocía la guerra trascendental que se estaba librando en su corazón, pero no fue abandonado a su suerte. Hubo un cuidado que, si se hubiera tomado con seriedad, podría haber, y a lo mejor habría, llegado al fondo de los problemas del corazón.

Aunque mi amigo no era abiertamente altanero, él realmente no escuchaba. Porque no estaba abierto, él mismo se decía que lo habían malentendido o que las cosas realmente no estaban tan mal; él incluso decía que estaba agradecido por todas las personas que lo cuidaban – solo que ellos realmente no sabían todas las cosas buenas que él estaba haciendo en su vida personal. Era un tipo muy accesible que al mismo tiempo era muy hábil para no prestar atención a las amonestaciones que Dios le estaba dando por medio de los miembros fieles del cuerpo de Cristo.

6) SU MINISTERIO SE VOLVIÓ AGOBIANTE.

Aquí es inevitablemente a donde esto conduce. Has perdido de vista el evangelio en tu vida personal; sientes una creciente falta de conexión entre tu vida privada y tu imagen ministerial pública; tu ministerio ya no se alimenta más por tu propia adoración; te sientes incomprendido por los que te rodean; te sientes injustamente criticado por los de tu casa; piensas que tú y tu liderazgo no son tratados con el aprecio que se merecen; y cada vez estás más espiritualmente vacío porque estás buscando la vida espiritual donde no se puede encontrar. El impacto de todas estas cosas juntas es que cada vez ves a tu ministerio menos y menos como un privilegio y un gozo y más y más como una carga y un deber.

Creo que nos consternaríamos si supiéramos cuántos pastores han perdido su gozo – cuántos de nosotros nos levantamos al inicio de cada semana y hacemos todo mecánicamente, por ninguna otra razón que porque no sabemos qué más hacer. ¿Para cuántos de nosotros el ministerio ya no es un acto de adoración? ¿Cuántos de nosotros estamos construyendo un reino en nuestros ministerios que no es el reino de Dios? ¿Cuántos de nosotros estamos llevando una carga de

agravios y amargura a cada momento del ministerio? ¿Cuántos de nosotros queremos escapar y simplemente no sabemos cómo?

7) ÉL COMENZÓ A VIVIR EN SILENCIO.

Hay dos cosas aquí que contribuyen. La primera, cuando las personas son tu mesías sustituto (necesitas su respeto y apoyo con el fin de seguir adelante) es difícil ser honesto con ellos en relación a tus pecados, debilidades y fracasos. También hay una segunda cosa que contribuye: el miedo. Entre más separación y discontinuidad haya entre los detalles reales de mi vida personal y mi confesión pública y mi imagen pública, más voy a tener la tendencia de tener miedo de que me conozcan. Voy a tener miedo de la manera en que la gente pensaría de mí y me respondería si realmente supieran lo que está pasando en mi vida. Incluso puedo tener miedo de perder mi trabajo. Así que mis respuestas a las preocupaciones e interrogantes de los demás se estructuran por el miedo más que por la fe. Así que no les hago las confesiones habituales y saludables de las luchas a las personas que coparticipan conmigo en el ministerio, no pido que oren por mí de manera humilde y franca en las áreas donde claramente lo necesito y soy muy cuidadoso con la forma en que contesto las preguntas personales cuando me llegan.

Todo esto quiere decir que ya no me estoy beneficiando de los ministerios del cuerpo de Cristo que dan discernimiento, protegen, alientan, advierten, previenen y restauran. Estoy tratando de hacer lo que ninguno de nosotros puede hacer – espiritualmente hacerlo por mi cuenta. El cristianismo autónomo nunca funciona porque nuestra vida espiritual fue diseñada por Dios para ser un proyecto comunitario.

8) ÉL COMENZÓ A CUESTIONAR SU LLAMAMIENTO.

Debido a que no me estoy viendo con exactitud, y porque el ministerio ha llegado a ser agobiante, en vez de examinar mi carácter y mis respuestas, voy a tener la tendencia de comenzar a cuestionar si estuvo bien pensar que fui llamado al ministerio. Verás, solo hay dos formas de explicar el fracaso externo e interno de mi ministerio. O estoy intentando hacer algo para lo cual no fui llamado o estoy pensando y haciendo las cosas equivocadas en medio del ministerio al que claramente fui llamado. Una vez que has cerrado tus ojos a la evidencia y has dejado de escuchar las voces de los demás, eres abandonado a la ceguera y a la justicia propia de tu corazón que todavía es pecaminoso. Esto hace que te sea muy difícil llegar a la conclusión de que tú eres el problema. No, lo que vas a concluir es que el ministerio o las cosas en tu ministerio son el problema y, por lo tanto, el ministerio es de lo que te tienes que ocupar si es que las cosas van a

cambiar. Es exactamente aquí donde mi amigo pastor se encontró. Tenía profundas inseguridades cuando se trataba de su llamamiento que éstas no habían estado ahí cinco años atrás.

9) CEDIÓ ANTE LAS FANTASÍAS DE OTRA VIDA.

Todo esto condujo a una esperanza, un sueño: salirse. Al principio lo asustó pensar tal cosa pero parecía no poder detenerse. Cada vez se sentía más y más cómodo con las fantasías de hacer algo más, pero tenía miedo de hablar una palabra de esto con alguien más. No mucho tiempo después, sin embargo, a su esposa le había expuesto sinceramente sus sentimientos sobre el tema, tratando de tantearla en cuanto a qué cómoda estaría con la perspectiva de la vida al otro lado del ministerio y no pasó mucho tiempo antes de que él pensara decirle a su equipo que quería salirse. Fue una mala semana que puso todo de manifiesto de la manera más desastrosa que él hubiera vislumbrado.

Me gustaría poder decir que he visto que esta dinámica solo opera en el corazón de este hombre, pero tristemente no puedo. He escuchado las historias una y otra vez. Puedo predecir lo que me van a decir después. Y para todos los pastores que saben que están en problemas, hay muchos, muchos que lo están y todavía no lo saben. No, no todas estas características están en las vidas de cada uno de los hombres con los que he hablado, pero en todos ellos muchas de estas cosas están actuando. Y no solo están actuando, sino que están actuando fuera de las verdades del evangelio de Jesucristo que motivan, alientan, capacitan, transforman y liberan. Escribo esto porque estoy preocupado por mí y estoy preocupado por ti. Estoy preocupado por la cultura que hay en nuestras iglesias que permite que esto pase, a menudo sin control.

CAPÍTULO TRES

CEREBROS TEOLÓGICOS GRANDES Y CORAZONES ENFERMOS

Ése fue un momento de un mayor discernimiento del que en ese momento me di cuenta. Vuelvo la vista atrás y lo veo como un dulce momento de un rescate divino – justo la clase de gracia que iba a ser la pasión del ministerio al que había sido llamado. Estaba haciendo una exégesis abriéndome paso en Romanos, la exposición fundamental del evangelio hecha por Pablo. Había tomado un cuaderno tamaño oficio y había cortado un cuadrado en la esquina superior derecha de cada tercera hoja para que pudiera pegar una página del texto en griego a ambos lados de la página. Después llené las hojas con las correspondientes notas exegéticas, los bosquejos de los sermones y las ilustraciones. Fue un ejercicio que reunió todas mis habilidades ministeriales recientemente enseñadas y recién adquiridas. Encontré el ejercicio retador y emocionante. Me sentí orgulloso de que mi cuaderno estuviera lleno con mis notas de Romanos. Me sumergí en un mundo embriagador de sintaxis del lenguaje y argumentos teológicos. Trabajé en los tiempos gramaticales, en los contextos, en los objetos y en los conectores. Estudié etimologías y el vocabulario paulino. Traté de conectar cada detalle ínfimo con la intención global del autor. Consulté a todos los expertos, sopesando discernimiento sobre discernimiento y opinión contra opinión. Horas incontables de estudio privado y disciplinado estaban representadas, hoja tras hoja, en esas notas escritas en hojas de tamaño oficio. Todo era tan gratificante.

Una tarde, después de horas de hacer una exégesis de la siguiente sección de Romanos, me di cuenta. Había pasado horas cada día durante meses estudiando quizá la exposición del evangelio más extensa y espléndida que jamás se haya escrito y su mensaje no me había afectado de manera sustancial. El mensaje tuvo poco impacto en mí. Todo se había tratado de la gramática y la sintaxis, las ideas teológicas y los argumentos lógicos. Había sido un ejercicio intelectual inmenso pero casi completamente nulo de poder espiritual. Puedo recordar haberme quedado mirando las hojas llenas de tinta. Parecían distantes y borrosas, de alguna manera no estaban conectadas a la vida real, de algún modo no tenían nada que ver conmigo. No, no estaba delirando; yo había escrito todo eso pero todo parecía que estaba desconectado de mí, de mi vida real, de mi matrimonio, de mis luchas con el pecado, de mi pasado, de mi futuro, de mis más profundas esperanzas, sueños y miedos. Me quedé mirando la hoja y parecía imposible que yo hubiera hecho todo este trabajo cuando había sido un

poco más que una tarea para una clase, para una calificación, en la búsqueda de un título.

Me senté ahí aletargado por un momento como si hubiera sido suspendido entre dos mundos, uno real y otro que parecía cualquier cosa menos real. Pensé en todas las clases, en todos los ensayos, en todas las pruebas. Pensé en la enorme inversión de tiempo, energía y dinero. ¿Todo había sido para esto? Comencé a llorar – no, quiero decir realmente a llorar. Una emoción poderosa salió de mí, tanto que Luella me escuchó desde la otra habitación y vino a ver si estaba bien. Estaba todo menos bien y ella lo supo a primera vista. Luella se inclinó, puso sus brazos alrededor de mí y me pidió que le dijera qué estaba mal. Recuerdo que ella se veía aterrada mientras observaba a su joven esposo seminarista derrumbarse ante sus ojos. En mi estilo típicamente dramático le dije que estaba acabado. Que no podía continuar con mis estudios del seminario. Le dije que esto se había acabado.

Afortunadamente estoy casado con una mujer sabia y paciente que me ayudó a orientarme y se quedó conmigo mientras continuaba y, después, terminaba mis estudios. Esa tarde, con mi cuaderno exegético en mis manos aprendí algo acerca de mí y de las Escrituras. Mis ojos comenzaron a abrirse a los peligros inherentes de academizar nuestra fe. Yo personalmente sufrí lo que puede suceder cuando el evangelio de Jesucristo se reduce a una serie de ideas teológicas que se combinan con todas las habilidades necesarias para tener acceso a esas ideas. Cosas malas suceden cuando la madurez se define más por saber que por ser. El peligro está a flote cuando llegas a amar las ideas más que al Dios que éstas representan y a las personas que están destinados a la liberar.

Uno de los cursos que me pidieron que enseñara, como miembro de la facultad de teología práctica del seminario de Westminster en Filadelfia, fue en consejería pastoral. Era el curso de consejería que los estudiantes que cursaban la Maestría en Teología tenían que cursar pero que realmente no tenían ningún interés en la consejería pastoral tenían que cursar. Era un curso obligatorio y mis estudiantes tomaban el curso solo porque era obligatorio. Cada año iba sabiendo que mis estudiantes no querían estar en la clase y que no tenían mucho interés en lo que se iba a enseñar o que no tenían mucho compromiso con esto. Me di cuenta que los primeros años que enseñé este curso fueron increíblemente difíciles hasta que comencé a entender la importancia de mi voz en las vidas de estos futuros pastores que tenían grandes cerebros. Desarrollé una estrategia que no solo cambió la atmósfera del curso sino que me hizo esperarlo cada año.

Decidí que cada semestre llegaría armado con un catálogo de historias de terror sobre pastores – ya sabes, la clase de cosas con las que ningún pastor quiere tratar pero que todos los pastores tratan. Les conté a mis estudiantes las

historias de las llamadas nocturnas con las esposas que acababan de ser golpeadas por sus maridos, del dolor de la madre que había descubierto que su hija de quince años estaba embarazada, de estar con una mamá y un papá enfrente del féretro de su hijo de cuatro años, de las horas invertidas con la persona que estaba severamente deprimida o con el hombre que había llevado a su familia al desastre financiero. Les conté las historias de las penas y los afanes del cuerpo de Cristo como se viven con las realidades de la vida en un mundo arruinado por el pecado. Les conté historias de temor, deslealtad, desaliento, ira, depresión, soledad y pérdida. Quería que mis estudiantes entendieran que son llamados, no solo a predicar sermones exegéticamente correctos y teológicamente precisos, sino que también son llamados a pastorear personas, a caminar, vivir, apoyar y sufrir con ellas. Quería que ellos supieran que son llamados a ser más que instructores teológicos en la iglesia local; son llamados a ser embajadores de Cristo, a ser la mirada en Su cara, el toque en Su mano y el tono de Su voz. Quería que ellos sintieran el peso de lo que significa ser llamados a hacer visible a un Cristo invisible en las vidas de las personas que con desesperación necesitan “ver” Su presencia y recordar Su gracia. Anhelaba que ellos entendieran que no solo son llamados a *enseñar* teología a su gente sino también a *hacer* teología con su gente. Quería que ellos lucharan cuerpo a cuerpo con la pregunta de si ellos estaban en el seminario porque amaban la superestructura compleja de los conceptos teológicos de la Escritura o porque ellos amaban a Jesús y querían ser Su instrumento de transformación en las vidas de personas que estaban confusas.

Comencé cada semestre sumergiéndome en las historias de mi propio fracaso y falta de preparación con la esperanza de que mis relatos fueran usados para hacer nacer en ellos una visión bíblica más grande y más franca del ministerio pastoral. Fue en medio de una de esas historias cuando pasó algo que nunca voy a olvidar, ni tampoco ninguno de los estudiantes que estaban en esa clase. Estaba narrando mi propia lucha que se dio en mi corazón cuando una vez más me habían pedido que visitara a un hombre que ya había consumido mucho de mi tiempo pastoral y de mi energía, cuando uno de mis estudiantes levantó la mano y exclamó de repente, “Está bien, Profesor Tripp, sabemos que vamos a tener estos proyectos en nuestras iglesias. ¡Díganos qué hacer con ellos para que podamos regresar al trabajo del ministerio!” Hay muchas cosas a las cuales hay que poner atención en su declaración, pero toma nota de esto: él ni siquiera llamó a la gente que lucha, a quienes somos llamados a llevar el evangelio, “personas”. Para él ellas eran *proyectos*, es decir, obstrucciones en el camino de su definición del ministerio. Ahora, si estas personas no son el centro y el objeto del ministerio entonces, ¿qué es el ministerio? No había amor por las personas en la declaración de este estudiante y, si no había amor por las personas en su visión del ministerio,

entonces es seguro llegar a la conclusión de que también había poco amor práctico por Cristo. Era como muchos otros chicos que tenían la idea de la tecnología de la teología que colmaba tantas de mis clases. Mi término más bien peyorativo para ellos era *fanáticos por la teología*, los chicos que ven la teología como un fin en sí mismo en vez de como un medio para un fin. Aman lo académico y sin darse cuenta arrastran lo académico a la iglesia local y predicán sermones que son más discursos teológicos que meditaciones sobre el evangelio.

Caminé por el pasillo hacia su escritorio, me arrodillé para que quedáramos cara a cara y le pedí que repitiera lo que acababa de decir, en voz alta y palabra por palabra. En ese momento lo estaba pastoreando a él y a la clase que había escuchado lo que él había dicho. Quería que ellos nunca olvidaran ese momento. Le pedí que repitiera cómo había llamado a estas personas. Con un volumen bajo dijo, “Proyectos”. Fue un maravilloso momento que Dios nos daba para la enseñanza. No hace mucho tiempo me saludó un pastor que había estado en esa clase años antes. Lo recordaba y su recuerdo una y otra vez los había amonestado.

Durante los años en los que enseñé este curso muchos de mis estudiantes me preguntaron si yo los aconsejaría. Aquí está cómo fue la dinámica: mientras hablaba con ellos sobre el *ahora mismo* del evangelio, y los alentaba con el poder del evangelio para que transformara las vidas de formas muy concretas, los estudiantes en la clase meditaban sobre los problemas en sus propias vidas. Ya que la clase descubriría cosas que no habían sido antes descubiertas, y ya que solo faltaban unos cuantos meses para la graduación y para entrar a alguna clase de puesto en el ministerio, sentían la urgencia de tratar con lo que el curso exponía. No estaba preparado para los relatos que iba a escuchar y para la clase de cosas con las que mis estudiantes estaban luchando.

Francisco fue uno de los primeros. Llevaba casado quince años, tenía cuatro hijos que iban de un joven adolescente para abajo y había llegado al seminario después de una exitosa carrera en finanzas. Se sentó en mi oficina y, después de demasiada charla, se hizo obvio que Francisco estaba teniendo problemas para hablar sobre lo que lo había motivado a buscar mi ayuda. Le aseguré mi compromiso con él, la importancia de que recibiera ayuda y la confidencialidad de nuestra relación. Yo no estaba preparado para lo que después dijo abruptamente: “En el sótano tengo un clóset con ropa de mujer que me pongo en la noche; es el único momento de mi día en que me siento cómodo”. Debo admitir que me dejó un poco perplejo. Era un joven teólogo muy brillante y dotado, cierto tipo de estrella intelectual. Vivía y trabajaba con la palabra de Dios todos los días. Podía analizar gramaticalmente los detalles del evangelio de Jesucristo. Sin embargo, con todo esto, estaba perdido en un mundo de una

profunda confusión de su identidad y el evangelio que estaba estudiando con el fin de ayudar a los demás parecía incapaz de rescatarlo a él. Me preguntaba qué se estaría diciendo él mismo mientras hacía las entrevistas en el ministerio. Me preguntaba cómo su esposa se había abierto paso a través de todo esto. Me preguntaba cómo pensaba que lo podía esconder de sus cada vez más falseados hijos. Pero más que todo, me preguntaba cómo puedes usar ropa de mujer en la noche y levantarte la mañana siguiente y hacer una exégesis de Colosenses.

A Jorge no le fue tan difícil hablar conmigo porque él ya no era capaz de confiar en sí mismo y estaba asustado. Había comenzado a estudiar en una biblioteca local por las noches después de cenar con su esposa. Descubrió que le daba un respiro de la multitud que había en el seminario, al mismo tiempo que le proporcionaba un lugar tranquilo para estudiar. No pasó mucho tiempo antes de que comenzara a darse cuenta de las hermosas mujeres jóvenes que también habían escogido Barnes and Noble, una librería grande, como su lugar de reunión para la noche. Una noche vio a una hermosa joven e incluso se cambió de lugar con el fin de posicionarse para tener un lugar mejor y más estratégico para verla. A veces se sentaba para poder tener contacto visual con alguna de estas damas o se sentaba para que él pudiera verlas como él quería sin que ellas sintieran su mirada. Pasados algunos meses, vio que la mujer a la que estaba viendo se levantaba y se iba así que él hizo lo mismo, quizá con la esperanza de chocar con ella. Ella se subió a su coche sin percatarse de él y él regresó a estudiar. Esto lo llevo a no solamente irse cuando una mujer se iba sino a subirse a su coche y seguirla, a cierta distancia, hasta su casa. Él pidió verme después de la noche en que había seguido a una mujer hasta su casa, se había bajado de su coche y había caminado hasta su puerta. Justo antes de tocar, se asustó y corrió a su coche y se fue. En clase parecía ser un estudiante del seminario dulce y dócil; el contraste entre su vida diurna y su vida nocturna era asombroso.

Me contaron historias de matrimonios casi arruinados, de violencia familiar, de mujeres que estaban listas para irse, de hombres iracundos, de relaciones rotas con los hijos y los parientes, de pecado sexual oculto, de conflictos con los vecinos y en la iglesia, de deudas abismales, de batallas con la depresión y la ansiedad, de pensamientos obsesivos y compulsivos y de pornografía en internet.

Entre más escuchaba más me convencía de que las cosas a las cuales estaba siendo expuesto en las vidas de mis estudiantes no solo eran individuales, eran sistémicas. Tomé la decisión de que iba a pastorear a mis estudiantes; iba a aplicar lo que fuera que estuviera enseñando a los pensamientos y motivos fundamentales de sus corazones. Me convencí de que es peligroso manejar la Escritura de cualquier otra manera. Sin embargo cuando me esforzaba para hacerlo así, muchas veces alguno de mis estudiantes conseguía hacerme retroceder. Un estudiante incluso hasta me confrontó enfrente de toda la clase

diciendo, “Profesor Tripp, nos estás predicando. Éste es un salón de clases del seminario lo que quiere decir que ésta no es tu iglesia y nosotros no somos tu congregación”. Sí, esto realmente sí sucedió.

Con los años he escuchado demasiado, “¿Vamos a tener que saber esto para el examen?” y no lo suficiente, “Ayúdame a entender cómo vivir a la luz de lo que nos estás enseñando ahora”. He recibido muchos ensayos arrogantes y seguros de sí mismos de mis estudiantes que se veían más como mi maestro que como mi estudiante. Leía y temblaba al pensar que muy pronto iban a ser el pastor de alguien. ¿Estaban todos mis estudiantes en alguna clase de problema espiritual personal? Por supuesto que no, pero muchos lo estaban y la mayoría de ellos no tenía ni idea, a pesar de que se estaban viendo en el espejo de la Palabra de Dios todos los días. Esta triste experiencia ha sido un motivador importante para escribir este libro. Me ha llevado a meditar en esta pregunta y hablar de esto con los demás: ¿qué es lo que está mal con la forma en la que buscamos preparar a las personas para el ministerio de la iglesia local?

¿QUÉ ESTAMOS HACIENDO CON LA PALABRA?

Tengo un amigo (de quien he escrito antes) que se convirtió en un apasionado cultivador de rosas. Su jardín de rosas era el más bello y saludable de la comunidad y tenía la mayor variedad de rosas. Hacía todo lo humanamente posible para podar, proteger y alimentar sus rosales para que estuvieran fuertes y fueran fructíferos. Durante la época, trabajaba muchas horas todos los días en sus rosales. Lo hacía con disciplina y perseverancia. Él mismo se decía que lo hacía porque amaba las rosas. No le importaba tener que madrugar o la jardinería que tenía que hacer, que en repetidas ocasiones lo mantenía ocupado hasta la noche. Su esposa pensaba que estaba tocado de la cabeza y sus amigos se preguntaban qué había en las rosas que habían atrapado a este tipo, pero nada parecía debilitar su resolución. Se conocía las direcciones de internet de todos los sitios importantes que hablaban de las rosas, era amigo de todos los buenos propietarios de viveros de su localidad y había llenado su cabeza con un sinfín de trivias sobre la historia, el buen estado de las rosas y su cuidado. Era capaz de hablar en un argot de rosas que necesitaba traducción si el oyente no era un experto en rosas.

Un viernes por la tarde, después de tres horas de trabajar con sus rosales, estaba viendo por la ventana mientras se lavaba las manos en el fregadero de la cocina, cuando de repente se impactó porque la única cosa que no había hecho con sus rosas durante todos esos años era disfrutarlas. Estudió el mundo de las rosas. Había cultivado la tierra alrededor de sus rosales. Había podado con cuidado sus setos. Había regalado muchas rosas a otras personas. Había

alimentado y regado sus rosas. Había tenido largas discusiones con otras personas que sabían de rosas. Había pasado tiempo en los invernaderos locales aprendiendo más y examinando los arbustos de laurel con la intención de comprarlos. Pero con todo el tiempo que había invertido en las rosas no se había tomado el tiempo para disfrutar el fruto de su labor. Se había vuelto un experto pero el despliegue de esa belleza, que era el objeto de todos sus esfuerzos, no lo había conmovido o cambiado.

Esa tarde, mientras estaba de pie junto a su fregadero, decidió que haría lo que no había tenido tiempo de hacer: disfrutaría sus rosas. La mañana siguiente decidió levantarse y salir y sentarse en su jardín de rosas – sentarse en frente de uno de los objetos de su trabajo – pero esta vez no iba a trabajar; se sentaría, observaría, escucharía y disfrutaría. Así que antes del mediodía se colocó enfrente de uno de sus rosales y por horas solo se sentó ahí. Se dio cuenta cómo cada rama de cada planta era única. Se dio cuenta de la curvatura individual y el lugar que cada espina ocupaba. Observó a la civilización de insectos que estaba en cada planta. Se dio cuenta del contraste entre el verde del nuevo crecimiento de los brotes nuevos y la corteza rugosa exterior de las ramas más viejas de la planta. La arquitectura precisa y delicada de cada botón lo impactó. No podía creer cómo cada pétalo amarillo no era realmente de un tono de amarillo sino que, de hecho, lo que le daba su apariencia amarilla era un lavado de tonalidades amarillas que lo atravesaban. Me dijo que parecería extraño decirlo pero sus horas enfrente de esos rosales lo cambiaron. Esas horas le devolvieron su vista; lo llevaron a ser agradecido, lo hicieron sonreír en el ámbito de su corazón, lo llenaron con misterio y alegría y, lo más importante, lo llevaron a adorar.

Verás, esos rosales nunca tuvieron la intención de ser un fin en sí mismos. No, esos rosales fueron diseñados para ser un medio para un fin. La gloria de los rosales no es la gloria máxima. No, es una *señal* de la gloria, como todas las demás cosas creadas. Toda la creación está destinada a ser un dedo que nos apunta hacia la gloria máxima, la única gloria que siempre puede satisfacer al corazón humano, la gloria de Dios. Mi amigo era un experto en rosas pero él no había visto ni la señal ni a lo que la señal apuntaba. Experto, pero no cambiado. Experto, pero sin un temor reverencial. Experto, pero no llevado por la adoración. Experto, pero con falta de gozo. Experto, pero no muy agradecido. Estas cosas eran una triste situación para un hombre que profesaba amar las rosas.

¿Podría ser que esto se parece mucho a lo que una educación en el seminario le podría hacer a sus estudiantes? ¿No es posible que los estudiantes del seminario se vuelvan expertos en un evangelio al que no están siendo expuestos y por el cual no están siendo cambiados? ¿No es peligroso enseñar a los estudiantes a estar cómodos con el contenido substancial de la Escritura al mismo tiempo que lo

mantienen separado de sus corazones y de sus vidas? ¿No es peligroso que los estudiantes lleguen a estar cómodos con el mensaje de la Biblia al mismo tiempo que éste no los quebrante, no les pruebe su culpabilidad y no los entristezca? ¿No es importante que los estudiantes del seminario se enfrenten todos los días con las implicaciones personales de este mensaje que están aprendiendo a analizar y que van a entregar a otros? ¿No es vital sostener ante los estudiantes, que están investigando la teología de Cristo, el llamado frecuente y consistente al amor por Cristo, amor que da forma a la vida? ¿Podría ser que muchos estudiantes en el seminario están demasiado ocupados con lo académico como para sentarse enfrente de la Rosa de Sarón en temor reverencial, amor y adoración? ¿Podría ser que al academizar la fe, sin darnos cuenta, hemos hecho del medio a un fin, el fin? ¿No debería cada institución cristiana de educación superior ser una congregación de fe que sea cálida, que estimule el desarrollo, que se centre en Cristo y que esté motivada por el evangelio? ¿Podría ser que, en vez de tener como nuestro cometido estudiantes que hayan dominado el Libro, nuestra meta fuera graduar estudiantes que han sido dominados por el Dios del Libro?

Isaías 55, uno de los más hermosos ofrecimientos de la gracia que se encuentran en la Biblia, justamente nos enfrenta con este punto:

Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será Mi palabra que sale de Mi boca; no volverá a Mi vacía, sino que hará lo que Yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié. Porque con alegría saldréis, y con paz seréis vueltos; los montes y los collados levantarán canción delante de vosotros, y todos los árboles del campo darán palmadas de aplauso. En lugar de la zarza crecerá ciprés, y en lugar de la ortiga crecerá arrayán; y será a Jehová por nombre, por señal eterna que nunca será raída. (versículos 10–13).

He escuchado muchos sermones, de la primera estrofa de esta gran promesa, que se han predicado. Es muy alentador saber que la Palabra de Dios no va a regresar vacía. Es muy motivador saber que las palabras de Dios siempre cumplen el propósito de Dios. Es maravilloso entender que no me tengo que preocupar por los resultados y las consecuencias. Es bueno saber que el Dios de la Palabra tiene un propósito para Su Palabra y que Él está detrás de Su Palabra, asegurando Su productividad. Todo esto es sorprendente y alentador, pero siempre me quedo un poco como un hombre loco cuando escucho a un predicador exponer esta declaración sin analizar la pregunta crítica que esta declaración deja. Declarar que la Palabra de Dios siempre va a cumplir su propósito te deja con la pregunta ineludible: ¿cuál, entonces, es su propósito? Simplemente no puedes entender la genialidad y la esperanza de este pasaje sin

responder esta pregunta. Verás, es muy posible y, desgraciadamente, bastante normal que usemos la Biblia de una forma no bíblica. Incluso teniendo en cuenta la intención que Dios le da, tú te puedes acercar, manejar y hacer uso de la Palabra de Dios en maneras que estén fuera de su propósito planeado.

La segunda estrofa de este pasaje contesta la pregunta que la primera plantea. Con hermosas descripciones vividas enfocadas en la naturaleza, nos llama a reconocer que el propósito máximo de la Palabra es la adoración. Esto tiene que ser así porque el profundo drama de este mundo arruinado, y de los portadores de la imagen que lo habitan, es un drama de adoración. La narrativa del evangelio se trata toda del latrocinio y de la restauración de la verdadera adoración, la razón por la cual se nos dio aliento, la adoración de Dios. La historia que la Palabra de Dios contiene garantiza un tiempo en el que toda la creación se inclinará con reverencia en adoración a Dios. Todo pecado es idolatría y la obra de la gracia es recuperar para Dios los deseos más profundos, las pasiones, los pensamientos y los motivos de nuestro corazón. Esto nos enfrenta al hecho de que el contenido y la teología de la Palabra de Dios no son un fin en sí mismos sino que deben verse como un medio hacia un fin. El fin que se pretende de este contenido es la adoración que honre a Dios y que moldee la vida.

Pero hay más que nos deja preguntando, “¿Cómo se produce esta adoración que sale profundo del corazón?” Aquí es donde el pasaje sigue adelante. Emplea una de las descripciones vividas más raras de la Biblia. Recuerda, la metáfora dominante es la caída de la lluvia y la nieve. De manera extraña este pasaje dice que cuando la lluvia desciende, la zarza crecerá ciprés y la ortiga crecerá arrayán. Ahora, piensa conmigo. Si tienes una pequeña zarza en tu patio y si la nieve y la lluvia la alimentan, ¿qué esperas obtener? La respuesta obvia es una zarza más grande. Si la lluvia y la nieve riegan la ortiga que está en tu patio, tú sabes que el resultado va a ser una ortiga más grande. Pero no es así con la Palabra de Dios; cuando esta lluvia cae en la zarza, ¡en realidad se convierte en algo orgánicamente diferente! El cuadro aquí es el de una transformación esencial, específica y personal.

Cuando la Palabra de Dios, que el pueblo de Dios enseña fielmente y a la que el Espíritu de Dios le da poder, desciende las personas se vuelven diferentes. La gente lujuriosa se vuelve pura, la gente temerosa se vuelve valiente, los ladrones se convierten en personas que dan, la gente demandante llega a ser un siervo, las personas iracundas se vuelven pacificadores, los quejumbrosos se vuelven agradecidos y los ídólatras llegan a adorar gozosamente al único Dios verdadero. El propósito final de la Palabra de Dios no es la información teológica sino la transformación del corazón y de la vida.

Los conocimientos bíblicos y la experiencia teológica no son, por lo tanto, el

fin de la Palabra sino un medio decretado por Dios hacia un fin y el fin es una vida radicalmente transformada porque en el centro de esa vida se ha recuperado la adoración. Esto quiere decir que es peligroso enseñar, hablar y hacer una exégesis de la Palabra sin tener en mente esta meta. Debe ser la meta de todos los profesores del seminario. Debe ser la oración de ellos por cada uno de sus estudiantes. Debe hacer que él o ella hagan súplicas pastorales a los estudiantes. Significa reconocer que el ministerio futuro de este estudiante nunca será forjado solo por su conocimiento y habilidad sino también, de manera inevitable, por la condición de su corazón.

Piensa en esto. Cuando un pastor se ha ido de su oficina y está en casa gritándole a su esposa, él no ignora el hecho de que su gritería está mal. En ese momento a él no le importa si está bien o si está mal porque algo más está gobernando su corazón. Cuando un pastor está respondiendo a los problemas de su iglesia en formas que son más políticas que pastorales, no es porque él ignore el egoísmo de esta respuesta, sino porque él está más comprometido en construir su reino que el de Dios. Cuando a un pastor se lo come la envidia por tener la posición ministerial de otro, él no le está dando lugar a la envidia porque ignore su peligro, sino porque su corazón ensimismado siente que tiene el derecho a lo que es una bendición y no un derecho.

¿Hemos logrado nuestra tarea de instrucción si producimos generaciones de graduados que tienen grandes cerebros teológicos pero corazones trágicamente enfermos? ¿No debemos mantener juntas la instrucción teológica y la transformación personal? ¿No debemos exigir que todos los salones de clases de los seminarios sean fieles al propósito que Dios previó para Su Palabra? ¿No deberían todos los profesores del seminario tener un amor pastoral por sus estudiantes? ¿No deberían todos los instructores anhelar que Dios los use para producir en cada uno de sus estudiantes un amor cada vez mayor por Cristo?

Estoy convencido de que la crisis de la cultura pastoral muchas veces comienza en la clase del seminario. Comienza con un manejo de la Palabra de Dios que se basa en la información y que es distante e impersonal. Comienza con pastores que, en sus años de seminario, llegaron a estar bastante cómodos manteniendo la Palabra de Dios distante de sus propios corazones. Comienza con los cerebros que llegan a ser más importantes que los corazones. Comienza con las calificaciones de los exámenes que son más importantes que el carácter. El problema con todas estas cosas es que son sutiles y engañosas. No existen en un mundo en blanco o negro de uno/u otro sino en un mundo desordenado de ambos/y. Sí, todos los profesores del seminario van a decir que se preocupan por los corazones de sus estudiantes. Todos nosotros diríamos que queremos estimular el amor por Cristo. La pregunta es, ¿esta meta moldea el contenido y el proceso de la educación teológica a la que nosotros mismos nos hemos entregado?

LA ESPECIALIZACIÓN DE LA EDUCACIÓN TEOLÓGICA

Si te regresaras, digamos, cien años, cada uno de los profesores en el salón de clases sería un clérigo. Hubiera llegado a la educación teológica por medio del pastorado. En estos hombres ardía un amor por la iglesia local. Llegaban al salón de clases portando la humildad y la sabiduría que solo habían ganado por los años que habían estado en las trincheras. Enseñaban con los corazones y las vidas teniendo a la vista a personas reales – las personas con las que habían llorado, con las que se habían enojado, con las que se habían regocijado y con las que habían contenido. Llegaban al salón de clases sabiendo que las más grandes batallas del ministerio pastoral se peleaban en el territorio de sus propios corazones. Eran pastores que fueron llamados, no para dejar el pastorado, sino para traer el amor y el celo pastorales al ecosistema de la educación teológica.

Pero con los años la educación teológica comenzó a cambiar. Se volvió más especializada y se dividió en departamentos. Con los años más y más profesores llegaron al salón de clases del seminario con poca o ninguna experiencia en la iglesia local. Se metieron al salón de clases, no porque fueran pastores con éxito y por lo tanto equipados para instruir y discipular a la siguiente generación. No, se metieron al salón de clases del seminario porque eran expertos en su campo. Así que la energía en el salón de clases no estaba clonando una nueva generación de pastores sino que estaba clonando expertos en apologética, ética, sistemática, historia eclesiástica e idiomas bíblicos. Ha sido un cambio sutil pero sísmico en la cultura del seminario y en la clase de resultados que produce. En algunas situaciones todo degenera en una cultura de pequeños reinos feudales (el reino de la sistemática o de la ética, etc.) con el profesor como el señor feudal, defendiendo el reino que él ha construido y protegiendo el territorio que él ha adquirido en contra de la expansión de otros reinos. El estudiante se matricula de reino en reino, asegurándosele siempre que el reino en particular de su actual centro de atención es el más importante para la salud de la federación de los reinos que conforman el mundo de la educación teológica. Es una cultura que está cargada políticamente, dada más al mantenimiento de las puertas que al pastoreo y más enfocada en la adquisición de información vital que en el desarrollo del carácter. Escribo estas cosas como un pastor con un corazón cargado que vivió en esta cultura durante veinte años. Sé que lo que he escrito va a hacer que algunos se enojen y sé que el sistema tiene una forma de alzarse para defenderse, pero es un precio que estoy dispuesto a pagar. Las apuestas son así de altas. El auto examen por parte del seminario es así de importante. La plática honesta es vital.

ASÍ QUE, ¿CUÁL ES EL PELIGRO?

El cristianismo academizado, que no está conectado al corazón de forma constante y que pone su esperanza en el conocimiento y la habilidad, puede realmente volver peligrosos a los estudiantes. Los equipa con conocimiento y habilidades poderosas que pueden hacer que los estudiantes piensen que son más maduros y piadosos de lo que realmente son. Arma a los estudiantes con las armas de la guerra espiritual que, si no se usan con humildad y gracia, van a dañar a las personas a las que están destinadas a ayudar.

Permíteme enumerar las cosas que pueden suceder en las vidas de los estudiantes y en las que el ambiente del seminario no ha sido del todo fiel a la intención que Dios tiene para Su Palabra. Voy a escribir solo un par de oraciones para cada uno.

1) CEGUERA ESPIRITUAL

Ya que la ceguera ciega, y los que están cegados por el pecado, tienen la tendencia a estar ciegos a su ceguera, es peligroso manejar las verdades de la Palabra sin pedirles a los estudiantes que se vean en el espejo de la Palabra y para que se vean como realmente son. Los estudiantes que no hacen esto van a entrar al ministerio convencidos que están preparados para arreglar al mundo, pero no van a reconocer que ellos necesitan ser arreglados tanto como cualquiera de los que han sido llamados a ministrar.

2) LA JUSTICIA PROPIA TEOLÓGICA

Para los estudiantes a quienes no se les ha exigido que confiesen que es más fácil aprender teología que vivirla, es tentador pensar que la madurez es más un asunto de conocimiento que un asunto de vida. Piensan que la piedad es más un asunto de lo que tú intelectualmente captas que un asunto de cómo tú vives tu vida. Así que, inflados de conocimiento, con engreimiento, piensan que están bien.

3) UNA RELACIÓN PERSONAL DISFUNCIONAL CON LA PALABRA

En algún lado de su educación teológica, el estudiante pierde su relación devocional no solo con la Palabra sino también con el Dios de la Palabra. El estudio de la Palabra se vuelve más un mundo de ideas correctas que un mundo de sumisión al Señor, cuyas ideas Él introduce y define.

4) LA FALTA DE LA NECESIDAD PERSONAL DEL EVANGELIO

Ya que el estudiante ha llegado a pensar de sí mismo que es más maduro de lo que realmente es por el conocimiento que ha adquirido, no se acerca a la Palabra

de Dios con una devoción y con una necesidad en el corazón. Su estudio de la Palabra lo lleva una y otra vez a su escritorio, pero rara vez lo lleva a arrodillarse.

5) IMPACIENTE CON LOS DEMÁS

He escrito y dicho muchas veces que nadie da mejor la gracia que la persona que está profundamente convencida de que ella misma necesita la gracia. Las personas que son fariseos tienden a ser personas que critican, que son arrogantes e impacientes con los demás.

6) LA PERSPECTIVA EQUIVOCADA SOBRE EL MINISTERIO

Por todo esto, el ministerio se basa más en la exactitud teológica que en la adoración del Señor Jesucristo y el amor por Él. El sermón se vuelve más un discurso teológico que una exposición de la gracia del evangelio y una súplica para correr en busca del Salvador. Desgraciadamente, muchas veces se basa más en la pasión por las ideas que en el amor por las personas y por Cristo.

7) NINGUNA COMUNIÓN VIVA CON CRISTO

Todo puede finalmente degenerar en un cristianismo que tiene menos de Cristo y que pone su esperanza en la teología y las reglas y de alguna manera olvida que, si la teología y las reglas tuvieran el poder para transformar el corazón de los idólatras, Jesús nunca hubiera tenido que venir, vivir, morir y resucitar. Termina con que el medio se convierte en el fin y con un cristianismo sin ningún de poder contra el mundo, la carne y el diablo.

¿Y AHORA QUÉ ES LO QUE SIGUE?

Para nada estoy sugiriendo que el currículum del seminario tenga que ser deshecho. Todas las áreas de estudio que conforman la educación en el seminario son vitales. Lo que estoy sugiriendo es que la pasión que los pastores tengan por los estudiantes debe moldear la manera en que el contenido de la educación del seminario se entregue y se aplique. Lo que estoy sugiriendo es que los profesores de los seminarios se comprometan con formar una congregación con sus estudiantes y que siempre enseñen teniendo en mente el corazón y el poder transformador del evangelio como su esperanza. Lo que estoy sugiriendo es que el estudiante del seminario debe sentir que sus profesores lo conocen y lo aman y que, en el proceso de su educación, va a llegar a conocer su corazón y a su Señor de una forma más profunda y más plena. Lo que estoy sugiriendo es

que los salones de clases del seminario deben ser lugares tanto para la educación como para la adoración. Lo que estoy sugiriendo es que los profesores deben predicarles a sus estudiantes y los deben pastorear. Lo que estoy sugiriendo es que la formación espiritual no es un departamento de educación teológica o un curso en particular. No, la meta de la formación espiritual debe teñir el contenido de cada área de estudio. Por último, lo que estoy sugiriendo es que cada curso de estudio mantenga enfrente de cada estudiante a un Salvador hermoso cuya belleza por sí sola tiene el poder de aplastar cualquier otra belleza que pudiera conquistar su corazón.

CAPÍTULO CUATRO

MÁS QUE CONOCIMIENTO Y HABILIDAD

He escuchado la historia una y otra vez. El resumen siempre es el mismo: “Finalmente nos hemos dado cuenta que llamamos (contratamos) a alguien que no conocíamos”. La historia más reciente es bastante típica. El pastor principal, el día de hoy de unos sesenta años, sabía que su tiempo para retirarse del púlpito se estaba acercando. Se formó un comité de búsqueda que comenzó a desarrollar el criterio que iban a usar para el escrutinio de los aspirantes. La plaza vacante se publicó por medio de la red de la iglesia y el proceso comenzó. Aparte de las pocas líneas que eran vagas y demasiado generales, las dos páginas que describían el perfil del hombre que estaban buscando mostraban poco interés en el hombre mismo. Llegar a conocer el corazón del hombre, cuya impresionante lista de conocimientos y habilidades se esperaba que saltara de la página de la solicitud, simplemente no era parte, de una manera indispensable, del proceso de búsqueda.

Había emoción en la junta del comité de búsqueda cuando el jefe del comité presentó la solicitud del hombre que parecía, en todos los sentidos, encajar en su perfil. No solo tenía la instrucción correcta, el conjunto adecuado de habilidades y lo que parecía ser la filosofía ministerial adecuada para adherirse a su iglesia y hacer crecer su iglesia, sino que él también había llegado con un resumen de la experiencia que había tenido en el ministerio en una diversidad de trayectorias. Para el final de la junta, el grupo de búsqueda había decidido enviar a una delegación para que escuchara al hombre predicar y obtener una lectura de cómo estaba marchando su iglesia presente. Después de escucharlo hablar la primera mañana del domingo, para el comité era seguir adelante a todo vapor. Les encantó la manera en la que manejaba el pasaje y varios miembros del comité comentaron que su predicación les recordaba a su pastor que se jubilaba. No pasó mucho tiempo antes de que lo invitaran a predicar a la iglesia que lo llamaba, seguido de una entrevista el lunes por la mañana y una invitación después esa semana para ser el nuevo pastor principal de la iglesia. Sí, hubo entrevistas superficiales con los ancianos y los diáconos y el grupo tuvo una oportunidad para conocer a su familia, pero la realidad es que una vez que él armonizó con su perfil de conocimientos, experiencia y habilidad, al comité le fue difícil escuchar u oír cualquier cosa que se interpusiera en el camino de ofrecerle un llamamiento.

Los primeros meses de su ministerio en esta nueva iglesia estuvieron llenos

de entusiasmo y esperanza. Parecía como si Dios hubiera provisto justo la persona correcta. Había una cosa que puso a pensar a algunas personas perceptivas: la esposa del nuevo pastor no parecía ni cómoda ni feliz. No se estaba uniendo a las damas de la iglesia y parecía que solo participaba en las actividades obligatorias del tipo “la esposa del pastor debe estar ahí”. El no estaba tanto tiempo en la oficina como lo había anticipado el personal y era, por lo tanto, difícil de localizar, pero estas cuestiones parecían problemas menores. “Ocho meses y nadie ha sido invitado a su casa o ha pasado tiempo con ellos socialmente,” fue el comentario interesado de un viejo y sabio anciano que se reunió a tomar café con otro líder. Era claro que el nuevo pastor odiaba las juntas y que se sentía socialmente incómodo en los escenarios informales. Durante la semana pasaba la mayor parte de su tiempo estudiando en la oficina que tenía en su casa y, por lo general, solo se aparecía en la iglesia para las juntas del personal los jueves y para los servicios del domingo. El personal tuvo que aprender a desempeñarse sin él y los practicantes se sentían abandonados. En público parecía como el prototipo del pastor experimentado y calificado, pero el personaje público y el hombre en privado estaban comenzando a chocar y nadie parecía saberlo.

Al final del primer año, anunció que su esposa se iba de casa por un tiempo para estar con sus padres. Dijo que sentía que era demasiado pronto para que él se tomara un tiempo de descanso, así que ella y los niños se irían por un par de semanas y que él se las arreglaría por su cuenta. Nadie pensó mucho en eso y le estuvieron dando de comer para que no muriera de hambre en la ausencia de su esposa. Cuando dos semanas se extendieron a cuatro, esto hizo que la gente se cuestionara pero no se hicieron muchas preguntas. No pasó mucho tiempo después de que su esposa regresó que comenzó a pedir oración por su familia y por las tensiones “normales” que los pastores viven entre la familia y el ministerio. Mientras tanto, su esposa no parecía estar mejor ajustada a su nuevo hogar en el ministerio o más cerca del grupo de personas semejantes a ella que había en la iglesia.

Su aislamiento anormal del personal y de los líderes de la iglesia, y la incomodidad anormal de su esposa con su nueva congregación eclesiástica, se volvieron la nueva normalidad. Todos parecían ajustarse y olvidar lo que había sido y lo que podía ser. El personal aprendió a descargar todo su trato indispensable con el pastor principal hasta los jueves, los practicantes aprendieron a hacerlo a su manera y la congregación parecía contenta con las reuniones públicas que funcionaban bien. El “menos de lo que debería ser” se convirtió en el “podemos hacer que esto funcione”. Esto es a menudo la manera en que se da.

Estoy convencido de que la gran crisis de la iglesia de Jesucristo no es qué fácilmente estamos insatisfechos sino que somos demasiado fáciles de satisfacer.

Tenemos una habilidad asidua y aviesa para hacer que funcionen las cosas que no funcionan y que no deberían estar funcionando. Aprendemos a ajustar las cosas que deberíamos alterar. Aprendemos a estar bien con las cosas que deberíamos estar enfrentando. Preferimos estar cómodos que pedirle a la gente que rinda cuentas. Nos engañamos a nosotros mismos pensando que las cosas están mejor de lo que están y al hacerlo así comprometemos el llamamiento y los estándares del Dios que decimos que amamos y servimos. Como gente enferma que le tiene miedo al doctor, recopilamos evidencia que apunta hacia que estamos sanos cuando realmente, en lo más profundo de nuestro ser, sabemos que estamos enfermos, así que nos conformamos con un humano segundo lugar cuando Dios, en Su gracia, nos ofrece mucho más.

Cuatro años habían pasado y la evidencia iba aumentando y era inevitable que algo estaba mal en el corazón y la vida de este hombre y de su familia. Muchas veces se veía abatido y distraído. Se había vuelto menos paciente y se irritaba más fácilmente con los que trabajaban con él y, con frecuencia, se veía como si su esposa estuviera a punto de llorar. Él discretamente les preguntó a los diáconos si había un fondo que lo pudiera ayudar a conseguir consejería para él y su esposa y el dinero se le dio con gusto. El círculo de personas más allegadas se alentó por el hecho de que la pareja estuviera buscando ayuda, mirando al pasado meses después, estaban agradecidos de que se hubiera evitado una crisis. Pero no se había evitado.

La llamada que ningún anciano quiere recibir le llegó al jefe de la junta de los ancianos la tarde de un sábado de un frío invierno. Era el pastor preguntando si existía alguna posibilidad de encontrar a alguien que lo sustituyera al día siguiente (dos sermones en la mañana y una charla sobre las misiones a la hora del almuerzo). El anciano erróneamente pensó que su pastor debía estar físicamente enfermo, así que cuando el pastor le dijo que era una emergencia familiar, el alma se le fue al piso. Poco sabía de lo que los siguientes días traerían.

El lunes el pastor convocó una reunión de emergencia con el comité ejecutivo de la junta y le contó lo que estaba pasando. El sábado la esposa del pastor le había dado un ultimátum: “Soy yo o tu ministerio. Tienes que escoger uno u otro porque no vas a tener ambos”. Siguió diciendo que ya no podía más. No podía lidiar con la enorme falta de conexión entre su vida pública y su vida privada. Dijo que estaba exhausta de fingir que las cosas estaban bien cuando estaban todo menos bien. Estaba harta de escuchar que su esposo, de forma constante, les pidiera a las personas hacer cosas que él no estaba haciendo. Odiaba la nueva ciudad en la que vivía y con amargura le recordaba a su esposo que ella le había rogado que no la desarraigara a ella y a los niños. Después de desahogarse con él, entonces le dijo que no estaría en la iglesia el domingo ni

ningún otro domingo por venir. Se había terminado. Y él iba a tener que hacer de ella y de los niños el centro de su atención “por primera vez en muchos años”.

“Tiene razón,” dijo él con la cabeza inclinada. “Ha pasado demasiado tiempo. No sé si ésta sea mi renuncia, una petición para un permiso para ausentarme o solo un grito de ayuda, pero no podemos seguir haciendo lo que hemos estado haciendo. Mi esposa está en casa empacando. Se va con los niños a casa de su mamá y yo planeo ir también, tan pronto como esta junta se termine y haya puesto en orden varias cosas del ministerio.” El sorprendido comité ejecutivo no debió haberse sorprendido. Debía haberlo sabido. Debieron haber guiado, aconsejado y protegido. Debieron haber advertido y alentado. Debieron haber servido y rescatado. Pero habían contratado a un hombre que no conocían, que tenía un matrimonio que ellos no conocían y con una esposa que estaba más atribulada de lo que ellos sabían. Un cúmulo de conocimientos los convenció, la historia de la experiencia en el ministerio y las obvias habilidades para el ministerio. Hicieron suposiciones que no debieron haber hecho. No hicieron preguntas que debieron haber hecho. Conocían el curriculum del hombre pero no conocían su corazón. Si lo hubieran conocido, nunca lo hubieran llamado porque hubieran sido capaces de predecir con lo que ahora ellos estaban lidiando.

No tuvieron conocimiento de las peleas, que se daban a la medianoche entre su potencial pastor y su esposa, que habían llevado a que él aceptara el llamado. Ellos no sabían que el aislamiento que el personal y los practicantes habían estado sufriendo también era la experiencia de cada miembro de la familia del pastor. Ellos no sabían que la razón por la cual él había buscado y había aceptado este nuevo puesto era porque su relación con su esposa ya había comenzado a desintegrarse y ella ya estaba comenzando a caer emocional y estremitosamente. Ellos no sabían que ella se había devastado cuando él aceptó el llamado y que él estaba convencido que ésta era la única forma de rescatar su matrimonio y su familia. Las palabras clave que desataron la crisis de esa iglesia local, y de muchas otras iglesias que están pasando por cosas similares, son “ellos no sabían”.

¿QUÉ HACEN LOS PASTORES QUE TENGAN ÉXITO?

Estoy convencido que mucho del problema en situaciones como ésta es una definición no bíblica de los ingredientes indispensables para el éxito ministerial. Por supuesto, en el perfil de su candidato había un renglón que requería, “Un caminar vivo con el Señor”, pero estas palabras las debilitó un proceso que hacía pocas preguntas en esta área mientras que hacía grandes suposiciones. Ellos realmente estaban interesados en su conocimiento (la teología correcta), en su habilidad (buen predicador), en la filosofía del ministerio (va a edificar a la

iglesia) y en la experiencia (se está fogueando en nuestro puesto ministerial). En virtud de lo que hacemos, muchas veces he escuchado a los líderes eclesiales decirme, en momentos de crisis pastoral, “No conocíamos al hombre que contratamos”.

¿Qué quiere decir conocer al hombre? Significa conocer la verdadera condición de su corazón (tanto como sea posible). ¿Qué es lo que él realmente ama y qué es lo que desprecia? ¿Cuáles son sus esperanzas, sueños y temores? ¿Cuáles son los profundos deseos que alimentan y moldean la forma en la que él hace el ministerio? ¿Cuáles son las ansiedades que tienen el potencial de descarrilarlo o paralizarlo? ¿Qué tan exacta es su opinión de él mismo? ¿Está abierto a la confrontación, a la crítica y a alentar a los demás? ¿Está comprometido con su propia santificación? ¿Está abierto con respecto a sus propias tentaciones, debilidades y fracasos? ¿Está listo para escuchar la sabiduría de los demás y admitirla? ¿Ve el ministerio pastoral como un proyecto colectivo? ¿Tiene un corazón sensible y amoroso? ¿Es cálido y hospitalario, un pastor y un campeón para los que están sufriendo? ¿Qué cualidades de carácter usan su esposa y sus hijos para describirlo? ¿Su propia predicación le enseña? ¿Su corazón está quebrantado y su conciencia con regularidad se duele cuando se ve a sí mismo en el espejo de la Palabra? ¿Qué tan fuerte, consistente, gozosa y entusiasta es su vida devocional? ¿Su ministerio hacia los demás fluye de la vitalidad de su comunión devocional con el Señor? ¿Se pone estándares altos o está dispuesto a darle paso a la mediocridad? ¿Es sensible a la experiencia y a las necesidades de los que ministran junto a él? ¿Es alguien que encarna el amor y la gracia del Redentor? ¿Pasa por alto las ofensas menores? ¿Está listo y dispuesto a perdonar? ¿Es crítico y moralista? ¿El pastor que se presenta en público es una persona diferente del esposo y del papá que es en privado? ¿Cuida su persona física? ¿Se enajena con demasiados medios sociales o la televisión? Si él dijera, “Si solo tuviera _____”, ¿qué pondría en el espacio? ¿Qué tanto éxito ha tenido al pastorear la congregación que forma su familia?

Verás, es absolutamente vital recordar que el ministerio de un pastor nunca se forja solo por su conocimiento, experiencia y habilidad. También se forja por la verdadera condición de su corazón. De hecho, si el corazón no está en el lugar correcto, todo el conocimiento y la habilidad pueden, de hecho, actuar para volverlo peligroso. Examinemos la situación que he estado analizando por ti.

El problema no era la esposa del pastor, aunque ella tenía importantes problemas del corazón con los cuales tratar. El problema no era que él constantemente tuviera un matrimonio lleno de problemas. El problema no era su aislamiento de los compañeros del ministerio y del cuerpo de Cristo. Todas estas cosas eran las señales y los síntomas de un problema mucho más profundo y primordial. El problema era un problema del corazón, uno que tendría un

inevitable efecto negativo en su ministerio. Su problema era un problema vertical. Tenía que ver con el carácter y el contenido de la relación de este pastor con Dios.

El problema era que el pastor tenía una falta de comunión con Cristo, una comunión que fuera entusiasta, humilde, necesitada, alegre, digna de honra y absorbente. Fue como si Jesús se hubiera salido del edificio. Había toda clase de conocimiento y habilidades ministeriales pero parecía que estaban divorciadas de una comunión viviente con un Cristo vivo y omnipresente. Todo este conocimiento, habilidad y actividad parecían estar alimentados por algo que no era el amor por Cristo y una profunda gratitud perdurable por el amor de Cristo. De hecho, todo era terriblemente impersonal. Todo se trataba del contenido teológico, la exactitud exegética, los compromisos eclesiásticos y el avance institucional. Se trataba de preparar el siguiente sermón, tener clara la siguiente reunión y llenar las vacantes del liderazgo que fueran necesarias. Se trataba de presupuestos, planes estratégicos y asociaciones para el ministerio. Ninguna de estas cosas está mal en sí misma. Muchas de ellas son indispensables. Pero nunca deben ser un fin en sí mismas. Nunca deben ser el motor que impulse el vehículo. Todas deben ser una expresión de algo mucho más profundo y eso más profundo debe residir en el corazón del pastor principal. Debe encender y alimentar su ministerio en todos los niveles y lo que encienda su ministerio también debe encender cada aspecto de su vida personal.

El pastor debe ser conquistado por un temor reverencial – puedo decirlo: enamorado – de su Redentor para que todo lo que piense, desee, escoja, decida, diga y haga sea motivado por el amor por Cristo y la seguridad del descanso en el amor de Cristo. Regularmente debe exponerse, humillarse, asegurarse y descansar en la gracia de su Redentor. Su corazón tiene que ser ablandado, día tras día, por su comunión con Cristo para que él llegue a ser un líder en el servicio que sea tierno, amoroso, paciente, perdonador, consolador y dador. Su meditación en Cristo – Su presencia, Sus promesas y Su provisión – no la debe reprimir su meditación en cómo hacer que su ministerio funcione.

Verás, es solo el amor por Cristo lo que puede defender el corazón del pastor contra todos los demás amores que tienen el potencial de secuestrar su ministerio. Es solo la adoración de Cristo la que tiene el poder de protegerlo de todos los ídolos seductores del ministerio que susurrarán a su oído. Es solo la gloria del Cristo resucitado la que lo guardará contra su propia gloria, que es una tentación para todos los que están en el ministerio y que destruye el ministerio de tantos. Solo Cristo puede cambiar a un graduado del seminario que es arrogante y que está “listo para el mundo”, en una persona que dé gracia y que sea paciente y humilde. Solo una profunda gratitud por un Salvador sufriente puede hacer que un hombre esté dispuesto a sufrir en el ministerio. Es solo un corazón que está

satisfecho en Cristo el que puede estar espiritualmente contento con las dificultades del ministerio. Es solo en tu quebrantamiento ante tu pecado que puedes dar gracia a los otros rebeldes a los que Dios te ha llamado a ministrar. Es solo cuando tu identidad está firmemente arraigada en Cristo que estás libre de tratar de conseguir tu identidad en tu ministerio.

Debemos tener cuidado con la manera en la que definimos la disponibilidad ministerial y la madurez espiritual. Hay un peligro al pensar que el graduado del seminario, que ha sido bien educado y entrenado, está listo para el ministerio o al confundir el conocimiento del ministerio, las ocupaciones y la habilidad con la madurez espiritual personal. La madurez es un asunto vertical que va a tener una amplia variedad de expresiones horizontales. La madurez se trata de la relación con Dios que resulta en una vida sabia y humilde. La madurez del amor por Cristo se expresa en el amor por los demás. El agradecimiento por la gracia de Cristo se expresa en gracia hacia los demás. La gratitud por la paciencia y el perdón de Cristo te permite ser paciente y perdonar a los demás. Tu propia experiencia de todos los días, de la liberación que el evangelio da, es lo que te da una pasión para que las personas experimenten la misma liberación.

Ya que todo esto es cierto, estas cosas tienen que ponerse en primer plano en la solicitud y examen de todos los candidatos a pastor. No estamos llamando al ministerio a las habilidades, al conocimiento y a la experiencia. Estamos llamando a personas íntegras que vivan con el corazón y cuyos ministerios siempre vayan a estar forjados y dirigidos por alguna clase de adoración. Estamos llamando a personas que están en medio de su propia santificación y que todavía luchan con el poder seductor y engañoso del pecado. Estamos llamando a personas que enfrentan las trampas diarias de un mundo que simplemente no está actuando de la manera en la que Dios lo planeó. Estamos llamando a personas a quienes Dios va a llamar a la adversidad para su bien redentor y para Su gloria. Estamos llamando a personas que están en relaciones íntimas, todos los días, con otros pecadores. Estamos llamando a personas capaces de perder el rumbo, capaces de auto engañarse y capaces de ser tentadas a ser autosuficientes y mostrar su propia justicia. Estamos llamando a personas que arrastran sus sentimientos de previas experiencias en el ministerio y de sus interpretaciones de las mismas, a este nuevo lugar para su ministerio. Estamos llamando a personas que están tan desesperadamente necesitadas del perdón, la transformación, la capacitación y la gracia liberadora como cualquiera de las personas a las que les van a ministrar. Estamos llamando a personas, personas reales que todavía no son graduadas de la gracia.

Así que tenemos que conocer, realmente conocer, a las personas a las que ponemos en los puestos de liderazgo espiritual y cuidado del pueblo de Dios.

ALGUNOS EJEMPLOS BÍBLICOS

Al examinar la Escritura se desprende que la productividad o el fracaso en el liderazgo rara vez se trata solo del conocimiento, la estrategia, la habilidad y la experiencia. Considera lo que se dice de Abraham en Romanos 4. Dios lo escogió para que recibiera Sus promesas del pacto. Se le dijo que su descendencia sería como la arena a la orilla del mar. Sin embargo su esposa era una mujer muy anciana, estaba mucho más allá de la edad fértil y todavía no había dado a luz al hijo que continuaría su dinastía. Romanos 4 nos dice algo muy importante acerca del corazón de Abraham. Piensa en esto: cuando a ti y a mí Dios nos llama a esperar durante un periodo más largo como lo hizo con Abraham, con mucha frecuencia para nosotros nuestra historia de espera es una crónica de una fe que cada vez se debilita más. Entre más tiempo tengamos para pensar en lo que estamos esperando, más tiempo tendremos para reflexionar en cómo no tenemos la habilidad para cumplirlo: y cuanto más tiempo tengamos para preguntarnos por qué hemos sido seleccionados para esperar, más se debilita nuestra fe. Pero no fue así con Abraham. En este pasaje se nos dice que durante este tiempo de espera prolongada, de hecho, su fe hizo se fortaleció y el pasaje nos dice porqué. En vez de meditar en la imposibilidad de su situación, Abraham meditó en el poder y el carácter de Aquél que había hecho la promesa. Entre más dejaba que su corazón se deleitara en la gloria de Dios, más se convencía de que estaba en buenas manos. En vez de un ciclo de desaliento y desesperanza, la historia de Abraham fue una de aliento y esperanza. ¿Por qué? Porque él meditó en lo correcto.

¿Qué hay en cuanto a José, a quien había escogido para que fuera Su instrumento para preservar a los hijos de Israel del hambre y la extinción que resultaría? Cuando la esposa del gobernante egipcio, Potifar, lo sedujo, no se rindió. ¿Por qué? No fue por temor a las consecuencias o por lo que había aprendido de las experiencias pasadas o por su habilidad para negociar las complicadas relaciones del palacio. Génesis 39 nos dice claramente lo que motivó a José en este momento de tener que tomar una decisión crítica en su vida. Verás, él pudo resistir por la profunda devoción que tenía en su corazón por su Señor. Su corazón no estaba gobernado por el placer horizontal sino por la adoración vertical. No podía concebir hacer tal cosa malvada contra Dios. Una gloria mayor que las glorias temporales del mundo creado habían tomado su corazón; y de esta manera dijo un no inmediato, enérgico y desde el corazón.

O piensa en Moisés cuando está enfrente de la zarza ardiente. Dios había escogido a Moisés para que fuera Su instrumento de redención, para guiar a Israel a salir de la cautividad y entrar a la tierra prometida. Pero Moisés no está ni dispuesto ni ilusionado. Éxodo 3 y 4 registra el debate que Moisés tiene con

Dios. La evaluación personal de Moisés es que él es completamente incapaz, que no está ni completamente preparado ni calificado para hacer lo que Dios lo ha llamado a hacer. La respuesta de Dios es simple: “Yo iré contigo”. La conclusión de Moisés es así de simple: “¡Ay, Señor! envía, te ruego, por medio del que debes enviar” (4:13). Moisés dice esto incluso después de que Dios le ha dado una demostración de primera mano del poder que va a estar a su disposición por ser el instrumento escogido de Dios. ¿Qué está pasando aquí? Toda su educación egipcia no está protegiendo a Moisés. La riqueza de su conocimiento de la cultura egipcia no lo está motivando. Su entendimiento personal de la política de palacio no lo está animando. Ninguna de estas cosas está ayudando a Moisés en este momento porque el temor de su propio corazón lo está traicionando. Y es solo frente a la ira de Dios que Moisés finalmente va.

O piensa en el ejército de Israel en el valle de Ela, armado para la batalla pero demasiado temeroso para pelear. Estaba ahí como el ejército escogido del Dios altísimo, el Señor de los Ejércitos, temeroso de enfrentar al campeón filisteo. Era un ejército que sufría de un trágico caso de amnesia de la identidad. Olvidaron quienes eran. Olvidaron las promesas que se les habían dado. Y porque lo hicieron, dedujeron, mientras evaluaban el momento, una ecuación espiritual que era falsa. No eran estos enclenques soldaditos contra este enorme gigante; era este enclenque gigante contra el Dios Todopoderoso. Primero de Samuel 17 escribe una crónica de la llegada de David. Este pastor, que estaba ahí para entregarles unas provisiones a sus hermanos, era un hombre de fe, un hombre que había vivido el poder libertador de Dios. Así que David no podía entender porqué el ejército no estaba luchando. En un acto de valor, que es posible solo para alguien que sabe quién es él como el hijo de Dios, y descansa en lo que se le ha dado, David camina hacia el valle para enfrentar a Goliat sin nada más que una honda de pastor. David está deduciendo la ecuación espiritual correcta y sabe que Dios va a entregar al campeón filisteo y a su ejército en su mano. David sabe que él no pelea a la sombra de la gloria de Goliat sino en el resplandor de la gloria de Dios. Es la valentía de la fe que reside en su corazón la que lo impulsa hacia ese valle.

O recuerda a Elías quien, después de la gran victoria sobre los profetas de Baal en el Monte Carmel, se encuentra solo, desalentado y sin esperanza y desea morir. Primero de Reyes 19 nos plasma a este patético profeta que ha perdido por completo el rumbo y está convencido que es el fin. No puede ver la salida. Está convencido que él es el único hombre justo que queda y desde su ventajosa perspectiva parece como si el mal fuera a triunfar. Dios ha venido a Elías y lo ha hecho volver en sí. No está solo; la obra de Dios no está acabada. Al fin de cuentas el mal no va a triunfar. Hay siete mil fieles que todavía han quedado para llevar la palabra de Dios.

Piensa en lo que Pablo dice en cuanto a su oposición a Pedro, quien estaba a punto de comprometer un principio básico del evangelio porque tenía miedo de lo que cierto grupo de personas pensarían y cómo le responderían a él. Estaba a punto de actuar de una manera que iba a contradecir de manera directa el mensaje que él estaba llamado a representar, no porque le faltara el conocimiento, la experiencia o la habilidad sino porque, en ese momento, su corazón estaba gobernado más por el temor horizontal que por la creencia vertical.

En cada caso, con cada líder, lo que hace la diferencia en los momentos cruciales de decisión es la condición del corazón de la persona. El corazón es el elemento decisivo e ineludible del ministerio. Pon juntos a dos hombres que tengan exactamente el mismo conjunto de entrenamiento, experiencia y habilidad y sería fácil concluir que van a responder de manera similar al estira y afloja del ministerio de la iglesia local. Esto sería fácil de concluir pero sería peligroso. El potencial que hace la diferencia importante en la forma en la que estos hombres actúan como pastores es tan amplio como el catálogo de cosas que pueden gobernar el corazón de una persona que está en el ministerio. Sería ingenuo pensar que el ministerio pastoral siempre está motivado por el amor por Cristo y Su evangelio. Sería simplista concluir que las personas que están en el ministerio tienen un amor natural y duradero por la gente. Sería peligroso concluir que todos en el ministerio están trabajando para que el gran reino avance. Es importante reconocer que muchas personas que están en el ministerio han sido seducidas por su propia gloria y han perdido de vista la gloria de Dios. No todas las personas que están en el ministerio hacen su trabajo con un sentimiento de humildad reconociendo su propia necesidad. Los ministerios se descarrilan porque los líderes comienzan a pensar que han tenido éxito y no hacen aquello que los protegería y que les advierten a todos los demás que hagan. Sería ingenuo pensar que los pastores están libres de las tentaciones sexuales, del temor del hombre, de la envidia, de la codicia, del orgullo, de la ira, de la duda contra Dios, de la amargura y de la idolatría. Es vital recordar que todos los pastores están en proceso de ser reconstruidos por la gracia de Dios.

Así que es indispensable conocer el corazón del hombre que está detrás del conocimiento, la habilidad, la experiencia y la estrategia ministerial antes de que lo llames a pastorear el rebaño de Dios. Puedes estar seguro que, como los líderes de Dios de antaño, él va a enfrentar momentos de decisiones cruciales, tanto personales como del ministerio. En esos momentos importantes lo que va a triunfar y lo que va a determinar lo que él va a hacer va a ser su corazón porque, como cualquiera, es ineludiblemente cierto que lo que gobierne su corazón va a dirigir su vida y su ministerio. Es vital ir mucho más allá del perfil que surge de la información en su currículum.

CAPÍTULO CINCO

ARTICULACIONES Y LIGAMENTOS

Pastor, ¿alguna vez te has preguntado quién eres y qué necesitas espiritualmente? ¿O alguna vez has pensado en tu pastor y te has preguntado, quién es mi pastor y qué es lo que él necesita para que pueda permanecer espiritualmente saludable y crecer en la gracia? ¿Es correcto y saludable que en muchas iglesias la realidad práctica sea que el que menos reciba del ministerio del cuerpo de Cristo sea el pastor? ¿Parece lo mejor que a la mayoría de los pastores se les permita vivir fuera del cuerpo de Cristo o por encima de él? Si cada pastor es, de hecho, un hombre que está en medio de su propia santificación, ¿no debería estar recibiendo la cobertura normal del ministerio indispensable del cuerpo de Cristo que Dios ha decretado que reciba cada miembro de la iglesia? ¿Hay algún indicio en el Nuevo Testamento de que el pastor sea la excepción a las reglas normales que Dios ha diseñado para la salud y crecimiento de Su pueblo? ¿Es posible que hayamos construido una clase de relación del pastor con su congregación que no pueda funcionar? ¿Podría ser que estuviéramos pidiendo algo de nuestros pastores que ellos no sean capaces de hacer? ¿Es bíblico decirles a los pastores que no van a poder ser amigos de nadie, que deben vivir en un aislamiento que nosotros diríamos que no es saludable para nadie más?

EL CIEGO GUIANDO AL CIEGO

Solo tienes que tomar en serio lo que la Biblia tiene que decir sobre la presencia y el poder del pecado remanente para conocer el gran peligro de permitirle a cualquiera vivir separado del ministerio indispensable del cuerpo de Cristo, mucho menos a la persona que está encargada de liderar, guiar y proteger ese cuerpo como el representante de Cristo. Si Cristo es la cabeza de Su cuerpo – y lo es – entonces todo lo demás solo es cuerpo. El pastor más influyente o el líder ministerial es un miembro del cuerpo de Cristo y, por lo tanto, necesita lo que los otros miembros del cuerpo necesitan. No hay ningún indicio en el Nuevo Testamento de que el pastor sea la excepción a la regla de todo lo que se dice sobre la interconectividad y sobre el ministerio necesario del cuerpo de Cristo. Lo que es cierto para los miembros aparentemente menos importantes del cuerpo también es cierto para el pastor. Una cultura intencionada en la separación y el aislamiento del pastor no es ni bíblica ni espiritualmente saludable.

Déjame sugerir un pasaje, del que he escrito antes, que de manera poderosa

refuerza este punto. Es Hebreos 3:12-13: “Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado”. Este pasaje pone delante de nosotros una amonestación crítica y un llamado indispensable que juntos refuerzan la presencia y el poder del pecado remanente y la necesidad del ministerio diario del cuerpo de Cristo en la vida de cada miembro (incluido el pastor).

Considera conmigo la *amonestación crítica*. No sé si lo notaste, pero la amonestación en este pasaje es progresiva. Describe los pasos graduales del endurecimiento del corazón de un creyente. (El saludo, “hermanos”, nos dice que este pasaje está escrito para creyentes.) La amonestación se lee así: “Velen para que ninguno de ustedes tenga un corazón – incrédulo, que se aparta – malvado y endurecido”. Es un cuadro de lo que el pecado hace si no se detecta, se expone y se abandona. Déjame avanzar contigo por estos pasos.

Todo comienza con que yo le dé cabida al pecado en mi vida. Dejo entrar cosas en mi vida que están fuera de los límites de lo que Dios me ha llamado a ser y hacer, cosas que Dios llamaría como “mal”. Porque soy un creyente, y el corazón de piedra se me ha sacado y ha sido reemplazado con un corazón de carne, mi conciencia me molesta cuando peco. Éste es el hermoso ministerio del Espíritu Santo que convence de pecado. Cuando mi conciencia se activa y se molesta, me enfrento a tener que tomar una de dos decisiones. La primera y la mejor opción es admitir que lo que he hecho está mal y colocarme una vez más bajo las misericordias justificadoras de Cristo, recibiendo Su perdón. O puedo levantar algún sistema de auto expiación que esencialmente argumenta a favor de la rectitud de lo que he hecho. Lo que estoy haciendo aquí es que me estoy haciendo sentir bien con lo que Dios dice que no está bien. Estoy participando en mi propia ceguera espiritual. Cada persona que todavía vive con el pecado dentro es una estafadora muy hábil que se engaña a sí misma. Creo que lo hacemos así más seguido de lo que nos damos cuenta.

Así que, el pastor que se acaba de enojar durante una junta de ancianos se va a decir que no está enojado; él solo estaba hablando como uno de los profetas de Dios: “¡Así dice el Señor!” El esposo y la esposa que están chismeando acerca de alguien de su grupo, durante todo el camino a casa después de la junta, se van a decir que no es chisme; es solo una petición de oración muy extensa y detallada. El hombre de negocios que es tacaño y que lucha con ofender se va a decir que él solo está siendo un buen administrador de los recursos que Dios le ha confiado. Todos tenemos una habilidad perversa para hacernos sentir bien con lo que de ninguna manera está bien.

Esto es exactamente de lo que se trata el siguiente paso en el proceso de endurecimiento. La “incredulidad” captura lo que hacemos para cubrir nuestro pecado y defender nuestra justicia. Más que tener una fe sencilla y descansar en el diagnóstico preciso de la Palabra de Dios y la gracia suficiente de Cristo, trabajamos para decirnos que realmente no somos, en este caso en particular, pecadores que necesitamos la misericordia que perdona porque lo que hemos hecho no está, en realidad, mal. Nuestros argumentos auto expiatorios son acciones de orgullo, rebelión e incredulidad.

Este orgullo, rebelión e incredulidad, cotidianos y populares, invariablemente le dan al pecado más espacio para operar. Ya que no lo hemos confesado, no nos hemos arrepentido y no hemos buscado la gracia que necesitamos, gracia que perdona, transforma, capacita y libera, nosotros mismos nos hemos abierto a más de la horrible obra del pecado. El tercer paso en esta triste progresión, “apartarse”, capta bien esto. Es una aceptación firme del diagnóstico de la Escritura y un descanso firme en la gracia de Cristo que nos ancla contra las tormentas de la tentación y, cuando cortamos esas cuerdas que nos anclan, siempre vamos a terminar más a la deriva.

Con lo que finalmente terminamos es con un corazón “endurecido”. Lo que una vez nos molestó ya no nos molesta más. Lo que una vez activó nuestra conciencia ya no parece hacerlo más. Lo que sabíamos que estaba fuera de los límites de Dios y, por lo tanto, estaba prácticamente fuera de los nuestros, vive dentro de nuestros límites y ya no nos importa más. Es un lugar en el que da miedo estar. El corazón duro es un corazón de piedra. Ya no es maleable. Es duro y resistente al cambio, ya no es tierno y receptivo al apretón de las manos del Espíritu. Hay maldad en nuestros corazones y en las acciones de nuestras manos y estamos bien con eso. ¿Puede haber un lugar más peligroso para un creyente?

Déjame ser franco aquí. Como pastor he estado en este lugar. Tenía una lista amarga de rencores contra personas en mi congregación y trabajé para sentirme bien con eso. Chismeeé de personas a las que fui llamado a cuidar y no me molestó. Tenía envidia del ministerio de otros y no me dolía. A veces predicaba para ganar el respeto de alguien en mi congregación y no veía eso como la idolatría que era. Y como no veía estas cosas como el mal que eran, no sentía ninguna necesidad de cambiar.

Ahora bien, la pregunta que cada uno de los lectores se debería estar haciendo en este momento es, ¿cómo se llevan a cabo en la vida de un creyente estos aterradores pasos de endurecimiento? Es aquí donde necesitas la teología del escritor de Hebreos sobre el pecado remanente. En esencia él dice que esto puede pasar porque el pecado es básicamente engañoso. Nunca vas a entender la amonestación de este pasaje, y el llamado que le sigue, hasta que entiendas la

teología de la ceguera espiritual que es el epicentro tanto de la amonestación como del llamado.

El pecado es engañoso y piensa conmigo a quién engaña primero. No tengo ninguna dificultad en reconocer el pecado de las personas que están a mi alrededor, pero puedo no estar preparado para cuando me señalen el mío. El pecado engaña a diez de cada diez de las personas que lean este libro. Pero no es suficiente incluso decir eso; todavía hay más que se tiene que decir. Se tiene que hacer ver que la ceguera espiritual no es como la ceguera física. Cuando tú estás físicamente ciego, tú sabes que estás ciego y haces cosas para compensar este importante impedimento físico. Pero las personas que están espiritualmente ciegas no solo están ciegas, están ciegas a su propia ceguera. Están ciegas pero piensan que ven bien. Así que la persona espiritualmente ciega se pasea con el falso espejismo y el engaño de que nadie tiene una perspectiva más exacta de ella que la que ella tiene. Piensa que ve y no está consciente de las cosas que son poderosamente importantes en su corazón y que no ve en lo absoluto.

Aquí es donde entra el *llamado indispensable* del pasaje. El llamado es a alentarse (o exhortarse) mutuamente todos los días. He aquí la explicación significativa de porqué este llamado es indispensable: “que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado”. La habilidad que el pecado tiene para cegar es tan poderosa y persuasiva que tú y yo, literalmente, necesitamos la intervención diaria. Lo que el escritor de Hebreos está aplastando con esta amonestación y este llamado es cualquier lealtad que pudiéramos tener a un cristianismo aislado e individualizado de “Jesús y yo”. El está argumentando a favor de lo indispensable que es el ministerio de los demás en la vida de cada creyente. Obviamente esto incluye al pastor. Ninguno de nosotros está acoplado para vivir esta vida cristiana solo. Ninguno de nosotros está seguro viviendo por separado y como un desconocido. Cada uno de nosotros, ya sea que seamos pastor o congregante, necesitamos los ojos de los demás con el fin de vernos a nosotros mismos con claridad y exactitud. ¿Y de qué nos está protegiendo este ministerio diario de la intervención? La respuesta debería hacernos sensatos a cada uno de nosotros: la gracia de que el ministerio de los demás, que nos da discernimiento, interrumpa nuestras conversaciones privadas nos está protegiendo de volvernos espiritualmente ciegos hasta el punto de endurecer nuestros corazones. El autor argumenta aquí que el discernimiento espiritual personal es el resultado de la comunidad. Es muy difícil obtenerlo por ti mismo. A lo mejor cada pastor tiene que reconocer con humildad que, debido al poder cegador del pecado remanente, el auto-examen es un proyecto colectivo. Todos los pastores necesitan personas en su vida para que ellos mismos se puedan ver con una exactitud bíblica.

Esto quiere decir que los pastores que se convencen a sí mismos de que son

capaces de vivir fuera del sistema normal de ayuda y protección que Dios procura, están en peligro de volverse cada vez más ciegos y duros de corazón. Esto quiere decir que en su ceguera comienzan a pensar de ellos mismos como más justos de lo que realmente son y, ya que piensan que son más justos de lo que realmente son, son reticentes al cambio. Esto quiere decir que no van a anhelar la exhortación y la reprensión de los demás. No van a responder bien cuando se les recuerde que sigue vigente su necesidad de cambio. No van a trabajar bien con los demás porque van a tender a pensar que están bien y que saben mejor. Pensar que están bien y que saben mejor quiere decir que no van a escuchar bien y no van a trabajar tan bien como alguien que está convencido que su caminar con Dios es un proyecto colectivo.

También quiere decir que van a luchar por ser pacientes con las personas que están arruinando sus vidas o que han perdido el rumbo. Las personas farisaicas, que confían en su propia justicia, tienen la tendencia no ser pacientes y comprensivas frente al fracaso de los demás. Esto se remonta a la realidad de que nadie puede dar mejor la gracia que una persona que sabe que ella misma la necesita con desesperación. Esta ceguera que provoca la justicia propia también quiere decir que no van a lidiar muy bien con la oposición y la incriminación. No van a ver estas cosas como los instrumentos de la gracia incómoda enviada por un Dios que está continuando Su obra en ellos. Debido a que están contentos con quienes son, se van a preguntar por qué Dios los ha escogido para tener esta dificultad en particular dando lugar, en momentos, a cuestionar la bondad y la sabiduría de Dios.

He hablado con muchos pastores cuya lucha real no es, en primer lugar, con la adversidad del ministerio, la falta de aprecio o involucramiento de la gente o las dificultades con los otros líderes. No, la verdadera lucha que están teniendo, una que es muy difícil que un pastor admita, es con Dios. Lo que ha hecho que el ministerio se vuelva difícil y agobiante es que se han desilusionado de Dios y están enojados con Él. Es difícil representar a alguien de quien has llegado a dudar. Es difícil alentar a los demás a que confíen de una manera práctica en alguien en quien tú no estás seguro de confiar. En el ministerio es casi imposible dar lo que tú mismo no tienes.

¿Podría este pasaje ser un diagnóstico más necesario y preciso, una amonestación y un llamado a todos los pastores, sin importar cuánto tiempo hayan estado en el ministerio, sin importar dónde se encuentren y sin importar el tamaño de la iglesia a la que sirven?

VIVIENDO EN LA ZONA DE PELIGRO

José y Gabriela entraron al ministerio con un sentimiento mutuo de emoción y de vocación. No podían creer que hubieran sido llamados al privilegio de hacer el ministerio para ganarse la vida. Amaban la iglesia a la que habían ido por años, el lugar donde se habían reconocido sus dones y su llamamiento. Les había encantado ser practicantes y después miembros del personal y, finalmente, el honor de ser escogidos como los líderes de la más nueva filial de la iglesia. Todo parecía como un sueño que se había hecho realidad. Habían vivido en una congregación entusiasta que se ministraba recíprocamente. Las personas les habían hablado a su vida casi todos los días. Simplemente nunca se les dejó a su propia perspectiva de sí mismos. Nunca se esperó que lo logran por su cuenta. Se esperaba que en algunos momentos lo echaran a perder y que en otros perdieran el rumbo. El amor protector y preventivo estaba por todos lados – amor que era franco, alentador, confrontador, perdonador y consolador. Debido a que habían crecido tan acostumbrados a este amor, José y Gabriela se fueron para plantar la nueva iglesia, subestimando de una manera seria la importancia del ministerio del discernimiento personal y el crecimiento personal que estaban dejando atrás. No tenían ni la menor idea de que estaban entrando a una zona de peligro donde ningún cristiano, por no mencionar a un pastor, intentaría vivir.

Casi de inmediato las cosas comenzaron a cambiar dentro de José, cambios que él ni siquiera vio y que ni siquiera le preocupaban. Como un pastor joven, con un grupo principal que estaba comprometido y un celo por llevar el evangelio a su congregación, José comenzó a tratar con los problemas del corazón con los que antes no había tratado, aunque él no reconocía la importancia de estos problemas. Y seguramente no tenía idea de que estos asuntos lo conducirían hacia la zona de peligro y casi se convertirían en la ruina de su ministerio. Me reuní con José y su esposa justo en el momento en el que estaban por aventar la toalla. Gabriela lo dijo de esta forma: “Todo lo que anhelo es la libertad de vivir con un hombre que no esté en el ministerio. No puedo entender lo que el ministerio le ha hecho a José y a nuestra familia. Estoy acabada. Simplemente ya no puede hacer esto y creo que José no está en condiciones de guiar a los demás”.

¿De qué manera José y Gabriela llegaron a este lugar deprimente y lamentable? El viaje que los llevó de la emoción por el ministerio al peligro personal y el desaliento en el ministerio comenzó con los cambios en el corazón de José. Quizá estos cambios a ti no te parecerían muy importantes o peligrosos, pero casi condujeron a la ruina a este hombre dotado. Casi en el mismo minuto en que llegaron a plantar la iglesia, José comenzó a sentir una carga que él no había sentido antes. No compartía estas cargas con nadie, ni siquiera con Gabriela. Como el líder de este grupo principal de personas valientes que habían dejado una iglesia entusiasta para entregarse a este nuevo ministerio, José sentía

una gran presión para no hacer algo que los desilusionara. Sintió más presión de la que nunca había sentido antes para asegurarse siempre de decir y hacer lo correcto. No quería que la gente se preocupara por esos momentos en los que él se sentía débil, abrumado, incapaz o temeroso. Y seguro no quería que Gabriela viera esas cosas porque, de todas las personas, ella había estado dispuesta a dejar mucho y arriesgar mucho al seguirlo a este nuevo lugar del ministerio. Sentía la necesidad de actuar alentado, esperanzado y seguro (el término operativo aquí es *actuar*), incluso cuando no lo estaba haciendo. Y al hacer esto, comenzó a estar cómodo con un desacuerdo entre su imagen pública ministerial y las verdaderas realidades de su corazón y de su vida.

Él mismo se dijo que esto era importante porque no quería que las personas comenzaran a cuestionarse su involucramiento como resultado de cuestionar la habilidad de él para guiar. José no era consciente de las formas en las que comenzó a construir un muro entre él y las personas. Se volvió bueno para dar respuestas generalizadas, que no eran respuestas, a preguntas personales. Se volvió bueno en dar clichés bíblicos y teológicos en vez de hablar de lo que realmente estaba pensando o sintiendo. Sí, un pastor tienen que ser sabio en lo que divulga y a quién lo divulga, pero él no debe levantar un muro y separarse del cuerpo de Cristo y ponerle como nombre a eso el costo del ministerio al cual él ha sido llamado. Pero eso es exactamente lo que José hizo y lo que muchos, muchos pastores están haciendo en todo el mundo. No solo están viviendo en aislamiento, sino que también están convencidos que esto es a lo que han sido llamados. Llaman a su aislamiento, no un peligro, sino una opción buena y madura. Muchos pastores jóvenes me dicen que los pastores más ancianos, que los están orientando, los han aconsejado a vivir en aislamiento.

A José le preocupaba que se conocieran sus luchas porque esto dañaría la esperanza que las personas tenían en el poder del evangelio. No quería que las personas se cuestionaran el evangelio porque en la vida de su pastor no se viera que el evangelio estuviera obrando. Se preguntaba cómo podrían ellos confiar en la ayuda de Dios si no se veía que Dios estuviera ayudando a su pastor. Así que, sin que hubiera un momento consciente en la decisión, José pasó a la clandestinidad. Le parecía natural, el precio de su llamamiento. Por supuesto, decía cosas teológicas acerca de su necesidad de la gracia, pero nunca de una forma que pudiera llevar a los demás a pensar de manera seria que su pastor era un hombre espiritualmente necesitado.

Sin embargo ser el hombre que él pensó que tenía que ser, trabajando para ser más justo en público de lo que realmente era, era extenuante y agobiante. Incluso en reuniones más informales, José no se relajaba. Así que él no disfrutaba estas reuniones y buscaba razones para no participar. Anhelaba la libertad y el gozo de ser capaz de usar y expresar sus dones como el pastor

principal, pero no se sentía libre y no estaba viviendo el gozo que él pensó que experimentaría. José estaba convencido de algo que también me han dicho muchos pastores: estaba convencido de que todos los demás en el cuerpo de Cristo podían confesar el pecado pero que él no podía y no debía hacerlo.

El aislamiento no solo se sumó de manera importante a la carga del ministerio pastoral, sino que también hizo algo hasta más peligroso. Abandonó a José a su propia ceguera. Lo dejó a sus racionalizaciones, excusas, defensas y argumentos auto expiatorios. No estoy siendo aquí duro con José. Éstas son las tendencias de todo pecado porque uno de los componentes más poderosos de la ceguera espiritual es el autoengaño. A nadie más estafamos más que a nosotros mismos. No hay nadie más a quien corramos a defender más que a nosotros mismos. Y como cualquier otra persona espiritualmente ciega, José estaba ciego a su ceguera. De hecho, a José le era hasta más difícil de reconocer su ceguera porque sus dones para el ministerio, su habilidad y su disciplina lo hacían ver que lo estaba haciendo bien. Pero él no estaba bien.

Cada vez más José se estaba permitiendo estar bien con cosas con las que no debería estar bien: un empujón doloroso a otra persona, un chisme sobre otro líder, impaciencia a la mitad de una junta, irse de una conversación enojado, albergar amargura contra ciertas personas en la iglesia, poca frecuencia en su tiempo de adoración personal y devoción y una creciente impaciencia, irritación y aislamiento en el hogar. Gabriela comenzó a notar lo que ahora ella caracterizaría como un José cambiado, pero los cambios no sucedieron en un instante. Fue un proceso en el que José hizo y dijo cosas que en otra ocasión él no habría hecho; pero lo que le preocupaba a Gabriela era que esto parecía ya no importarle a José. Cuando José había cedido ante estas tentaciones en el pasado, su patrón siempre había sido confesar y hacer bien lo que se tenía que hacer bien.

Gabriela no solo estaba preocupada de que José no estuviera confesando, sino que él también se enojaba rápidamente cuando Gabriela trataba de señalarle los problemas. Él le decía que mucho de su ministerio se trataba de que las personas lo criticaran y lo escudriñaran por lo que no necesitaba llegar a casa y que esto también sucediera ahí. Gabriela también notó que José se estaba separando de la familia. Pasaba demasiado tiempo en Facebook viendo lo que pasaba en el mundo y una cantidad aterradora de tiempo enajenándose con la televisión. Y parecía que no había manera en la que Gabriela pudiera hablar con él al respecto y si los niños lo molestaban, José respondía con cualquier cosa pero no con la paciencia paterna y la gracia.

La separación entre la imagen ministerial pública y su vida privada llegó a ser tanta como para que Gabriela la soportara. Comenzó a sentir que el ministerio

estaba destruyendo a José y a su familia. En silencio comenzó a esperar y orar para que José llegara al fin de sí mismo y quisiera salir del ministerio. José estaba en aislamiento pastoral y en modo de supervivencia. Estaba haciendo en forma mecánica sus deberes pero el gozo se había ido. Cuando Gabriela vio a José y lo observó luchar otra semana, realmente sí parecía como si Jesús se hubiera salido del edificio. No lo podía aceptar más. Amaba demasiado a José. Pensaba que su llamamiento era demasiado santo. Así que ella le dio a José el fatídico ultimátum: “Yo o el ministerio”.

Me gustaría poder decir que la historia de José es única, pero no lo es. Los detalles son personales pero he escuchado el perfil de esta historia una y otra vez. El problema es mayor que el pecado de un pastor individual. Hay cambios que se necesitan hacer en la forma de la cultura pastoral. ¿Cómo podemos, de manera realista, esperar que cualquiera que esté a la mitad del proceso de santificación viva fuera de uno de los medios más importantes que Dios ha dado para el discernimiento personal y el crecimiento personal y que aun así siga espiritualmente saludable? ¿Cómo les podemos pedir a los pastores que confiesen lo que ellos, por su aislamiento, no ven? ¿Cómo les podemos pedir que confiesen cuando ellos están convencidos de que la confesión honesta les costaría, no solo el respeto, sino también sus trabajos? ¿Y cómo podemos esperar que se arrepientan y se vuelvan de lo que no han confesado? ¿Cómo es que, en muchas situaciones, hemos llegado a esperar que el que lidera el cuerpo de Cristo lo pueda hacer bien espiritualmente mientras recibe menos del ministerio del cuerpo de Cristo que cualquiera de los que ha sido llamado a guiar? ¿Por qué nos debería sorprender que los pastores luchen con el pecado? ¿Por qué deberíamos pensar que los pastores no necesitan ser confrontados y reprendidos con amor? ¿Por qué nos sorprendería saber que los pastores también caen en la amnesia de la identidad y comienzan a buscar horizontalmente lo que ya se les ha dado en Cristo? ¿Por qué deberíamos concluir que los pastores están protegidos contra la justicia propia y la actitud a la defensiva solo porque están en el ministerio de tiempo completo? ¿Por qué deberíamos asumir que los pastores que no han sido instruidos en los caminos de la gracia deben descansar en la justicia de Cristo y no defender ni ostentar la suya?

¿Es seguro suponer que tu pastor está amando a su esposa, a sus hijos y también a sus demás parientes? ¿Es seguro suponer que está usando bien su tiempo y su dinero? ¿Es seguro suponer que está honrando a Dios con lo que hace en sus momentos más privados? ¿Es seguro asumir que está comprometido como debería con las oportunidades y responsabilidades de su llamamiento? ¿Es seguro asumir que trabaja para asegurar que exista un acuerdo viviente entre sus declaraciones públicas y su vida privada? ¿No es necesario que todos los miembros del cuerpo de Cristo precisen el ministerio del cuerpo de Cristo,

incluyendo el pastor?

UNA FORMA MEJOR Y MÁS SALUDABLE

Déjame sugerir varios pasos que pueden funcionar para sacar del aislamiento a los pastores y llevarlos a un contacto más tradicional con los ministerios indispensables y normales del cuerpo de Cristo. Estos pasos están escritos para los pastores y para los que los cuidan.

1) PÍDELE A TU PASTOR QUE VAYA A UN PEQUEÑO GRUPO QUE ÉL NO LIDERE.

Es una forma muy sencilla, pero muy efectiva, para que un pequeño grupo de personas llegue a conocer a su pastor al verlo en un escenario más normal y conozca las áreas donde necesite ministerio y oración. Los pastores con los que he hablado que están haciendo esto, todos han reportado lo espiritualmente benéfico que ha sido esto.

2) PASTOR, BUSCA UNA PERSONA QUE SEA ESPIRITUALMENTE MADURA PARA QUE EN TODO MOMENTO SEA TU MENTOR.

Pastor, asegúrate de que seas pastoreado todo el tiempo que tú estás pastoreando a los demás. Busca a una persona madura y confiable con quien puedas compartir tu corazón. Trabaja con esa persona para construir un vínculo fuerte de confianza. Niégate a vivir sin esta clase de persona en tu vida. Reúnete con este individuo con tanta frecuencia como te sea posible. Comparte con él tus luchas y sé lo suficientemente humilde para escuchar cuando te hable como pastor.

3) ESTABLECE UN PEQUEÑO GRUPO PARA LAS ESPOSAS DE LOS PASTORES.

En la Iglesia Presbiteriana Tenth, donde he servido en los últimos años, hay una hermosa reunión mensual para todas las esposas de los pastores. Es una reunión del tipo “lo que aquí se dice aquí se queda”. La parte principal de esta reunión es que cada una de las esposas de los pastores comparta extensamente y después tengan un largo tiempo de oración cada una de ellas. Esto no solo ha sido una sorprendente ayuda y protección para cada una de las esposas, sino que también ha estimulado y conducido a que cada una ministre a su esposo de una manera

más valiente y sabia. Éste puede ser el grupito más efectivo de la iglesia. Si tu iglesia es pequeña y no tiene múltiples pastores trata de establecer algo similar entre varias iglesias.

4) PASTOR, COMPROMÉTETE A TENER UNA AUTOREVELACION ADECUADA EN TU PREDICACIÓN.

Seguramente existen luchas que no debes compartir en el marco del ministerio público pero hay muchas que sí puedes. Éstas muchas veces no solo se vuelven las ilustraciones más efectivas sobre la importancia y el sentido práctico de las verdades que exegetas, sino que también les recuerdan a las personas que, como ellos, tú también necesitas la gracia que salva, perdona y capacita. Cuando haces esto, la gente deja de verte y decir, “Si solo pudiera ser como mi pastor”. No, ellos ven a través de ti y ven la gloria de un Cristo omnipresente. Dejas de ser una pintura en la cual ellos miran fijamente y comienzas a ser una ventana de Aquél que es tu y su esperanza. Me ha impresionado, cuando comparto en la predicación algo personal, cuántas personas me hacen saber después que han orado por mí.

5) ASEGÚRATE DE QUE TU PASTOR Y SU FAMILIA SEAN INVITADOS CON FRECUENCIA A LAS CASAS DE LAS FAMILIAS DE TU IGLESIA.

Decide que no vas a dejar que tu pastor y su familia vivan en aislamiento. Alienta a las personas de tu iglesia a que lo inviten a él y a su familia a una carne asada en el verano y a nadar en la alberca de su casa. Invítalos a ver un partido de las eliminatorias o a disfrutar la comida que por generaciones se ha preparado en la familia. Lleva a comer a la calle a tu pastor y su esposa. Invítalo a jugar golf o a ir de pesca con el grupo de personas que hagan eso con frecuencia. Sácalos de su escondite e invítalos a lugares donde se puedan relajar y ser tan normales como sea posible.

6) ASEGÚRATE QUE HAYA ALGUIEN QUE CON FRECUENCIA ESTÉ ORIENTANDO A LA ESPOSA DE TU PASTOR.

La esposa de cada pastor necesita una persona con la cual acudir y a la que pueda llamar, de manera espontánea, en un momento de necesidad y estar segura de que un oído que la escuche y la ayuda que necesite van a estar del otro lado. A tal persona se le puede confiar con los asuntos delicados que la esposa del

pastor puede que tenga que hablar y va a tener que estar dispuesta a estar disponible, tanto como pueda, 24/7.

**7) ASEGÚRATE QUE TU PASTOR Y SU ESPOSA TENGAN LOS MEDIOS
PARA QUE CON FRECUENCIA SALGAN DE CASA Y SE VAYAN
LEJOS A PASAR FINES DE SEMANAS JUNTOS.**

Asegúrate de que las ocupaciones de la familia y las interminables demandas del ministerio no se combinen para hacer que el pastor y su esposa no le den a su matrimonio la atención y el mantenimiento que necesita. Haz todo lo que puedas para darles a tu pastor y a su esposa la ayuda, el tiempo y los recursos que necesitan para salir de casa de manera regular y se vayan lejos de casa los fines de semana con tanta frecuencia como sea factible. No permitas que tu pastor y su esposa supongan que las tensiones entre la familia y el ministerio son aceptables e inevitables. Ayuda a tu pastor y a su esposa a tener todos los recursos posibles para que le den a su relación el enfoque y la inversión que necesita para que sea un lugar de unidad, comprensión y amor.

**8) ASEGÚRATE QUE LA CONSEJERÍA DE AYUDA ESTÉ SIEMPRE
DISPONIBLE PARA TU PASTOR, SU ESPOSA Y SU FAMILIA.**

Asegúrale a tu pastor desde el primer día que hay consejería de ayuda disponible siempre que se necesite. Pastores, sean honestos en cuanto a la condición de su corazón y busquen ayuda rápida y voluntariamente cuando la necesiten. Pastor, ¿te estás diciendo que está bien que el deber de tu llamamiento sea vivir en aislamiento? ¿Quién te conoce lo suficientemente bien como para hablarte con la verdad cuando lo necesites? ¿Quién trabaja para protegerte de ti? ¿Qué tan exacta es la perspectiva que el cuerpo de Cristo tiene en cuanto a quién eres realmente? ¿La cultura de tu iglesia es tal que puedes estar cómodo ahí confesando tu pecado? ¿Le tienes miedo a cualquier autorrevelación en el marco del ministerio público? ¿Tu esposa vive con el dolor de las diferencias que existen entre el hombre público y el privado?

Que cada vez haya menos de los que son llamados a guiarnos que vivan en aislamiento y separación del cuerpo de Cristo y que esto conduzca a que cada vez haya más y más pastores que sean ejemplos tiernos y humildes, tanto en sus vidas privadas como públicas, y que sean ejemplos tanto de la necesidad de la gracia del Señor Jesucristo como del poder transformador de Su gracia.

CAPÍTULO SEIS

LA CONGREGACIÓN FALTANTE

Fui criado en el cristianismo particularizado e individualizado del “Jesús y yo” del fundamentalismo de los años 60’s y 70’s. Lo más cerca que nuestra iglesia llegó a estar de ser un cuerpo de Cristo que realmente funcionara y estuviera orientado hacia el ministerio, fue una rara visita pastoral y la reunión de oración de los miércoles por la noche. Nadie conocía ni a mi papá ni a mi mamá – quiero decir realmente conocerlos. Nadie tenía una pista de lo que estaba pasando en nuestra casa. Nadie ayudó a mi padre a ver a través de la ceguera que le permitió vivir una vida doble de hábil engaño e hipocresía. Nadie sabía qué atribulada estaba mi madre debajo de su conocimiento enciclopédico de la Escritura. Nadie sabía. Éramos una familia cristiana con una participación activa en una iglesia pero, en lo que estábamos involucrados le faltaba uno de los ingredientes principales e indispensables del cristianismo saludable del Nuevo Testamento: un cuerpo de Cristo instruido, activo y funcional. Era un cristianismo desprovisto de Efesios 4, 1 Corintios 12 y Hebreos 3:12-13.

Durante gran parte de mi vida y parte de mi ministerio no tenía ni idea de que mi caminar con Dios era un proyecto comunitario. No tenía ni idea de que el cristianismo del Nuevo Testamento fuera claramente relacional de principio a fin. No entendía ninguno de los peligros inherentes de tratar de vivir la vida cristiana por mi propia cuenta. No tenía conciencia del poder cegador del pecado remanente del que se habló en el último capítulo. No tenía ni idea de que estaba viviendo fuera de los medios normales dados por Dios para tener la visión, el aliento, la convicción, la fuerza y el crecimiento. No tenía ni idea cuánto consumismo y qué tan poca participación delimitaban al cuerpo de Cristo. No tenía ni idea de la importancia del ministerio privado de la Palabra para la salud del creyente. No tenía ni idea.

Ahora he llegado a entender que necesito a los demás en mi vida. Ahora sé que yo mismo me tengo que comprometer a vivir en una *congregación redentora, intencionalmente intrusa, centrada en Cristo, avivada por la gracia*. Ahora sé que es mi trabajo buscar esta congregación, invitar a las personas a que interrumpen mi conversación privada y que me digan cosas que yo no podría o no querría decirme. Me he dado cuenta cuánto necesito la amonestación, el ánimo, la reprensión, la corrección, la protección, la gracia y el amor. Ahora me veo conectado a los demás, no porque yo haya tomado la decisión, sino por el

sabio diseño de Aquél que es la cabeza del cuerpo, el Señor Jesucristo. No me puedo permitir pensar que soy más listo que Él. No me puedo permitir pensar que soy más fuerte de lo que soy. No me puedo atribuir un nivel de madurez que no tengo. No puedo comenzar a creer que soy capaz de vivir fuera de los medios normales que Dios ha dado para el crecimiento y bienestar espiritual. No puedo permitir que el nivel de mi salud espiritual lo defina mi experiencia y el éxito en el ministerio o mi conocimiento teológico. No me puedo permitir que me arrullen los comentarios de felicitación que los fines de semanas, en el ministerio, me hacen las personas que tienen buenas intenciones pero que realmente no me conocen. No me puedo permitir pensar que mi matrimonio puede ser saludable si vivo en un aislamiento práctico del cuerpo de Cristo.

Por lo tanto, como alguien que tiene pecado remanente todavía dentro de él, es correcto decir que el mayor peligro en mi vida existe dentro de mí y no fuera de mí, entonces, ¿no sería el colmo de la ingenuidad o de la arrogancia pensar que podría estar bien abandonado a mí mismo? No, ni por un momento olvidaría o disminuiré el ministerio del Espíritu Santo que mora dentro de mí y que me convence de pecado, pero yo postularía que el Espíritu usa instrumentos (su Palabra que transforma y que Su pueblo fielmente trae y a la que Su gracia omnipresente le da poder).

Habiendo dicho todo esto, me duele decir que el cristianismo individualizado y privatizado todavía vive. Por desgracia vive en las vidas y ministerios de muchos pastores que han falsificado, o se les ha permitido falsificar, una vida que se vive por encima del cuerpo de Cristo o fuera de él. A muchos pastores les pasa esto. Su vida espiritual inmediatamente se volvió más privatizada cuando dejaron su iglesia local para ir al seminario en otra ciudad. Para muchos, el seminario se volvió su congregación espiritual principal, una congregación que no era ni personal ni pastoral por la forma en que manejaba la Escritura y se relacionaba con el estudiante. Habiéndose graduado de un ambiente donde, por tres o más años, no fueron pastoreados y tenían una relación más bien casual con una iglesia local, ahora son llamados por una iglesia que realmente no los conoce. Todo esto se aumenta por el hecho de que no se están uniendo a la iglesia en sí; no, han sido llamados para liderarla. Así que ahora no están entrando a una situación en la que se espera que las relaciones sean de manera natural entre compañeros y de un ministerio mutuo. Cuando se unen a la iglesia no se les ofrecen las mismas expectativas normales y las protecciones que a todos los demás se les ofrecen. Es una cultura potencialmente no bíblica y no saludable que no protege al pastor y que no protege a su ministerio del peligro.

Pastor, tú sabes que cada día te da una evidencia personal empírica de que todavía no has tenido éxito. Todos los días piensas, deseas, dices y haces cosas que apuntan a la existencia del pecado remanente dentro de tu corazón. Ya que

esto es cierto para cada uno de nosotros, ¿no es cierto también que tenemos que vivir en un compromiso voluntariamente sumiso a los medios normales que Dios ha dado para proteger y hacer crecer a Sus hijos que todavía están siendo santificados?

UNA TEOLOGÍA DE LOS PRINCIPIOS CONSTITUYENTES

Quiero considerar junto contigo tres pasajes conocidos de la Escritura que necesitan una segunda mirada, en particular por la manera en que hablan a la cultura pastoral normal. Antes de estudiar estos tres pasajes, primero quiero darte una visión general sin muchos detalles de esta situación del ministerio de la Palabra en la vida de la iglesia local. La Biblia concibe dos ministerios de la Palabra que son indispensables, interdependientes y complementarios. En primer lugar está el ministerio público de la Palabra. Éste es la predicación y la enseñanza que se hacen en público y que se programan con regularidad a grupos que se reúnen en la iglesia. Este ministerio conforma la *disciplina formativa* de la iglesia. Cada uno de los miembros es discipulado desde el púlpito con el mismo cuerpo de verdades que son fundamentales, que alteran la perspectiva y moldean la vida. Aquí todo el pueblo de Dios es puesto en la misma ruta y es dirigido en la misma dirección. Ya que este ministerio público de la palabra se hace con grupos de personas, debe ser general al considerar a la audiencia y, por lo tanto, en su aplicación. Dios dota y aparta a ciertas personas para este importante ministerio formativo.

Ya que también es importante que la Palabra de Dios se aplique con una particularidad concreta a las vidas de los creyentes en lo individual, para que tengan claro a qué se parece seguir a Cristo en el contexto de su situación en particular y sus relaciones, Dios ha decretado un segundo ministerio complementario de la Palabra, el ministerio privado. Éste conforma la *disciplina correctiva* de la iglesia. Este ministerio no tiene un cuerpo diferente en su contenido. No, toma las verdades generales que todos han estado escuchando y las aplica de manera particular a las vidas de los creyentes en lo individual para que puedan, de una manera más concreta, entender lo que quiere decir vivir a la luz de las cosas que se les están enseñando. La cultura radical de la Palabra en la iglesia, como Dios la diseñó, recluta a todos los hijos de Dios para que sean participantes dispuestos, instruidos, prevenidos y activos. El ministerio privado de la Palabra depende del ministerio público de la Palabra para darle a las personas su fundamento formativo y el ministerio público acude al ministerio privado para aconsejar a las personas a entender las implicaciones de la vida, específicas y prácticas, de lo que han estado aprendiendo a medida que la Palabra se ha estado enseñando en público. Ninguno de los ministerios es un lujo. Cada uno es una

parte indispensable de la estrategia de crecimiento, que consta de dos factores y que está centrada en la Palabra de Dios para la iglesia local.

Ahora apliquemos este modelo a la vida y el ministerio del pastor. El primer pasaje es Efesios 4:11-16:

Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor.

Conforme avanzan por estos pasajes ustedes, pastores, que están leyendo conmigo, van a tener que resistir el orgullo espiritual que los lleve a mover el interruptor a apagado a la mitad de los debates, porque en lo recóndito de sus corazones ustedes realmente no piensan que todo este se aplique a ustedes. Efesios 4 tiene una muy clara estructura de “ya – todavía no”. Cada uno de nosotros ya ha sido dotado con la gracia redentora. El Espíritu Santo ha llegado a morar en cada uno de nosotros. Cada uno hemos sido bendecidos con una Biblia que está ahora iluminada. Pero todavía no entendemos de una manera completa y perfecta nuestra fe. Todavía no hemos madurado por completo en la semejanza a Cristo. Todavía no ha terminado la engañosa guerra de nuestros corazones. Vivimos y ministramos justamente a la mitad y, a la mitad, Dios ha puesto instrumentos indispensables para nuestra protección y crecimiento. Ninguno de nosotros vamos a estar a salvo o saludables si nos decimos que podemos vivir fuera de estos instrumentos indispensables.

¿Cuáles son las metas del ministerio de “todos, todo el tiempo” del que Pablo habla largo y tendido en este pasaje? Las metas son la unidad de la fe, el conocimiento del Hijo de Dios y la madurez en todos los sentidos en Cristo. Las metas nos alientan a que admitamos con humildad que todos nosotros – sí, hasta los pastores – vivimos quedándonos cortos de alcanzar estas metas. Ninguno de nosotros existe en comunidades de fe completamente unificadas, ninguno de nosotros conoce a Cristo en todo lo que puede ser conocido y ninguno de nosotros se ha convertido totalmente en la semejanza a Jesús. Así que, ¿cuál es la

implicación de esa humilde confesión? Es que cada uno de nosotros – sí, hasta los pastores – tenemos que someternos con gozo a los medios que Dios ha dado para completar estas metas en nuestros corazones y nuestras vidas.

¿Cuáles son los peligros inherentes de que nosotros mismos nos convenzamos que podemos vivir fuera de los medios normales que Dios ha dado para la salud espiritual personal y el crecimiento? Son igualmente claros en este pasaje. Si intentamos hacer lo que por la redención no estamos conectados para hacer, vamos a ser susceptibles a la inmadurez persistente en áreas específicas de nuestra vida y al error doctrinal o a la confusión y vamos a vivir en peligro de ser engañados. Piensa conmigo un momento. Cada uno de nosotros somos capaces de citar cosas que han ocurrido para cada peligro en nuestros propios círculos de pastores. He aconsejado a pastores que han dañado a sus iglesias porque ellos no habían crecido. He visto iglesias que han sido dañadas por pastores que se desviaron por el último viento de la doctrina de moda. Yo era un pastor que estaba auto engañado, que pensaba que me conocía mejor de lo que lo hacía y que pensaba que estaba más espiritualmente bien de lo que en realidad lo estaba. Estas amonestaciones no solo son para el cristiano promedio, sino para cada miembro del cuerpo de Cristo. Llamen a cada uno de los que están en el ministerio a admitir con humildad que a la mitad del ya – todavía no, hay una guerra que todavía se está librando por la autoridad de nuestros corazones. Y porque la hay, todos necesitamos el ministerio del cuerpo de Cristo que nos advierte, protege, alienta, exhorta y produce el crecimiento.

Ahora bien, ¿qué metodología ha escogido Dios emplear para guardarnos, hacernos crecer y protegernos? El ha escogido el ministerio público y privado de la Palabra. Este pasaje en particular enfatiza la peculiaridad del ministerio privado de un miembro del cuerpo a otro miembro del cuerpo. Una vez más las palabras son claras y específicas: “Siguiendo la verdad en amor... bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas... según la actividad propia de cada miembro... edificándose en amor.” No hay ningún indicio en este pasaje de que algún miembro del cuerpo de Cristo sea capaz de vivir fuera del ministerio indispensable del cuerpo de Cristo o se le permita vivir así. Pero creo que es exactamente en este punto que podemos estar tentados a sacar conclusiones de este pasaje que éste realmente no enseña. Ya que al pastor se le atribuye la responsabilidad de instruir al pueblo de Dios para que realice su actividad ministerial miembro a miembro, me temo que sin darnos cuenta hayamos concluido que el pastor está por encima de la necesidad que el resto del cuerpo precisa y hace. Pero el pasaje nunca enseña esto; de hecho enseña lo contrario. El pastor está en la posición única de no solo instruir al cuerpo para este ministerio, sino también de necesitar en lo personal el mismo ministerio para el cual él los instruye. Recuerda, las palabras aquí – “todas las coyunturas” – no

deja mucho espacio a las exclusiones. Una vez más, yo lo pienso de esta manera: si Cristo es la cabeza de Su cuerpo, entonces todo lo demás es solo cuerpo, incluyendo al pastor y, por lo tanto, el pastor necesita lo que el cuerpo ha sido diseñado para dar.

Primera de Corintios 12:14-15 en ciertos sentidos presenta esto incluso con mayor fuerza:

Además, el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos. Si dijere el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo? Y si dijere la oreja: Porque no soy ojo, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo? Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuese oído, ¿dónde estaría el olfato? Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como Él quiso. Porque si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Pero ahora son muchos los miembros, pero el cuerpo es uno solo. Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros. Antes bien los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios; y a aquellos del cuerpo que nos parecen menos dignos, a éstos vestimos más dignamente; y los que en nosotros son menos decorosos, se tratan con más decoro. Porque los que en nosotros son más decorosos, no tienen necesidad; pero Dios ordenó el cuerpo, dando más abundante honor al que le faltaba, para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros.

La figura aquí es el cuerpo de Cristo como un organismo que funciona con muchos miembros que son mutuamente indispensables, que están interrelacionados y que son recíprocamente contribuyentes. La interconectividad y la interdependencia de estos miembros son tan indispensables a la correcta salud, actividad y crecimiento del cuerpo que Pablo dice que es imposible que un miembro le diga a otro, “Sencillamente no te necesito”, o “Soy capaz de servir bastante bien por mi propia cuenta, gracias”, o “He llegado al punto donde ya no necesito lo que tú tienes que ofrecer”. En el contexto de la vívida descripción de Pablo de un cuerpo físico saludable, estas afirmaciones se tornarían en una negación de las realidades ineludibles. Así es con el cuerpo de Cristo. Así es, agregaría yo, con la salud espiritual y la vitalidad ministerial del pastor. Él es un miembro del cuerpo de Cristo que desesperadamente necesita el ministerio del mismo cuerpo al que ha sido llamado a instruir y guiar. El modelo es el de un hombre que necesita ayuda para instruir a otras personas para que estén listas para darle a él la misma ayuda. Simplemente no puedes escapar de lo que estos pasajes están enseñando.

David se paró delante de mí durante un receso en una conferencia importante y lloró. No le importó quién lo pudiera estar observando o si escuchaban lo que estaba diciendo. Él solo estaba así de desesperado. Tenía la facha de un hombre completamente abatido y totalmente quebrantado, pero era un pastor que Dios había dotado y que había sido divinamente comisionado. No, no estaba en una lucha engreída con sus líderes, no había cometido adulterio y no era adicto a la pornografía o las drogas. Él era un hombre que estaba enojado, desalentado, amargado y ahora desesperado. A través de sus lágrimas dijo, “Pablo, simplemente no sé cómo regresar a casa. Nadie me conoce ahí. Nadie sabe qué está pasando en mi familia. Nadie sabe lo que hay en mi corazón. Nadie sabe que yo mismo me obligo a producir un sermón tras otro cada semana. Nadie sabe que odio la mayoría de las juntas que lidero. Nadie sabe que mi esposa y yo reñimos por tonterías y peleamos por abrimos paso a la fuerza semana tras semana. Nadie sabe que mis hijos están comenzando a odiar el evangelio por mi culpa. Nadie sabe que me enajeno con horas de televisión. No tengo a nadie con quién platicar, ni siquiera una relación cercana en toda la iglesia. Mi familia vive en aislamiento, pero no creo que alguien se dé cuenta. Mi esposa tiene algunas amigas pero es muy cuidadosa con lo que dice. Si yo solo detuviera una junta y comenzara a confesar lo que realmente está pasando conmigo, no creo que mis líderes pudieran tratar con esto. Pablo, si solo confieso todo, si dejo entrar a las personas, estoy acabado. No sé cómo regresar a casa y enfrentar todo esto”.

¿Te suena extrema la situación de David? A mí no porque he escuchado este clamor una y otra vez. No, no siempre ha alcanzado este nivel de desesperación pero hay demasiados pastores allá afuera que han perdido su gozo, que viven de una manera rutinaria y monótona. Hay demasiadas personas amargadas y enojadas en el ministerio que están llevando a todos lados una lista de protegerse de las equivocaciones que han sufrido antes. Hay demasiados pastores que viven en aislamiento, que están en problemas y que no lo saben. Hay demasiadas congregaciones y juntas de liderazgo que tienen una imagen distorsionada, idealizada y poco realista de su pastor. Hay demasiadas familias ministeriales que no están protegidas porque no están siendo pastoreadas correctamente. Hay demasiados pastores que están en modo de supervivencia. Hay demasiadas esposas de pastores que fantasean con lo que sería estar fuera del ministerio. Hay demasiados hijos que soportan el peso diario de la amargura y la ira del padre que está en el ministerio. Hay demasiado anonimato práctico en los pulpitos de nuestras iglesias.

El tercero de nuestros pasajes específicamente define la naturaleza del indispensable ministerio privado de la Palabra que es el llamado del cuerpo de Cristo. De esta manera Colosenses 3:15-17 es muy útil:

Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales. Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de Él.

Pablo conceptualiza un cuerpo de Cristo bien preparado que tiene la Palabra de Dios morando en sus corazones, ahora listo para hacer lo que Dios ha diseñado al cuerpo de Cristo para que haga. Y, ¿qué es eso? Una vez más Pablo es muy específico: *enseñar* y *exhortar*. Ahora bien, seamos honestos. En algunos contextos lo que Pablo está describiendo sería bastante radical, quizá hasta inquietante. De hecho él está planteando que cada creyente está diseñado para tener una función de enseñanza en la vida de cada creyente. Realmente es un paradigma del tipo “todo el pueblo de Dios todo el tiempo”. Esto quiere decir que no es saludable para ninguna iglesia y su pastor si en esa iglesia el pastor es el único maestro. Se asume aquí que cada maestro, no importa dónde Dios lo haya colocado a él o a ella en el cuerpo, necesita ser enseñado y toda la gente que está siendo enseñada también necesita enseñar.

Ahora, observa otra vez las dos palabras descriptivas que Pablo usa: *enseñar* y *exhortar*. Poner las definiciones más básicas en estos términos es decir que *enseñar* te permite ver la vida como Dios la ve. Es encajar la historia de la vida en la gran historia de la redención. *Exhortar* es ayudarte a que tú mismo te veas como Dios te ve. Es ponerte de pie ante el perfecto espejo de la Palabra de Dios para que te confrontes con la realidad de quién eres en realidad. No hay un solo día en el que cada miembro del cuerpo de Cristo no tenga que ser enseñado y no se le tenga que ayudar a identificar aquellos efectos remanentes de una cosmovisión no evangelizada. Tampoco hay un día en el que no tengamos que ser exhortados, enfrentados con el hecho de que todavía vemos en los espejos de la feria del mundo y de que todavía llevamos a todos lados las opiniones distorsionadas de quienes somos.

Pastor, tienes que estar rodeado por maestros bien entrenados y personas que te exhorten y que sean fieles y amorosas. Y estás en peligro si el anonimato te permite ser el único maestro habitual al que escuches y te permite vivir sin tener un círculo protector de personas que te exhorten y que estén motivadas por la gracia.

EL CÍRCULO DEL PELIGRO

1) SUPOSICIONES POCO CONSTRUCTIVAS

En muchos casos el círculo de aislamiento y peligro comienza cuando la iglesia que llama al pastor hace suposiciones incorrectas e inútiles sobre la persona que ha llamado. Por desgracia en muchos casos la persona que está siendo llamada no ha vivido por años en una congregación redentora, protectora y fructífera. Se separa de la alimentación que su iglesia le daba, donde se reconocieron sus dones, se va a un lugar donde la fe ha sido reducida a un rígido sistema de preceptos y reglas y se ha dividido en secciones y está siendo enseñado por profesores que no asumen la función de pastores de sus estudiantes. En muchos casos, ya que él está trabajando, y al mismo tiempo se está comprometiendo con los rigores de la educación teológica, tiene poco tiempo que le sobre para tener, si acaso, una relación superficial con una iglesia local. Esto quizá quiera decir también que ha sido un poco un marido distraído y un papá ausente. En el interín su propia relación con la Escritura se ha tratado más acerca de completar tareas que de una fervorosa alimentación de su alma.

Pero la iglesia que lo ha llamado tiene la tendencia a asumir que porque se han reconocido sus dones y algún nivel de madurez, y porque él ahora es un erudito bíblico, instruido para el pastado, es espiritualmente saludable y capaz de vivir sin las protecciones normales y los estímulos que ellos querrían para cualquier otro creyente. Así que, desde el momento de la primera entrevista, muchas veces se están sentando las bases de una cultura de suposiciones contrarias y aislamiento pastoral práctico.

2) EXPECTATIVAS NO REALISTAS

Debería ser obvio que las suposiciones inútiles que se hacen cuando el pastor está llegando a guiar a la iglesia, son el fruto de todo un conjunto de expectativas no realistas. La mayor es que muchas iglesias simplemente no cuentan con que su pastor luche con el pecado. ¡Pero él no está libre de pecado! En vista de que él todavía está siendo santificado, el pecado todavía permanece y está siendo erradicado de manera paulatina. Ellos no cuentan con que él se desaliente a la mitad de la batalla por el evangelio. Ellos no cuentan con que la amargura o la envidia lo tienten. Cuentan con que sea un esposo modelo y también un padre modelo. No cuentan con que sea flojo o que se conforme con la mediocridad. No cuentan con que en los momentos de autoprotección, él vaya a estar tentado a ser antisocial y controlador. Cuentan con que él pueda desempeñar con gozo una descripción no realista de un trabajo que abrumaría a cualquiera que esté de este lado del regreso de Jesús. Cuentan con que esté contento que una paga significativamente menor que la mayoría de las personas que tienen este nivel de educación. Cuentan con que su esposa esté tan plenamente comprometida con el

ministerio que la llegada de él a la iglesia sea, en realidad, una oferta de dos por uno. No cuentan con que haya momentos en los que él esté tentado a dudar de la bondad de Dios. No cuentan con que en una junta o en el púlpito el temor del hombre le impida hacer o decir las cosas que Dios lo ha llamado a hacer y decir. No cuentan con contratar a un hombre imperfecto que todavía tiene la desesperada necesidad de la misma gracia que él está llamado a ofrecer y que tiene que sacar, interpretar y explicar de la Biblia para dárselas a los demás.

3) RETICENCIA A HABLAR CON FRANQUEZA

En la mayoría de las situaciones, la cultural pastoral de la iglesia local (la naturaleza y el carácter de la relación que un pastor tiene con sus líderes y su congregación) se deja por sentada en los primeros días de su ministerio en esa iglesia en particular. Si los líderes que lo llamaron han buscado conocer al hombre que está detrás de los dones, de la experiencia y de las habilidades, y si lo han alertado al hecho de que él está entrenando a una comunidad redentora que es intencionalmente intrusa, que está centrada en Cristo y que es avivada por la gracia, entonces lo que sigue van a ser los requisitos para que él participe y sea un receptor del ministerio del cuerpo de Cristo y de la promesa de los que buscan construir una relación con él como los instrumentos para tener cuidado de su vida. Si el proceso del llamamiento no ha ido tras el corazón del pastor potencial, y si en los primeros días no ha quedado claro que la iglesia tiene toda la intención de pastorear a su pastor – no solo hacerlo responsable sino ministrarle el evangelio de Jesucristo a su alma – entonces él, a lo mejor, va a llevar a cabo la mayor parte de su ministerio en el contexto del aislamiento personal combinado con una red de gran tamaño de relaciones finalmente informales. Tanto el cuerpo como los líderes van a estar reticentes a hablarle con una franqueza bíblica, moderada por el amor, y él va a estar reticente a confesarles a personas que no están acostumbradas a tener esa clase de relación con su pastor. A lo mejor lo que va a haber más es hablar de él que hablar con él y él, a lo mejor, se va a esconder más que a confesar. Esto simplemente está lejos de ser lo que Dios diseñó que esta comunidad de la gracia, llamada “la iglesia”, fuera e hiciera.

4) AUSENCIA DE UNA INTERVENCIÓN OPORTUNA

El mandato de “exhortaos los unos a los otros cada día” de Hebreos 3:13 nos dice que, debido al pecado remanente, nuestra capacidad para el autoengaño es tan grande que necesitamos una intervención regular y hasta diaria. Todos necesitamos este ministerio de intervención, en el que alguien interrumpa nuestra conversación privada y nos ayude a vernos con una mayor exactitud bíblica, hasta que el pecado no sea más. Pero cuando una iglesia local hace suposiciones

equivocadas sobre su pastor, no lo invita a una cultura de franqueza amorosa y sí le permite vivir en una separación práctica del cuerpo de Cristo, él no va a ser el receptor de la clase de intervención que se centra en Cristo y que rescata el corazón que todos los pastores necesitan.

5) LA PÉRDIDA DE RESPETO FRENTE A LAS REVELACIONES PERSONALES

Lo que sucede después es que el pastor va a tener la tendencia a vivir en un continuo estado de ocultamiento espiritual, con una creciente separación entre su vida privada y pública, y les va a confesar a sus otros líderes, y quizá a todo el cuerpo, solo cuando las luchas hayan avanzado a un punto donde ya no se puedan esconder más. No, no es como si él estuviera participando en un gran encubrimiento espiritual; es simplemente que ésta es la forma en que opera una cultura de suposiciones, silencio y separación. Cuando por fin él hace la confesión, se cae del pedestal no realista y no bíblico en el que había estado parado. La comunidad que lo rodea se conmociona y se desmaya y sufre una gran pérdida de respeto por él y es, por lo tanto, incapaz de ministrarle la gracia del evangelio en la forma en que lo ha hecho y que él mismo necesita con tanta desesperación.

6) SISTEMAS DISFUNCIONALES DE RESTAURACIÓN

Frente a esta conmoción y pérdida de respeto, la iglesia local está tentada a solo querer avanzar más allá del ministerio de este hombre y reemplazarlo con alguien que ellos, una vez más, puedan respetar y seguir. Así que la iglesia se deshace de su problema y supera su crisis de liderazgo, pero el pastor y su familia son las víctimas. Los problemas del corazón del hombre no se han tratado de forma bíblica, él no tiene un mayor discernimiento espiritual personal, no ha recibido la gracia transformadora del evangelio, los líderes que deja atrás están tentados a ser un poco más cínicos, las debilidades en su cultura del liderazgo no se abordaron y él está tentado a cargar con la amargura de una víctima. ¿Es esto un cuadro demasiado oscuro? Me gustaría poder decir que lo es, pero yo he atestiguado personalmente esta triste progresión.

7) FALTA DE ARREPENTIMIENTO Y CRECIMIENTO PASTORAL PERCEPTIBLES

Debemos prestar atención, orar y hacer todo lo que podamos para ocuparnos en el crecimiento espiritual, constante y progresivo, de nuestros pastores. No

debemos asumir que se está llevando a cabo. Debemos desear que estén en una congregación evangelizada a fondo, que tome esto en serio y que los invite a tener relaciones amorosas y honestas en las que esta clase de crecimiento prospere. Es muy triste cuando un pastor se muda de un lugar del ministerio a otro lugar del ministerio y no crece como resultado de las cosas que un Dios de gracia ha sacado a la luz. Debes saber esto: si tus ojos alguna vez ven o tus oídos alguna vez escuchan el pecado, la debilidad o el fracaso de tu pastor, esto nunca se debe ver como una interrupción o un inconveniente; siempre es gracia. Dios ama a ese hombre y te va a exponer a sus necesidades para que puedas ser parte de Su instrumentalización de cambio y crecimiento.

8) LLEVANDO LOS PROBLEMAS AL SIGUIENTE LUGAR DEL MINISTERIO

De la manera en que el divorcio muchas veces aborta el crecimiento de un esposo o una esposa, la disolución de la relación de un pastor con su iglesia, y la mudanza a un nuevo lugar de ministerio, con frecuencia obstruyen o inhiben su crecimiento. Muchas veces hay tantos malos entendidos, acusaciones de una parte a otra y el daño que acompaña a esta separación, que al pastor le es muy difícil verse con la clase de objetividad y precisión que son necesarias para la sagacidad, la convicción y el arrepentimiento. De hecho, con frecuencia es peor que esto. Muchas veces el pastor se va convencido de que su problema no es que él luche con áreas de pecado, sino que él fue lo suficientemente ingenuo para confesarlo y en silencio resuelve que nunca se va a poner en esta situación y va a hacer eso otra vez. Cuando estaba haciendo este material, en un evento tuve mucha oposición por parte de un pastor de muchos años que estaba convencido de que, la única manera en que un pastor sobrevive, es vivir en silencio y separación.

9) DESHONRA AL NOMBRE DE CRISTO

Todo este triste proceso niega el poder transformador del evangelio, devalúa los dones que Cristo le da a Su iglesia, debilita la predicación del evangelio, apaga el ministerio de la iglesia y, al fin de cuentas, deshonra el nombre de Cristo.

Conclusión:

¿No deberíamos trabajar para construir culturas para la iglesia local que alienten, exijan y ayuden a los pastores a ser ejemplos vivientes del poder del evangelio de Jesucristo que transforma la vida y el corazón? ¿No deberíamos asumir que la presencia y el poder del pecado remanente viven dentro de cada pastor? ¿No deberíamos concluir, entonces, que es peligroso que el pastor viva

fuera del ministerio indispensable del cuerpo de Cristo que está ahí para protegerlo, guardarlo, confrontarlo, alentarlos, hacerlo crecer y, si es necesario, restaurarlo? ¿No deberíamos todos dar un paso atrás y hacernos preguntas que escudriñen el corazón? Si tú eres un pastor, ¿vives por encima del cuerpo de Cristo o fuera de él? ¿Buscas la sabiduría de los demás y sus ojos que te dan discernimiento? ¿Están los que te conocen – quiero decir, los que realmente te conocen – al nivel de tu corazón? Pastor, ¿anhelas ser pastoreado? Si no eres un pastor, ¿tu iglesia hace todo lo que puede para ayudar a tu pastor a que se beneficie del ministerio del cuerpo de Cristo? ¿Está él viviendo en una cultura de franqueza y amor que se centra en el evangelio? ¿Estás pastoreando a tu pastor?

CAPÍTULO SIETE

ZONAS DE GUERRA

Supongo que fue la clase que nunca tomé en el seminario, pero no tenía ni idea de las batallas que enfrentaría en el ministerio. Por supuesto, sabía que habría batallas por el evangelio o batallas por una filosofía bíblica del ministerio. Sabía que habría riñas de poca importancia con los otros líderes o juegos de estira y afloja entre los intereses del ministerio que eran irreconciliables. Sabía que habría altibajos en el ministerio, que atravesaríamos tanto por pasajes con mucha luz como por pasajes oscuros. Sabía que las personas no siempre tienen un anhelo por el evangelio de Jesucristo o que no lo atesoran como deberían. Sabía que no todos a los que fui llamado a ministrar tendrían un afecto natural por mí o una conexión conmigo. Sabía que me compararían con los pastores que me habían precedido. Sabía que sería llamado a ministrar en momentos de escasos recursos, tanto de ayuda como de dinero. Sabía que sería llamado a luchar por el evangelio en las vidas de las personas en momentos muy difíciles. Sabía que habría tiempos en los que las personas estarían enojadas con Dios y, por lo tanto, no tan emocionadas conmigo. Sabía todo eso pero lo que yo no sabía, o anticipaba, eran las batallas que se propagarían dentro de mí, batallas que son exclusivas del ministerio pastoral o que éste intensifica.

Esta lucha interna es la que quiero introducir en este capítulo y la que va a constituir el contenido del resto del libro. Como pastor lo mejor sería que estuvieras listo para luchar por el evangelio, pero también lo mejor sería que estuvieras listo para pelear por tu propia alma. Lo mejor sería que estuvieras comprometido con ser honesto con respecto a las batallas que se están librando en tu propio corazón. Lo mejor sería que estuvieras preparado para predicarte tú mismo el evangelio. Lo mejor sería que te armaras para el conflicto interno que le da la bienvenida a cualquiera que está en el ministerio.

EL MINISTERIO ES LA GUERRA

¿Por qué tantos pastores reportan estar demasiado cargados y demasiado estresados? ¿Por qué tantos pastores reportan tensión entre la vida familiar y la vida ministerial? ¿Por qué el ministerio pastoral muchas veces parece más una prueba que un gozo? ¿Por qué con frecuencia existe una discrepancia entre la vida privada del pastor y su imagen ministerial pública? ¿Por qué muchas veces existen relaciones disfuncionales entre el pastor y los líderes de su ministerio o el personal? ¿Por qué la vida ministerial de muchos pastores es sorprendentemente

corta?

Quizá hemos olvidado que el ministerio pastoral es la guerra y que nunca vas a vivir con éxito en el pastorado si vives con una mentalidad de tiempos de paz. Permíteme explicarte. La batalla principal del ministerio pastoral no es contra los valores cambiantes de la cultura circundante. No es la lucha con las personas reacias que parece que no valoran el evangelio. No es la lucha por el éxito de los ministerios de la iglesia. Y no es la lucha constante de los recursos y el personal para lograr la misión. No, la guerra del pastorado es una guerra profundamente personal. Se pelea en el terreno del corazón del pastor. Es una guerra de valores, lealtades y motivos. Se trata de deseos sutiles y sueños básicos. Esta guerra es la mayor amenaza para todos los pastores. Sin embargo, es la guerra que muchas veces ingenuamente ignoramos o rápidamente olvidamos con las ocupaciones del ministerio de la iglesia local.

LA GUERRA POR TU CORAZÓN

En primer lugar, el ministerio pastoral siempre está determinado por una guerra entre el reino del yo y el reino de Dios que se pelea en el campo de tu corazón. La razón por la cual esta guerra es tan peligrosa y engañosa es que ¡tú construyes ambos reinos en el ministerio haciendo el ministerio! Quizá algunos antecedentes teológicos serían útiles aquí. Pablo dice en 2 Corintios 5:15 que Jesús vino para que los que viven ya no “vivan para sí”. Pablo está argumentando aquí algo importante, algo que todos los pastores deben recordar. Él está argumentando que el ADN del pecado es el egoísmo. El pecado me mete en medio de mi universo, el único lugar reservado para Dios y solo para Dios. El pecado reduce mi campo de preocupación a mis deseos, a mis necesidades y a mis sentimientos. El pecado realmente hace que todo se trate de mí.

Debido a que la inercia del pecado me aleja del propósito de Dios y de Su gloria y me conduce hacia mi propósito y mi gloria, mientras el pecado esté dentro de mí va a estar la tentación de cambiar la gloria de Dios por la mía. En formas que son sutiles y no tan sutiles comienzo a perseguir los avios de la gloria del hombre. Cosas como el aprecio, la reputación, el éxito, el poder, la comodidad y el control se vuelven demasiado importantes. Ya que son demasiado importantes para mí, comienzan a moldear la manera en que pienso sobre el ministerio, sobre las cosas que quiero de mi ministerio y sobre las cosas que hago en el ministerio. Recuerda, el ministerio de un pastor no solo se moldea por su conocimiento, sus dones, su habilidad y su experiencia, sino también por la condición de su corazón. ¿Podría ser que mucha de la tensión y el abatimiento que los pastores sufren son el resultado de buscar en el ministerio lo que no deberíamos estar buscando?

GUERRA POR EL EVANGELIO

Esto nos conduce a un segundo campo de batalla en la guerra que es el ministerio pastoral: la guerra por el evangelio. No solo deberíamos luchar activamente por el evangelio como el paradigma fundamental de cada ministerio de la iglesia, sino que también debemos pelear para que el evangelio sea el lugar de descanso para nuestros corazones. Pastor, nadie tiene más influencia en tu vida que tú, porque nadie te habla más que tú. Las cosas que tú mismo te dices sobre Dios, sobre ti, sobre tu ministerio y sobre los demás son profundamente importantes, moldean tu participación en el ministerio y tu experiencia del ministerio. Mi experiencia con cientos de pastores es que muchos desgraciadamente funcionan en un estado normal de *amnesia del evangelio*. Se olvidan de predicarse en privado el evangelio que les declaran en público a los demás.

Cuando olvidas el evangelio, comienzas a buscar en las situaciones, los lugares y las relaciones del ministerio lo que ya se te ha dado en Cristo. Comienzas a buscar en el ministerio la identidad, la seguridad, la esperanza, el bienestar, la razón y el propósito. Éstas son cosas que tú solo vas a encontrar verticalmente. Ya son tuyas en Cristo. Así que tienes que luchar por darle presencia al evangelio en tu corazón. También, cuando experimentas la gracia del evangelio, dejas de tenerle miedo al fracaso, dejas de evitar que te conozcan y dejas de esconder tus luchas y tu pecado. El evangelio declara que no hay nada que pudiera llegar a ser descubierto acerca de ti y de mí que no haya ya sido cubierto por la gracia de Jesús. El evangelio es lo único que puede liberar a un pastor de la culpa, la vergüenza y la impulsividad del *esconder* (“nunca dejes que se muestre tu debilidad”) y del *buscar* (pidiéndole al ministerio que haga lo que Cristo ya ha hecho) que hace que el ministerio sea agobiante para tantos pastores.

Así que, en la guerra del ministerio pastoral, ¿eres un buen soldado? Recuerda que el Espíritu Santo vive dentro de ti y Él lucha en tu nombre, incluso cuando tú no estás lo suficientemente cuerdo para hacerlo. Recuerda también que en Cristo ya se te ha dado todo lo que necesitas para ser lo que se supone que debes ser y para hacer lo que se supone que debes hacer en el lugar donde Dios te ha puesto. Y recuerda que, ya que Emanuel está contigo, es imposible, momento tras momento, estar solo en esta guerra que es el ministerio pastoral.

DOS REINOS EN COMPETENCIA

Se necesitó que Dios hiciera uso de la dificultad pastoral para que yo aceptara la ineludible realidad de que todo lo que hacía en el ministerio lo hacía por lealtad al

reino del yo o al reino de Dios y en búsqueda del reino del yo o del reino de Dios. De esta verdad se hace una mejor exégesis en Mateo 6:19-34. (Por favor coge tu Biblia y lee el pasaje). Estoy convencido de que este pasaje es un elaborado análisis de los pensamientos, deseos y acciones del reino del yo. Nota el cambio que se da en el pasaje en el versículo 33 donde Jesús dice, “Más buscad primeramente el reino de Dios”. La palabra “Mas” nos dice que ese versículo es el punto de transición del pasaje. Todo lo demás que está antes explica la acción de otro reino, el reino del yo. Esto hace que el pasaje sea un lente muy útil en la lucha entre estos dos reinos que de una manera u otra combaten en el corazón de todos los que están en el ministerio.

En este capítulo quiero examinar desde este pasaje cuatro principios del ministerio que son un tesoro y que encuentro útiles a medida que busco examinar los motivos de mi propio corazón en el ministerio.

1) EN TU MINISTERIO, VAS A ESTAR ORIENTADO HACIA LO QUE ATESORAS EN TU CORAZÓN.

Dios nos ha diseñado para ser seres orientados por el valor y motivados por el propósito. Dios nos dio esta capacidad porque Él nos diseñó para que lo adoráramos. Así que lo que tú haces y dices en el ministerio siempre lo haces porque buscas alguna clase de tesoro. Más adelante voy a explicar cómo pocas de las cosas que atesoramos son intrínsecamente valiosas. La mayoría de los tesoros tienen un valor asignado. De este lado de la eternidad, esto es lo que nos pasa a todos nosotros: las cosas comienzan a aumentar en importancia más allá de su verdadera importancia y fijan la agenda para nuestros pensamientos, deseos, elecciones, palabras y acciones. ¿De qué se trata la batalla por el tesoro? Se trata de trabajar todos los días para que se mantenga como importante lo que Dios dice que es importante en nuestras vidas personales y ministerios. *Pastor, ¿qué es lo importante para ti en el ministerio?*

2) LOS TESOROS DE TU MINISTERIO VAN A DICTAR LA LEALTAD DE TU CORAZÓN.

Jesús dice, “Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (v. 21). El corazón, siendo el término en resumen del hombre interior, se podría caracterizar como el núcleo de donde proviene su personalidad. Lo que Jesús está diciendo aquí es profundo. Él está sugiriendo que hay una guerra por el tesoro que se está librando en el centro de lo que te hace pensar lo que piensas, desear lo que desees y hacer lo que haces. Ya sea que estés consciente de esto o no, tus palabras y acciones en el ministerio siempre son lo que intentas sacar de

él que es valioso para ti. *Pastor, ¿cuáles son los profundos deseos de tu corazón que moldean tus palabras y acciones cotidianas?*

3) LO QUE CAUTIVE LA LEALTAD DE TU CORAZÓN VA A MOLDEAR LAS ACCIONES, REACCIONES Y RESPUESTAS DE TU MINISTERIO.

Recuerda que, por diseño de Dios, somos adoradores. La adoración no es, en primer lugar, una actividad; la adoración es, en primer lugar, nuestra identidad. Eso quiere decir que todo lo que tú y yo hacemos y decimos es producto de la adoración. Así que los tesoros (las cosas que se han elevado a niveles importantes en nuestros corazones) que gobiernan los pensamientos y los deseos de nuestros corazones van, entonces, a controlar las cosas que hacemos. La guerra entre estos dos reinos en el ministerio no es primero una guerra por el comportamiento; es una guerra por la autoridad práctica, cotidiana y notoria de nuestros corazones. Si perdemos esta guerra más oscura, nunca vamos a ganar terreno en la esfera de nuestras palabras y acciones. *Pastor, ¿qué revelan tus palabras y acciones sobre lo que es verdaderamente importante para ti?*

4) TUS TESOROS PRÁCTICOS SIEMPRE ESTÁN CONECTADOS YA SEA EL REINO DEL YO O AL REINO DE DIOS.

Realmente Cristo sí nos da solo dos opciones. Conectamos nuestra identidad, significado, propósito y sentimiento interno de bienestar ya sea a los tesoros terrenales del reino del yo o a los tesoros celestiales del reino de Dios. Éste es un diagnóstico increíblemente útil para el ministerio pastoral. Considera estas preguntas: ¿La ausencia de *qué* nos llevar a querer rendirnos y dejar todo? ¿La búsqueda de *qué* nos lleva a sentirnos demasiado cargados y abrumados? ¿El temor a *qué* nos hace indecisos y tímidos en vez de valientes y animados? ¿El ansia de *qué* nos hace que trabajemos mucho y hasta muy tarde en la noche? ¿La “necesidad” de *qué* le roba al ministerio su belleza y su gozo? ¿El deseo por *qué* crea tensiones entre el ministerio y la familia?

¿Podría ser que muchas de las presiones del ministerio son el resultado de que buscamos sacar cosas del ministerio que éste nunca nos va a dar? ¿Podría ser que le estamos pidiendo al ministerio que haga por nosotros lo que solo el Mesías puede hacer? ¿Podría ser que en nuestro ministerio estamos buscando horizontalmente lo que ya se nos ha dado en Cristo? ¿Podría ser que este conflicto del reino sea motivado y permitido por la amnesia práctica y personal del evangelio? Cuando olvidamos lo que se nos ha dado en Cristo, tenemos la tendencia a buscar esas cosas en las situaciones, lugares y relaciones de nuestro

ministerio. *Pastor, ¿de qué formas estás tentado a buscar en tu ministerio lo que ya se te ha dado en Cristo?*

Pues, la mayor protección contra el reino del yo no es un juego de estrategias defensivas y auto reformadoras. Es un corazón que en ese preciso momento está tan impresionado por las glorias de la gracia de Jesucristo que no es fácilmente seducido por las glorias temporales menos importantes de este claustrofóbico reino de uno, el reino del yo. El problema es que no importa qué tan comprometidos estemos con el gran reino, siempre nos estamos aferrando a la dinámica del cambio del tesoro. Permíteme explicar esto.

EL PROBLEMA DEL CAMBIO DEL TESORO

Comencemos analizando el concepto del tesoro que Cristo usa. *Tesoro* es una palabra sugerente. Imagina que estoy sosteniendo delante de ti un billete de veinte dólares. ¿Por qué vale veinte dólares? No es porque esté hecho de un papel que valga veinte dólares. Eso implicaría un montón de papel. No es porque esté hecho con una tinta que valga veinte dólares. Eso implicaría un montón de tinta. Verás, el valor del billete de veinte dólares no es un valor intrínseco sino un valor asignado. Nuestro gobierno le ha designado a este billete el valor de dos mil centavos. Así es con la mayoría de las cosas que atesoramos. Pocas de ellas tienen un valor intrínseco. No, la mayoría de ellas tienen un valor asignado. ¿Qué significa esto? Significa que tienen valor porque nosotros las hemos nombrado como valiosas.

Esto es algo que haces todo el tiempo. Constantemente estás evaluando el valor de las cosas en tu vida. Es por esto que el viejo proverbio dice, “La basura de un hombre es el tesoro de otro”. Constantemente estás nombrando a unas cosas como importantes y a otras cosas como no tan importantes. También siempre estás confiriendo tu esperanza interna y tu contentamiento a algo y cuando lo haces, esas cosas cobran un valor que moldea la vida.

Regresemos a nuestro billete de veinte dólares y veamos cómo va a moldear nuestras vidas una vez que ese valor se le haya asignado. Una vez que mi billete tiene el valor de veinte dólares, el número de ellos que tú me ofrezcas va a determinar si voy a tomar ese empleo o no. El número que tengo de ellos va a determinar el tamaño de mi casa, la colonia en la que viva, la clase de coche que maneje, la calidad de la ropa que use, la comida que coma, el nivel de cuidado de la salud que tenga, las vacaciones que tome y mis esperanzas para el retiro y puede, por desgracia, incluso determinar la clase de personas que quiero frecuentar. Una vez que algo se convierte en nuestro tesoro, esto va a dominar nuestros deseos y va a moldear nuestro comportamiento.

Así que hay dos conclusiones prácticas que inmediatamente fluyen de la enseñanza de Cristo sobre el tesoro. Quiero exponer cada conclusión en el contexto del ministerio pastoral. *En primer lugar, en el ministerio pastoral es difícil mantener en tu corazón como importante lo que Dios dice que es importante.* Lo que siempre nos sucede a cada uno de nosotros es que las cosas en el ministerio crecen en importancia más allá de su verdadera importancia y cuando lo hacen, comienzan a dominar nuestros deseos y a moldear nuestro comportamiento. *También, es crítico entender que tu ministerio siempre va a ser motivado por lo que tú atesoras o va a ser sacrificado por lo que atesoras.* Cuando atesoras lo que Dios dice que es verdaderamente valioso, tu ministerio va a estar protegido y enriquecido por los compromisos de los tesoros de tu corazón. Pero cuando atesoras cosas que Dios no dice que sean importantes, te encuentras interponiéndote en el camino, en vez de ser parte de él, de lo que Dios está haciendo en tu ministerio en ese momento. ¿Quién en el ministerio pastoral no puede establecer una conexión con el siguiente ejemplo?

Después del servicio del domingo en la mañana él preguntó si podía hacer una cita conmigo. Pensé que el sermón lo había tocado y que quería ayuda para aplicar las verdades a los detalles de su vida cotidiana. Lo que él realmente quería hacer era decirme qué malos – “dolorosos” es lo que él realmente dijo – eran mis sermones. También dijo que estaba hablando por otros que sentían lo mismo. Me dolió, por supuesto, pero fui a prepararlos como lo había hecho la semana anterior.

El siguiente domingo cuando me levanté a predicar y vi a las personas que me escuchaban, ¡todos en la congregación tenían una cabeza de tamaño normal menos este individuo! Su cabeza parecía enorme, con los ojos de la *Mona Lisa* que parecían mirarme desde todos los ángulos. Previamente había sido inconsciente de las maneras en las que había habido un cambio sutil en el motivo de mi corazón. Por supuesto, quería ser fiel al texto y explicar con claridad el evangelio pero también quería algo más. Había decidido ganarle a este hombre. Estaba decidido a que él vendría a mí y me diría, “Pablo, estaba equivocado; tú realmente eres un estupendo predicador”. Lo preparé y lo comuniqué con él en mente.

La usurpación del reino del yo en el ministerio es realmente un asunto de *cambiar el tesoro*. He sido llamado a que todo lo que diga y haga debe estar gobernado por los tesoros celestiales que se centran en Cristo y son avivados por la gracia pero, en cambio, mi ministerio comienza a ser forjado por un catálogo de tesoros terrenales. Mi ministerio comienza a ser forjado por los sutiles pero formativos cambios en la clase de tesoro que gobierna mi corazón y, por lo tanto, moldea mis palabras y mi comportamiento. Cuando las cosas comienzan a

controlar los pensamientos y los deseos de mi corazón, se elevan más allá de su verdadera importancia y al hacerlo así, moldean la manera en que hago el ministerio. Déjame sugerir solo cinco de una larga lista de posibles cambios en el tesoro que fácilmente pueden ocurrir en el corazón de cualquier pastor.

1) IDENTIDAD: PASANDO DE LA IDENTIDAD EN CRISTO A LA IDENTIDAD EN EL MINISTERIO.

En el ministerio pastoral es muy tentador buscar horizontalmente lo que ya te ha sido dado en Cristo. Es posible ser un pastor y tener una amnésica identidad práctica. Cuando soy yo, comienzo a necesitar que la gente y los programas de la iglesia afirmen mi valor, mi sentido interno de bienestar, mi significado y mi propósito. En vez de la esperanza y el valor que resultan de descansar en mi identidad en Cristo, a mi ministerio lo cautiva y lo moldea el tesoro de una serie de afirmaciones temporalmente horizontales sobre mi valor y mi valía. Esto me roba la valentía ministerial y hace que me enfoque demasiado en la manera en que me están respondiendo los que están dentro del círculo de mi ministerio.

2) MADUREZ: DEFINIR EL BIENESTAR ESPIRITUAL NO POR EL ESPEJO DE LA PALABRA SINO POR EL MINISTERIO.

Los conocimientos bíblicos no se deben confundir con la madurez cristiana. La exactitud homilética no es lo mismo que la piedad. La destreza teológica es muy diferente de la santidad práctica. El liderazgo exitoso no es lo mismo que un corazón para Cristo. El crecimiento en la influencia no se debe confundir con el crecimiento en la gracia. Es tentador permitir que se lleve a cabo un cambio en la forma en que evaluó mi madurez como pastor. En vez de vivir con una profunda necesidad del trabajo continuo de la gracia en mi propio corazón, comienzo, debido a la experiencia y al éxito en el ministerio, a verme como más maduro de lo que realmente soy. Debido a estos sentimientos de haber tenido éxito, no me enseño; no predico con un corazón humilde, sensible y atrayente. No busco a fondo el ministerio del cuerpo de Cristo. Esto da pie a que mi preparación sea menos devocional y que mi opinión de los demás la haga con juicios a la ligera.

3) REPUTACIÓN: CAMBIAR DE UN MINISTERIO FORJADO POR EL CELO POR LA REPUTACIÓN DE CRISTO, A UN MINISTERIO FORJADO POR LA ANSIA POR LA ALABANZA DE LAS PERSONAS.

Mi ministerio debería estar motivado de manera práctica por la gloria de Cristo, porque Su fama la conocieran más y más personas y porque todos juntos conociéramos en un sentido práctico lo que quiere decir someterse a Su señorío. En cambio, el tesoro de mi propia reputación seduce mi ministerio. Mi corazón comienza a ser conquistado por el deseo de que los demás me estimen, por el rumor de que soy necesario, por el encanto de sobresalir en la multitud, por la gloria de estar a cargo y por el poder de tener razón. Esto hace difícil que admita que estoy equivocado, que me someta al consejo de otros, que entregue el control, que no tenga que salir airoso y probar que tengo razón. Hace difícil aceptar la culpa o compartir el crédito y hace que me emocione menos por el ministerio como un proceso de colaboración con el cuerpo de Cristo.

4) EN ESENCIA: PASAR DEL DESCANSO EN LA PRESENCIA

INDISPENSABLE DE JESÚS EL MESÍAS A VERSE UNO MISMO
COMO DEMASIADO INDISPENSABLE PARA LO QUE DIOS ESTÁ
HACIENDO.

Donde yo una vez me vi como uno de los muchos instrumentos en la caja de herramientas del reino de Dios, ahora comienzo a verme como demasiado imprescindible, demasiado importante en lo que Dios está haciendo en mi entorno local. En vez de descansar en la persona y obra del Mesías, comienzo a llevar en mis propios hombros la carga del crecimiento individual y colectivo del pueblo de Dios. Esto hace que devalúe la importancia de los dones de los demás y de su ministerio y me tienta a asignarme más de lo que soy capaz de hacer. En maneras en las que a lo mejor no estoy consciente, he comenzado a tratar de ser el Mesías en vez de descansar en mi identidad como un instrumento en Sus manos fieles y poderosas.

5) CONFIANZA: CAMBIAR DE LA HUMILDE CONFIANZA EN LA

GRACIA TRANSFORMADORA A LA CONFIANZA EXCESIVA EN LA
PROPIA EXPERIENCIA Y LOS DONES.

La longevidad y el éxito en el ministerio son cosas buenas pero también pueden ser cosas peligrosas para el corazón de un pastor. Somos capaces de volvernos demasiado confiados en nosotros mismos. Un cambio en la confianza se comienza a dar cuando del tesoro de la humilde confianza en el poder de la gracia que salva, perdona, transforma y libera paso a descansar en mi propio conocimiento, habilidades, dones y experiencia. Debido a esto, no me aflijo lo suficiente, no oro lo suficiente, no preparo lo suficiente, no confieso lo suficiente

y no escucho lo suficiente a los demás. He comenzado a atribuirme aptitudes que no tengo y porque lo hago, no ministro por mi propio sentimiento de necesidad de la gracia de Cristo y no busco la ayuda de los demás.

En cada área es tentador que mi ministerio sea forjado por un cambio de la confianza en el tesoro de la gracia incansable de Jesús, el Redentor, a tener esperanza en los tesoros terrenales que Él nos recuerda (Mateo 6:19-34) que son temporales por naturaleza y que no tienen la capacidad de darnos lo que estamos buscando. ¿Podría ser que estos cambios de tesoro conduzcan a tantos de los problemas colectivos familiares y fracasos relacionales en el ministerio? ¿Podría ser que estos cambios sean los que ocasionen que el ministerio se vuelva una carga en vez de ser el gozo que realmente es? Tu ministerio va a vivir en la peligrosa intersección entre las dificultades y las tentaciones de este mundo caído y la batalla por el reino que todavía continúa en tu corazón. Esta intersección crucial va a ser el núcleo del resto de este libro.

Los tesoros del reino del yo se vuelven mucho más seductores y poderosos cuando yo, como pastor, pierdo de vista las glorias de lo que me ha sido dado en Cristo. Cuando hago esto, comienzo a pensar de mí como pobre cuando la gracia me ha hecho rico y busco las riquezas en los lugares donde simplemente no se pueden encontrar. Pero no tengo que huir avergonzado o ceder ante el pánico, porque la gracia de la cruz también ha cubierto esta lucha y hoy va a obrar otra vez para rescatarme de mí mismo.

QUÉ DEBEMOS RECORDAR

En vista de todo esto, ¿cuáles son las cosas que debemos recordar? Abordemos la pregunta de esta manera. Los expertos dicen que solo hay tres cosas que se deben considerar al comprar una propiedad: el lugar, el lugar, el lugar. Lo mismo se podría decir de la vida. Cuando entiendes el lugar, vives y ministras de una manera radicalmente diferente. ¿Confundido? Déjame señalarte cuatro formas en las que el lugar importa.

1) VIVES EN UN MUNDO QUE HA CAÍDO DE MANERA DRAMÁTICA.

Tienes que estar preparado. Tienes que vivir con expectativas realistas. Simplemente debes llevar tu entendimiento bíblico al lugar donde ahora vives y ministras o de lo contrario vas a estar constantemente desprevenido y desilusionado. Tú y yo vivimos en un mundo muy arruinado donde por todos lados hay problemas. Tu cuerpo y tu mente están afectados por la caída y no siempre funcionan como deberían. Tu familia y tus amistades no van a funcionar como fueron diseñadas. El gobierno que está por encima de ti no funciona como

fue creado para funcionar. La iglesia a la que sirves está llena de gente imperfecta pero que necesita la redención. El ambiente físico está arruinado y sufre bajo el peso de la caída. El apóstol Pablo lo dice muy bien en Romanos 8: “Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo” (versículos 22-24).

No hay escape de esto: estás en un lugar donde alguna clase de problema te va a recibir todos los días. Mucho de ese problema va a vivir dentro de ti. Vives y ministras en un lugar donde de una manera u otra la tentación te va a dar la bienvenida cada día. Cuando enfrentas esta dura realidad, vas a vivir preparado para los problemas que se atreviesen en tu camino.

2) LA GRAN BATALLA SE LIBRA EN TU CORAZÓN.

Al reconocer el quebrantamiento del mundo en el que vives y ministras, no quieres ceder ante el ambiente espiritual en el que le echas la culpa de todas tus luchas a las cosas que están fuera de ti. Ese fue el error del monasterio medieval, comunidades amuralladas que estaban separadas del mundo malvado y que estaban destinadas a fomentar una vida recta. Al final resultó que estas comunidades tuvieron la tendencia a repetir todos los males del mundo circundante del que se habían separado.

Los monasterios fueron un fracaso porque descuidaron una verdad bíblica muy importante: el mayor peligro para todos los seres humanos, incluso para los que están en el ministerio, se encuentra dentro de ellos, no fuera de ellos. Hay algo oscuro y engañoso que todavía está al acecho en el corazón de cada uno de los hijos de Dios y que todavía no ha sido plenamente glorificado: el pecado. Solo el pecado que hay dentro de ti es lo que te atrae y te engancha al pecado que está fuera de ti. Cada día se libra una guerra por el control de tu corazón. Pero tu celoso Salvador, con el celo del precioso amor redentor, no va a compartir tu corazón. Él no va a descansar hasta que tu corazón lo gobierne Él y solo Él.

3) VAS A CORRER A ALGÚN LUGAR PARA REFUGIARTE.

En medio del problema, cuando te encuentras en el calor de la batalla, vas a correr a algún lugar para refugiarte. Vas a correr a algún lugar para encontrar el descanso, el consuelo, la paz, el aliento, la sabiduría, el alivio y la fuerza. Solo hay un lugar a donde correr y donde se puede encontrar la verdadera protección, descanso y fuerza. Tú y yo debemos aprender, en la vida y en el ministerio, a hacer del Señor nuestro refugio.

Quizá cuando estás en problemas corres con otras personas con la esperanza de que ellas puedan ser tu mesías personal. Tal vez corres al entretenimiento con la esperanza de adormecer tus problemas. A lo mejor corres a una droga para hacer tu mejor intento por apagar el dolor. Quizá estás tentado a correr por comida o sexo para paliar el dolor con el placer. Ya que ninguna de estas cosas puede darte el refugio que buscas, poner ahí tu esperanza solo tiende a añadir decepción al problema que ya estás viviendo.

Dios realmente es tu refugio y tu fuerza. Solo Él gobierna en cada lugar en el que tu problema exista. Solo Él controla todas las relaciones en las que la decepción va a asomar la cabeza. Solo Él tiene el poder para rescatarte y librarte. Solo Él tiene la gracia que necesitas para enfrentar lo que estás enfrentando. Solo Él tiene la sabiduría que necesitas con tanta desesperación en los problemas. Solo Él está en ti, contigo y para ti todo el tiempo. Él es el refugio de refugios. ¿Corres a Él?

4) HACIA DONDE TE DIRIGES EL PROBLEMA YA NO EXISTIRÁ MÁS.

Podrías argumentar que la historia bíblica se trata de tres lugares. El jardín en Génesis era un lugar de perfección y belleza pero se volvió un lugar de pecado y problemas. La colina del Calvario fue un lugar tanto de horrible sufrimiento como de gracia transformadora. Y la Nueva Jerusalén, ese lugar de paz y refugio alumbrado por el resplandor del Hijo, va a ser nuestro refugio final para siempre. Gracias a la cruz de Jesucristo, tu historia no va a terminar con los problemas diarios y el refugio temporal. No, tu lugar final va a ser completamente diferente a todo lo que has experimentado, incluso en tu mejor y más brillante día en el ministerio. Te diriges hacia la Nueva Jerusalén, donde la última lágrima va a ser secada y los problemas ya no existirán más.

El día de hoy, en la vida y el ministerio, vas a enfrentar alguna clase de problema. El día de hoy vas a correr a algún lugar para refugiarte. El día de hoy hay esperanza y ayuda que se pueden encontrar. Que Dios sea tu refugio y, mientras corres hacia Él, recuerda que Él te ha prometido que va a haber un día en el que tus problemas ya no existirán más. Pero vives entre el ya y el todavía no y la batalla todavía ruge. La pregunta para ti, pastor, es, ¿eres un soldado consciente, sabio y preparado, que una y otra vez corre al Capitán de tu alma para encontrar la gracia que salva, perdona, transforma, capacita y libera?

PARTE 2 - EL PELIGRO DE PERDER TU TEMOR REVERENCIAL

(OLVIDANDO QUIÉN ES DIOS)

CAPÍTULO OCHO

FAMILIARIDAD

Lo dijo más bien de forma realista, a lo mejor sin entender el significado de lo que él estaba diciendo, pero no podía sacar sus palabras de mi cabeza. Era el director de un ministerio nacional. Estábamos en una reunión hablando sobre la colaboración en el ministerio. Yo estaba compartiendo la emoción que sentía por lo que estaba viendo que estaba pasando en la iglesia alrededor del mundo y él dijo, “Yo creo que ya nada me emociona”. No estaba en posición de responder lo que él dijo pero inmediatamente pensé, *Deberías estar emocionado. Si estás liderando un ministerio, y si no puedes recuperar tu emoción, tal vez no deberías estar haciendo lo que estás haciendo.* Él había perdido la emoción y se quedó con la obligación de hacer el negocio del ministerio como si fuera una obligación repetitiva, sin gozo y de todos los días. ¡Qué lugar tan triste y peligroso para estar!

Tal vez esto comienza en el seminario con el examen minucioso de cada elemento de la fe. A lo mejor hay un momento en donde la gloria de Dios simplemente ya no parece tan gloriosa. Quizá vivir en medio de una comunidad teológica comienza a aburrir mi emoción y a adormecer mi asombro. Tal vez la Biblia se reduce a poco más que un manual teológico al que se le tiene que hacer una exégesis que se tiene que responder. Tal vez incluso Dios mismo se vuelve más un ser divino al que hay que estudiar y entender teológicamente que el Señor de la gloria que Él es.

A lo mejor todo se trata de la dinámica de la familiaridad. El gran profesor de Princeton y teólogo B. B. Warfield les escribió esto a sus estudiantes:

En efecto, con frecuencia se nos dice que el gran peligro para el estudiante de teología se encuentra precisamente en el contacto constante que tiene con las cosas divinas. Llegan a ser comunes para él porque son normales. Así como el hombre promedio respira el aire y disfruta la luz del sol sin nunca pensar que es Dios, en Su bondad, el que hace que Su sol salga sobre él, aunque sea malo, y envíe la lluvia sobre él, aunque sea injusto; así tú puedes llegar a manejar hasta el mobiliario del santuario sin nunca pensar en los materiales terrenales de los que está hecho. Las palabras que te hablan de la terrible majestad de Dios o de Su gloriosa bondad pueden llegar a ser meras palabras para ti— palabras en hebreo y en griego, con etimologías, inflexiones y conexiones en las oraciones. Los razonamientos que te sientan las bases de los misterios de Sus actividades salvíficas pueden llegar a ser para ti meros paradigmas

lógicos, con premisas y conclusiones, bien coordinados, sin duda, y triunfalmente convincentes pero sin mayor importancia para ti que su conclusión lógica y formal. El majestuoso paso a paso de Dios en Sus procesos redentores puede llegar a ser para ti una mera serie de hechos históricos, que interactúan de manera curiosa a la creación de condiciones sociales y religiosas y que apuntan quizá a una cuestión que nosotros podemos conjeturar con perspicacia: pero al igual que otros hechos que ocurren en el tiempo y en el espacio y que se pueden llegar a advertir. Esto es tu gran peligro. Pero es tu gran peligro *solo* porque es tu gran privilegio. Piensa en cuál es tu privilegio cuando tu mayor peligro es que los grandes asuntos de la religión ¡pueden llegar a ser comunes y corrientes para ti! A otros hombres, que están oprimidos por las duras condiciones de la vida, tal vez hundidos en la lucha diaria por el pan, distraídos como sea que fuere por el terrible arrastre del mundo que está sobre ellos y la terrible actividad acelerada del trabajo del mundo, les resulta difícil tener el tiempo y la oportunidad para hacer una pausa y considerar si existen tales cosas como Dios, la religión y la salvación del pecado que los sitia y los tiene cautivos. La misma atmósfera de tu vida son estas cosas; las respiras por cada poro: te rodean, te abarcan y te presionan por todos lados. ¡Todo está en peligro de volverse común y corriente para ti! Que Dios te perdone, ¡estás en peligro de cansarte de Dios!¹

Qué poderosas palabras de amonestación para todos los que están en el ministerio de cualquier tipo: “El gran peligro... se encuentra precisamente en su constante contacto con las cosas divinas”. ¿Cuál es el peligro? Que la familiaridad con las cosas de Dios va a hacer que pierdas tu temor reverente. Has pasado tanto tiempo en la Escritura que su grandiosa narrativa redentora, junto con su sabiduría integral, ya no te emocionan más. Has pasado tanto tiempo haciendo una exégesis de la expiación que te puedes parar al pie de la cruz con poco llanto y escaso gozo. Has pasado tanto tiempo discipulando a otros que ya no te asombra la realidad de haber sido escogido para ser un discípulo de Jesucristo. Has pasado tanto tiempo analizando la teología de la Escritura que has olvidado que su fase final es la santidad personal. Has pasado tanto tiempo en la planeación estratégica del ministerio de la iglesia local que has perdido tu asombro por el Proyectista soberano que guía cada uno de tus momentos. Has pasado mucho tiempo meditando en lo que significa guiar a los demás en la adoración pero en privado tienes muy poco temor reverente. Todo ha llegado a ser tan normal y común que ya nada te conmueve más; de hecho, existen momentos tristes cuando la maravilla da la gracia apenas si puede conseguir tu atención en medio de tu ocupado horario ministerial.

Los artistas hablan de la dinámica del letargo visual, lo que quiere decir que entre más veas algo, realmente menos lo ves. En el camino hacia el trabajo, el primer día estás consciente de todo lo que ves y de todo lo que oyes. Observas ese hermoso bosque de árboles viejos y esa moderna casa dúplex de la esquina. En tu veinteavo viaje has dejado de notar esto y deseas que el tráfico avance más rápido para que puedas llegar al trabajo, ¡qué horror! Algo te ha pasado que parece inevitable pero que no es bueno. Has dejado de ver y, al dejar de ver, has dejado de conmoverte y de estar agradecido. La belleza que una vez te atrajo todavía está ahí para que la veas, pero tú no la ves y no puedes festejar lo que no puedes ver. ¿Podría haber un peligro mayor en el ministerio que el que lidera el ministerio pierda su temor reverente? Déjame explicar.

Tal vez el lugar para empezar es con uno de los pasajes impresionantes de la Biblia, el Salmo 145:

Te exaltaré, mi Dios, mi Rey,
Y bendeciré tu nombre eternamente y para siempre.
Cada día te bendeciré,
Y alabaré tu nombre eternamente y para siempre.
Grande es Jehová, y digno de suprema alabanza;
Y su grandeza es inescrutable.
Generación a generación celebrará tus obras,
Y anunciará tus poderosos hechos.
En la hermosura de la gloria de tu magnificencia,
Y en tus hechos maravillosos meditaré.
Del poder de tus hechos estupendos hablarán los hombres,
Y yo publicaré tu grandeza.
Proclamarán la memoria de tu inmensa bondad,
Y cantarán tu justicia.
Clemente y misericordioso es Jehová,
Lento para la ira, y grande en misericordia.
Bueno es Jehová para con todos,
Y sus misericordias sobre todas sus obras.
Te alaben, oh Jehová, todas tus obras,

Y tus santos te bendigan.
La gloria de tu reino digan,
Y hablen de tu poder,
Para hacer saber a los hijos de los hombres sus poderosos hechos,
Y la gloria de la magnificencia de su reino.
Tu reino es reino de todos los siglos,
Y tu señorío en todas las generaciones.
Sostiene Jehová a todos los que caen,
Y levanta a todos los oprimidos.
Los ojos de todos esperan en ti,
Y tú les das su comida a su tiempo.
Abres tu mano,
Y colmas de bendición a todo ser viviente.
Justo es Jehová en todos sus caminos,
Y misericordioso en todas sus obras.
Cercano está Jehová a todos los que le invocan,
A todos los que le invocan de veras.
Cumplirá el deseo de los que le temen;
Oírás asimismo el clamor de ellos, y los salvarás.
Jehová guarda a todos los que le aman,
Mas destruirá a todos los impíos.
La alabanza de Jehová proclamará mi boca;
Y todos bendigan su santo nombre eternamente
y para siempre.

¿Cuál es la cosmovisión que predomina en este salmo? Es que Dios ha metido en la cabeza de cada ser humano que debe vivir en un temor reverente de Él todos los días. Esto significa que la motivación diaria, práctica, más profunda y que más moldea la vida de cada ser humano, fue diseñada para ser el temor reverente de Dios. Éste es el llamamiento de cada persona. Esta es la sombrilla de protección que está sobre cada persona. En la vida de una persona ésta es la

realidad que debe definir y darle forma a cualquier otra realidad. ¿Cómo debe ser esto de manera práctica?

Bueno, debe ser lo que de algún modo motive todo lo que hago y digo. El temor reverente de Dios debe ser la razón por la cual hago lo que hago con mis pensamientos. Debe ser la razón por la cual deseo lo que deseo. El temor reverente de Dios debe ser la razón por la cual trato a mi esposa de la manera en que lo hago y educo a mis hijos en la forma en que lo hago. Debe ser la razón por la cual actúo de la forma en que lo hago en mi trabajo o por la cual manejo mis finanzas de la forma en que lo hago. Debe estructurar la manera en que pienso sobre las posesiones físicas y la posición personal y el poder. El temor reverente de Dios debe moldear y motivar mi relación con mi familia y parientes y vecinos. El temor reverente de Dios debe dar orientación a la forma en la que vivo como un ciudadano de una comunidad en su conjunto. Debe dar forma a la manera en la que pienso acerca de mí y mis expectativas de los demás. El temor reverente de Dios me debe levantar de mis momentos más oscuros de desaliento y debe ser la fuente de mis festejos más exuberantes. El temor reverente de Dios me debe hacer más consciente de mí mismo y debe hacer que me entristezca más por mi pecado, al mismo tiempo que me hace más paciente con la debilidad de los demás y más tierno hacia esa debilidad. Me debe dar el valor que de otra manera no tendría y la sabiduría para saber cuándo no estoy viviendo a la altura. El temor reverente de Dios tiene que gobernar cada esfera de mi existencia.

Pero hay más. El temor reverente de Dios debe dominar mi ministerio porque uno de los dones fundamentales para la misión del evangelio de Jesucristo es devolverles a las personas su temor reverente de Dios. Un ser humano que no está viviendo en un práctico temor reverente de Dios es un ser humano que está profundamente en desventaja. Se ha descarrilado, está tratando de impulsar el tren de su vida en un campo y ni siquiera puede saberlo. El peligro espiritual aquí es que cuando el temor reverente de Dios está ausente, rápidamente es reemplazado por nuestro temor reverente de nosotros mismos. Si no estás viviendo para Dios, la única alternativa es vivir para ti. Así que el ministerio fundamental de la iglesia debe hacer todo lo que pueda para que Dios lo use para hacer volver a las personas a lo único para lo que fueron creadas: vivir en un temor reverente de Dios que sea gozoso, fiel y fuerte.

Esto quiere decir que cada sermón lo debe preparar una persona cuyo estudio esté marcado por el temor reverente de Dios. El sermón se debe entregar con un temor reverente y debe tener como propósito motivar el temor reverente en los que lo escuchan. El ministerio de los niños debe tener como meta encender en los niños un temor reverente de Dios que moldee su vida. El ministerio de los jóvenes de la iglesia debe ir más allá del entretenimiento bíblico y debe hacer

todo lo que pueda para ayudar a que los adolescentes vean la gloria de Dios y que sea el fin por el cual van a vivir. El ministerio de mujeres debe hacer más que darles a las mujeres un lugar para tener comunión unas con otras y hacer manualidades. Las mujeres tienen que ser rescatadas de ellas mismas y de un sinnúmero de egoísmos que carcomen sus corazones y el temor reverente de Dios proporciona ese rescate. Los ministerios de los hombres tienen que reconocer la frialdad en el corazón que tantos hombres tienen hacia las cosas de Dios y enfrentar y estimular a los hombres con su identidad, como las personas que fueron creadas para vivir y guiar por medio de un celo humilde por la gloria de Dios en vez de la suya propia. Las misiones y el evangelismo deben estar motivados por el temor reverente. Recuerda, Pablo argumenta que ésta es la razón de la cruz. Dice que Jesús vino “para que los que viven, y a no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (ver 2 Corintios 5:15).

El temor reverente de Dios es una de las cosas que va a evitar que una iglesia se descarrile y se distraiga con muchos programas que pueden desviar a cualquier congregación. El temor reverente de Dios pone la teología en su lugar. La teología es de vital importancia, pero cualquiera que sea el temor reverente que tengamos por la teología es peligroso si no produce en nosotros un práctico temor reverente de Dios. El temor reverente de Dios pone las estrategias del ministerio de la iglesia en el lugar que les corresponde. No ponemos nuestra confianza en nuestras estrategias sino en el Dios de la gloria impresionante, que es la cabeza de la iglesia que nosotros estamos tratando de conducir bien. El temor reverente de Dios pone los dones del ministerio y la experiencia en el lugar que les corresponde. No podemos crecer en arrogancia y petulancia acerca de nuestros dones porque, a menos que la gloriosa gracia del Dios a quien servimos les otorgue poder a esos dones, no tienen ningún poder para rescatar a alguien o para cambiarlo. El temor reverente de Dios pone a nuestra música y a nuestra liturgia en el lugar que les corresponde. Sí, vamos a querer guiar a las personas en una adoración que sea tanto bíblica como cautivadora, pero no tenemos ningún poder para realmente seducir el corazón de esas personas sin la impresionante presencia del Espíritu Santo que inspira y aplica todo lo que buscamos hacer. El temor reverente de Dios pone a nuestros edificios y a nuestra propiedad en el lugar que les corresponde. Cómo se construye un edificio, cómo se mantiene y cómo se usa son cuestiones muy importantes pero los edificios nunca han llamado o justificado a alguien; solo un Dios de una gracia soberana impresionante puede hacer eso. El temor reverente de Dios pone a nuestra historia y a nuestras tradiciones en el lugar que les corresponde. Sí, debemos estar agradecidos por las formas en que Dios ha obrado en nuestro pasado, y debemos buscar retener las cosas que son una expresión adecuada de lo que El dice que es importante, pero no descansamos en nuestra historia; descansamos en el Dios de gloria ¡que es el mismo ayer, hoy y por los siglos!

Debemos estar comprometidos a hacer todo lo que podamos para que seamos esa generación que encomiende las obras de Dios, Su gloria, a la siguiente generación para que ésta pueda ser rescatada y motivada por una gloria mayor que la del típico catálogo de glorias que podría escoger para ella misma.

Ahora bien, es muy difícil predicar y moldear el ministerio de la iglesia de esta manera si la familiaridad ha producido una ceguera que te ha robado de manera efectiva tu temor reverente de Dios. En el ministerio es muy difícil dar lo que tú mismo no posees (un tema principal de este libro). No siempre estás consciente de las formas en las que tu ministerio siempre es forjado por lo que tiene el control práctico de tu corazón. Si te motiva más la experiencia que inspira el temor reverente de tener la estima y el respeto de la gente a tu alrededor, vas a hacer el ministerio de una manera que se estructure para obtener ese respeto, aunque a lo mejor no estés consciente de ello. Si el impresionante poder, que surge de controlar a las personas y a las situaciones a tu alrededor, gobierna tu corazón, vas a trabajar en tu ministerio para tener el control. Si tu corazón está gobernado más por el temor del hombre que por el temor de Dios, vas a construir un ministerio que erija murallas de protección a tu alrededor y construya un foso entre tu imagen pública y tu vida privada. Si tu corazón se conmueve más con la experiencia impresionante y estimulante de estar teológicamente en lo correcto que por un temor reverente de Dios, que vive en el centro de esa teología, tú vas a ser un guardián teológico que no pastorea bien a las personas conflictivas. Si tu corazón está gobernado por la envidia del ministerio de otra persona, ministerio que inspira un temor reverente, más que por un temor reverente del Dios que te ha llamado y te ha dotado, vas a ministrar motivado por una agotadora insatisfacción con la situación y el lugar de tu llamamiento.

Una vez más recuerda que el ministerio que estás haciendo nunca se forja solo por tus dones, conocimiento, habilidad y experiencia. Siempre se forja también por la verdadera condición de tu corazón. Es por esto que es importante reconocer que el ministerio de la iglesia local es una gran guerra por la gloria. En cada situación, lugar y relación de tu ministerio hay una guerra en curso para ver qué gloria va a magnetizar tu corazón y, por lo tanto, va a conformar tu ministerio. Hay una guerra que se está llevando a cabo entre el temor reverente de Dios y todas las cosas que te inspiran un temor reverente, que están a tu alrededor y que Dios creó. El temor reverente de Dios te va a conquistar a ti y a tu ministerio o tú vas a ser conquistado por alguna clase de temor reverente creado. Recuerda, Dios le dio esa gloria a cualquier cosa gloriosa en la creación para que actuara como un dedo que te apunta hacia la única gloria que debe gobernar tu corazón – Él.

El quid de la cuestión es que muchos pastores se adormecen ante el temor reverente o están confundidos con el temor reverente o son secuestrados por el

temor reverente. Muchos pastores miran la gloria y ya no ven más la gloria. Muchos pastores solo están en automático porque no saben qué más hacer. Muchos pastores predicán un evangelio aburrido y soso que te lleva a preguntarte porqué más gente no se está durmiendo durante el mismo. Muchos pastores son mejores para discutir puntos finos de la doctrina que para estimular la admiración divina. Muchos pastores parece que están más estimulados por el siguiente enfoque del ministerio o por el siguiente paso en el plan estratégico que por la gloria estupenda de la grandiosa intervención de la gracia en los corazones quebrantados por el pecado. Estas glorias de tener la razón, tener éxito, tener el control, ser apreciado y estar seguro, muchas veces llegan a influir más en la forma en la que se hace el ministerio que en las realidades impresionantes de la presencia, soberanía, poder y amor de Dios. Muchos pastores han perdido su temor reverente y no lo saben o no saben cómo recuperarlo.

EL FRUTO PRÁCTICO DEL MINISTERIO DEL TEMOR REVERENTE DE DIOS

¿Qué cosas producen el temor reverente de Dios en el corazón de un pastor y que son vitales para que un ministerio sea efectivo, honre a Dios y sea fructífero? A continuación está tu lista.

1) HUMILDAD

No hay nada que te vaya a poner en tu lugar, nada que vaya a corregir tu distorsionada visión de ti mismo, nada que te vaya a sacar bruscamente de tu arrogancia funcional o nada que vaya a desafiar la jactancia o la arrogancia de tu justicia propia como estar de pie, indefenso, ante la gloria impresionante de Dios.

Frente a Su gloria me quedo desnudo, sin ninguna gloria, cualquiera que ésta sea, que mantener ante mí mismo o ante cualquier otra persona. En tanto que me compare con los demás siempre puedo encontrar a alguien cuya existencia parezca ser un argumento de cuán justo y o soy. Pero si yo comparo los trapos de inmundicia de mi justicia con el lino puro y siempre sin mancha de la justicia de Dios, quiero correr y esconderme con una vergüenza desgarradora.

Esto es exactamente lo que le pasó a Isaías y que se registra en Isaías. Él está de pie ante el impresionante trono de la gloria de Dios y dice, “¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (versículo 5). Aquí Isaías no está hablando con una hipérbole religiosa formal. Él no está tratando de congraciarse con Dios sino que está siendo muy

humilde. No, es solo a la luz de la gloria impresionante de Dios y de Su santidad que llegas a tener una visión exacta de ti mismo y de lo profunda que es tu necesidad de la liberación que solo un Dios de gracia gloriosa pueda proporcionar.

En algún lugar a lo largo del camino en el ministerio, muchos pastores han olvidado quienes son. Tienen un extraordinario punto de vista de ellos mismos que está hinchado y distorsionado, que los hace en gran parte inaccesibles y les permite justificar cosas que piensan, desean, dicen y hacen que simplemente no se justifican bíblicamente. He estado ahí y a veces caigo ahí de nuevo y, cuando estoy ahí, necesito que me rescaten de mí mismo. Cuando tienes demasiado temor reverente de ti, te eriges para ser un autócrata eclesiástico que tiene una justicia propia, que es controlador, demasiado confiado, críticón, resueltamente obstinado y que, sin darte cuenta, está construyendo un reino cuyo trono va a ser ocupado por ti, no importa qué tan capaz seas de convencerte que lo haces todo para la gloria de Dios.

2) TERNURA

La humildad que solo el temor reverente de Dios puede producir en mi corazón – es decir, una conciencia de mi pecado y de la desesperada necesidad de la gracia – origina, entonces, la ternura pastoral hacia las personas que están a mi alrededor y que dan evidencia empírica de que tienen necesidad de la misma gracia. Nadie da mejor la gracia que una persona que está profundamente persuadida que ella misma la necesita y que se le da en Cristo. Esta ternura hace que yo sea bondadoso, amable, paciente, comprensivo y optimista frente al pecado de los demás al mismo tiempo que nunca comprometo el llamado santo de Dios. Me protege de evaluaciones mortales como, “No puedo creer que hayas hecho semejante cosa”, o “Nunca hubiera pensado de...,” que me están diciendo que soy esencialmente diferente de las personas a las que ministro. Es difícil llevar el evangelio a personas a las que estoy tratando con desprecio o que ni me caen bien ni respeto. Frente al pecado de los demás, la ternura que se inspira en el temor reverente me libera de ser un agente de condenación o de pedirle a la ley que haga lo que solo la gracia puede lograr y me motiva para ser un instrumento de esa gracia.

3) PASIÓN

No importa qué esté funcionando en mi ministerio o qué no lo esté, no importa qué dificultades o batallas esté enfrentando, la gloria integral de Dios me da una razón para levantarme en la mañana y hacer lo que he sido dotado y llamado para hacer con entusiasmo, valor y confianza. Mi gozo no está esposado a las

circunstancias o a las relaciones que me rodean; no tengo que jalar con fuerza mi corazón a donde quiera que vaya. Tengo motivos de alegría porque soy un hijo escogido y un siervo reclutado por el Rey de reyes y el Señor de señores, el gran Creador, el Salvador, el soberano, el victorioso, el que reina y va a reinar por siempre. Él es mi Padre, mi Salvador y mi jefe. Él siempre está cerca y siempre es fiel. Mi pasión por el ministerio no se trata de cómo me reciben; fluye de la realidad de que Él me ha recibido. Mi entusiasmo no es porque les caiga bien a las personas sino porque Él me ha aceptado y me ha enviado. Mi pasión no es el resultado de que mi ministerio sea tan glorioso como pensé que sería, sino porque Él es eterna e inmutablemente glorioso. Así que yo predico, enseño, aconsejo, guío y sirvo con una pasión por el evangelio que inspira y enciende lo mismo en las personas a mi alrededor.

4) CONFIANZA

La confianza, ese sentimiento interno de bienestar y capacidad para el ministerio, no es una confianza inadecuada en uno mismo sino que procede de saber a quién sirvo. Él es mi confianza y mi capacidad. Él no me va a llamar a hacer una tarea sin capacitarme para hacerla. Él tiene más celo por la salud de Su iglesia del que tengo yo. Nadie está más interesado en el uso de mis dones que el que me los dio. Nadie tiene más celo por Su gloria que Él. Él siempre está presente y siempre está dispuesto. Él es omnipotente y omnisciente. Él no tiene límites para el amor y es glorioso en gracia. Él no cambia y para siempre es fiel. Su palabra no va a cesar de ser verdad. Su poder para salvar nunca se va a acabar. Su gobierno nunca va a menguar. Él nunca va a ser conquistado por uno mayor que Él. Puedo hacer lo que he sido llamado a hacer con confianza, no por quién yo soy sino porque Él es mi padre y Él es glorioso en todos los sentidos.

5) DISCIPLINA

Hay momentos deshonrosos en el ministerio de todos. Hay momentos en los que las expectativas ingenuas que has tenido de cómo sería todo han probado ser solo eso – ingenuas. Hay tiempos en los que se va a necesitar más que el éxito ministerial y el aprecio de las personas a tu alrededor para sacarte de la cama para hacer con disciplina las cosas que has sido llamado a hacer. Va a haber tiempos en los que parezca que hay poco fruto como resultado de tus labores y poca esperanza de que en cualquier momento eso pronto pueda cambiar. Hay momentos en los que vas a pensar que has sido traicionado y te vas a sentir solo. Así que es vital que tu disciplina se arraigue en algo más profundo que una evaluación horizontal sobre cómo están marchando las cosas. Cada vez estoy más y más persuadido en mi propia vida que esa autodisciplina recia, la clase de

disciplina que es indispensable para el ministerio pastoral, está arraigada en la adoración. Es la gloria impresionante de la existencia de Dios, Su carácter, Su presencia, Sus promesas y Su gracia, la que me da razones para trabajar duro y no rendirme, no importa si estamos en una “buena” estación o en una tormentosa.

6) REPOSO

Por último, cuando enfrento mis propias debilidades y el desorden que hay en la iglesia local, ¿qué le da reposo a mi corazón? Es la gloria lo que me da reposo. Es saber que no hay nada tan difícil para el Dios a quien sirvo. Es la seguridad de que todas las cosas son posibles con Él. Es saber, junto con Abraham, que Aquél que hizo todas esas promesas en las que baso mi ministerio es fiel. Puede parecer que hay muchas razones horizontales para estar ansioso, pero no voy a dejar que la preocupación o el temor capturen mi corazón porque el Dios de la gloria incalculable que me envió ha hecho esta promesa: “Yo estaré contigo”. No tengo que jugar conmigo mismo. No tengo que negar o minimizar la realidad con el fin de sentirme bien porque Él ha invadido mi existencia con Su gloria y yo puedo reposar, incluso en el quebrantamiento entre el ya y el todavía no.

RECUPERANDO TU TEMOR REVERENTE

No tengo aquí un juego de estrategias para ti. Mi consejo es que corras ahora, que corras rápidamente, a tu Padre de la gloria portentosa. Confiesa la ofensa de tu aburrimiento. Implora por tener ojos que estén abiertos a la exhibición de la gloria, con un rango de 360 grados, 24 horas los siete días de la semana, gloria a la que has estado ciego. Decide pasar cierta parte de cada día meditando en Su gloria. Clama por la ayuda de los demás. Y recuérdate estar agradecido por Jesús, quien te ofrece Su gracia incluso en esos momentos en los que esa gracia ni siquiera es tan valiosa para ti como debería serlo.

¹ Benjamin B. Warfield, “The Religious Life of Theological Students” [“La Vida Religiosa de los Estudiantes de Teología”], cuando Warfield dirigió unas palabras en la Conferencia de Otoño en el Seminario Teológico de Princeton, 4 de octubre de 1911.

CAPÍTULO NUEVE

SECRETOS SUCIOS

Él se acostumbró a los malos hábitos de la falta de fe. “Son solo mi forma de relajarme,” se decía. Razonaba que no se interponían en el camino de lo que él había sido llamado a hacer. Siempre se decía que estaba trabajando duro y que lo estaba haciendo bien, pero él no lo estaba haciendo bien. Tenía más noches de insomnio de lo que estaba dispuesto a admitir. Había subido como 15 kilos en los últimos años. Aturdía su cerebro todas las noches con horas y horas de una frívola cultura pop que veía en la televisión o en internet. Había incurrido en más deuda que nunca en su vida. Su esposa había dicho que se había vuelto más irritable y distante. En casa muchas veces se encontraba con un hombre más bien triste y agobiado. Sus hijos decían que aunque él estuviera ahí, con frecuencia él “no estaba ahí”. Le tenía miedo a las reuniones y se encontraba distraído con mucha facilidad cuando necesitaba concentrarse con el fin de preparar su siguiente sermón. Ahora la puerta de su oficina estaba más tiempo cerrada de lo que lo había estado antes y delegaba más de sus deberes a su pastor ejecutivo.

Sin embargo nadie en la congregación tenía una pista. Él hacía todos sus deberes públicos y, desde la perspectiva de la persona sentada en la banca de la iglesia, parecía que él lo hacía bastante bien. Dirigía las reuniones que se le asignaban para guiar y hacía su mejor esfuerzo para hacer el trabajo de seguimiento que estaba en su escritorio. El problema era que no lo estaba haciendo bien. Había una creciente disparidad entre la imagen en público y el hombre en privado. Había una creciente falta de conexión entre las declaraciones de fe que hacía desde enfrente y el pensamiento que gobernaba su corazón la mayor parte del tiempo. Llevaba consigo a todas partes el sucio secreto que muchos pastores llevan, el que es muy difícil que un “hombre de fe” admita. El sucio secreto era que mucho de lo que él hacía no lo hacía por fe sino por temor.

A lo mejor éste es un secreto que no se comparte con frecuencia en el ministerio pastoral; es decir, qué tanto de él no es motivado por la fe en las verdades del evangelio y en la persona y obra del Señor Jesucristo sino por el temor. Es muy tentador para el pastor cargar el bienestar de la iglesia sobre sus hombros y cuando lo hace, termina cargado y motivado por un catálogo interminable y siempre cambiante de “y si”. Esto nunca conduce a una vida en el ministerio que sea gozosa y reposada, sino más bien a un ministerio que está debilitado por las metas que son poco realistas y que no se cumplen, un

sentimiento personal de fracaso y el pavor que resulta.

¿Cuántos pastores están viviendo en un constante estado de intranquilidad espiritual? ¿Cuántos de nosotros estamos obsesionados con la inseguridad personal? ¿Cuántos de nosotros en secreto nos preguntamos dónde está Dios y qué está haciendo en el mundo? ¿Cuántos de nosotros estamos viviendo de una manera auto protectora y estamos diciendo, “Me llevaron una vez; no me va a volver a suceder esto otra vez”? ¿Cuántos de nosotros tenemos miedo de admitir el fracaso? ¿Cuántos de nosotros no compartimos con nadie las luchas de la fe que nos acechan? ¿Cuántos de nosotros no somos francos y tajantes porque tenemos miedo de lo que pudiera pasar si lo hacemos? ¿Cuántos de nosotros hemos descubierto formas de escapar, maneras de enfrentar, que no incluyen predicarnos el evangelio a nosotros mismos? ¿Cuántos de nosotros deseamos lugares más fáciles para hacer el ministerio? ¿Cuántos de nosotros llevamos las cargas a nuestra casa, presentando la educación de nuestros hijos no del todo misericordiosa y fructífera? ¿Cuántos de nosotros nos hemos vuelto bastante hábiles para escondernos para que ni siquiera las personas más cercanas a nosotros tengan una idea de lo que está pasando en el ámbito de nuestros corazones? ¿Cuántos de nosotros tenemos momentos de compromiso que se promueven por el temor del hombre? ¿Cuántos de nosotros les hemos dado a ciertas personas en particular demasiado poder para influir sobre nosotros? ¿Cuántos de nosotros hemos dejado que el miedo nos haga ser demasiado tercos, demasiado dominantes y demasiado controladores? ¿Cuántos de nosotros dejamos que el miedo nos mantuviera en silencio cuando debimos hablar o nos impulsó a hablar cuando debimos guardar silencio? ¿Cuántos de nosotros de manera frecuente nos afanamos para reformular como actos de fe cosas que nosotros habíamos realmente hecho por temor? ¿Cuántos de nosotros tendríamos que confesar que hay momentos en los que estamos gobernados más por el temor de _____ que por el temor de Dios? ¿Cuántos de nosotros tenemos momentos en los que nos preocupamos más por ser aceptados o porque validen nuestro liderazgo que por lo que hacemos por ser bíblicos? ¿Cuántos de nosotros nos paralizamos o nos debilitamos por el temor al rechazo? ¿Cuántos de nosotros estamos demasiado miedosos para confiar secciones vitales del ministerio de nuestras iglesias a los demás? ¿Cuántos de nosotros tenemos miedo de examinar cuánto miedo nos compromete y nos motiva? ¿Cuántos de nosotros?

HABLEMOS DEL MIEDO

1) EN UN MUNDO CAÍDO EXISTEN RAZONES PARA TENER MIEDO.

Vivimos en un mundo caído, arruinado por el pecado, que no marcha como Dios lo tuvo en mente. Ya sean las hierbas que crecen en tu jardín, la violencia que

hace que el centro de la ciudad sea peligroso, la corrupción del político de la ciudad o la muerte de un ser querido, hay numerosos recordatorios a todo tu alrededor de que el mundo en el que vivimos está arruinado. Por esta razón, todos vivimos y ministramos en un lugar impredecible y peligroso donde sí pasan cosas difíciles y no previstas. Tu salvación y tu llamado al ministerio no te dan automáticamente un boleto para salir de la condición caída que existe en tus alrededores. Tu vida y tu ministerio van a ser tocados y de alguna manera forjados por la ruina de tu mundo. Ya sea la desaceleración económica, el adulterio de un anciano, una enfermedad física inesperada o alguna otra prueba, vas a enfrentar adversidades.

Debido a esto es absurdo vivir en un mundo caído y no tener miedo en el sentido responsable de lo que esto significa. La fe bíblica no exige que niegues la realidad, así que hay cosas que te deben preocupar y que te deben hacer recuperar la sobriedad. Hay cosas que te deben causar dolor. Hay cosas a las que vas a ser llamado para que las trates con rapidez y decisión debido a su peligro potencial. Hay momentos en los que el temor por lo que podría ser es algo espiritualmente saludable, pero contra lo que te debes proteger es de ser gobernado por el miedo. La orientación del Salmo 37:8 es muy útil aquí: “No te excites en manera alguna a hacer lo malo”. Si tú mismo permites que el miedo te gobierne, vas a complicar más tu problema. Vas a terminar empeorando las cosas. Las decisiones que tomamos en el pánico del miedo son las que terminamos lamentando.

2) HAY RAZONES PARA TENER MIEDO EN LAS RELACIONES CON LAS PERSONAS IMPERFECTAS.

Cualquier persona a la que ministres y con quien ministres es un ser humano imperfecto que todavía necesita la redención. Nadie a tu alrededor tiene un corazón completamente puro. Nadie está totalmente libre de pensamientos, deseos, antojos o motivos pecaminosos. Nadie dice siempre lo correcto. Nadie toma siempre las decisiones correctas. Nadie es siempre noble en sus intenciones. Nadie está libre de los actos de egoísmo o de auto exaltación. Nadie es completamente leal. Nadie tiene siempre tu respaldo. Por esta razón, las relaciones en el cuerpo de Cristo son impredecibles y están llenas de problemas. Las relaciones son los lugares donde vivimos algunos de nuestros gozos más gratificantes y algunos de nuestros dolores más conmovedores. Es piadoso y responsable tener miedo de la manera en que el pecado puede crear luchas por el poder, grupos que se alían y causan divisiones, actitudes de crítica y murmuración, quejas egocéntricas, deslealtad y, al fin de cuentas, división.

3) EL MIEDO PUEDE SER ALGO BUENO Y PIADOSO.

Hay un miedo que te hace estar vigilante y proteger a las personas que están en tu ministerio de los peligros del verdadero mal que existe tanto dentro como fuera de ellos. El miedo que tiene los ojos bien abiertos, que es motivado por el evangelio y que lucha contra el pecado, y que al mismo tiempo descansa en la gracia de Jesús, es una muy buena manera de vivir en un mundo que en sí todavía gime esperando la redención.

4) EL MIEDO PUEDE SER ALGO IMPÍO Y PELIGROSO.

El miedo puede abrumar tus sentidos. Puede distorsionar tu pensamiento. Puede secuestrar tus deseos. Puede capturar tu meditación para que pases más tiempo preocupándote por lo que los demás piensan que por lo que Dios te ha llamado a ser. El miedo puede hacer que rápidamente tomes malas decisiones y no tomes buenas decisiones a largo plazo. El miedo puede hacer que olvides lo que sabes y pierdas de vista quién eres. El miedo puede hacer que anheles el control que nunca vas a tener. Puede hacer que desconfíes de las personas en las que tienes razones para confiar. Puede hacer que seas demandante en vez de que sirvas. Puede hacer que corras cuando te debes quedar y puede hacer que te quedas cuando realmente debes correr. El miedo puede hacer que Dios parezca pequeño y que tus circunstancias cobren mayor importancia. El miedo puede hacer que busques en las personas lo que solo vas a obtener del Señor. El miedo puede ser el terreno para tus preguntas más profundas y tus mayores dudas. Tu corazón fue conectado al miedo porque fuiste diseñado para tener una vida que se conforme por el temor de Dios. Pero al miedo horizontal no se le puede permitir gobernar tu corazón porque si lo hace, te va a destruir a ti y a tu ministerio.

5) AL MIEDO SOLO LO CONQUISTA EL TEMOR.

El temor reverente de Dios es la solución aquí. Solo el temor de Dios es el que tiene el poder espiritual para soterrar todos los miedos horizontales que puedan capturar tu corazón. A estos miedos a las relaciones, a los lugares y a las posiciones solo los pone en el lugar que les corresponde y les da la dimensión apropiada un mayor temor – el temor del Señor. Tal vez ésta es una buena parte de lo que se está diciendo en Proverbios cuando declara que “El temor de Jehová es el principio de la sabiduría” (9:10). Permitir que cualquier miedo que tengas en un momento dado te envuelva, es una forma de vivir insensata, inestable e improductiva. Vivir solo para aliviar el miedo nunca lleva a estar libre del miedo. Solo te lleva a tenerle más miedo al miedo, a estar más alerta al miedo y, al fin de cuentas, a estar más temeroso. Es solo cuando Dios cobra mayor importancia

que cualquier otra cosa que estés enfrentando, que puedes ser protegido y prácticamente liberado del miedo que te paraliza o que te lleva a tomar decisiones necias. Una vida sabia, estable y libre de miedo no exige que niegues lo que estás enfrentando sino que más bien veas cualquier cosa que estés enfrentando desde la perspectiva del temor gloriosamente libertador y motivador de Aquél que gobierna todas las cosas y que de otra manera temerías. Un práctico temor reverente de Dios realmente es la clave para que a tu corazón no lo gobierne el miedo.

CUATRO MIEDOS QUE DEBILITAN AL PASTOR

1) EL MIEDO DE MÍ MISMO.

Hay pocas cosas que te van a revelar toda la gama de tu pecado, inmadurez, debilidad y fracaso como lo hará el ministerio. Hay pocas cosas que van a exponer tus debilidades con los demás de una forma tan consistente como lo hace el ministerio. Hay pocos esfuerzos que te van a poner bajo la expectación y el escrutinio públicos como lo hace el ministerio. Hay pocas cosas que son tan personalmente humillantes como lo es el ministerio. Hay pocos esfuerzos que tienen el poder de producir en ti sentimientos tan profundos de ineptitud como lo hace el ministerio. Hay pocas cosas que pueden ser como una tinaja llena de desconfianza en uno mismo como lo es el ministerio. En tu ministerio existe una gran tentación de que te desvíes y te hagas daño por tu miedo a ti.

Dios encuentra a Gedeón trillando trigo en un lugar porque él les tenía miedo a las madianitas y Él saluda a este hombre temeroso con uno de los saludos más irónicos que hay en la Biblia: “Jehová está contigo, varón esforzado y valiente” (Jueces 6:12). Gedeón en esencia contesta, “Bueno, si Tú estás con nosotros, ¿por qué nos está pasando todo esto?” Dios dice, “Yo te he escogido para que salves a Israel de los madianitas”. Gedeón dice, “Debes tener la dirección equivocada. Yo soy del clan más débil en Israel y yo soy la persona más débil en la casa de mi padre. Realmente no te puedes referir a mí”. Y Dios dice, “Yo estaré contigo”.

La respuesta de Dios al miedo que Gedeón tiene de Gedeón es muy útil aquí. Él no obró para adular su confianza en él mismo. Él no obró para ayudar a que Gedeón viera que él había aportado algo que iba a resultar en un mayor beneficio de lo que él pensaba. Él no hizo eso porque el problema de Gedeón no era, en primer lugar, que él tuviera miedo de sus incompetencias. No, su problema era un problema de temor reverente. Gedeón dejó de temer a Dios en el sentido de lo que significa, “Dios está conmigo y Él es capaz”. Así que Gedeón estaba aterrorizado con el pensamiento de guiar a Israel a cualquier parte.

Mi pastorado en Scranton, Pensilvania, había tenido éxito para exponer toda la gama de mi inmadurez y mi debilidad, y de maneras que habían sido muy dolorosas, éstas muchas veces habían sido a la vista del público. Había pensado que estaba tan listo. Me había ido muy bien en el seminario y estaba listo para enfrentarme al mundo. Pero Dios me había llamado a un lugar muy difícil y arruinado y había usado este lugar para sacarme de un tirón mi orgullo y mi justicia propia para que encontrara mi esperanza en Él. Mi hicieron daño, me desilusioné, me cansé, me abrumé, me enojé y me amargué un poco. Sentía que Dios me había tendido una trampa y que las personas me habían tratado cruelmente y todo lo que quería hacer era correr. Tenía una licenciatura en educación y pensé que me mudaría a algún lado lejos y administraría una escuela cristiana. Había anunciado mi plan de renuncia a la junta. Me suplicaron que no me fuera pero estaba decidido. Así que el domingo siguiente hice mi anuncio y obtuve un momentáneo sentimiento de alivio. Bueno, mi pequeña congregación no estaba aliviada así que tuve muchas conversaciones después del servicio. Mucho más tarde que de costumbre me dirigí a la puerta solo para que me saludara el hombre más anciano de nuestra iglesia.

Se me acercó y me preguntó si podíamos hablar. “Pablo,” dijo, “sabemos que eres un poco inmaduro y que tienes que crecer. Sabemos que eres un hombre con debilidades pero, ¿en dónde va a conseguir la iglesia pastores maduros si los pastores inmaduros se van?” Sentí como si Dios acabara de clavar mis zapatos al zaguán. Sabía que él tenía razón y sabía que no me podía ir. En los siguientes meses comencé a aprender lo que significa ministrar en debilidad pero con el temor reverente de Dios que da seguridad y produce valor. Todavía estoy aprendiendo lo que significa estar en tal temor reverente de Él de tal manera que ya no me tengo miedo.

2) EL MIEDO DE LOS DEMÁS

La mayoría de las personas a las que sirves te van a amar y apreciar y te van a alentar cuando puedan, pero no todas ellas. Algunas te van a amar y ¡van a tener un maravilloso plan para tu vida! Algunas se van a nombrar ellas mismas como los críticos de tu predicación y/o liderazgo. Algunas van a ser leales y comprensivas y algunas van a hacer cosas que van a minar tu liderazgo pastoral. Algunas se van a entregar al ministerio en actos sacrificiales de servicio y algunas se van a quejar por la forma en que las sirves. Algunas se van a acercar a ti con una franqueza amorosa y algunas van a dar cabida a la tentación para hablar a tus espaldas. Algunas van a meterse y se van a involucrar mientras que otras siempre se van a relacionar con la iglesia con la mentalidad de un consumidor. Con algunas te vas a conectar fácilmente y con otras te vas a topa con que las relaciones van a ser mucho más difíciles.

Ya que tu ministerio siempre se va a hacer con personas y para personas, es vital que las personas estén en el lugar correcto en tu corazón. No puedes permitir que el miedo a las personas te bloquee a las perspectivas de los demás o que te haga renuente a delegar las tareas ministeriales, ni tampoco puedes permitir el miedo para dejar que otros fijen la agenda para que, de una manera equivocada, controlen la dirección del ministerio al que Dios te ha llamado. No te puedes permitir ministrar con la puerta cerrada y no puedes ser tan sensible a las opiniones de los demás que seas incapaz de guiar.

Ya que todas las personas con las que ministras y a las que ministras todavía está lidiando con el pecado que mora dentro de ellas, las relaciones y el ministerio con ellas van a ser un poco incómodos. Las personas te van a lastimar y van a dañar tu ministerio. Las personas te van a exigir lo que no deberían exigirte y te van a responder de formas en las que no deberían. En medio de todo esto, ciertas personas en particular, las que son influyentes y francas, van a cobrar mayor importancia en tus pensamientos y motivos de lo que deberían. Van a tener más poder para influirte a ti y a la forma en que haces el ministerio de lo que deberían. En vez de trabajar para la gloria de Dios vas a estar tentado a trabajar para obtener su aprobación o, en vez de trabajar para la gloria de Dios, vas a trabajar para desarmarlos o exponerlos. En ambos casos tu ministerio está siendo corrompido por un antiguo miedo humano – el temor del hombre.

El poder que el temor del hombre tiene para desviar o engañar se describe poderosamente en Gálatas 2:11-14. Pedro no solo comprometió, sino que abandonó el ministerio a los gentiles al que Dios lo había llamado (ver Hechos 10), porque tenía miedo del “partido de la circuncisión”. La crítica de Pablo fue que la conducta de Pedro era que “no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio”, así que confrontó a Pedro. ¿Cuánto del ministerio se desvía por las acciones, reacciones y respuestas que se arraigan, no en el temor de Dios, sino en el temor del hombre? ¿Qué tan seguido esto compromete la obra del evangelio? ¿Qué tan a menudo esto hace que las personas tropiecen? ¿Con cuánta frecuencia estamos tentados a actuar de una forma que no va de acuerdo con lo que decimos que creemos? ¿Qué tanto el temor del hombre está fijando los programas en nuestras iglesias? Tenemos que seguir haciéndonos estas preguntas con sinceridad y humildad.

Me gustaría poder decir que estoy libre de este miedo pero no lo estoy. ¿Y tú? Ha habido momentos en los que me he cachado pensando, mientras estaba preparando un sermón, que un punto en particular finalmente vencería a uno de mis detractores. En ese momento mi predicación estaba a punto de ser conformada, no por mi celo por la gloria de Dios, sino con la esperanza de que lo que dijera hiciera que alguien finalmente viera mi gloria. Entiendo que ésta es una guerra para gobernar mi corazón, y que sigue vigente, para la cual me ha

sido dada la gracia poderosa que es omnipresente.

3) EL MIEDO A LAS CIRCUNSTANCIAS

Ya que tú no eres el autor de tu propia historia, y ya que tú no has escrito el guión de tu propio ministerio, existe una constante impredecibilidad en tu vida y ministerio. En este mundo de lo inesperado, siempre estás viviendo en la tensión entre quién es Dios y lo que Él ha prometido y las cosas inesperadas que están en tu plato. En la intersección entre la promesa y la realidad, tienes que ser muy cuidadoso en vigilar tu reflexión. Tienes que ser muy disciplinado cuando se trata de lo que haces con tu mente. Permíteme explicarte.

Dios le había dicho a Abraham que sus descendientes serían como la arena a la orilla del mar y él había afianzado su vida en esta promesa. Ahora bien, la expectativa normal sería que su esposa, Sara, diera a luz pronto y con frecuencia. Pero eso no pasó. Durante todos los años fértiles de Sara ella no pudo concebir. Ahora ambos, tanto ella como Abraham, eran viejos, demasiado viejos para pensar en serio que serían bendecidos con el hijo prometido. El viejo Abraham estaba viviendo ahora en la tensión entre la promesa de Dios y los hechos de su circunstancia. Cuando estás en la intersección entre las promesas de Dios y los detalles de tu situación, lo que haces con tu mente es muy importante. En esta intersección, Dios nunca te va a pedir que niegues la realidad. Abraham no negó la realidad. Romanos 4 dice que él consideró “la esterilidad de la matriz de Sara” (versículo 19). La fe no niega la realidad. No, es una manera de enfocarse en Dios para considerar la realidad.

Pero el pasaje te dice más. Te dice lo que Abraham hizo con su meditación. No se dedicó a poner al revés sus circunstancias una y otra vez. No, él consideró sus circunstancias pero meditó en Dios. Y mientras meditaba en Dios, él, de hecho, se fortaleció en la fe aunque nada en sus circunstancias había cambiado todavía. Para muchas personas en el ministerio, la espera llega a ser una crónica de una fe que se debilita porque meditar en las circunstancias te va a dejar con un temor reverente de las circunstancias. Va a parecer que éstas aumentan, tú te vas a sentir más pequeño y tu visión de Dios se va nublar. Pero si meditas en el Señor, vas a tener un mayor temor reverente de Su presencia, poder, fidelidad y gracia. La situación va a parecer más pequeña y tú vas a vivir con una mayor confianza aunque nada haya cambiado. ¿Las circunstancias han atraído tu meditación? ¿Hay formas en las que te hayas debilitado en la fe? ¿O los ojos de tu corazón se enfocan en un Dios que es infinitamente mayor que cualquier cosa a la que tendrás que hacer frente?

4) EL MIEDO AL FUTURO

Siempre vives y ministras en la adversidad de no saber. Tanto en la vida como en el ministerio eres llamado a confiar, obedecer y creer que Dios va a guiar y proveer. Tú y yo no sabemos qué va a traer el próximo momento, por no hablar del siguiente mes o años. La seguridad nunca se encuentra en que intentemos llegar a entender todo o en tratar de adivinar la voluntad secreta de Dios. Su voluntad secreta se llama Su “voluntad secreta” ¡porque es secreta! Pero en todo esto, debido a que tú eres un ser humano racional, existe un deseo por saber, por averiguarlo antes de tiempo. Entre más te concentres en el futuro, más vas a ceder terreno al miedo al futuro y vas a estar más confundido y desmotivado en el aquí y el ahora.

No saber es duro. Sería bueno saber si ese anciano va a sucumbir ante la tentación de ser una persona que cause divisiones. Sería bueno saber si las finanzas de la iglesia se van a recuperar. Sería bueno saber cómo se va a recibir la nueva serie de predicaciones, si esos nuevos misioneros van a hacer todos los ajustes que tienen que hacer o si vas a conseguir los permisos para construir ese espacio que se necesita para la adoración. El porqué de la cuestión es que se nos hace difícil lidiar con las preguntas sobre el futuro porque nos resulta difícil confiar en Dios. Aquél en quien hemos dicho que hemos puesto nuestra confianza sabe todo acerca del futuro porque Él controla cada aspecto del mismo. Nuestro miedo por el futuro expone la lucha que tenemos para confiar en Él y, al confiar en Él, expone la lucha que tenemos por descansar en Su guía y cuidado aunque realmente no sepamos qué es lo que viene a continuación. El temor reverente de Dios realmente es la única forma para ser liberado del miedo de lo que viene a continuación. Cuando mi confianza en Dios es mayor que mi miedo a lo desconocido, voy a poder descansar aunque no tenga ni idea de lo que me espera a la vuelta de la esquina. Pastor, ¿cargas el futuro en tus hombros con todas sus preguntas y preocupaciones? ¿O te entregas al trabajo del presente dejando lo que viene en las capaces manos de Dios? ¿Qué tan obsesionado estás con los “¿y qué si?” ¿Recibes lo desconocido con expectativa o con pavor? ¿La presencia y las promesas de Dios aplacan tus preguntas sobre el futuro que no tienen respuesta?

ASÍ QUE, ¿HACIA DÓNDE VAMOS?

El miedo es una batalla de todos los días que todos los que estamos en el ministerio estamos llamados a pelear. Porque todos, en momentos, tenemos la tendencia a sufrir la amnesia de Dios porque vivimos en un mundo caído y porque nosotros no escribimos nuestras propias historias, ser gobernados por el miedo siempre es un peligro claro y presente. Hay momentos en los que todos nosotros nos dejamos atrapar. Hay maneras en las que todos nosotros nos desviamos. Hay veces en las que la preocupación es un moldeador más poderoso

del ministerio que la fe. Hay veces en las que el pavor es más poderoso que la confianza. Hay veces en las que todos nosotros estamos abrumados por nuestras debilidades y agobiados por las circunstancias. Hay momentos en los que el miedo hace que todos nosotros seamos demasiado controladores. Hay momentos en los que el miedo nos hace callar cuando tendríamos que hablar y hace que hablemos cuando deberíamos callar. Hay veces en las que el miedo hace que todos nosotros hagamos cosas que no deberíamos hacer o nos mantiene alejados de hacer lo que hemos sido llamados a hacer. Así que es vital preguntar, ¿Qué rayos deberíamos hacer con el miedo? Déjame sugerirte cuatro cosas.

1) RECONOCE TUS MIEDOS CON HUMILDAD.

El miedo nunca se derrota negando su existencia. Sé que es difícil para los que han sido llamados a ser personas de fe y para guiar a otros a la fe, tener que admitir que hacen cosas como el resultado directo de la falta de fe. Reconoce tus miedos y corre al Único que es capaz de derrotarlos. Confiesa que no siempre recuerdas Su presencia y Su gloria. Confiesa esas áreas en las que evalúas las situaciones como si Él no existiera. Reconoce el hecho de que muchas veces amas tu comodidad más de lo que amas Su gloria. Confiesa que hay momentos en los que tienes más temor reverente de las personas que de Él. Y mientras confiesas, descansa en la seguridad de Su aceptación, perdón, capacitación y liberación. Su gracia nos garantiza un día en el que el miedo ya no existirá más.

2) CONFIESA ESAS ÁREAS EN LAS QUE EL MIEDO HA PROVOCADO MALAS DECISIONES Y RESPUESTAS EQUIVOCADAS.

Acepta esas áreas de hipocresía, favoritismo y compromiso que se originaron por dejar que el miedo horizontal reemplazara el temor reverente vertical. Confiesa las áreas en las que no has vivido con valor el evangelio que dices creer. Confiesa a las personas que, por miedo, has pecado contra ellas por el silencio, el chisme, el control, la deslealtad, la idolatría, etc. Y pídele a Dios que te dé ojos para ver las áreas en las que eres susceptible de tener miedo y en las que tienes que crecer en fe.

3) PRESTA ATENCIÓN A TU MEDITACIÓN.

En el ministerio de la iglesia local hay muchas cargas difíciles que pueden atraer tu mente. Hay muchas cosas con las que puedes preocupar. Hay muchas relaciones que están llenas de problemas, de conversaciones que no se terminaron, de pecados impenitentes, de agendas inconclusas y de conclusiones desconocidas. En el ministerio, de maneras intensamente prácticas, siempre estás

viviendo entre el ya y el todavía no. Así que es vital estar siempre consciente de lo que esté seduciendo tu meditación. ¿Qué atrae tus pensamientos cuando estás manejando o cuando tienes unos cuantos momentos de tranquilidad? ¿Vives el paradigma de Abraham, no negando la existencia del problema pero impidiendo que el problema domine y controle tu meditación? ¿Dios cobra mayor importancia en tus pensamientos de tal forma que te fortaleces en fe incluso en medio de lo que es inesperado y difícil?

4) PREDÍCATE EL EVANGELIO A TI MISMO.

Porque van a haber tiempos en los que nadie va a saber lo que estás pensando y, por lo tanto, no van a poder interrumpir tu conversación privada, tienes que estar comprometido con predicarte el evangelio a ti mismo. Tienes que predicar un evangelio que halle su esperanza, no en tu comprensión y capacidad, sino en un Dios que es excelso y glorioso en todos los sentidos y que ha invadido tu vida y tu ministerio con Su gracia. Tienes que predicarte un evangelio que no encuentra su reposo en que tú hagas bien las cosas sino en la justicia de Jesucristo. Te tienes que predicar un evangelio que no obtiene su motivación del éxito humano, del respeto y del aplauso del hombre, sino de la gracia sobreabundante que nunca podrías haber ganado. Te tienes que decir una y otra vez que no existe ninguna sima en la vida o en el ministerio tan profunda para la que Jesús no sea más profundo. Tienes que llamarte al reposo y a la fe cuando nadie más sabe que lo que necesitas es el sermón privado.

Que la gracia haga que tengas un ministerio que esté forjado por la fe viva y no por el extenso catálogo de miedos que nos recibe a cada uno de nosotros que estamos al otro lado de nuestro hogar definitivo.

CAPÍTULO DIEZ

MEDIOCRIDAD

Se apresuró a salir después de la reunión del almuerzo que hubo después de la conferencia con el personal de su iglesia. Eran alrededor de las 2:30p.m. Tenía prisa por salir porque su sermón para el siguiente día se cernía sobre su cabeza. Me dijo que tenía que hacer algunos encargos, a lo que seguiría una comida con su familia y, después, en algún momento de la noche se encerraría en la oficina de su casa y trataría de estructurar su mensaje para el día siguiente. No importaba qué pasara el resto de ese día, no importaba qué tanto tiempo él realmente podría dedicarle a su sermón, no importaba qué tan buena fuera su preparación, no importaba qué tan preparado se sintiera para lidiar con el texto que estaba enfrente de él, al día siguiente se levantaría y diría algo.

Me preguntaba cuántos pastores están en la misma situación y han desarrollado los mismos hábitos en el ministerio. Me preguntaba cuántos preparan algo de manera improvisada en el último minuto y a cuántos sermones no se les da el tiempo necesario para comunicar lo que tiene que ser comunicado. Me preguntaba cuántas congregaciones alrededor del mundo están, simple y llanamente, siendo mal alimentadas por pastores sin preparación. Me preguntaba cuántos sermones terminan siendo aburridas repeticiones de comentarios favoritos o un poco más que discursos teológicos impersonales mal dados.

Ya no me lo tengo que preguntar más. Al haber hablado en literalmente cientos de iglesias alrededor del mundo, he vivido este escenario del sermón de la tarde del sábado una y otra vez. Esto me ha dejado triste y enojado. No es de extrañar que a las personas les haga falta emocionarse con el evangelio. No es de extrañar que no se preparen con anticipación para la mañana del domingo. No es de extrañar que dejen de creer que la Biblia habla al drama de sus luchas de todos los días. No es de extrañar que dejen de pensar que su pastor se puede relacionar con lo que su vida es o con las preguntas que tienden a obsesionarlos. No es de extrañar que tantas personas en tantas bancas de la iglesia estén sentadas ahí con las mentes vagando y los corazones libres de compromiso.

Estoy muy preocupado por la tolerancia de la mediocridad que hay el domingo en la mañana y estoy persuadido que no es, en primer lugar, un problema de flojera o de horario. Estoy convencido que es un problema teológico. Verás, los estándares que te fijas para ti y para tu ministerio están directamente relacionados con la opinión que tienes de Dios. Si todos los días estás alimentando tu alma con la gracia y la gloria de Dios, si estás en un

respetuoso temor reverente de Su sabiduría y poder, si estás espiritualmente deslumbrado por Su fidelidad y amor y si todos los días estás motivado por Su presencia y Sus promesas, entonces quieres hacer todo lo que puedas para absorber y dar evidencia de esa gloria a las personas que Dios ha colocado bajo tu cuidado. Es tu trabajo como pastor pasar esta gloria a la otra generación y es imposible que hagas eso si tú mismo no estás siendo conmovido por la gloria de Dios.

Ahora bien, aquí hay mucho en juego. Puedes estar de acuerdo que cada servicio de adoración es un poco más que una guerra por la gloria. La gran pregunta de la congregación es, ¿los corazones de este grupo de personas van a ser tomados por la única gloria que es verdaderamente gloriosa o por las glorias ensombrecidas del mundo creado? Como pastor, yo quiero hacer todo lo que se pueda para que Dios me use para tomar los corazones de los ahí reunidos por medio de la gloria de la gracia de Dios, gloria que rescata, por medio de la gloria de la sabiduría de Dios, gloria que da discernimiento, por medio de la gloria de Su amor, gloria que da esperanza, por medio de la gloria de Su presencia, gloria que capacita, por medio de la gloria de Su soberanía, gloria que da descanso y por medio de la gloria de Su Hijo, gloria que salva. Pero sé que ésta es una batalla. Les estoy hablando a personas cuyos corazones son caprichosos y que se distraen con facilidad. Sé que les estoy hablando a personas a las que otras glorias las seducen. Sé que les estoy hablando a personas que viven a la luz de la gloria de Dios cada día y sin embargo son capaces de estar prácticamente ciegas a Su esplendor.

Sé que me estoy dirigiendo a la dama soltera que ha puesto su corazón en el afecto de cierto joven quien ella cree que le va a dar la felicidad que ha estado ansiando. Sentado enfrente de mí está el adolescente que no puede pensar más allá de las glorias de Facebook, Twitter y el video juego *Porta2*. En la congregación está el hombre de mediana edad cuyo corazón está atrapado por la gloria de algo, que de alguna manera vuelve a capturar su juventud. Una esposa está sentada ahí preguntándose si alguna vez va a vivir la gloria de la clase de matrimonio con la que soñó, la clase de matrimonio que ella sabe que otros tienen. Un hombre se sienta entre el grupo de gente sabiendo que alimenta su alma casi todos los días en las glorias oscuras y distorsionadas de la pornografía y ha llegado a ser un maestro para mover la palanca de los cambios espirituales. Algunos de los que están escuchando están más emocionados por un nuevo atuendo, una nueva casa, un coche nuevo, una nueva escopeta, un césped recién sembrado, la apertura de un nuevo restaurante, un nuevo lugar para vacacionar o ese nuevo ascenso, de lo que lo están por las buenas noticias del evangelio de Jesucristo.

De los que se reúnen para adorar, están los que están distraídos por el dolor,

la ira, el desaliento, la soledad, la envidia, la frustración, la desesperación o la desesperanza porque las glorias que han buscado por su sentido, propósito o felicidad interna les han fallado una vez más. Estas glorias han probado ser más temporales de lo que ellos pensaron que serían. Han sido más fugaces de lo que parecían a la distancia. Les han explotado en sus caras o se les han escurrido como la arena por sus dedos. E incluso cuando fue maravilloso vivirlas no dejaron, de hecho, satisfechos sus corazones. El runrún fue corto y la satisfacción fugaz. Así que se sientan ahí vacíos, lastimados, enojados y confundidos.

Llegan a la adoración en medio de una guerra que ellos a lo mejor no reconocen. Es una guerra por la lealtad, por la adoración, de sus corazones. A lo mejor no entienden en qué maneras le han pedido a la creación una y otra vez que les dé lo que solo el Creador les puede dar. Una y otra vez han buscado horizontalmente lo que solo se puede encontrar verticalmente. Le han pedido a la gente, a las situaciones, a los lugares y a las experiencias que sean lo único que nunca van a ser: que sean su salvador. Han buscado que las cosas les den vida, seguridad, identidad y esperanza. Les han pedido a estas cosas que sanen sus quebrantados corazones. Han albergado la esperanza de que estas cosas los hagan mejores personas. Por lo que se desata una guerra y los soldados heridos se sientan enfrente de ti. Es una guerra por la gloria, una batalla por ver qué gloria va a gobernar sus corazones y, al hacerlo, va a controlar sus decisiones, palabras y comportamientos.

A más de esto realmente existe un enemigo que va a hacer cualquier cosa que pueda con mentiras, seducción, distracción y engaño para evitar que mi corazón se enfoque en la gloria para la cual fui creado para vivir, la gloria de Dios. Así que es un llamamiento alto y santo entrar en medio de esta guerra por la gloria, comisionado para ser uno de los instrumentos principales de Dios para volver a conquistar los corazones errantes de los soldados que tienen cicatrices por la batalla y que están cansados por la batalla.

Para otros, seguir a este Dios de gloria ha parecido ser todo menos glorioso. Estaban esperando gozo y bendición y lo que obtuvieron fue dolor, tristeza y prueba. Cada vez les cuesta más trabajo creer esas gloriosas verdades de que Dios está cerca, que Él escucha, que Él se preocupa, que Él es fiel, que Él es sabio, que Él ejerce Su poder por el bien de Sus hijos y que Él es amoroso, bondadoso, misericordioso y paciente. Sienten que han sido abandonados. Sienten que están siendo castigados. Están siendo tentados a concluir que lo que se les enseñó que era verdad realmente no es verdad después de todo. Se preguntan por qué han sido seleccionados para el sufrimiento que los demás no parecen estar experimentando. Se preguntan por qué oran y parece que nada pasa. Han dejado de leer su Biblia porque esto parece no ayudar y descubren que las canciones del domingo en la mañana parecen estar describiendo una realidad muy diferente a

la que ellos viven. Dejan de pedir oración por las mismas cosas una y otra vez en su pequeño grupo porque esto solo los hace sentir como perdedores. Sienten que la gloria que se puso delante de ellos los ha eludido por completo y no saben qué hacer al respecto. Así que, sin estar conscientes de esto, han comenzado a ofrecer sus corazones a otras glorias con la esperanza de encontrar la satisfacción de una u otra manera.

Pastor, has sido llamado como un embajador de la gloria para estos abatidos. Has sido llamado a rescatar a los que están desalentados y confundidos en su temor reverente. Estás llamado a representar a Aquél que es la gloria ante personas que, por medio del sufrimiento y el desaliento, han llegado a ser cínicas por la gloria. Has sido llamado a ser la voz de Dios para traerlos de regreso. Eres colocado en sus vidas como un medio divino de rescate, alivio y restauración. Has sido llamado a hablar en medio de la confusión con la claridad y autoridad del evangelio. Has sido llamado a dar una esperanza, que está ligada a la gloria, a los que están desesperados. Eres llamado a hablar verdades liberadoras a los que han sido engañados. Has sido llamado a suplicarles a los hijos desleales para que una vez más se reconcilien con su Padre celestial. Has sido llamado a dar motivos gloriosos a los que se han rendido. Has sido llamado a brillar con la luz de la gloria de Dios en los corazones que se han oscurecido por buscar la vida en todos los lugares equivocados. Has sido llamado a ofrecer las sustanciales glorias de la gracia a los que están vacíos y desnutridos. Has sido llamado a representar a un Rey glorioso, el único que es capaz de salvar, sanar, redimir, transformar, perdonar, liberar y satisfacer. Has sido llamado.

LA GLORIA DE DIOS ES NUESTRA EXCELENCIA

Si tu corazón está puesto en el temor reverente que sirve para la gloria de Dios, entonces no va a haber en tu corazón espacio para la mediocridad pastoral que sea funcional, que esté mal preparada y que se dé mal. Permíteme explicar esto. Creo que todos nos deberíamos escandalizar con el nivel de mediocridad que toleramos en la vida y en el ministerio de la iglesia local. No, no estoy hablando de darles a las personas espacio para crecer y madurar y no destrozarlas anímicamente con comentarios desfavorables en el proceso. Estoy hablando de esos lugares donde nuestros estándares simplemente son muy bajos, áreas en las que podemos y debemos hacerlo mucho, pero mucho mejor. Y estoy convencido de que si el temor reverente de Dios no reina en nuestros corazones, entonces ese temor reverente no va a conformar nuestra preparación y entrega de lo que Dios nos ha llamado a hacer en el ministerio.

La mediocridad no es un problema de tiempo, del personal, de los recursos o del lugar. La mediocridad es un problema del corazón. Hemos perdido nuestro

compromiso con los niveles más altos de excelencia porque hemos perdido nuestro temor reverente. La amnesia del temor reverente es la puerta abierta que admite la mediocridad. El temor reverente de Dios causa temor, inspira, motiva, convence de pecado y promueve un compromiso. No hay reemplazo para esto en el liderazgo de la iglesia de Jesucristo. El temor reverente nos protege de nosotros mismos pidiendo más de nosotros de lo que nosotros nos pediríamos a nosotros mismos. El temor reverente nos recuerda que no se trata de nosotros y así nos impide bajar la guardia cuando pudiera ser conveniente bajarla.

El temor reverente te recuerda que Dios es tan glorioso que es imposible que tú tengas, como Su embajador, estándares en el ministerio que sean tan altos. No estoy hablando de edificios lujosos costosamente amueblados. No, estoy hablando de un fuerte compromiso para hacer todo lo que puedas para manifestar la gloria de Su presencia y de Su gracia, del modo más poderoso y claro que se pueda, cada vez que Su pueblo esté reunido. Tú estás en semejante temor reverente de Su gracia, y has sido tan satisfecho por ella, que tienes un celo por manifestar esa gracia a los que están bajo tu cuidado, un celo que no puedes conseguir de ninguna otra forma. Tú nunca estás solamente haciendo tu deber. Nunca lo estás haciendo de una manera rutinaria y monótona. Nunca estás solamente escudriñando los planteamientos. Nunca estás solamente pretendiendo sentirte de cierta manera. Estás adorando a tu manera, por medio de lo que sea que estés haciendo en ese momento, como el embajador de un Rey que es efusivamente glorioso. Y tienes un temor reverencial de hacer algo que pudiera afectar, disminuir o profanar esa gloria en algún sentido. Como pastor, eres un instrumento que la gloria ha conquistado para conquistar a otros.

Es aquí una vez más que nos enfrentamos con el hecho de que nuestros ministerios no se componen solo del conocimiento, la experiencia y la habilidad, sino de la verdadera condición de nuestros corazones. La excelencia en el ministerio fluye de un corazón que vive en un temor reverente del Señor de la gloria, temor reverente que es santo, que venera, que reorganiza la vida y que cautiva la motivación. De hecho, hasta es mucho más profundo que eso. La excelencia es, de hecho, una relación. Solo existe Uno que es excelente de una manera verdadera y perfecta. Solo Él es la suma y la definición de lo que la excelencia es y hace. Así que Aquél que es la excelencia, en Su gracia, vino a ti cuando estabas en un estado que era todo menos de excelencia y, por gracia, te ofreció la promesa de que realmente llegarás a ser partícipe de Su naturaleza divina. Él entonces te conecta a metas y propósitos mucho más altos, mucho más grandiosos y más gloriosos de lo que jamás habrías buscado por ti mismo. Por gracia Él hace que pienses lo que tú no hubieras pensado y que desees lo que nunca antes habrías querido. Él abre tus ojos a Su gloria. Él te abre la puerta a Su reino. Tu anhelo de siempre ser excelente ante Sus ojos y hacer lo que es

excelente a Su vista se encuentra en tu relación con Él y en Su gracia que no solo perdona y acepta, sino que transforma de una manera radical. Y Él te llama y te capacita para manifestar Su excelencia y la excelencia de Su gracia. Es solo esta excelencia la que tiene el poder de liberarnos de la falsa excelencia del orgullo humano y la mediocridad que resulta cuando estamos bien con nosotros mismos y con nuestro mundo así como estamos.

Es cuando tengo ese temor reverente de la realidad que soy, solo por gracia, ligado a lo que es verdaderamente excelente en todos los sentidos y por lo que quiero ser un embajador de esa excelencia. Quiero que los demás experimenten la gracia excelente que me está liberando de mí y que a ellos también los puede liberar. Cuando esto es verdad, me comprometo a manifestar la gloria de esa excelencia en todas las formas posibles en el ámbito de mi ministerio. Esto quiere decir que voy a hacer sensato cuando considere mi llamamiento para ser el embajador del Dios de semejante gloria y voy a vivir en un temor reverente al ser llamado para poner Su gracia de manifiesto. Por esta razón voy a tener estándares altos para cada aspecto del ministerio que está bajo mi cuidado. Ya sea el ministerio de los niños o el de los jóvenes, de los hombres, de las mujeres, de los grupos pequeños o el del servicio de asistencia a la comunidad, ya sea la instrucción en el liderazgo o las misiones a corto plazo, la adoración pública o la predicación, voy a querer que cada ministerio de la iglesia se haga con excelencia para que cada uno manifieste de manera fiel la excelencia de Aquél que llama de las tinieblas a Su luz admirable.

Esto quiere decir que nos vamos a comprometer con las disciplinas que hagan que estos ministerios estén libres, tanto como sea posible, del caos y la mediocridad que existen entre el ya y el todavía no. En primer lugar, debemos de comprometernos con predicarnos el evangelio a nosotros mismos, recordándonos nuestra necesidad vigente de ser rescatados de nosotros y de los bajos estándares a los que el pecado nos atrae. Constantemente nos recordamos la manera en que somos tentados a evaluar lo que es viable, oportuno y cómodo en vez de lo que es excelente a los ojos de Dios. Y nos repetimos una y otra vez que para estas batallas se nos ha dado la gracia abundante justo en el preciso momento.

Esto también quiere decir que vamos a hacer todo para mantener las relaciones de unidad, comprensión y amor entre nosotros. Sabemos que somos pecadores. Sabemos que vamos a pecar unos contra otros. Sabemos que va a haber momentos en los que nos vamos a desalentar y nos van a lastimar. Sabemos que nos van a malentender y que nos van a juzgar erróneamente. Sabemos que vamos a ser egoístas y controladores, demandantes y con nuestra justicia propia. Sabemos que le vamos a pedir a los demás que nos den lo que ya se nos ha dado en Cristo. Así que decidimos entregarnos a la humildad de la

accesibilidad y al valor de la entrañable honestidad. Nos vamos a comprometer con patrones regulares de confesión y perdón. Y vamos a festejar juntos la gracia que les permite a los pecadores vivir y ministrar al lado de pecadores en una comunidad de unidad y amor.

Y vamos a estar comprometidos con la disciplina para hacer una preparación correcta que nos permita hacer bien lo que hemos sido llamados a hacer. No puedes tener un ministerio que esté comprometido con la excelencia de un embajador si estas cosas (disciplinas) no son una parte frecuente en tu comunidad. Si se te olvida quién eres, tu ministerio va a estar conformado por un aire de satisfacción que se va a tratar más de manifestar qué grande eres que acerca de qué glorioso es el Salvador, el Salvador que todavía te está encontrando en tu debilidad. Si no estás comprometido con la congregación que ama el evangelio, vas a ministrar por frustración y desaliento, manifestando la gloria de Dios de una forma abstracta pero no con la potencia viva que cambia las vidas. Y si tú no estás comprometido con la disciplina de la preparación, les vas a ofrecer un liderazgo negligente a las personas que tienen una vista deficiente y que va a llegar a ser una distracción más que un progreso en su capacidad para ver a Dios por quién Él es y para poner su esperanza en Él.

LA PREDICACIÓN Y EL DIOS QUE ES EXCELENTE

Quiero examinar un lugar donde creo que existe demasiada mediocridad en la iglesia de Jesucristo – la predicación. Quiero hablar sobre la predicación. Como resultado de lo que Dios me ha llamado a hacer, tengo la oportunidad de estar en las iglesias alrededor del mundo. Alrededor de cuarenta fines de semana al año estoy con algún cuerpo de Cristo en algún lugar del mundo. Muchas veces no me es posible regresar a casa el domingo así que voy al servicio de la congregación local (cuando no estoy programado para predicar). Lo que estoy a punto de decir a lo mejor me va a meter en un problema pero estoy convencido que se tiene que decir. Me entristece y me abruma decirlo, pero estoy cansado de escuchar discursos teológicos aburridos y mal preparados que pastores, que no están inspirados, leen como manuscritos que no van a inspirar a nadie – todo hecho en nombre de la predicación bíblica. Hay una manera en la que, si examinas todo el proceso, ¡no es ni bíblico ni es predicación! No me sorprende en estos momentos que las mentes de las personas vaguen. No me sorprende que las personas estén luchando por mantenerse atentas y despiertas. No me sorprende que más no lo estén. Están siendo enseñadas por alguien que no ha traído las armas correctas al púlpito para pelear por ellos y con ellos la guerra espiritual que, de hecho, se libra cada momento de la predicación.

La predicación es más que la regurgitación de tu comentario exegético

favorito o una adaptación bastante transparente de los sermones de tus predicadores favoritos o una remodelación de las notas de una de tus clases favoritas del seminario. Predicar es sacar las verdades transformadoras del evangelio de Jesucristo de un pasaje que ha sido correctamente entendido, que se ha aplicado de manera práctica y convincente y que ha sido dado con la cautivadora devoción y pasión de una persona que ha sido quebrantada y restaurada por las mismas verdades que ella se levanta para comunicar. Tú simplemente no puedes hacer esto sin la correcta preparación, meditación, confesión y adoración.

Sencillamente no hay forma en que puedas comenzar a pensar en un pasaje por primera vez el sábado por la tarde y en la noche y le des la clase de atención que necesita para que lo hayas entendido y te haya impactado en lo personal y estés preparado para darlo a los demás de una forma que sea comprensible y que se pueda utilizar y que contribuya a su transformación que sigue vigente. Como pastores tenemos que pelear por la santidad de la predicación o nadie más lo va a hacer. Tenemos que exigir que se nos dé el tiempo que sea necesario en nuestros trabajos para prepararla bien. Tenemos que encontrar un hueco en nuestros horarios para hacer lo que sea necesario para que cada uno de nosotros, dados nuestros dones y madurez, estemos listos para ser un portavoz de nuestro rey Salvador. No nos podemos sentir cómodos con patrones que denigran la predicación y degradan nuestra capacidad para representar bien a un Dios glorioso de gracia gloriosa. No nos podemos permitir estar muy ocupados y muy distraídos. No nos podemos excusar a nosotros mismos ni ser complacientes con nosotros. No nos podemos permitir tratar de reducir una preparación que vale miles dólares a unos momentos que valen unos centavos. Debemos decidir hacer todo lo que podamos para entrar a cada instante de la predicación bien preparados. No debemos perder de vista a Aquél que es excelente y a la gracia excelente que hemos sido llamados a representar. No podemos, porque no estemos preparados, dejar que Su esplendor parezca aburrido y que Su gracia sorprendente parezca común y corriente.

La cultura y la disciplina que envuelven nuestra predicación siempre revelan el verdadero carácter de nuestros propios corazones. Aquí es exactamente donde la confesión y el arrepentimiento tienen que tener lugar. No nos podemos permitir echarle la culpa a las tareas propias de nuestros puestos o a nuestras ocupaciones. No nos podemos permitir señalar con el dedo las cosas inesperadas que de pronto aparecen en la agenda de cada pastor. No nos podemos permitir echarle la culpa a las exigencias de la familia. Tenemos que confesar con humildad que nuestra predicación es mediocre, que no llega al estándar al que hemos sido llamados y, después, que el problema somos nosotros. El problema es que hemos perdido nuestro temor reverente y, al perder nuestro temor reverente,

todos estamos muy cómodos con representar la excelencia de Dios de una forma que es todo menos excelente. La mediocridad en el ministerio en cualquier sentido siempre es un problema del corazón. Si esto te describe, corre entonces a confesarlo con humildad a tu Salvador y abraza la gracia que tiene el poder de rescatarte de ti y, al hacerlo así, devolverte tu temor reverente.

Es importante entender las dos partes indispensables de la predicación efectiva y cómo cada una requiere su propia disciplina de preparación. En primer lugar está la parte del *contenido* de la predicación. Predicar se trata de hacer una exégesis exacta y entender las verdades del evangelio a medida que se despliegan en un pasaje en particular de la Escritura. No puedo ir de prisa en este aspecto de mi preparación. No puedo dejar la disciplina del contenido hasta que haya entendido el propósito y el contenido del evangelio del pasaje que tengo frente a mí. Y debo entender que si no soy capaz de aplicar de forma práctica las verdades del pasaje a mi vida y a los que les voy a predicar, entonces no he entendido por completo el pasaje. El proceso de exégesis no termina con la comprensión; termina con la aplicación. Predicar no solo se trata de “esto es lo que esto significa”; también se trata de “esto es lo que significa vivir a la luz de lo que esto quiere decir”.

Mi experiencia es que la exégesis que concluye con que el pastor sea capaz de aplicar lo que ha aprendido del pasaje que tiene delante de él, no es un evento sino un proceso. A mí me es necesario vivir con un pasaje, llevarlo a todas partes conmigo y marinar mi alma con sus aguas que nutren y quitan la sed. Simplemente no puedo hacer esto en un par de horas. Necesito tiempo para meditar en el pasaje para que el Espíritu pueda obrar por medio de él en mí y a través de mí a las personas que están bajo mi ministerio. Estoy a punto de hacer enojar a algunos de ustedes, pero lo voy a decir. Si estás desarrollando un contenido original el sábado en la noche, no tienes el derecho de predicarlo el domingo. Es poco probable que hayas entendido toda la gama de las glorias radicales del evangelio que contiene el pasaje, es dudoso que hayas tenido algún momento para confrontar tu propio corazón y es poco probable que hayas desarrollado una buena preparación para comunicarla de manera cautivadora y práctica a tus oyentes.

A esa última hora te vas a conformar con una ojeada superficial del pasaje y lo vas a llamar un sermón; te vas a piratear el trabajo de otros, incluso si no sabes que lo estás haciendo, y vas a tener poca pericia para presentar bien la confrontación radical y el ánimo del evangelio de Jesucristo. Ya que no te has tomado el tiempo necesario, vas a predicar cosas relacionadas con la teología, artículos doctrinales pequeños y baratos, despersonalizados, que no están ligados al evangelio de la gracia. Vas a comunicar ideas pero no vas a predicar con poder a un Cristo glorioso que está poderosamente presente en cada pasaje que

vas a ser llamado a predicar. Por default les vas a ofrecer a las personas un sistema de redención (teología y reglas) pero no las vas a ayudar a encontrar su esperanza y ayuda en un redentor. Así que tu gente va a pensar que están creciendo en madurez porque están creciendo en conocimiento teológico pero tu predicación no los va a llevar al fin de ellos mismo y a la cruz de Jesucristo. Siempre, siempre debemos recordar que la teología de la Palabra de Dios no es un fin en sí misma, sino un medio hacia un fin y ese fin es una vida que la gracia haya transformado de manera radical.

Pero existe un segundo aspecto indispensable en la predicación. La predicación no es solo un arte del contenido; también es un arte de la *comunicación*. Debes meditar, orar, esforzarte, luchar y trabajar en la manera de comunicar las verdades que has llegado a entender, a las personas en particular que están a tu cuidado. Estoy convencido de que hemos devaluado el aspecto de la comunicación de la predicación del evangelio, predicación que es poderosa, efectiva y que cambia las vidas. No estoy hablando de que trates de ser un John Piper o un Tim Keller. No, estoy hablando de tu compromiso para hacer todo lo que puedas para explicar de manera cautivadora y convincente las verdades gloriosas de las que hiciste una exégesis, a medida que emprendiste la disciplina necesaria del contenido, y para aplicar esas verdades. Para nada tienes el tiempo para desarrollar el aspecto de la comunicación de tu sermón – para pensar un giro útil de la frase, una ilustración personal que aclare algo o un punto práctico para la aplicación del evangelio – si el proceso no ha empezado sino hasta el sábado. Te sientes aliviado porque pusiste por escrito el contenido, que en realidad tienes algo que decir cuando llegue el momento de pararte y predicar. Pero no vas a decir bien las cosas, no vas a desarrollar descripciones vívidas que den discernimiento, no vas a tener ese momento sensible de la autorrevelación honesta, no vas a hacer una aplicación específica a la cultura en la que tu gente vive, no le vas a mostrar a tu gente que cada verdad que se revela en el pasaje es un dedo que apunta a Cristo y no vas a dejar a la gente ardiendo en deseos por tener más. Has llegado al púlpito con una bolsa de contenido pero que todavía no ha sido formado en un sermón.

Pienso mucho en la relación que existe entre estos dos aspectos de la predicación como la forma en la que pienso sobre la cocina. Me encanta cocinar así que yo soy el que en nuestra familia cocina para Acción de Gracias y Navidad. Ahora bien, si te has propuesto alimentar a tu familia con una comida maravillosa y memorable, todo comienza con reunir los ingredientes finos. Si no te tomas el tiempo para cazar los mejores ingredientes disponibles, nunca vas a tener esa buena comida de tus sueños. Recolectar los mejores ingredientes se parece a la parte del *contenido* de la predicación. La buena predicación se arraiga en reunir los ingredientes finos del evangelio que tiene el pasaje que está

frente a ti. Pero en el Día de Acción de Gracias yo no pongo los ingredientes en la mesa. Los ingredientes son la sustancia para la comida pero no son la comida. Se deben transformar en elementos atractivos, deliciosos, nutritivos y que se puedan comer y que juntos formen una comida. Un trozo de mantequilla y un bocado de harina seguidos de una cucharada de harina de maíz no abre mucho el apetito o no es muy digerible, pero un pan de maíz es algo maravilloso. El pavo más fino colocado crudo encima de la mesa no sería ni atractivo ni comestible. La utilización de los ingredientes finos que se reúnen en una hermosa comida se parece al aspecto de la comunicación de la predicación.

Me temo que muchos predicadores allá afuera tienen el triste hábito de poner los ingredientes en la mesa. Pueden ser ingredientes finos pero, por desgracia, no los han usado en una comida así que no son ni atractivos ni consumibles. Si a todos los que alimentara fueran un chef, podría poner los ingredientes en la mesa para que ellos pudieran crear una comida; pero no lo son. Y si cualquiera de los que les estás predicando fuera un predicador/pastor, podrías poner los ingredientes del evangelio en la mesa para que ellos lo pudieran crear en una comida; pero no lo son. No, no estoy descartando el poder del Espíritu Santo para conquistar, convencer de pecado y cambiar a las personas por medio de Su Palabra. No hay un momento en la predicación donde no seamos completamente dependientes de Él y nunca somos llamados a hacer Su obra. Pero el Espíritu Santo nos ha comisionado para ser Sus instrumentos y nuestro trabajo es hacer todo lo que podamos para ser instrumentos filosos en Sus manos redentoras.

Te voy a decir lo que para mí quiere decir esto. Quiere decir que no puedo tener un encuentro fresco con las verdades que voy a comunicar de una porción en particular de la Escritura, en la semana en las que se van a predicar. Una semana no me da suficiente tiempo para tener el contenido y la comunicación. Trabajo por adelantado para prepararme para predicar a donde quiera que me llamen. Esto quiere decir que cuando preparo el contenido de un mensaje, es el mensaje que voy a estar predicando en tres o cuatro semanas. Esto me da tiempo para que las verdades se marinen en mi propio corazón y las entienda de una manera más profunda y práctica. En la semana que el sermón se ha de predicar me lo predico a mí mismo en voz alta unas quince o veinte veces. Mientras hago esto, se profundizan y se desarrollan tanto mi comprensión del pasaje como las formas creativas en las que lo puedo comunicar.

Ahora bien, no estoy sugiriendo que este sistema de preparación sea el correcto para ti, sino que estoy sugiriendo que no podemos estar satisfechos con discursos dispersos preparados con una pobre exégesis, dados por un pastor que no ve su propia mediocridad porque su corazón tiene que ser reconquistado por el temor reverente de la gloria y la gracia de Dios. La presencia de Dios en nuestra

predicación, y Su gracia que nos enfrenta en nuestra debilidad, nos aseguran que lo podemos hacer mejor.

Pastor, ¿estás sufriendo una amnesia del temor reverente que te permite poner estándares mucho más bajos de los que se requieren, si es que vas a tomar en serio tu llamamiento como embajador? ¿La amnesia del temor reverente te ha permitido estar cómodo con la mediocridad en el ministerio, lo cual es una contradicción práctica de las glorias que conmemoras? Si así es, no te sumas en la vergüenza; no te escondas en la culpa. Corre a tu Redentor, disfruta Su gracia gloriosa. Busca que te perdone y que te conceda el poder que solo Él te puede dar. Y comprométete, por Su gracia, con las disciplinas de la excelencia que solo van a darse entretanto que Él te rescata de ti y una vez más te devuelve tu temor reverente.

CAPÍTULO ONCE

ENTRE EL YA Y EL TODAVÍA NO

No estaba orgulloso de una forma consciente. Tal vez la mayoría de la gente orgullosa no está consciente de qué tan orgullosa realmente es. Pero yo sentía que había tenido éxito. El día de hoy me consterna y me avergüenza pensar de qué manera pensaba de mí como un graduado de la gracia. No ministraba por mi propia necesidad. Me había ido muy bien en el seminario. Había plantado una iglesia en un lugar muy difícil. Había fundado una escuela cristiana que estaba creciendo con rapidez. (Tanto la iglesia como la escuela y las había fundado junto con otras personas, pero no lo veía de esa manera.) Por todas partes estaba recibiendo invitaciones para hablar. El día de hoy me es difícil imaginar cómo podía yo pensar que espiritualmente había tenido éxito. Tenía una escalofriante confianza en mí mismo. Muchas veces veía a las personas a las que estaba ministrando y sentía lástima por ellas suponiendo, por supuesto, que eran diferentes a mí. No, no me burlaba de las personas y no pasaba mi tiempo alardeando de mis logros, pero a mi ministerio sí lo moldeaba la actitud de que había tenido éxito.

Era increíblemente impaciente y muchas veces me molestaba en silencio. Se me hacía difícil delegar el ministerio a los demás. Quería más control del que realmente era necesario y fructífero. Daba mi opinión con demasiada frecuencia. Trataba los ministerios, a los que Dios me había llamado, como si me pertenecieran. Quería que las personas, con toda rapidez, se adhirieran para apoyar mis brillantes ideas. Mis sermones más bien eran discursos arrogantes – tú sabes, la última palabra sobre el tema o el pasaje. ¡Una vez prediqué lo que pensé era el máximo sermón sobre el orgullo del que yo era, de hecho, un ejemplo viviente del mismo! Mi predicación y mi enseñanza eran más ley que evangelio. Esto es típico de una persona que piensa que guarda la ley.

Como pastor, estaba cometiendo un peligroso error de auto-evaluación. Me había dejado embaucar por una opinión distorsionada y fraudulenta sobre mi madurez espiritual. Esta forma de ver las cosas es muy tentadora y muy cómoda para las personas que estamos en el ministerio, y cuando nos dejamos embaucar por esta forma de ver las cosas, ésta nos prepara para un catálogo de tentaciones. En vez de verme a mí mismo en el certero espejo de la Palabra de Dios – el único lugar donde vas a obtener tanto una definición precisa de la madurez espiritual como una lectura confiable sobre tu propia condición espiritual – busqué en otros sitios. Recurrí a las excelentes calificaciones y a los premios que

como estudiante había obtenido en el seminario para decir qué maduro era. Éste es un peligroso método intelectual que se basa en el conocimiento para evaluar tu condición espiritual. Acudí a la habilidad en el ministerio para decirme qué espiritualmente maduro era, olvidando que Dios da los dones a quien Él quiere. Acudí a la experiencia en el ministerio; los años de trabajo me hicieron sentir espiritualmente maduro y aguerrido.

En vez de solo pararme, con toda humildad, frente a la evaluación honesta del espejo de la Biblia para verme como realmente era, miré en los espejos de la feria. Ahora bien, el problema con el espejo de la feria es que realmente te muestra a *tí* pero distorsionado. Tú realmente no tienes un cuello de 50 centímetros ni un torso de 15 centímetros; sí, en ese espejo cóncavo estás tú, pero no te está mostrando en la forma en la que realmente te ves. El peligro de las evaluaciones que se hacen basándose en haber tenido éxito les da la bienvenida a todos en el ministerio. El peligro de que dejes de pensar que eres débil y necesitado siempre está cerca. El peligro de que te veas como en una categoría diferente de aquéllos a los que les ministras está justo a la vuelta de la esquina. Este peligro te recibe todos los días porque son espejos de la feria que están a tu alrededor y que tienen el poder de darte un punto de vista distorsionado de verte a ti. Y cuando piensas que has tenido éxito, cuando has dejado de ser convencido de pecado y estás arruinado por tu propia debilidad, fracasos y pecados, vas a comenzar a tomar malas decisiones personales y ministeriales. La realidad y la confesión de la debilidad espiritual personal no son un grave peligro para tu ministerio. Dios ha escogido construir Su iglesia por medio de la agencia de instrumentos torcidos y arruinados. Tus falsos delirios de grandeza son los que te van a meter en problemas y van a hacer que fundes un ministerio que no esté centrado en Cristo y que no esté motivado por el evangelio.

Cuando escucho un sermón que en esencia está motivado por la ley, es decir, que le pide a la ley que haga lo que solo la gracia de Jesucristo puede lograr, inmediatamente me preocupo por el predicador. Inmediatamente me pregunto sobre la manera que él mismo tiene de verse porque si él tuviera cualquier conciencia de él mismo y de su propia debilidad y pecado, encontraría poca esperanza y consuelo para él y sus oyentes en esa clase de sermón. Ves esta dinámica en los fariseos. Debido a que ellos pensaban de ellos mismos como justos, perfectos dadores de la ley, no tenían ningún problema en poner las cargas insoportables de la ley sobre los demás. El mal uso que hacían de la ley tenía sus raíces, no solo en la mala teología, sino también en el horrible orgullo humano. Veían que era posible cumplir la ley porque ellos pensaban que la estaban cumpliendo. Y ellos pensaban que los demás se debían levantar y cumplirla tan bien como ellos. Eran los líderes religiosos de su tiempo pero eran arrogantes, insensibles, censuradores y no tenían compasión. No eran parte de lo

que Dios estaba haciendo en ese momento; no, lo estorbaban.

Me temo que hay un montón de orgullo en el púlpito moderno. Hay un montón de orgullo en el salón de clases del seminario. Hay un montón de orgullo en el personal de la iglesia. El orgullo es una de las razones para todos los conflictos relacionales que tienen lugar en la iglesia. Es por él que con frecuencia somos mejores guardianes teológicos que portavoces compasivos y humildes del evangelio. Es por él que los pastores muchas veces parecen inaccesibles. Es por él que nos enojamos en las reuniones o estamos a la defensiva cuando alguien no está de acuerdo con nosotros o nos hace ver una equivocación. Estamos muy seguros de nosotros mismos. Estamos muy confiados. Evaluamos demasiado rápido que estamos bien. Con demasiada rapidez hacemos héroes de nosotros mismos y de los demás. Con demasiada frecuencia tomamos el crédito de lo que la gracia soberana produjo. Evaluamos demasiado rápido que no necesitamos la ayuda que el creyente normal necesita. Somos demasiado rápidos para hablar y demasiado lentos para escuchar. Con demasiada frecuencia tomamos como afrontas personales cosas que no son personales. Demasiado pronto dejamos de ser estudiantes. No nos vemos como necesitados lo suficientemente seguido. En nuestros horarios tenemos demasiado poco tiempo para la comunión absorta con Cristo. Con confianza nos asignamos más trabajo ministerial del que podemos hacer. Vivimos más aislados de lo que es espiritualmente saludable. Pastor, hay abundante evidencia a nuestro alrededor que tenemos la tendencia de olvidar quienes somos y que permitimos que nos definan cosas que no nos deberían definir.

Déjame decirlo una vez más: si eres un pastor o un líder en el ministerio, al mismo tiempo eres una persona que estás en miedo de tu propia santificación. No estás todavía libre del pecado y de todos sus peligros relacionados. Todavía llevas contigo a todos lados la susceptibilidad moral. Eres capaz de ceder ante cosas desastrosas. Eres capaz de perderte. Eres capaz de actitudes impías y deseos sombríos. No has sido completamente liberado del orgullo, la codicia, la lujuria, la ira y la amargura. Hay áreas en las que eres un ídola, donde la agenda la establece el deseo por alguna cosa creada más que la adoración de tu Creador. No siempre ministras como un embajador. Hay veces en las que haces tu trabajo ministerial con la actitud de un rey, en vez de hacerlo como una persona que ha sido llamada a representar al Rey. No siempre amas a Dios por encima de todo lo demás. No siempre amas a tu prójimo como a ti mismo. No siempre eres bondadoso y compasivo. No siempre eres paciente y perdonador. Hay momentos en los que amas tu reinito de uno más de lo que amas el reino de Dios. Hay veces en las que amas la comodidad y el placer más de lo que amas la redención. Hay veces en las que el orgullo te vuelve inaccesible y cruel. Hay veces en las que quieres que tu ministerio se trate de ti. Hay veces en las que te

irritan las mismas personas a las que ha sido llamado a pastorear. No estás orgulloso de todos tus pensamientos. No querías que tu congregación escuchara todas tus palabras. Haces cosas en los momentos que tienes en privado que no querías que se vieran en público.

También estas cosas son ciertas para mí. Y dan evidencia del hecho de que los que somos llamados a ofrecer y dirigir un ministerio tenemos la necesidad desesperada de ministrarnos a nosotros mismos. Nosotros, que proclamamos el mensaje de la gracia, tenemos una profunda necesidad de la gracia. No hemos tenido éxito. No hemos avanzado más allá de la necesidad que tenemos de la gracia momento tras momento. Todavía no estamos fuera de peligro. Todavía no estamos libres de la tentación. La guerra por nuestros corazones todavía continúa. Todavía caemos y fallamos. Simplemente no hemos tenido éxito pero estamos tentados a pensar que lo hemos tenido porque nos dejamos embaucar por las falsas evaluaciones de nuestra condición espiritual.

Ya que todos estamos tentados a ser autosuficientes y a pensar que somos justos de una manera independiente, todos estamos atraídos a vernos a nosotros mismos de formas exageradas y ensalzadas. Para usar las palabras de Pablo, pensamos que nosotros mismos tenemos un “más alto concepto de sí que el que debe[mos] tener” (ver Romanos 12:3). Todos tenemos la tendencia de querer que se reconozca y confirme nuestra justicia. Todos queremos que nos vean como justos y maduros. Todos queremos que nos miren con respeto y nos estimen. Así que somos atraídos a las cosas que parecen definirnó como semejantes a Cristo y maduros. En una palabra, todos somos susceptibles a que los espejos de la feria, que están en la vida de cada persona que está en el ministerio, formen nuestra definición de nosotros mismos. Recuerda, nunca, ningún espejo en el que te veas para conocerte va mostrarte a ti con la claridad y precisión del espejo de la Palabra de Dios. Déjame sugerir cuatro de esos espejos.

1) EL ESPEJO DEL CONOCIMIENTO DEL MINISTERIO

El conocimiento bíblico y la comprensión teológica son muy importantes; después de todo, Dios escogió hacer la mayor revelación de Él mismo y de Su plan en un libro. Es un libro que debes decidir conocer en todos los sentidos. Debes crecer en entender, tan a conciencia como te sea posible, los temas de la verdad que este libro contiene. Debes ver el tejido de la verdad, es decir, cómo las verdades se entretejen y se conectan unas con otras. Debes entender el curso del plan de redención. El conocimiento bíblico es algo vital, indispensable e irremplazable; pero no se debe confundir con la fe verdadera o la madurez espiritual personal. La fe es algo mucho más profundo de lo que tú haces con tu cerebro. El

conocimiento es un aspecto de la fe pero no define la fe. Al fin de cuentas, la fe es una inversión del corazón que conduce a una manera radicalmente nueva de vivir tu vida. La madurez espiritual es más que madurez en el conocimiento. Puedes realmente ser maduro en tu comprensión de la soberanía de Dios pero vivir una vida de miedo porque, en tu inmadurez, has ligado tu seguridad a tu control más que al sabio gobierno de Dios. No es una afirmación aparentemente contradictoria decir que hay un montón de pastores teológicamente eruditos que, por la forma en la que viven y ministran, son espiritualmente inmaduros. Tu nivel de conocimiento bíblico y teológico no son un espejo seguro en el cual te puedas ver para evaluar tu madurez espiritual.

2) EL ESPEJO DE LA EXPERIENCIA EN EL MINISTERIO

Cuanto más tiempo hayas estado en el ministerio, entre más obstáculos hayas tenido por ahí en el ministerio, entre más críticas hayas recibido, más se siente como si hubieras tenido éxito. Ya no estás en las etapas iniciales del ministerio. Ya no eres nuevo en el estira y afloja del ministerio de la iglesia local. A lo mejor ya no te vas a sorprender por lo que va a suceder después porque casi has visto todo. Has llegado a saber que el ministerio es la guerra. Sabes que muchas veces es tan desalentador como emocionante. Sabes que vas a tener a tus detractores y a las personas que te van a aplaudir. Conoces las presiones que vas a enfrentar para equilibrar el ministerio y la familia. Sabes que el ministerio de la iglesia local es de temporada. No, aquí no estoy hablando del clima. Lo que quiero decir es que los pastores tienden a pasar por buenas y malas épocas en el ministerio. Por lo que toda esta experiencia te hace sentir que eres maduro; pero puede ser un espejo peligroso y distorsionado en el cual debas mirar.

El hecho es que existe una diferencia crítica entre la sabiduría cotidiana y popular que se obtiene de la experiencia y la madurez espiritual. Puedes saber qué va a pasar después, porque algunas veces has estado a la vuelta de la esquina, pero puedes no lidiar bien con lo que va a pasar después porque te falta madurez. Si todo lo que se necesitara para adquirir la madurez fuera una cierta cantidad de experiencia, no solo habría mucho más gente madura, sino que Jesús no hubiera tenido que venir. La experiencia te va a enseñar algunas cosas, pero sencillamente no tiene ningún poder para hacerte santo. Por desgracia, cuando dejas que la experiencia te diga que eres maduro cuando no lo eres, dejas de estar comprometido para cambiar porque no piensas que sea necesario.

3) EL ESPEJO DEL ÉXITO EN EL MINISTERIO

Es muy tentador tratar de obtener tu identidad del éxito de tu ministerio. Pero el éxito del ministerio de la iglesia local es el resultado de cosas que son mucho más

profundas que el discernimiento de un líder, la planeación estratégica, el significado de los momentos, la habilidad para levantar un equipo ministerial y el inculcar en la congregación un enfoque del ministerio que sea convincente. Si nuestros esfuerzos humanos en el ministerio no los motiva la poderosa gracia de Dios y no los aplica el Espíritu Santo, no servirán de nada. Es Cristo y solo Cristo el que edifica a Su iglesia. Estas son cosas que humillan porque exigen que admitamos que no tenemos ningún tipo de poder para cambiar a alguien. No tenemos ninguna capacidad para avanzar el reino de Dios. Así que el éxito en el ministerio siempre dice más del Señor al que servimos que lo que dice de nosotros. El éxito en el ministerio no es un instrumento de medición que sea válido para medir nuestra madurez. De hecho, un Dios de gracia va a bendecir nuestros ministerios a pesar de nosotros por Su celo por Su iglesia y Su compromiso con Su propia gloria.

4) EL ESPEJO DE LA FAMA EN EL MINISTERIO

La fama en el ministerio pastoral es simplemente algo peligroso. Las personas que solo están expuestas a tu imagen ministerial pública, tus libros o tus blogs de internet y a tu voz en una conferencia o en un DVD, son prácticamente incapaces de darte una precisa forma de verte a ti mismo. Debemos tomar sus palabras de felicitación como bien intencionadas pero a las que les falta exactitud y, por lo tanto, utilidad espiritual. No te han visto en tus dominios privados, no conocen tu corazón y no han entrevistado a los que viven más cerca de ti. Habiendo dicho todo esto, todavía es tentador escuchar demasiado a tu propia prensa. Es tentador pensar que has tenido éxito porque las personas te tratan como si fueras algo especial. Es tentador olvidar quién realmente eres. El éxito muchas veces es el semillero para el orgullo espiritual. La pregunta sobre la madurez espiritual no la pueden contestar las personas que te aprecian pero que, con toda honestidad, realmente para nada te conocen.

Pastor, ¿te examinas todos los días colocándote con humildad ante el único espejo en el que puedes confiar, el espejo de la Palabra de Dios? ¿O has caído en el hábito de verte en los espejos de la feria que solo te van a dar una vista deforme de dónde estás en tu viaje espiritual personal?

LOS RESULTADOS PELIGROSOS DE PENSAR QUE HAS TENIDO ÉXITO

No lo veía en ese momento, pero disfrutaba la fama que tenía en el ministerio que viví durante mis primeros años en la región del carbón. Yo era el centro de una pequeña iglesia que estaba creciendo y de una escuela cristiana que estaba creciendo con rapidez y que me encantaba. Estábamos viendo fruto en un lugar

donde no había habido mucho fruto y las personas estaban emocionadas. Las personas agradecidas parecían estar por todos lados y expresaban su agradecimiento a menudo. Pero, de formas que no veía entonces, me atribuí el mérito. No estaba consciente de qué tan orgulloso me había vuelto hasta que un hombre preguntó si se podía reunir conmigo. Estaba seguro que uno de mis gloriosos sermones lo había convencido de pecado y que quería recibir mi consejo. Nos reunimos para comer, una comida que ninguno de nosotros terminamos comiendo, y rápidamente se hizo claro que no quería hablar de él; él quería hablar de mí. Pasó un par de horas dándome ejemplo tras ejemplo de mi orgullo. Dijo que él creía que yo pensaba que mi trabajo era dar “la opinión final sobre todo”.

Yo estaba devastado. Pensé que había sido inexacto y cruel. Pero no podía escapar de sus palabras así que le hablé a mi hermano Tedd para preguntarle qué debía hacer. Tedd me dio el mejor consejo pero el más difícil. Él solo dijo, “Escucha”. Durante las siguientes semanas hice mi mejor esfuerzo para detenerme, observar y escuchar y lo que vi fue a un hombre orgulloso que había empezado, en formas sutiles y no tan sutiles, a atribuirse el crédito de lo que solo la gracia podía hacer. Escuché hablar a un hombre que había olvidado quién era. Vi a un joven pastor que había comenzado a actuar como si hubiera tenido éxito. Podría decir que estoy libre de todas las ideas engañosas de la autoevaluación de mi juventud en el ministerio pero no lo estoy. Hay veces en las que los comentarios de felicitación de una persona agradecida que me ha escuchado se transforman poco a poco en una auto felicitación. A veces estoy a la defensiva cuando alguien se jacta de cuestionarme o confrontarme. Hay veces en las que estoy demasiado consciente de mí mismo y no tan consciente de Cristo como debería. Verás, todavía lucho porque todavía hay en mí una justicia propia latente y la adulación de los demás tiende a confirmar la adulación de mí mismo que todavía llevo por todas partes en mi corazón. Así que todavía clamo por ayuda. Todavía necesito ser rescatado de mí. Todavía tengo una esperanza: la gracia transformadora de Jesucristo.

Así que, ¿cuáles son las tendencias en el estilo de vida de un pastor que está viviendo y ministrando desde una posición de triunfo? Bueno, si piensas que has tenido éxito:

1) VAS A PENSAR QUE TÚ NO NECITAS LO QUE PREDICAS.

Sinclair Ferguson dijo en una sesión de preguntas y respuestas después de una conferencia que él había decidido ser un hombre que se iba a sentar bajo su propia predicación. Incluso tu preparación debería ser un reconocimiento de una necesidad que sigue vigente, un clamor por la ayuda divina y una celebración de

la gracia siempre presente e inagotable. Esto es el “porque [soy] hombre inmundo de labios, y habit[o] en medio de pueblo que tiene labios inmundos” de Isaías 6:5. Si crees que has tenido éxito, preparas el material desde arriba para personas que desgraciadamente todavía necesitan lo que tú ya no necesitas más. ¿Estás desesperadamente hambriento de las verdades que con regularidad preparas para exponer a los demás?

2) NO VAS A ESTAR ABIERTO AL MINISTERIO DEL CUERPO DE CRISTO.

El triunfo tiende a producir la autosuficiencia. Si piensas que eres sabio no te pones a buscar la sabiduría de los demás. Si piensas que eres maduro, no anhelas la protección de los demás. Si tú mismo te ves como una persona con una fe madura, no buscas el aliento de los demás que te da valor. Si no ves tu pecado, no vas a ver el valor que tiene confesarlo a los que te pueden aconsejar y advertir. Si piensas que vas a poder con cualquier tentación que te vayan a lanzar, no vas a pedir que los ojos de los demás te cuiden y que los corazones de los demás oren por ti. El tener éxito, ya sea de manera consciente o no, siempre va a comenzar a aislarte del indispensable ministerio, protector y santificador, del cuerpo de Cristo.

3) VAS A ESPERAR DE LOS DEMÁS LA PERFECCIÓN QUE TÚ PIENSAS QUE HAS LOGRADO.

El tener éxito no es el terreno en el que crece la gracia pastoral. Las personas que piensan de sí mismas como justas tienden a esperar y exigir de los demás la misma justicia que piensan que han logrado. En vez de ser la tierra en la que la gracia crezca, el triunfo es la tierra en la que crecen los juicios duros, las expectativas poco realistas, la crítica y la impaciencia. No te puedo decir cuántos miembros del personal me han compartido que su relación con su pastor principal (y éstas son mis palabras) se caracteriza más por la ley que por la gracia. Si tú piensas que estás guardando la ley, entonces estás cómodo aventándoles la ley a los demás. Pero si estás dolido por la realidad de que todos los días te quedas lamentablemente corto de lo que Dios exige, que tu descanso no está en tu propia justicia sino en la justicia de Cristo, entonces vas a ministrarles a los demás, de un modo natural, la misma gracia que tú tan desesperadamente necesitas y que tan misericordiosamente recibes de la mano de Dios.

4) TE VAS A SENTIR CALIFICADO PARA TENER MÁS CONTROL DEL QUE TIENES.

Si llegas a impresionarte con tu propia sabiduría y fortaleza, si amontonas evidencia de tu propia justicia, entonces tiene sentido que vas a estar seguro de ti mismo, pensando que eres más capaz, que estás más listo para tratar con lo que sea que Dios ponga en tu plato de lo que realmente estás. Porque estás convencido de que eres fuerte y sabio, es natural determinar que debes tener el control. No llevas contigo a todos lados el anhelo por la sabiduría que no tienes o por la prevención contra las debilidades personales. No estás preocupado porque tu control pudiera estar manchado por el pecado, es decir, que pudiera degenerar en tener el control por un interés propio y por un engrandecimiento de tu persona.

Seamos honestos. En la iglesia local existen demasiadas luchas por el poder. El ministerio del evangelio fácilmente se politiza. El orgullo hace que tengas hambre de poder (aunque puedas no saberlo); el hambre de poder hace que juntes aliados en el ministerio y el deseo de tener el control hace que ubiques enemigos en el ministerio. De un modo u otro, de alguna manera el ministerio del evangelio se ha vuelto un campo de batalla por el poder del hombre. Ésta es una forma de ministerio que ha perdido su centro. Jesús se ha salido del edificio. Un rey se está poniendo adelante pero no *el* Rey. Un reino se está construyendo, pero no *el* reino. Si como pastor estás siendo pastoral, lo estás haciendo para los demás, pero si como pastor te has vuelto político, lo estás haciendo para ti.

5) NO VAS A SENTIR LA NECESIDAD DE TENER TODOS LOS DÍAS UNA COMUNIÓN PARA MEDITAR EN CRISTO.

La adoración personal no se trata, en primer lugar, de cuántas veces hayas leído tu Biblia. No se trata, una vez más, de que trabajes en tu devocional favorito o en tu comentario favorito. No se trata de regresar a las notas de tu sermón. Todas estas cosas se deben ver y usar como ayudas para algo más primordial. ¿Qué es ese algo? Es la adoración de Dios, adoración que es humilde, diaria, personal, meditativa y gozosa. Es comenzar y terminar tu día en comunión con Cristo. Es el hábito habitual de “contemplar la hermosura de Jehová” (ver Salmo 27:4).

La comunión con Cristo se alimenta de la humildad. La comunión con Cristo se alimenta de la tristeza y la celebración. La comunión con Cristo la motiva un sentimiento exacto de quién eres y qué necesitas y una celebración de Aquél que la da. La conciencia de pecado y la promesa de la salvación son lo que todos los días te impulsa a Cristo, no a correr a través de un pasaje en Su Palabra y decir una rápida oración, sino a sentarte a Sus pies y dolerte por tu pecado y alabar por la gracia que se reúne ahí contigo. Las valoraciones del triunfo aplastan la adoración personal.

6) VAS A ATRIBUIRTE EL CRÉDITO DE LOS ÉXITOS QUE SOLO LA

GRACIA PUEDE PRODUCIR.

Ya lo he dicho en este capítulo: nos atribuimos mucho el crédito. Les damos a los pastores demasiado crédito para lo que sólo la gracia poderosa, divina y soberana tiene el poder de lograr. Después, habiéndole otorgado al instrumento demasiado crédito, corremos a la conferencia o compramos el libro para que podamos hacer lo que ha hecho nuestro héroe del ministerio. ¿Podemos aprender de los demás? Por supuesto. ¿Se pueden identificar los ingredientes de un ministerio saludable? Sí. ¿Debemos estar agradecidos por los siervos dedicados del Señor y comunicar nuestro agradecimiento? Estaría mal no hacerlo. Pero debemos reservar nuestra adoración (ya sea del yo o de algo más) para el Señor. Nosotros mismos no nos podemos recordar lo suficiente que sin Su presencia, poder y gracia nuestros ministerios no son nada. Ésta es la ineludible conclusión.

7) TE VAS A SENTIR CON EL DERECHO A LO QUE NUNCA PODRÍAS GANAR O LOGRAR.

El derecho siempre parece ir detrás del orgullo. Si piensas que has ganado _____, entonces vas a pensar que mereces _____. Entonces, al llevar por todos lados no solo el orgullo sino también el derecho, vas a tener la tendencia de convertir las bendiciones en exigencias y los dones de la gracia en lo que se debe esperar. Nunca debemos olvidar que no nos hemos ganado ni nuestra posición con el Señor ni nuestro lugar en el ministerio. Cada momento que Él nos acepta y cada situación en la que Él nos usa son el resultado de una cosa y solo una cosa: la gracia. Por nuestra cuenta no tenemos derecho a nada sino a Su ira; es solo la gracia la que nos da el derecho a Su amor que nos acepta. La engreída esperanza de la bendición va a hacer que te cuestiones no solo la gratitud de las personas a tu alrededor sino también la bondad de Dios.

8) NO VAS A ESTAR DEL TODO ATENTO Y PROTEGIDO CUANDO SE TRATE DE LA TENTACIÓN Y EL PECADO.

El tener éxito hace que estés demasiado seguro de ti mismo; estar seguro de ti mismo hace que tomes decisiones imprudentes; decisiones imprudentes te exponen a la tentación y al pecado; el orgullo te hace pensar que puedes manejar el riesgo – y en poco tiempo habrás caído. El triunfo hace que olvides la guerra diaria que se libra en tu corazón y que vivas con una mentalidad de tiempos de paz. Debido a que piensas de ti más altamente de lo que debes pensar, no eriges las precauciones en tu estilo de vida espiritual que tienen que estar ahí. Comienzas a perder de vista el hecho de que eres como todos los demás que conoces o a los

que les ministras. Vives precisamente en medio del ya y el todavía no. En medio existe por todas partes la tentación. En medio todavía estás susceptible a su atracción. En medio todavía hay un enemigo al acecho que busca su siguiente comida. En medio somos capaces del autoengaño y la ilusión personal. En medio todavía necesitamos ser rescatados de nosotros mismos. En medio siempre debemos vivir vidas humildes, interesadas y preventivas. En medio constantemente necesitamos el rescate de la gracia.

9) VAS A CARGAR A TU MINISTERIO CON MÁS DE LO QUE PUEDES MANEJAR CON RESPONSABILIDAD.

El orgullo hace que aceptes más responsabilidad de la que puedes soportar. El tener éxito te permite asignarte más trabajo ministerial del que puedes lograr de una manera realista. La vanagloria hace que pienses que eres más indispensable de lo que realmente eres y más necesario de lo que vas a ser. Es el orgullo, no la humildad, lo que hace difícil decir no. Es el orgullo lo que hace difícil vivir dentro de los límites de tu verdadero carácter y fuerza. Estoy persuadido que mucha de la tensión entre la familia y el ministerio la causa el tener éxito. Sabemos que Dios no nos va a llamar a guardar un mandamiento de tal forma que quebrantemos otro. Así que sí, en el largo plazo, nuestra familia ha sufrido el descuido debido a nuestro ministerio, es porque estamos haciendo cosas en el ministerio que no deberíamos estar haciendo porque hemos calculado erróneamente que podemos manejar más de lo que somos capaces de manejar.

¿Qué hay en cuanto a ti, pastor? ¿Hay evidencia del fruto del triunfo en tu ministerio? Deja que este capítulo genere una autoevaluación humilde. El hecho es que tú y yo todavía somos un poco un desastre. Sí, por la gracia muchas veces acertamos pero también con frecuencia nos equivocamos. Hay veces en las que somos personas que alabamos de manera exuberante al Señor y hay veces en las que solo estamos llenos de nosotros mismos. Hay veces en las que estamos profundamente agradecidos pero hay otras veces en las que nos sentimos con derecho y somos demandantes. Hay veces en las que guiamos con un corazón pastoral y otras veces en las que tenemos miedo, somos egoístas y astutos. Hay veces en las que, como personas quebrantadas, nos encontramos con personas que han sido quebrantadas por el evangelio; hay otras veces cuando en orgullo solo queremos que la gente tome nuevas fuerzas de ánimo como lo hemos hecho nosotros. Hay veces en las que vivimos y trabajamos con el reino de Dios a la vista; hay otras veces en las que nos amamos a nosotros mismos y tenemos un plan maravilloso para nuestras vidas.

Todo esto es para decir que la gran guerra espiritual no solo se propaga fuera de nosotros; hay una amplia evidencia, todos los días, de que ésta todavía se

propaga dentro de nosotros. El ministerio motivado por el evangelio y centrado en Cristo, uno que da gracia a los que escuchan, no empieza con un conocimiento teológico; no, comienza con un corazón humilde. Comienza identificando tu propia necesidad y reconociendo que tú y yo somos más parecidos que distintos a las personas a las que Dios nos ha llamado a ministrar.

PARTE 3 - EL PELIGRO DE TENER ÉXITO

(OLVIDANDO QUIÉN ERES TÚ)

CAPÍTULO DOCE

LA VANAGLORIA

La adoración siempre forja, moldea, dirige y motiva el ministerio pastoral. Tu ministerio va a estar formado por la adoración de Dios o la adoración de ti o, para la mayoría de nosotros, una mezcla inquietante de ambas. Tal vez no exista en el ministerio ninguna tentación más poderosa, seductora y engañosa que la vanagloria. A lo mejor en el ministerio no hay un embriagador más potente que la alabanza de los hombres y no hay una forma más peligrosa de embriaguez que ser inflado por tu propia gloria. Ésta tiene el poder de reducirte a una justicia propia que ofende y a la inaccesibilidad. Te convertirá en una persona con la que va a ser difícil trabajar y va a hacer que sea casi imposible que los que están a tu alrededor te ayuden a ver que te has vuelto una persona con la que es difícil trabajar. Va a hacer que veas hacia abajo a las personas que son más semejantes a ti que diferentes a ti. Va a hacer que te rodees de personas que con demasiada frecuencia dicen sí y que con demasiada frecuencia están listas para estar de acuerdo. Te va a volver espiritualmente jactancioso y te va a dejar moralmente desprotegido. Y todo esto va a suceder sin que te des cuenta porque vas a permanecer convencido de que estás perfectamente bien. Cuando te confronten, tú mismo te vas a recordar tu gloria. Cuando te cuestionen, vas a defender tu gloria. Vas a negar tu complicidad en los problemas y tu participación en el fracaso. Te vas a volver demasiado hábil para echar la culpa que para echar a tu hombro la culpa. Vas a ser mejor controlando que lo que eres sirviendo. Vas a resistir el trabajo que piensas que está por debajo de ti y te vas a ofender con los que te van a presumir diciéndote qué hacer. Constantemente vas a confundir ser un embajador con ser un rey.

Él era un desastre pero no lo sabía. Su ministerio se estaba fragmentando bajo la carga, pero él no lo veía. Su matrimonio estaba en un constante estado de disfunción, pero él no tenía ni una pista. El realmente vivía y ministraba como si hubiera tenido éxito. De cierto modo parecía ciego a que estaba demasiado lleno de un sentimiento de la gloria de sus habilidades, dones, discernimiento, experiencia y liderazgo.

Cuando su esposa se aventuraba a hacer hasta el comentario crítico más suave sobre uno de sus sermones, se ofendía muchísimo y rápidamente le hacía saber que ella no sabía de lo que estaba hablando. Cuando otro líder cuestionaba alguna de sus iniciativas propuestas, era más rápido para defender sus ideas de lo que era para escuchar la manera en que los demás estaban entendiendo esas ideas. Su asistente administrativo aprendió a evitar esas áreas donde él se enojaba

fácil y rápidamente. No tenía tiempo para participar en un grupo pequeño. Le decía a su esposa, que anhelaba que ellos participaran juntos, “Con todo lo que tengo que hacer, no tengo tiempo para estar escuchando a alguien que hace un mal trabajo cuando guía un estudio bíblico”. Los chicos con los que alguna vez se reunía ya no lo hacía más. Sí, él le decía a su congregación una y otra vez que su caminar con Dios era un proyecto comunitario, pero sentía poca necesidad de esa comunidad para él mismo. A sus sermones les hacía falta la ternura pastoral. No lograban retratar una pasión cautivante por el evangelio. Eran discursos bíblicos que reflejaban que estaba muy seguro de él mismo que la exégesis aplicada de manera práctica de un hombre que estaba siendo quebrantado y alentado por la grandiosa historia de la redención.

Parecía más seguro de sí mismo que lleno del arrojo de la fe. Parecía más una fábrica de ideas para el avance de la iglesia local que alguien que realmente sí creía que la esperanza de la iglesia es Cristo. Seguía convocando reuniones, pero realmente no se formaban porque él fuera respetuoso de los dones de los demás. Estas reuniones no eran de cooperación; no, eran más asambleas con el propósito de dar anuncios y pronunciamientos. Él dominaba la reunión con su plática y rápidamente llamaba a sus líderes a apoyar las ideas que también estaban muy frescas en su pensamiento. Era bueno para apagar las preguntas y desarmar las críticas pero, debo decir una vez más, él para nada se había visto de esta manera.

Se sentía cargado por todo lo que se asignaba para hacer pero soportaba esa carga porque él mismo se había cargado con demasiadas cosas para hacer. Y hacía eso porque cada vez se le hacía más y más difícil delegar el ministerio a otros. Estaba convencido de que la mayoría de las cuestiones estratégicas que se tenían que hacer, él las haría mejor. Cada vez comisionaba a menos personas para hacer las tareas del ministerio. No, a los otros líderes cada vez más les encargaba las tareas de apoyo pero las tareas importantes del ministerio, todas las hacía él.

Él mismo se veía como demasiado indispensable para la salud de su iglesia de lo que cualquier ser humano puede ser. Por esta razón, había veces en las que se preocupaba demasiado por lo que la gente pensaba de él. Ya que pensaba que él era indispensable, necesitaba que los demás lo vieran como indispensable también, y cuando no lo hacían, esto lo obsesionaba. Él entonces se enfocaba en esas personas como las personas que tenía que ganar. A la inversa, había veces en las que se preocupaba demasiado poco por lo que la gente pensara de él. Estaba tan seguro de sí mismo que no sentía la necesidad de escuchar bien a los que Dios había puesto en su camino para desafiarlo de manera personal y para mejorar sus ideas y metas. La vanagloria te va a jalar en ambos sentidos en las relaciones de tu ministerio.

Por todo esto, la confianza en su ministerio comenzó a menguar en los corazones de los que trabajaban a su lado. Es difícil confiar en alguien que está demasiado seguro de sí mismo, que está demasiado consciente de sí mismo, que es demasiado autocomplaciente, demasiado presumido y demasiado dominante. Es difícil confiar en alguien que habla mucho pero que no escucha bien. Es difícil confiar en alguien que es rápido para criticar pero que no recibe muy bien la crítica. Es difícil confiar en alguien que al mismo tiempo es inaccesible y antagónico. Es difícil confiar en alguien que parece estar más cómodo con arrebatarse el ministerio que con delegarlo. Es difícil confiar en alguien que predica lo que parece que él cree que no necesita. Es difícil confiar en alguien que guía por medio de la orden arbitraria y el pronunciamiento en vez de por medio de un consenso que reconoce los dones y está bíblicamente informado. Es difícil confiar en alguien que se ha atribuido a él mismo demasiada gloria. Pero lo hizo. Y lo triste es que él no está solo. Hay demasiados pastores que no entienden que sus ministerios están conformados más por la propia gloria que por la gloria del Cristo resucitado, omnipresente y todo suficiente.

Por la gracia liberadora de Dios, su esposa llegó al fin de sí misma. Había visto todo lo que sucedía. Había visto al joven y humilde pastor, con quien ella se había casado, convertirse en el hombre orgulloso con quien ahora vivía. Había sufrido porque en casa él era dominante, inaccesible y seguro de sí mismo y esto había cambiado su matrimonio. Ella sabía que las personas en la iglesia estaban luchando con su estilo de liderazgo. Había vivido con el dolor de amigos queridos que se habían ido de la iglesia. Así que una tarde, desesperada, se sentó junto a él en el estudio y le dijo que ya no podía más. Le contó del dolor diario que sentía mientras veía lo que le estaba pasando a él y a la iglesia. Le dijo que ella no sabía si era correcto hacer esto, pero había llegado al punto donde ya no estaba dispuesta a quedarse sin hacer nada y permitir que eso continuara pasando. Había hecho una cita con un pastor local que conocían bien e iba a ir con él e iba a soltar la lengua. Ella le dijo, “Querido, si tú no reconoces que necesitas ayuda, yo lo voy a reconocer por ti y voy conseguir la ayuda que ambos necesitamos”.

Al principio se enojó muchísimo y se sintió traicionado pero con el tiempo dijo que estaba dispuesto a ir con ella a buscar ayuda y consejo. Fue en este momento que comenzó un proceso radical de rescate y restauración.

Pastor, ¿qué hay en cuanto a ti? ¿En dónde en tu ministerio hay evidencia de la vanagloria? ¿En dónde eres más dominante de lo que deberías ser? ¿En dónde dejas de escuchar cuando deberías escuchar? ¿En dónde intentas controlar las cosas que no necesitas controlar? ¿En dónde se te hace difícil delegarles el ministerio a los demás? ¿En dónde estás tentado a hablar más de lo que deberías? ¿En dónde dejas de reconocer y valorar los dones de los demás? ¿En dónde no estás dispuesto a examinar tus debilidades y admitir tus fracasos? ¿En dónde estás

tentado a pensar de ti mismo que eres más indispensable de lo que realmente eres? ¿En dónde te preocupas demasiado por el respeto, la admiración y la gratitud de las personas? ¿En dónde se te hace más fácil confrontar que recibir la confrontación? ¿En dónde no has sido del todo agradecido por los compañeros de ministerio con los que Dios te ha conectado? ¿En dónde estás demasiado confiado de tu propia fuerza y sabiduría? ¿En dónde la autoconfianza inhibe la confianza que el ministerio forma en Cristo? ¿De alguna manera la vanagloria está debilitando la salud de tu ministerio?

LA HUMILDAD EN EL MINISTERIO: UN MODELO CRISTOLÓGICO

Hay un momento sorprendente en la vida de Jesús y los discípulos que hace añicos la vanagloria y define la clase de humildad que, por la gracia, debería seducir el corazón de todos los pastores y darle forma al estilo de vida de su ministerio.

Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que Su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los Suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y cuando cenaban, como el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase, sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levantó de la cena, y se quitó Su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido. Entonces vino a Simón Pedro; y Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies? Respondió Jesús y le dijo: Lo que Yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después. Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. Le dijo Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos. Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos. Así que, después que les hubo lavado los pies, tomó Su manto, volvió a la mesa, y les dijo: ¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como Yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió. Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis. (Juan 13:1-17)

Es uno de esos momentos en la vida de Jesús que es tan fascinante, tan ilógico, que es casi imposible de entender, no digamos decirlo con palabras. Jesús está en ese momento final con Sus discípulos en ese aposento alto rentado. Es un momento santo cuando afirma que Él mismo es el Cordero de la Pascua. Ya que el aposento es rentado, no hay un sirviente que esté de pie con la jarra, la palangana y la toalla que se necesitan para lavar los pies de Jesús y los discípulos. Por supuesto, los discípulos, llenos de sí mismos, todos muy preocupados por su poder y posición en el reino, fueron demasiado orgullosos para hacer el trabajo sucio.

Ahora bien, esta tarea humillante, pero culturalmente indispensable, no se asignaba solo a cualquier siervo. Es claro que en el tiempo del Nuevo Testamento había muchos niveles de autoridad y responsabilidad en la cultura de la servidumbre. Había siervos que administraban familias enteras y había siervos que vivían la vida servil de un esclavo. El trabajo de lavar los pies sucios de las personas antes de que se reclinaran a comer estaba reservado para el esclavo más bajo, más joven y que tenía poco valor. No había forma de que los discípulos se rebajaran a tal posición enfrente de los demás, por lo menos no mientras estuvieran compitiendo por la grandeza del reino.

Al final de la cena Jesús se levanta, se quita el manto, se amarra una toalla alrededor de Su cintura y llena de agua la palangana. ¡No podía estar a punto de hacer lo que tú crees que está haciendo! Éste es el Señor Dios Todopoderoso. Éste es el Hijo de Dios, el Rey prometido, el Creador de todo lo que existe. Éste es Aquél que es el cumplimiento de todas las promesas del pacto. Éste es el Cordero Salvador. No puede estar pensando hacer algo tan indecoroso, tan indigno y tan parecido a un esclavo. Pero ésa era exactamente Su intención. Y es vital entender que Él sabía exactamente quién era Él y cómo esto se conectaba a Su verdadera identidad y misión. Juan dice que Jesús hizo esta tarea sucia y vil sabiendo exactamente quién era Él, de dónde había venido y qué había sido enviado a hacer: “Sabendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levantó”. Este imponente acto de amor humilde resultó, no de que Jesús olvidara quién era Él, sino de recordar quién era Él. Ésta era la misión santa del Hijo Salvador. Tenía que estar dispuesto a entrar en la condición humana más baja, para hacer lo más degradante y perder los derechos de Su posición con el fin de que nosotros fuéramos redimidos. Era un llamamiento alto y santo y era la única manera. Su identidad, como el Hijo de Dios, no lo llevó a ser arrogante y a exigir el derecho, a ser renuente a hacer lo que se tenía que hacer para lograr la redención. Su identidad no lo hizo evaluar que era demasiado bueno para la tarea. No, Su identidad lo motivó y lo impulsó a hacer lo que los discípulos estaban convencidos que estaba por debajo de ellos.

Cuando el trabajo sucio se hubo terminado, Jesús vio a Sus discípulos y les dijo, “Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros”. Cristo está diciendo, “La actitud que he tenido hacia ustedes la deben tener entre ustedes. Mi sentido del llamamiento se debe volver su sentido del llamamiento. La buena disposición que he mostrado, ustedes la deben vivir en sus ministerios”. ¿Cuál es esa actitud? ¿Cuál es el compromiso que debe dar forma al ministerio de cada pastor?

Tú y yo no nos debemos volver pastores que estemos demasiado conscientes de nuestras posiciones. No debemos dar prioridad a proteger y pulir nuestro poder y protagonismo. Debemos oponernos a sentirnos privilegiados, especiales o de una categoría diferente. No debemos pensar que nosotros mismos lo merecemos o que tenemos el derecho. No debemos exigir que nos traten diferente o que nos pongan en algún pedestal en el ministerio. No debemos ministrar desde arriba sino al lado.

¿Cuál es la grandiosa lección, el grandioso llamamiento de este momento sorprendente? Aquí está: Jesús les dice, “Si no eres mayor que tu maestro, y Él ha estado dispuesto a hacer esto que es repugnante, tú también debes estar dispuesto. Si tú eres mi embajador, llamado a representar Mi voluntad y Mi camino, llamado a ser el instrumento de Mi gracia redentora, entonces no debes pensar que cualquier tarea ministerial está por debajo de ti. Debes estar dispuesto a hacer lo más vil, lo más denigrante para que Mi obra y Mi voluntad se hagan. No te debes negar. No debes pensar que eres demasiado bueno. Debes estar dispuesto a ser el más vil de los esclavos para que Mi reino venga y Mi voluntad se haga. Debes estar dispuesto a hacer lo que sea necesario para posicionarte como un instrumento de la gracia redentora. No debes ser orgulloso. No debes ser rebelde”.

Seamos honestos, pastores: estamos tentados a pensar de nosotros mismos más alto de lo que deberíamos. A veces nos exasperamos con las cosas que pensamos que están por debajo de nuestra categoría de remuneración. No siempre estamos dispuestos a hacer el trabajo sucio del ministerio. Yo sé que no siempre estoy listo y dispuesto. Estamos demasiado orientados a la reputación, la posición y el poder. Si queremos que reconozcan que somos eminentes. Yo sé que lucho con esto. No te atrae la servidumbre redentora. Si queremos que nuestros ministerios estén limpios y sean cómodos. Yo sé que yo sí. Si tenemos la tendencia a pensar de nosotros más como personas de grandes logros y mucha influencia que como siervos. Y todo esto es porque no entendemos nuestra identidad como un embajador. No, si tú y yo pensamos que hay un trabajo para el reino que está por debajo de nosotros, pensamos eso porque tenemos la amnesia de la identidad. Y hay un pequeño paso entre el olvidar nuestra posición encomendada y el insertarnos en la posición de Dios.

El sorprendente ejemplo de Cristo y Su comisión deberían producir en todos nosotros un dolor que nos lleve a la confesión. Sí perdemos nuestro camino. Sí nos volvemos más maestros que siervos. Y en lo secreto de nuestros corazones sabemos que nunca vamos a llegar a ser lo que hemos sido llamados a ser a menos que seamos rescatados por la misma gracia que hemos llegado a proclamar y vivir ante los demás. Y no tenemos que tener miedo de que nuestro tonto orgullo, ficticio e inmerecido, vaya a hacer que El Padre nos dé la espalda.

Él sabe quién eres. Él sabe que tú no das el ancho. Él sabe que todavía te quedas corto de Su justo requisito; es por esto que Él te ha dado el regalo de Su Hijo. Puedes correr a Él y admitir la vergonzosa vanagloria y saber que Él no se va a burlar de ti ni te va a dar una bofetada, porque el que tú estés de pie ante Él no se basa en tu desempeño sino en el desempeño sin mancha de Su Hijo. ¿Por qué no en este preciso momento, haces la confesión que necesitas hacer? Clama por la ayuda que necesitas. Tu Salvador está cerca y Él está dispuesto y es capaz.

EL FRUTO DE LA VANAGLORIA DAÑA EL MINISTERIO

Es importante reconocer la cosecha de la vanagloria en ti y en tu ministerio. Que Dios pueda usar la siguiente lista para darte la sabiduría para diagnosticarte. Que Dios la pueda usar para exponer tu corazón y para reencauzar tu ministerio. Aquí está el poder de la vanagloria, poder que le da forma al ministerio.

1) LA VANAGLORIA VA A HACER QUE ALARDEES EN PÚBLICO LO QUE DEBERÍAS MANTENER EN PRIVADO.

Los fariseos viven para ser un ejemplo importante para nosotros. Debido a que veían sus vidas como gloriosas, estaban listos para hacer alarde de esa gloria ante los ojos vigilantes de los que estaban a su alrededor. Entre más pienses que has tenido éxito y menos veas que necesitas todos los días la gracia que libera, más vas a tener la tendencia de ponerte tú mismo como referencia y felicitarte. Debido a que estás atento a la vanagloria, vas a trabajar para obtener una mayor gloria incluso cuando no estés consciente de que lo estás haciendo. Vas a tener la tendencia de contar historias personales que te hacen más héroe de lo que realmente eres. Vas a encontrar formas, en los escenarios públicos, de hablar sobre hechos de fe privados. Porque crees que eres digno de la aprobación, vas a estar sediento del aplauso de los demás y vas a encontrar formas para presentarte como “piadoso”.

Ahora bien, sé que la mayoría de los pastores que están leyendo esto van a pensar que ellos nunca harían eso, pero estoy convencido que hay muchísimos

más que “hacen un alarde justo” en el ministerio pastoral de lo que tenderíamos a pensar. Ésta es una de las razones por las que a veces encuentro incómodas las conferencias de los pastores, las reuniones presbiterianas, las asambleas generales, las reuniones para plantar iglesias y las reuniones de clérigos de diferentes grupos religiosos. Estas reuniones, de sentarse a la mesa después de una sesión, pueden degenerar en un “curso de escupitinas” del ministerio pastoral en donde por lo menos estamos tentados a no ser del todo honestos acerca de lo que realmente está pasando en nuestros corazones y en nuestros ministerios. Después de festejar la gloria de la gracia del evangelio, hay demasiada charla, por parte de las personas que parecen necesitar más el aplauso de lo que realmente lo necesitan o lo merecen, sobre la gloria de felicitarse a uno mismo.

2) LA VANAGLORIA VA A HACER QUE HAGAS DEMASIADA

REFERENCIA A TI MISMO.

Todos lo sabemos, todos lo hemos visto, todos nos hemos sentido incómodos con esto y todos lo hemos hecho. La conclusión es ésta: la gente orgullosa tiene la tendencia a hablar mucho de ella. La gente orgullosa tiene la tendencia de que le gusten más sus opiniones que las opiniones de los demás. La gente orgullosa piensa que sus historias son más interesantes y simpáticas que las de los demás. La gente orgullosa cree que sabe y entiende más que los demás. La gente orgullosa piensa que se ha ganado el derecho a ser escuchada. La gente orgullosa piensa que tiene una gloria que ofrecer. La gente orgullosa, debido a que está básicamente orgullosa de lo que sabe y de lo que ha hecho, habla mucho de ambas cosas. La gente orgullosa no hace referencia a la debilidad. La gente orgullosa no habla del fracaso. La gente orgullosa no confiesa el pecado. De esta manera la gente orgullosa es buen para centrar la atención sobre ella misma que para hacer brillar la luz de sus historias y opiniones en la gloriosa gracia de Dios, gracia que es totalmente inmerecida.

Cuando piensas que has tenido éxito, estás bastante confiado y orgulloso de tus opiniones. Confías en tus opiniones más de lo que confías en las opiniones de los demás, así que no estás tan interesado en las opiniones de los demás como deberías estarlo, así que vas a tener la tendencia de querer que tus pensamientos, perspectivas y puntos de vista salgan airoso en cualquier reunión o conversación que se dé. Esto quiere decir que vas a estar bastante más cómodo de lo que deberías al dominar una reunión con tu charla. Vas a dejar de ver que en la multitud de consejeros está la sabiduría. Vas a dejar de ver la indispensabilidad del ministerio del cuerpo de Cristo en tu vida. Vas a dejar de reconocer tu propia parcialidad y tu ceguera espiritual. Así que no vas a ir a las reuniones, formales o

informales, con un sentimiento personal de que necesitas lo que los demás tienen que ofrecer y vas a controlar la plática más de lo que deberías.

4) LA VANAGLORIA VA A HACER QUE GUARDES SILENCIO CUANDO DEBERÍAS HABLAR.

Pero la vanagloria también puede irse al otro extremo. Los líderes que están demasiado seguros de sí mismos, que sin darse cuenta se atribuyen lo que solo podía haberse logrado por la gracia, muchas veces ven las reuniones como una pérdida de tiempo. Porque son orgullosos son demasiado independientes, así que tienden a ver las reuniones como una interrupción molesta e inútil en su agenda ministerial que ya está demasiado ocupada. Por esta razón van a decidir abandonar una reunión o van a tolerar la junta, tratando de darla por concluida tan rápido como sea posible. Así que no sacan sus ideas para que sean consideradas y evaluadas porque, francamente, piensan que no lo necesitan. Y cuando sus ideas están sobre la mesa y se están debatiendo, no entran a la disputa porque piensan que lo que ellos han opinado o propuesto simplemente no se tiene que defender. La vanagloria realmente va a hacer que hables demasiado cuando deberías escuchar y va a hacer que no sientas la necesidad de hablar cuando con toda seguridad deberías hacerlo.

5) LA VANAGLORIA VA A HACER QUE TE PREOCUPES DEMASIADO POR LO QUE LA GENTE PIENSA DE TI.

Cuando has llegado a pensar que eres algo, quieres que las personas reconozcan ese algo que tú piensas que eres. Una vez más ves esto en los fariseos; las evaluaciones personales de la vanagloria siempre conducen al comportamiento de algún tipo que busca la gloria. Las personas que piensan que han tenido éxito pueden llegar a estar demasiado conscientes de la manera en que los demás les están respondiendo. Ya que estás hiper vigilante, observando la manera en que las personas en tu ministerio están respondiendo a tu ministerio, en cierta manera en la que a lo mejor no estás consciente vas a comenzar a moldear las cosas que dices y haces con el propósito de tener la aprobación de ti mismo. Vas a comenzar a decir y a hacer cosas de tal forma que te den el reconocimiento que piensas que mereces. Por desgracia, en realidad comienzas a caer en ministrar el evangelio de Jesucristo, no para la gloria de Cristo o para la redención de las personas bajo tu cuidado, sino por el bien de tu propia gloria. Yo he hecho esto. He pensado durante la preparación de un sermón que cierto punto puesto de cierta manera podría ganar a un detractor y he observado las reacciones de ciertas personas mientras he predicado. En estos momentos, en la preparación y predicación de un sermón, le he dado la espalda a mi llamamiento como el

embajador de la gloria eterna de Otro con el fin de adquirir la alabanza temporal de los hombres.

6) LA VANAGLORIA VA A HACER QUE TE PREOCUPES DEMASIADO POCO POR LO QUE LAS PERSONAS PIENSAN ACERCA DE TI.

Pero esto también puede ir en otro sentido. Si piensas que has tenido éxito, puedes ir en la dirección de preocuparte demasiado poco por lo que las personas piensan de ti. Estás tan seguro de ti mismo que simplemente piensas que no necesitas que otros evalúen tus pensamientos, ideas, acciones, palabras, planes, metas, actitudes o iniciativas. Realmente no piensas que necesitas ayuda. No piensas que lo que tienes que ofrecer lo va a enriquecer o mejorar lo que contribuyan los demás. Tú, vez, tras vez, tras vez, haces solo lo que se debería hacer en un procedimiento de grupo. Y si trabajas con un grupo, vas a tener la tendencia de rodearte de personas que van a estar demasiado impresionadas contigo y demasiado emocionadas porque tú las hayas incluido, que les va a costar trabajo decirte algo que no sea sí. Has olvidado quién eres y lo que tu Salvador todos los días te dice que necesitas y eres: vives en un lugar tanto de peligro personal como ministerial.

7) LA VANAGLORIA VA A HACER QUE TE OPONGAS A ENFRENTAR Y ADMITIR TUS PECADOS, DEBILIDADES Y FRACASOS.

¿Por qué cualquiera de nosotros se altera o se tensa cuando somos confrontados? ¿Por qué cualquiera de nosotros activamos nuestro abogado interno y nos levantamos en nuestra propia defensa? ¿Por qué cualquier de nosotros cambiamos al revés las cosas y le recordamos a la otra persona que nosotros no somos los únicos pecadores en esa habitación? ¿Por qué argumentamos sobre los hechos o disputamos la interpretación de la otra persona? Hacemos todas estas cosas porque estamos convencidos en nuestros corazones que somos más justos de lo que nos están describiendo en este momento de la confrontación. Las personas orgullosas no reciben con entusiasmo la amonestación amorosa, la reprensión, la confrontación, el cuestionamiento, la crítica o la rendición de cuentas porque no sienten que tienen que hacerlo. Y cuando sí fracasan, son muy buenas para erigir razones plausibles para lo que dijeron o hicieron, dadas las tensiones de la situación o de la relación en las que se hicieron.

Pastor, ¿eres pronto para admitir la debilidad? ¿Estás listo para reconocer tus propios fracasos ante Dios y los demás? ¿Estás listo para enfrentar tus debilidades con humildad? Recuerda, pastor, si los ojos o los oídos de un compañero en el ministerio ven o escuchan tu pecado, tu debilidad o tu fracaso, esto nunca es un fastidio, nunca es una interrupción en el ministerio y nunca lo debes ver como

una afrenta. Siempre es la gracia. Dios te ama y Él te ha puesto en esa comunidad de la fe y Él les va a revelar tus necesidades espirituales personales a los que están a tu alrededor para que ellos puedan ser Sus instrumentos de convicción, liberación y transformación.

8) LA VANAGLORIA VA A HACER QUE LUCHES CON LAS BENDICIONES DE LOS DEMÁS.

La vanagloria siempre está en la raíz de la envidia. Tienes envidia de las bendiciones de los demás porque los ves a ellos como menos merecedores que tú. Y por cuanto te ves como más merecedor, es difícil no enojarte porque ellos obtengan lo que tú te mereces y es casi imposible no desear y codiciar lo que ellos están disfrutando injustamente. En tu envidiosa vanagloria en realidad estás culpando a Dios de ser injusto y no equitativo. En ciertas maneras en las que puedes no estar consciente, comienzas a estar cómodo con dudar de la sabiduría de Dios, de Su justicia y de Su bondad. Piensas que Él no ha sido bueno contigo en la forma en la que te lo mereces. Esto comienza a robarte la motivación para hacer lo correcto porque esto no parece hacer ninguna diferencia.

Es importante reconocer que hay un pequeño paso entre la envidia y la amargura. Es por esto que el envidioso Asaf clama en el Salmo 73, “Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón, y lavado mis manos en inocencia” (versículo 13). Él está diciendo, “Yo he obedecido y ¿esto es lo que obtengo?” Después escribe, “Se llenó de amargura mi alma, y en mi corazón sentía punzadas. Tan torpe era yo, que no entendía; era como una bestia delante de ti” (versículos 21-22). Qué descripción tan vívida – ¡una bestia amargada! He conocido a muchos pastores amargados, hombres que están convencidos que han soportado las dificultades que realmente no se merecían. He conocido a muchos pastores amargados, envidiosos de los ministerios de otros, que han perdido su motivación y su gozo y están haciendo de manera automática y despiadada el ministerio semana tras semana. He conocido a muchos pastores que han llegado a dudar de la bondad de Dios y, trágicamente, no tienen la tendencia de correr para pedir la ayuda, en su momento de necesidad, de alguien de quien han llegado a dudar.

9) LA VANAGLORIA VA A HACER QUE ESTÉS MÁS ORIENTADO A LA POSICIÓN QUE A LA SUMISIÓN.

La vanagloria siempre te va a orientar más al lugar, al poder y a la posición que a cómo se ejercita la sumisión a un Rey mayor dentro del contexto de tu ministerio. Tú ves esto en las vidas de los discípulos. Jesús no los había llamado a

Él mismo para hacer realidad sus propósitos de un pequeño reino sino para favorecerlos como los receptores e instrumentos de la obra de un mejor reino. Sin embargo, en su orgullo, entendieron todo mal y todos estaban orientados, con demasiada perseverancia, a la pregunta de quién sería el mayor en el reino.

Nunca puedes cumplir tu llamamiento de embajador y al mismo tiempo querer el poder y la posición de un rey. La orientación a la posición va a hacer que seas político cuando deberías ser pastoral. Va a hacer que exijas el servicio cuando deberías estar dispuesto a servir. Va a hacer que demandes de los demás lo que no estarías dispuesto a hacer tú mismo. Va a hacer que pidas privilegios cuando deberías estar dispuesto a ceder tus derechos. Va a hacer que pienses demasiado en cómo las cosas van a afectarte en vez de en cómo las cosas se van a reflejar en Cristo. Va a hacer que quieras fijar la orden del día en vez de encontrar el gozo en someterte a la orden del día de Otro. La vanagloria convierte a los embajadores escogidos y llamados en reyes designados por sí mismos. Y cuando esto sucede, en ciertas maneras en las que tú y yo podríamos no estar conscientes, estamos ministrando para promover a una persona pero esa persona simplemente no resulta ser Jesucristo.

10) LA VANAGLORIA VA A HACER QUE CONTROLES EL MINISTERIO EN VEZ DE QUE DELEGUES EL MINISTERIO.

Tú, cuando estás lleno de ti mismo, cuando estás demasiado seguro de ti mismo, vas a tener la tendencia de pensar que eres la persona más capaz dentro del círculo de tu ministerio. Te va a ser difícil reconocer y apreciar los dones que Dios les ha dado a los demás y, porque no lo haces, te va a costar trabajo hacer de tu ministerio un proceso comunitario. Pensar más alto de ti mismo de lo que debes pensar siempre conduce a que, en algún sentido, veas hacia abajo a los demás. Es la humildad personal y la necesidad las que van a hacer que busques y aprecies los dones y las contribuciones de los demás. Los pastores que piensan que han tenido éxito no tienen la tendencia a que les guste el proceso grupal y tienen la tendencia de ver el delegar un poco como una pérdida de tiempo. En sus corazones piensan, ¿Por qué le debo dar a otro lo que yo mismo puedo hacer mejor? El orgullo pastoral va a aplastar el ministerio compartido y el ministerio indispensable del cuerpo de Cristo.

Es importante decir que he escrito la sección anterior con dolor personal y remordimiento. He caído en una impactante vanagloria, en algunos momentos en mi ministerio, en todas estas trampas. He dominado cuando debí haber escuchado. He controlado lo que debía haber dado a los demás. He estado a la defensiva cuando desesperadamente necesitaba la reprensión. Me he opuesto a la ayuda cuando debí haber estado clamando por ella. He estado demasiado lleno

de mi propia opinión y he sido demasiado despectivo con la perspectiva de los demás. He hecho alarde de mis cualidades para obtener la aprobación de los demás. Me entristezco cuando medito en mis muchos años de ministerio, pero no me deprimó. No lo hago porque, en toda mi debilidad, el Dios de la gracia sorprendente me ha liberado y me ha restaurado una y otra vez. Cada vez más me ha liberado de mí (una obra que todavía prosigue). Y al estar dividido entre el reino del yo y el reino de Dios, Él me ha usado de manera milagrosa en las vidas de muchos. En amor, Él ha obrado para hacer mella en mi gloria y desfigurarla para que Su gloria sea mi deleite. Ha saqueado mi reino para que Su reino sea mi gozo. Y Él ha aplastado mi corona bajo Sus pies para que yo vaya en busca de ser un buen embajador y no ansiar ser un rey.

En esta misericordia intensa hay esperanza para todas las personas que están en el ministerio. El Señor no solo aspira al éxito de tu ministerio; también esté obrando para quitarte del trono. Es solo cuando Su trono es más importante que el tuyo que vas a encontrar gozo en la difícil y humillante tarea del ministerio evangélico. Y Su gracia no se va a rendir hasta que nuestros corazones hayan sido completamente cautivados por Su gloria. Ahora bien, ¡ésa es una buena noticia!

CAPÍTULO TRECE

PREPARÁNDOSE SIEMPRE

Voy a confesar que estoy un poco obsesionado. Me cuesta mucho trabajo apagar mi mente. Muchas veces me salgo del camino mientras voy manejando o me detengo a la mitad de una caminata para sacar mi teléfono y tomar notas porque mis pensamientos que llevo conmigo a todos lados de repente han tomado forma. Mi esposa, Luella, con frecuencia se queja de que aunque estoy con ella físicamente parece que realmente no estoy ahí. Puede decir por mi silencio o por la mirada en mi cara que mi mente y mi atención han sido secuestradas por el contenido de algo en lo que estoy trabajando. Siempre me ha sido muy difícil escaparme de la regla del “Rey Preparado”. En mis días libres se me hace muy difícil desconectarme y apagarme. Creo que lo que Dios me ha llamado a hacer me distrae de una manera incesante. Creo que rara vez verdaderamente me aparto del ministerio a mi vida privada. Puedo estar en silencio, y puedo estar en un lugar de silencio, pero el ruido del ministerio es fuerte en mi cabeza. Creo que en cierto sentido nunca dejo de preparar.

El otro día fui muy consciente de la batalla que se da entre la preparación y la devoción personal y que tiene lugar en mi corazón. Estaba de frente a una conferencia internacional bastante importante donde iba a hablar varias veces. Estaba en medio de la preparación de un nuevo material y del cambio en la forma de expresar un material que había preparado antes. Sabía que lo que les iba a decir a las personas que irían les iba a dar una nueva manera de pensar acerca de ellos mismos y de lo que significa caminar con Dios. Fue emocionante y lo quería hacer bien. Cuando me levanté de la cama mañana tras mañana, le estaba dando vueltas en mi cabeza a las maneras de abordar el tema. Mi día ni siquiera había tenido la oportunidad de empezar y ya había sido secuestrado por la carga de la preparación. En mi bicicleta de ejercicio, mi mente corría más rápido que mis piernas mientras iba veloz como un rayo de un concepto a otro, de una ilustración a otra y de una aplicación a otra. Día tras día, mientras me sentaba a leer y orar por el alimento de mi propia alma, las cosas que estaba leyendo rápidamente llegaban a ser nuevos puntos para las futuras pláticas.

Entonces, en un momento, me di cuenta que no estaba leyendo teniéndome a mí en mente, sino más bien teniendo en mente a mis futuros oyentes. El pasaje no me estaba informando, confrontando, abrumando o transformando. De hecho, el pasaje había tenido un impacto mínimo en mí. Esa mañana estaba emocionado por las Escrituras pero no de manera personal, no porque me hubiera visto en el espejo de la Palabra de Dios y lo que hubiera visto me hubiera

humillado. No, estaba emocionado porque había adquirido más contenido para compartir con los demás. Esa mañana no hubo una adoración personal. No estuve hambriento de Dios ni ardí en deseos por Él. No hubo dolor por el pecado. No hubo ninguna celebración de la gracia. No hubo ningún movimiento en mi compromiso de vivir por fe. No hubo ningún crecimiento en mi disciplina, perseverancia o esperanza. No hubo ningún temor reverente por la gloria de Dios. No hubo ningún sentimiento más profundo de Su presencia y amor. No hubo un sentimiento más profundo de mi gratitud por ser incluido en Su familia. No hubo ninguna visión que me motivara por la derrota final del pecado. No hubo ningún estímulo de mi clamor por toda la eternidad. No hubo ninguna súplica para que Su reino venga y Su voluntad se haga.

No, no hubo ningún “yo” en ese momento de adoración personal. A lo mejor es más correcto decir que este momento que he descrito, aunque tuvo lugar cuando normalmente tengo mi tiempo a solas con el Señor, no fue un momento de adoración personal. Hubo poco en él que fuera personal o relacional. No fue un momento de un hijo teniendo comunión con su padre. Si en algún sentido fue relacional, fue más sobre mí relacionándome con mi futura audiencia que lo que fui yo relacionándome con Dios. Creo que toda la preparación para predicar o enseñar debe ser devocional pero, en este caso, la preparación aplastó la devoción. Aunque tuve la Biblia en mis manos, mi alma necesitada y hambrienta no fue alimentada. Salí de esa tranquila habitación sin cambios en mi persona y me di cuenta de lo que había pasado solo cuando meditaba después en la mañana. Más tarde ese día alguien me preguntó qué había estado leyendo en mi tiempo privado de adoración. Fue mientras contestaba que me di cuenta que ese día no había tenido a solas un tiempo de adoración; no, solo había sido otra oportunidad para preparar.

Creo que la lucha que estoy describiendo aquí es una lucha que tenemos todos los que estamos en el ministerio. Es muy difícil tener la responsabilidad de predicar o enseñar la Palabra de Dios cada semana y no tener esta responsabilidad dominando tu mente cada vez que tienes la Biblia en tus manos. El compromiso de tener un horario regular de comunión con tu Señor estimula la batalla que se da en tu corazón entre lo indispensable que es la adoración privada y la necesidad de una preparación adecuada. En el plan de Dios éstos no son mutuamente excluyentes ni compiten entre sí. Como lo he dicho muchas veces, Dios no nos va a llamar a una tarea que requeriría que lo desobedeciéramos a Él en otra área. Sin embargo es muy difícil mantener estos dos aspectos de tu llamamiento en su lugar correcto.

Cuando le hablo a un grupo de pastores de la falta de adoración personal en privado, con frecuencia estoy viendo a un grupo de hombres con las cabezas agachadas. Muchos de mis oyentes han confesado que no pueden recordar

cuándo su tiempo devocional fue consistente y vehemente. Muchos de ellos me han dicho que solo habían dejado de tratar de pelear la batalla. Se levantan, se alistan y toman las riendas del ministerio. Están listos para saltar a servir a Jesús; en una vida de urgentes demandas ministeriales solo tienen poco tiempo personal para pasar con Él. Viven con Jesús como esposos que proveen bien para sus esposas pero que les queda poco tiempo para participar en una relación que está lejos de ser íntima. Proveen bien pero no aman bien. Trabajan duro pero no en la relación primordial de sus vidas. Muchos pastores allá afuera están buscando guiar y enseñar bien pero esto simplemente no está alimentado o gobernado por la devoción de sus corazones a su Salvador. Su cristianismo es más una disciplina institucional que una relación personal. Se ven atraídos más por las ideas que por Jesús. Se ven atraídos más por el éxito en el ministerio que por el crecimiento personal. La siguiente fase del plan estratégico llena sus ojos más que la gloria de Dios y la majestuosidad de Su gracia. Han perdido el centro de todo y sus corazones han sido secuestrados y muchos de ellos no lo saben.

Pero hay otras cosas que entran aquí en juego. La falta de una vida devocional que se centre en Cristo en muchos pastores es no solo el resultado de las aparentemente interminables demandas de la preparación en el ministerio; también es el resultado de tener éxito. Estoy convencido de que cuando las ocupaciones se intersectan con el triunfo, una de las primeras cosas que se van es la adoración privada. Tal vez es una combinación de temor y gratitud lo que nos motiva a ponernos de rodillas y tener comunión con Cristo cada mañana. Cuando enfrentamos quienes somos y la inconstancia de nuestros corazones es que sentimos la necesidad de que nuestros corazones sean otra vez conquistados mañana tras mañana. Cuando meditamos en el hecho de que el pecado no siempre es un horror para nosotros, sino que a veces parece como positivamente atractivo, es que queremos correr a los protectores brazos de nuestro Señor una y otra vez. Cuando consideramos la peligrosa tentación de este mundo caído es que vamos a querer, días tras día, obtener la ayuda para la batalla. Es el temor a nuestras propias debilidades lo que nos conduce al Salvador para tener fuerza. Cuando tenemos temor del poder de la necesidad, que todavía permanece en nosotros, es que somos estimulados a buscar todos los días la sabiduría que solo se puede encontrar en las páginas de la Escritura. Un temor humilde y santo es una parte trascendental de lo que estimula una vida consistente de una adoración personal diaria.

Así que cuando has olvidado quién eres, cuando te atribuyes más madurez de la que realmente tienes y cuando piensas que eres más capaz de lo que realmente eres, te dejas pocas razones para buscar la ayuda, que sigue vigente, de tu Salvador.

Tener éxito también aplasta la gratitud que alimenta la adoración personal.

Vale la pena repetir que cuando crees que has tenido éxito, te felicitas por cosas que ves en ti que solo la gracia pudo producir. Cuando crees que has tenido éxito, tienes la tendencia de atribuirte el mérito por las cosas que solo Dios pudo haber producido. Comienzas a pensar que el éxito en el ministerio tiene que ver más contigo que lo que realmente tiene que ver. Comienzas a pensar que eres más indispensable de lo que realmente eres. Nada de esto produce la gratitud que alimenta la adoración. Las personas orgullosas tienen la tendencia a no ser agradecidas precisamente porque el orgullo hace que se atribuyan más mérito del que se merecen.

Así que cuando la habilidad, la experiencia y el éxito en el ministerio comienzan a redefinir la manera en la que piensas acerca de ti, lo que inevitablemente se debilita es tu celo por la adoración personal. Porque estás convencido de que estás bien, sientes poca necesidad real por el cuidado, el consuelo, la sabiduría y la restauración del Gran Médico. El anhelo humilde por el temor y la sed de celebración por la gratitud han sido aplastados por el triunfo y la adoración es la que recibe el golpe.

A lo mejor uno de los escándalos silenciosos de la iglesia evangélica moderna es que hay muchos, muchos pastores en esta posición. Son líderes de ministerios evangélicos pero que sienten poca necesidad por el evangelio en sus vidas de todos los días. No están preocupados por la cura, la alimentación y el crecimiento de sus propios corazones. No están constantemente agradecidos por la gracia que redime, transforma y capacita. De manera práctica están enamorados del ministerio más de lo que están enamorados de Cristo. Están más emocionados con las ideas de la redención de lo que lo están por el Redentor. Ya sea que lo sepan o no, han llegado a estar impresionados con ellos mismos más de lo que lo están con el Único que les da tanto el aliento físico como el espiritual. No viven con el dolor diario de saber que todo lo que enseñan es mucho más fácil de enseñar que de vivir. No se ponen tristes cuando a menudo fracasan en ser buenos embajadores del Rey. Dejan de reconocer los mecanismos de la antigua naturaleza en sus corazones – impaciencia, ira, amargura, lujuria, envidia, ambición, justicia propia, etc. – y no anhelan que las manos del Redentor, misericordiosas y que forman el carácter, estén con ellos. Descuidan los consistentes hábitos de la adoración personal, no porque sean indisciplinados o flojos; lo hacen porque tienen que prepararse para alguna responsabilidad próxima en el ministerio. No están motivados a pasar tiempo en la adoración personal y en la meditación porque el triunfo ha aplastado el temor piadoso y la gratitud humilde que hacen que esto suceda.

LA PELIGROSA DICOTOMÍA

Todo esto deja que nos embauquemos en una dicotomía peligrosa y falaz. Es la creencia, ya sea consciente o no, de que mi vida privada y mi vida en el ministerio no están conectadas de una forma íntima y que guardan una relación de causa y efecto. Es comenzar a creer que un hombre que no tiene una vida personal de adoración puede guiar a la gente a adorar a Dios. Es creer que una persona a la que le falta la gratitud vertical puede guiar a otros a ser agradecidos. Es creer que una persona orgullosa está calificada para guiar a una congregación para que sea humilde. Es pensar que puedes dar en el ministerio eso que tú no tienes.

Pero el Nuevo Testamento no da lugar para que un pastor comience a creer que es dos personas por separado: el hombre a solas en el hogar y el hombre público en el púlpito. Pablo hubiera considerado esto una herejía muy peligrosa del ministerio pastoral. Así que cuando Pablo expone los requisitos para los ancianos, uno de los lugares a los que él dice que debes ir y ver es la casa del pastor. Si un anciano no puede manejar bien su casa, ¿cómo puede guiar al cuerpo local de creyentes que está bajo su cuidado?

Tú eres una persona. Los límites de la vida y del ministerio no están separados ni definidos. No te vuelves una persona diferente cuando entras a alguna clase de cargo en el ministerio. Tú y yo, cada uno, poseemos solo un corazón así que el estado de nuestro corazón es un gran problema en nuestro ministerio. Sé que esto parece descaradamente obvio pero me temo que no es tan prácticamente obvio en nuestras iglesias.

Escucha el consejo de Pablo al joven pastor Timoteo: “Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren” (1 Timoteo 4:16). Hay dos suposiciones cruciales detrás del consejo de Pablo a Timoteo. La primera es que Timoteo no había tenido éxito. Pablo le está recordando a Timoteo que como pastor él debe recordar que él está en medio de su propia santificación. Él debe recordar que su corazón todavía es capaz de vagar. Él debe recordar que necesita todo lo que les ofrece a los demás. Necesita la amonestación, el aliento, la reprensión, el consejo, etc. Timoteo, el ministro del evangelio, necesita también de manera personal el evangelio. Así que el consejo de Pablo es que Timoteo tengo cuidado de sí mismo. Incrustado en esta amonestación a Timoteo está un llamado a alimentar su propio corazón. No se puede permitir pensar que todo lo que necesita hacer para ser útil en el ministerio es prepararse bien y no puede permitir que las exigencias de la preparación aplasten la alimentación personal. Sí, él se debe preparar y se debe preparar bien. Debe tener un discernimiento cuidadoso de su enseñanza pero eso por sí solo simplemente no es suficiente.

Por consiguiente, la primera suposición de Pablo es que, a causa del pecado

remanente, Timoteo todavía está en peligro y debe mantener un discernimiento humilde de su propio corazón. Pero Pablo continúa con esto con una segunda suposición que es importante no perder de vista. Ésta es que Timoteo guarde y alimente su corazón, no solo para su propia protección y crecimiento, sino también para la salvación de los que lo escuchan. Pablo está asumiendo que la condición del corazón de Timoteo, de una manera u otra, va a darle forma a la orientación y la propagación de su ministerio.

La alimentación privada de tu propio corazón como pastor no solo es una humilde confesión de tu necesidad y de tu amor por tu Salvador; también es una declaración de tu amor por las personas que Dios ha puesto a tu cuidado. Es en este sentido que la preparación y la devoción personal se intersectan. No, no estás leyendo ese pasaje en la mañana para desarrollar el contenido para un momento de enseñanza; lo estás leyendo para alimentar tu propio corazón. Pero al hacerlo así, estás preparando tu corazón para enfrentar todas las responsabilidades, oportunidades y tentaciones del ministerio de la iglesia local. Lo que estás haciendo mañana tras mañana eleva el potencial de que, en los momentos cruciales del ministerio pastoral, tú vas a ser parte de lo que Dios está haciendo en vez de ser un estorbo en el camino.

Verás, hay momentos muy importantes en el ministerio de la iglesia local en los que la iglesia es bendecida y protegida, no porque la persona que está guiando sepa todas las cosas correctas, sino porque esa persona tiene el corazón correcto para ese momento. Por esta razón es capaz de lidiar con sabiduría con la acusación o con paciencia con los que quieren el control o con humildad con los que lo idolatran más de lo que deberían. No solo está preparado para caminar sino también para atravesar las minas terrestres de la tentación que están a los pies de cualquiera que ministra a gente caída en este mundo imperfecto. Si tú todos los días trabajas para guardar tu corazón, al mismo tiempo estás haciendo un compromiso diario de pastorear y proteger a tu gente. Los dos sencillamente no se pueden separar. Y cuando el tener éxito debilita tu necesidad de guardar tu propio corazón, también pones en peligro a las personas a quienes Dios te ha llamado a pastorear.

ADORACIÓN PRIVADA: TU MUERTE, TU VIDA

Esto realmente es cierto: la salud y el éxito de tu ministerio realmente son un asunto de muerte y vida. Si alguna vez va a ser un embajador en las manos de un Dios de gracia gloriosa y poderosa, debes morir. Debes morir a tus planes para tu propia vida. Debes morir a tus sueños de éxito que están enfocados en ti. Debes morir a tus demandas de comodidad y tranquilidad. Debes morir a tu definición propia de la buena vida. Debes morir a tus demandas de placer, aprobación,

eminencia y respeto. Debes morir a tu deseo de tener el control. Debes morir a tu perspectiva de la justicia independiente. Debes morir a tus planes para los demás. Debes morir a tu deseo ardiente de un cierto estilo de vida o de ese lugar en particular. Debes morir a tu propio reinado. Debes morir a la búsqueda de tu propia gloria con el fin de hacerte cargo de la gloria de Otro. Debes morir a tu control sobre tu propio tiempo. Debes morir a que tú mantengas tu reputación. Debes morir a tener la respuesta final y salirte con la tuya. Debes morir a tu resuelta confianza en ti. Debes morir.

¿Qué tiene esto que ver con tu vida de adoración privada y personal? Bueno, tiene que ver esto. Tu vida devocional privada tiene el poder de matarte como nada más lo hace. Por “matarte” quiero decir que tiene el poder de matar el “yo-ismo” que está dentro de ti (y de mí) que una y otra y otra vez hace que estorbes, en vez de ser parte de, sea lo que sea que Dios esté haciendo en ese momento. La adoración personal privada es una herramienta efectiva de la gracia en las manos de Dios para matar esas cosas en ti que deben morir con el fin de que tú seas lo que has sido llamado a ser y hagas lo que has sido designado para hacer en tu lugar de ministerio. Déjame explicar.

En primer lugar, tu adoración personal sólida va a resultar en que tengas una *visión precisa de Dios*. Uno de los grandes peligros para todos nosotros es éste: tenemos la perversa habilidad de mirar a todos lados y no ver la sorprendente gloria de Dios. Aunque, como lo dice Isaías, “toda la tierra está llena de Su gloria” (Isaías 6:3), podemos ser increíblemente ciegos al escaparate que está en todos lados a nuestro alrededor. Nuestra visión se nubla con todas las otras cosas que están a nuestra vista. Vemos a todas esas personas que están atribuladas y que tienen una necesidad desesperada del cuidado pastoral. Vemos el presupuesto de la iglesia que parece que no está funcionando. Vemos a los líderes que tienen que actuar con mayor humildad y unidad. Vemos una destreza que está más allá de su utilidad. Vemos un ministerio de niños que está languideciendo, desprovisto de un liderazgo efectivo. Vemos lugares de división teológica y controversia. Vemos al líder de la adoración que es más intérprete que pastor. Vemos series de sermones que se tienen que preparar, misioneros que tienen que ser apoyados y líderes que tienen que ser entrenados. Los ojos de nuestros corazones están llenos con muchas cosas importantes pero muchas veces no vemos lo más importante.

El estudio de la Biblia, la meditación y la oración, todos los días, tienen el poder y el potencial de hacer la gloria de Dios grande a nuestros ojos una vez más. Y si todos los días somos confrontados con Su grandeza, eso no solo nos va dar valor y esperanza sino también va a obrar para recordarnos que ni somos grandiosos ni gloriosos. La adoración personal tiene el poder para ponernos cada vez más en nuestro lugar. Ya que pone a Dios en el centro del universo, tiene el

poder de matar cualquier esperanza que tengamos de estar en el centro. Ya que la adoración nos apunta al maravilloso reino de Dios, tiene el poder de liberarnos de la esclavitud de establecer el nuestro. Debido a que la adoración privada nos expone una y otra vez a la gracia de Dios, gracia que altera la vida, nos libera de tener nuestra esperanza en que podemos cambiar a la gente. La adoración personal es una de las cosas que Dios usa para liberarnos de cualquier confianza remanente que tengamos de que podemos hacer solo lo que el Mesías es capaz de hacer. Pero hace más.

Una vida devocional privada siempre te da una *visión precisa del mundo*. Mientras día tras día las páginas de la Escritura te exponen al conflicto y a la lucha, al espejismo y al chisme de este mundo caído, cada vez más eres liberado de tener la esperanza de que tu mundo caído, la gente imperfecta y la iglesia van a ser el paraíso ministerial que nunca van a ser. Comienzas a morir a las expectativas no realistas y a las quimeras pastorales. Cada vez más eres liberado de envidiar el ministerio de los demás y preguntarte porqué las cosas son difíciles en tu lugar. Comienzas a entender que el ministerio es una guerra y que no te puedes acercar a él con una mentalidad de tiempos de paz. Comienzas a entender que esto no está hecho para ser un destino sino que todas las luchas de la vida y del ministerio en este mismo momento están destinadas a prepararte a ti y a tu gente para un destino final. La adoración personal a solas tiene el poder de liberarte de los enfoques ingenuos y románticos de la iglesia local que, desgraciadamente, muchas veces son con lo que la gente se emociona en el ministerio. La honestidad extrema y descriptiva de la Biblia, como la ve el mundo en el que tú y yo vivimos y ministramos, tiene el poder de matar tu sueño egoísta de que vas a ser capaz de servir a tu Rey crucificado sin tú mismo sufrir. Pero también hay todavía más.

La adoración personal privada tiene el poder de matar nuestra frecuente *visión imprecisa de nosotros mismos*. Cuando todos los días nos vemos en un espejo, terminamos con una visión real y exacta de nosotros mismos. Nos gustaría pensar que nos conocemos bien. Nos gustaría pensar que tenemos una evaluación válida de nuestras fortalezas y debilidades. Nos gustaría pensar que hemos interpretado correctamente nuestro viaje. Nos gustaría pensar que hemos sido liberados de señalar con el dedo cuando debimos haber asumido la culpa. Nos gustaría pensar que rápidamente reconocemos y admitimos nuestras equivocaciones pero estas cosas no siempre son verdad en nosotros. Muchas veces tenemos una visión muy distorsionada de nosotros mismos. Muchas veces pensamos que somos mejores de lo que realmente somos. Así que con desesperación necesitamos un espejo que nos exponga con completa exactitud.

Esto es importante porque la autonomía, la autosuficiencia y la justicia propia aplastan el ministerio pastoral que es sensible, humilde, misericordioso,

paciente y amoroso.

Como pastor necesitas la esperanza y el valor que solo *una visión precisa de la gracia de Dios* te puede dar. Tienes que recordar que no tienes que intentar hacer en tu ministerio lo que solo esa gracia tiene el poder de hacer. Ahora, me temo que muchos pastores pierden de vista esa gracia. Me temo que caen en el problema del ejército de Israel que comparó su potencial con su propio tamaño y el tamaño del problema. ¡No es de extrañar que tuvieran miedo de enfrentar a Goliat en el campo de batalla! Se les olvidó que no estaban solos. Se les olvidó que como hijos de Dios, su potencial era enormemente mayor que su sabiduría, su fuerza o su experiencia porque Dios Todopoderoso se había comprometido, conforme al pacto, a desatar Su poder en su defensa.

De la misma manera, los pastores están tentados a medir mal su potencial porque, aunque ellos a lo mejor no se den cuenta de esto, tienen una gran laguna en medio de su comprensión del evangelio. Descuidan predicarse a sí mismos el evangelio de la gracia de Jesucristo para ese preciso momento. Así que tienen miedo de enfrentar lo que ellos piensan que está más allá de su capacidad o se asignan habilidades que no tienen. Página tras página, el mensaje de la gracia que la Biblia te da tiene el poder de matar tanto el miedo que paraliza como el potencial orgullo inflado y cada pastor tiene que confesar todos los días su necesidad de esa gracia o es un peligro para él mismo y se vuelve un peligro para los demás. Ese mensaje de la gracia te humilla y al mismo tiempo te da esperanza— dos cualidades del carácter que son indispensables para cualquier líder que esté en la iglesia de Jesucristo.

Lo que te mata también te da vida. A medida que la adoración personal se vuelve una herramienta misericordiosa para tu muerte, haciendo que cada vez mueras más a tu autosuficiencia, a tu justicia propia, a tu auto soberanía y a centrarte en ti mismo y comiences a vivir, realmente vivir. La vida verdadera está del otro lado de tu muerte. A lo mejor la justicia verdadera solo comienza cuando llegas al fin de ti mismo. Recuerda las palabras de Cristo: *“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará”* (Mateo 16:24-25).

Porque la adoración privada diaria pone la gloria de Dios enfrente de mí una y otra vez, porque me obliga a enfrentar la triste condición de mi mundo, porque me confronta con mi debilidad y mi pecado y porque me cubre con la sorprendente gracia de Dios, cada vez más me *pone en alerta y me alista* para las cosas que Dios me ha llamado a hacer y para las luchas que voy a enfrentar mientras las hago.

La adoración privada es uno de los medios que Dios usa para rescatarte no solo a ti sino también a todos los que Él ha puesto a tu cuidado. Es algo triste y peligroso, no solo para ti sino para la iglesia bajo tu cuidado, cuando las evaluaciones sobre el triunfo te han separado del temor santo y la gratitud humilde que alimentan la adoración personal consistente.

SEÑALES DE QUE HAS OLVIDADO TU DOBLE IDENTIDAD

Así que, aquí está la conclusión para cualquiera que esté en el ministerio: siempre debes ser cuidadoso de llevar contigo una doble identidad, no importa dónde estés o que estés haciendo. No importa qué tan influyente llegues a ser, no importa qué tan bien te conozcan y no importa qué tan experimentado seas, debes pelear por conservar ambas identidades. Debes pensar de ti mismo no solo como un *instrumento* de la obra sino también como un *receptor*. Tu trabajo como un instrumento no cancela tu identidad como un receptor y tu identidad como un receptor no debilita tu trabajo como un instrumento. Tú y yo nunca nos debemos acercar a la gracia solo como instrumentos de esa gracia en las vidas de los demás; también debemos recordar que no hay gracia que les ofrezcamos a los demás que nosotros no necesitemos al mismo tiempo.

Cuando se te olvida que todavía necesitas recibir lo que has sido llamado a darles a los demás, dejas de ser una persona que busque la gracia que es tu protección, tu sabiduría, tu esperanza y tu fuerza. Olvidar que todavía eres un receptor necesitado, y pensar de ti mismo solo como un instrumento, va a aplastar tu mundo del estudio personal de la Palabra y la adoración de tu Señor. Va a significar que vas a dejar de ver la Palabra para ti y, porque lo haces, cada vez que tomes tu Biblia va a ser con el fin de prepararte para enseñar a otros y no con el propósito de alimentar tu propio corazón. En realidad, siempre vas a estar preparándote pero no vas a estar consumiendo personalmente las nutrientes verdades que estás preparando para darles a otros.

Me vienen a la mente las evocativas palabras de Pedro: “Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación” (1 Pedro 2:2). Recuerdo el hambre voraz de nuestro primer hijo. Ansiaba la leche que solo su madre le podía dar ¡y él no iba a cambiar de opinión! Pero también recuerdo que después que había saciado su hambre física, lloraba cuando su madre lo quitaba de su pecho y lo acostaba. Esas lágrimas representaban otra hambre. También estaba hambriento de la conexión íntima, de la comunión y de la seguridad de los brazos de su madre. Esto hace que yo mismo me cuestione. ¿He perdido el hambre como de un niño por el alimento de la Palabra de Dios? ¿He perdido mi hambre del consuelo y de la seguridad de la íntima comunión con mi Señor? ¿Todo se ha vuelto un poco como un

compromiso disciplinado al servicio de una institución religiosa? ¿Todo se ha reducido a las ideas teológicas y a las estrategias ministeriales? ¿Ha dejado de ser una relación personal con un llamamiento personal y se ha vuelto poco más que un trabajo o una carrera? ¿El sincero deseo de llevar el evangelio de la gracia a los demás se ha transformado de forma gradual en la amnesia de la identidad que es peligrosa y que insensibiliza el alma?

¿Estás tan ocupado alimentando a los demás que estás descuidando la necesidad de alimentarte a ti?

Aquí están algunas señales que puedes buscar en tu vida y en tu ministerio que indican que tu trabajo como un *instrumento* de la gracia te ha hecho olvidar o negar tu identidad como un *receptor* de esa misma gracia.

1) LA BIBLIA HA DEJADO DE SER UN ESPEJO.

La primera señal es un cambio en tu relación con la Palabra de Dios. *La Biblia ha dejado de ser un espejo para ti y la usas como como un instrumento para tu ministerio a los demás.* Es peligroso estar en este lugar; pone a tu corazón en riesgo pero éste es el lugar donde muchos, muchos pastores trabajan y viven. Es posible que también cambie tu vida de adoración.

2) LA ADORACIÓN SE TRANSFORMA DE FORMA GRADUAL DE UNA BÚSQUEDA PRIVADA A UN DEBER PÚBLICO.

La adoración se transforma de forma gradual de una búsqueda humilde y agradecida a algo que tú diriges como un deber público. Sí, es tu deber guiar a los demás en la adoración, así como es tu deber enseñarles de la Palabra de Dios pero, ¿cómo puedes guiar a las personas de una manera persuasiva y cautivadora para que hagan lo que es desconocido para tu experiencia diaria?

3) EL CRISTIANISMO SE CONVIERTE EN UN SISTEMA MÁS QUE EN UNA RELACIÓN.

Tu cristianismo llega a *tratarse más acerca de un sistema de redención que de una relación y una comunión con el Redentor.* A lo mejor hay más cristianismo sin Cristo allá afuera de lo que pensamos y tal vez su existencia es, en primer lugar, un asunto del corazón antes que una debilidad en nuestra teología práctica.

4) TU DESEO POR DOMINAR EL CONTENIDO NO ENCAJA CON UN

DESEO ARDIENTE.

Otra señal de la pérdida de tu identidad receptora es que *tu deseo por dominar el contenido de la Palabra no encaja con un deseo ardiente de que tu corazón sea dominado por el Dios de la Palabra*. Uno de los peligros de tener éxito es una idolatría sutil de la Biblia, donde la confianza en el Dios de la Palabra se reemplaza cada vez más por tu confianza en tu conocimiento y en tu habilidad para manejar la Palabra. Estás más motivado a estar teológicamente informado que a que tu corazón y tu vida sean radicalmente transformados por la Palabra de Dios. ¿Podría ser que tuvieras un corazón para la Palabra (una búsqueda de la pericia teológica y el conocimiento bíblico) pero no un corazón para el Dios de la Palabra?

5) TIENES MÁS INTERÉS POR EL PECADO DE LOS DEMÁS QUE POR TU PROPIO PECADO.

Olvidar tu identidad receptora también va a repercutir en que tengas un *interés por los demás que ahogue el dolor por ti*. ¿Quién de nosotros no nos hemos sentado frente a un dotado predicador y hemos estado escuchando por alguien más? Mientras escuchas no estás hambriento y agradecido en lo personal. No, estás muy agradecido de que fulano de tal esté en ahí sentado porque él realmente necesita escuchar lo que el predicador está diciendo. Esta dinámica es una tentación real y existente para cualquiera que esté en el ministerio. Estás en un gran peligro si el dolor que sufres por la condición de los demás es mayor que el dolor que sientes por tu propio pecado.

6) EL ORGULLO DE SABER REEMPLAZA LA HUMILDAD DE SER CONOCIDO.

Una señal final de que has olvidado tu identidad bipartita: *el orgullo de saber reemplaza la humildad de ser conocido*. Tu vida y tu ministerio comienzan a estar conformados más por tu orgullo en lo que sabes que por la humildad de ser completamente conocido y a pesar de eso, ser plenamente amado por el Salvador. Así que ministras como alguien que ha tenido éxito en lugar de como alguien que todavía celebra la liberación de la gracia que, junto con los demás, sigues necesitando.

¿Hay señales en tu vida y en tu ministerio? ¿Hay evidencia de que tu llamado a manifestar la gracia te ha hecho olvidar tu propia necesidad de la gracia?

Una de las más dulces bendiciones de la cruz de Jesucristo es que el velo de

separación se ha roto en dos. Los lugares santos ya no están solo abiertos para el sumo sacerdote una vez al año. No, ahora cada uno de los hijos de Dios ha sido acogido para venir con confianza a la presencia de Dios y no solo una vez al año. Cuando el autor de Hebreos escribe de esta bienvenida, él entonces se voltea y dice, “Acerquémonos, pues, confiadamente...” (4:16). Nosotros, con todo nuestro pecado, debilidad y fracasos somos bienvenidos a hacer lo que debe hacer estallar nuestras mentes. Dios no solo nos tolera a la distancia; no, somos acogidos a la comunión íntima y personal con el Rey de reyes, el Señor de señores, el Creador, el Soberano, el Salvador. A nosotros, tan perversos como somos, se nos dice que vayamos con confianza a Su santa presencia. La sangre de Jesús ha hecho posible lo imposible. Para el escritor de Hebreos solo hay una respuesta correcta para el acceso que ahora tenemos con Dios por medio de Jesucristo. Aquí está: “Acerquémonos”. Tal vez, al olvidar quienes somos y lo que se nos ha dado, hemos dejado en esencia de acercarnos. Tan convencidos de que estamos bien y tan ocupados preparando, muchos de nosotros hemos dejado de comunicarnos con el Único que es nuestra vida, nuestra paz, nuestra reconciliación, nuestra sabiduría, nuestra esperanza, nuestro perdón y nuestra fuerza. Y porque lo hemos hecho, la ternura, la humildad, la paciencia y la pasión, que la adoración necesitada y agradecida produce en nuestros corazones, están ausentes en nuestros ministerios.

Tú simplemente no puedes ser un buen embajador de la gracia del Rey sin reconocer la necesidad que tienes del Rey en tu propia vida. El ministerio público está destinado a ser alimentado e impulsado por la devoción privada. Cuando ésta está ausente, tú y tu ministerio cambian en ciertas formas que son potencialmente dañinas para ti y para las personas a las que has sido llamado a servir.

Pastor, ¿el tener éxito y las ocupaciones del ministerio han aplastado tu vida de adoración privada, absorba y de comunión con Cristo? O, en las palabras de Hebreos, ¿todavía te estás acercando?

CAPÍTULO CATORCE

LA SEPARACIÓN

Fue un momento gracioso, incómodo pero útil. Mi asistente Esteban y yo estábamos sentados con un grupo de pastores que había pedido comer el lunch con nosotros. Uno de los pastores le había preguntado a Esteban qué lo había motivado para dejarle su negocio de seguros a su yerno y hacer de Ministerios Paul Tripp su trabajo de todos los días y de tiempo completo. De forma espontánea Esteban dijo, “Bueno, no hago lo que hago por el ministerio porque idolatre a Pablo, porque Pablo puede llegar a ser un poco patán. Lo hago porque creo en la pasión de Pablo de conectar el poder transformador de Jesucristo a la vida cotidiana”. Mientras escuchaba, mi primera respuesta a la defensiva y tácita fue, “Sí, Esteban, a veces soy un patán, pero si esto lo vas a anunciar a los pastores, me gustaría ser yo quien hiciera el anuncio”. Fue una escena interesante. Algunos de los pastores se rieron; otros tenían una mirada incómoda en sus caras mientras yo me sopesaba si debía responder en ese momento.

El hecho es que Esteban tenía toda la razón. Él me ha visto en mis momentos más vergonzosos, en los que me he exasperado con facilidad, en los que he pensado ‘oh pobre de mí’, en los que es difícil llevarse bien. No puedes vivir y trabajar junto a alguien sin ver la evidencia empírica de los mecanismos de su depravación, esas cosas que están en el corazón y que todavía necesitan la mano transformadora del Redentor. Desde hace mucho tiempo Esteban ha renunciado al espejismo de que soy un ejemplo heroico de las cosas que enseño. Si él estuviera haciendo lo que está haciendo en el ministerio para mí, a estas alturas ya le hubiera dado una amplia razón para claudicar. Todavía soy un hombre arruinado que necesita más atención de las manos restauradoras de la gracia.

Así que conforme nos acercamos al final de este libro, quiero ser crudamente honesto y pedirte que también hagas lo mismo. Pastores, todavía somos un poco un desastre. A veces todos somos muy malos ejemplos de las verdades que enseñamos. Todos tenemos la oscura habilidad de exponer un pasaje de la gracia de Dios, sin embargo ser un esposo o un padre a quien le falta gracia en el coche de camino a casa. Puedes guiar una discusión en el ministerio de hombres sobre el tema de la pureza sexual bíblica y la lujuriar con las mujeres en la tienda de comestibles que está en el camino a tu casa. Puedes enseñar sobre la naturaleza del amor abnegado y ser egocéntrico y no estar dispuesto a servir en el hogar. Tú y yo podemos definir la humildad bíblica pero ser orgullosos de lo que sabemos y de lo que hemos logrado. Tú y yo tenemos la habilidad para hablar de lo que significa invertir nuestros dones y fortalezas en la

obra del reino de Dios y después irnos a casa y desperdiciar horas incontables en frente de una pantalla plana. Hablamos de la belleza del perdón pero albergamos amargura en contra de familias o líderes que se nos han puesto en contra. Somos capaces de hablar sobre la propiedad que Dios tiene sobre cada área de nuestras vidas y después masturbarnos en el baño antes de ir a la cama. Hablamos del descanso que tenemos en saber que Dios tiene el control y después, con ansiedad, trabajamos políticamente tras bambalinas para asegurar que nos salgamos con la nuestra. Hablamos de darle a Dios la gloria que se merece y después maquillamos los números para hacer que nuestros ministerios parezcan más exitosos a la ojos de los demás de lo que realmente son. Hablamos de confiar en la provisión de Dios pero después nos endeudamos gastando más de que Él ha provisto. Les enseñamos a las personas el descanso que se puede encontrar cuando obtienes tu identidad verticalmente, pero en el momento de la verdad en el ministerio diario, nos preocupamos demasiado por lo que la gente piensa de nosotros. Podemos enseñar bien a qué se parece estar contento pero rápidamente nos quejamos y rezongamos cuando el avance se hace pesado. Hablamos de un corazón para el ministerio, pero cuando llegamos a casa todo lo que queremos es que nos dejen solos. Somos capaces de ser farisaicos, orgullosos, censuradores, controladores, amargados, demandantes y de enojarnos con facilidad. A veces actuamos como si tuviéramos derecho a nuestras bendiciones. Muy seguido olvidamos cuánto necesitamos todo lo que necesitamos. Todos los días evidenciamos que somos personas que estamos a la mitad de nuestra propia santificación, que también necesitamos, momento tras momento, la redención de la gracia.

Hay una manera en la que todos nosotros hacemos una separación en nuestras vidas entre nuestra imagen ministerial pública más prístina y los detalles más descuidados de nuestras vidas privadas. Los aspectos de esta separación van a estar con nosotros hasta que el Señor regrese.

Esta separación no necesariamente te descalifica para el ministerio, pero para ti y tu ministerio se vuelve espiritualmente debilitante cuando llegas a estar cómodo con ella. Es peligroso cuando has aprendido el arte de hacer este trabajo de separación. Es un desastre pastoral cuando dominas la oscura habilidad espiritual de seccionar tu propio corazón como si fueras dos personas separadas y el lado oscuro ya no te obsesionara más. Recuerda, esta separación existe con mayor frecuencia en áreas mundanas de la vida de cada día. Así que es en este contexto donde me debo preguntar, ¿existen áreas en las que hay una clara falta de armonía o una falta de conexión entre tu imagen ministerial pública y tu vida privada? ¿Y te sientes cómodo con las faltas de conexión incluso, tal vez, desarrollando la habilidad para hacer que trabajen a gusto?

PREDICÁNDOLE A TI MISMO EL EVANGELIO

Es aquí donde nosotros los pastores tenemos que predicarnos el evangelio. Mucha de esta separación y falta de armonía la estimula el hecho de que en nuestras vidas cotidianas tenemos la tendencia a olvidar el mismo evangelio que les predicamos de una forma tan convincente a los demás en los escenarios públicos. Aquí está la lucha pastoral de todos los días: no solo estamos tratando con la realidad de nuestro propio corazón impostor, sino que también hay tantas otras cosas que pueden atraer nuestro corazón y, en el proceso, comenzar a moldear las cosas que hacemos y decimos en el ministerio.

Puedes sentir la presión de las expectativas para tu futuro en el ministerio, que te las pusieron encima porque te fue bien en el seminario. Puedes sentir el peso de la responsabilidad con una denominación que invirtió en ti y en tu ministerio. Puedes sentir la carga de la visión a largo plazo y de los ancianos experimentados que han tenido un impacto importante en la cultura y la dirección de la iglesia. A lo mejor llevas la carga de tus propias esperanzas y sueños para ti y la visión de lo que tu ministerio podría ser en los años futuros. Si tienes el corazón de pastor, sientes el peso de los deseos, de las expectativas y de las necesidades espirituales de las personas que Dios te ha llamado a servir. Sientes la responsabilidad de construir una correcta reputación del ministerio ante los ojos de una comunidad que te observa. Sientes el peso de la obligación de dirigir una diversidad de ministerios que no siempre funcionan al unísono. Llevas la carga de las necesidades de las finanzas y las instalaciones. Enfrentas a una pluralidad de voces que comentan sobre tu enseñanza pública, tu predicación y tu liderazgo en la adoración. Se te involucra para resolver problemas que no creaste pero que se deben resolver. Enfrentas la carga de la oposición y la crítica. Tienes que lidiar con líderes que quieren el control y que son más políticos que pastorales. Sientes el peso de todas estas cosas que te jalan en contra de la enorme responsabilidad que tienes como esposo y padre.

Todas éstas son preocupaciones legítimas, pero juntas pueden resultar en un corazón que rara vez reposa y en un ministerio al que le hace falta un enfoque, virando bruscamente de una seria preocupación a otra. Hay otra cosa: está bien llevar la responsabilidad de todas estas cosas pero no debes dejar que ninguna de ellas gobierne tu corazón. Todas estas preocupaciones pueden llegar a ser seductoras idolatrías pastorales y, cuando lo hacen, puedes pensar que estás sirviendo a Dios pero tu corazón está gobernado por algo a lo que has unido tu identidad pastoral y tu sentido interno de bienestar. En tu ministerio puedes fielmente llamar a las personas a que sometan sus vidas al señorío de Jesucristo y en ese mismo ministerio rendir tu corazón a todo un catálogo de idolatrías pastorales. Cuando esto sucede, haces el ministerio con la esperanza de obtener

de manera horizontal lo que ya se te ha dado de manera vertical. Puedes no estar consciente de las formas en las que les estás pidiendo a la aprobación, al éxito, a la reputación, etc., del ministerio que sean tu mesías personal. Esto nunca va a funcionar. Esto siempre conduce a tomar malas decisiones y nunca resulta en la seguridad interna que buscas. Piensa en la insensatez de esta sutil idolatría del ministerio.

Las personas en tu congregación no se volvieron participantes activas en tu ministerio para que de manera colectiva te hagan sentir mejor en relación a ti mismo y más seguro con los dones de tu ministerio. Dios no te llamó a tu puesto ministerial particular para que finalmente pudieras improvisar una identidad con la que pudieras vivir. La directiva de la iglesia no te llamó para que fueras su pastor porque ellos supieran que necesitabas un fórum donde pudieras encontrar un significado y un propósito. Las personas atribuladas en tu congregación no llegaron con sus problemas para que te pudieras sentir necesario, indispensable y apreciado. Las personas que fielmente dan, no dan para que puedas construir un ministerio exitoso y disfrutar en la seguridad de tus logros. Así que no vas a encontrar nunca en tu ministerio el reposo del corazón que todos los seres humanos buscan. Y cuando buscas ahí, solo termina en ansiedad, frustración, dolor, desilusión, ira y amargura y puede, al fin de cuentas, llevarte a cuestionar la bondad de Dios. Estoy convencido de que lo que muchas veces llamamos “agotamiento ministerial” (un término que yo creo que no es particularmente útil) con frecuencia es el resultado de que los pastores buscan en su ministerio lo que no se puede encontrar ahí y ya que no se puede encontrar ahí terminan cansados y desalentados.

Tú tienes las realidades de tu vida espiritual privada que colisionan con todas las responsabilidades y expectativas de tu ministerio público. Corres el peligro de sentirte cómodo con una falta de armonía entre tu imagen ministerial pública y tu vida espiritual privada que se intersectan con la guerra de la adoración que se está luchando en tu corazón mientras escuchas todas las voces de los ídolos que le dan la bienvenida a cada pastor de cada iglesia.

Me temo que en el calor de esta guerra, y en el cansancio de la batalla espiritual, muchos pastores se dan permiso de sentirse cómodos con la *duplicidad del ministerio* (una separación entre las verdades que enseñan y la forma en la que viven) y una sutil *idolatría del ministerio* (dejar que una búsqueda por _____ comience a gobernar su corazón en el ministerio). La única defensa en contra de esto es el evangelio de Jesucristo. Es solo cuando estamos viviendo por la vida que solo la gracia es capaz de dar, que dejamos de buscar la vida en algún otro lugar. Es solo cuando estamos abrazando el descanso del perdón de la gracia, que nos podemos ver con honestidad y dolernos sin sumirnos en la culpa y la vergüenza que nos debilitan.

Pastor, no existe ninguna congregación a la que tengas que predicarle más que a ti mismo. No existe un lugar más importante para hacer una exégesis y exponer la gracia que en tu propio corazón. No existe un lugar más importante para enseñar lo que quiere decir aplicar esa gracia a las situaciones concretas, a los lugares y a las relaciones, que tu propia vida. No existe un lugar más importante para tener miedo de la cosecha de la duplicidad que tu propio corazón. No existe un lugar en el que puedas estar más interesado por la idolatría funcional religiosamente aceptable que tu propia vida. El ministerio es una guerra por el evangelio que se libra en tu propio corazón. La gracia te habilita para ser un buen soldado. Tú y yo no podemos y no debemos condescender a sentirnos cómodos con cosas que Dios dice que están mal. Tú y yo no debemos aprender a hacer que funcionen cosas que simplemente no están funcionando. Tú y yo no debemos trabajar para convencernos que nuestros ídolos realmente no son ídolos. Tú y yo no nos podemos dar el lujo de vivir una vida ministerial a la que le falte consistencia e integridad. Tú y yo debemos entender que hemos sido llamados a luchar por el evangelio de Jesucristo y esa guerra comienza en nuestros corazones.

Permíteme sugerir algunas aplicaciones vitales del evangelio en la vida de todos los días y que cada pastor debe predicarse una y otra vez.

1) NO TENGO QUE ESTAR ANSIOSO DE QUE NUNCA VOY A ESTAR A LA ALTURA PORQUE JESÚS PERFECTAMENTE ESTUVO A LA ALTURA EN MI LUGAR.

Solo el evangelio me puede liberar del miedo de no ser hallado digno. El hecho es que soy indigno. Nunca podría hacer o decir nada que me hiciera digno de la aceptación y afecto de mi Padre. Nunca podría ser tan perfectamente obediente como para ganar Su aprobación. No estoy en el ministerio porque, por mi propio esfuerzo, me haya convertido en un brillante ejemplo de todo lo que el evangelio puede producir. He sido liberado de la esclavitud de convencerme a mí mismo y a los demás de que soy digno. No tengo que argumentar a solas a favor de mí valía o hacer cosas en público para probarlo. Jesús estuvo perfectamente a la altura; Él fue perfectamente digno en mi representación. El logró lo que era imposible que yo lograra para que se me diera una posición que yo nunca hubiera ganado o podría ganar. No tengo que vivir como si todavía estuviera a prueba, como si todavía estuviera siendo evaluado. He sido aceptado y he sido llamado al ministerio. No me he ganado ninguno de los dos. Ambos son regalos de la gracia. Llego al ministerio con nada que probar sino esto: el evangelio de Jesucristo es confiable y verdadero y tiene el poder tanto para liberarnos como para transformarnos a ti y a mí. Como en el ministerio, me enfrento tanto a la

realidad de mi propio pecado y debilidad como a la presión de las expectativas y las críticas de los demás. Me debo predicar el evangelio de esta gracia día tras día.

2) YA QUE LA GRACIA ME PERMITE OBTENER MI IDENTIDAD Y MI SEGURIDAD DE MANERA VERTICAL, ESTOY LIBERADO DE FUNDARLAS SOBRE LO QUE LA GENTE PIENSE DE MÍ.

Existe una manera en la que, como pastor, te debes de preocupar menos por lo que la gente piense de ti. Ahora bien, esto es lo que quiero decir: no acudas a ellos para que te den fortaleza de ánimo, esperanza, paz, reposo y una razón para continuar. Como resultado, eres liberado de estar demasiado atento a cómo te responden y de tenerles demasiado miedo a tus detractores. Como pastor estás en problemas si necesitas dosis regulares de aprecio y respeto con el objeto de seguir adelante. Sí, tú sabes que necesitas el ministerio del cuerpo de Cristo y quieres estar abierto a ese ministerio, pero eres librado de subirte a la montaña rusa de las opiniones de la gente y a la que la impulsa la ansiedad. Debido a que tienes una identidad segura como un hijo de Dios, no tienes que buscar la identidad en el éxito de tu ministerio o en el aprecio de las personas a tu alrededor. Esto te libera para que puedas escuchar la crítica sin que ésta te devaste y para que estés dispuesto a dejar que las opiniones de los demás te definan a ti y a la orientación de tu ministerio. Tu identidad segura en Cristo te permite enfrentar tus debilidades con humildad y honestidad. Puedes hacer esto porque tu posición con Dios no se basa en tu desempeño sino en la perfecta obediencia de Cristo. Tienes que predicarte estas verdades todos los días porque en el ministerio buscas obtener tu identidad de tu ministerio o buscas estar de pie firme y seguro en la identidad que se te ha dado en Cristo.

3) NO TENGO QUE ESTAR OBSESIONADO POR LO QUE PUEDA SALIR A LA LUZ CON RESPECTO A MI, PORQUE CUALQUIER COSA QUE ALGUNA VEZ PUDIERA SALIR A LA LUZ YA HA SIDO CUBIERTA POR LA SANGRE DE JESÚS.

Si estás obsesionado por el miedo de que te conozcan, vas a vivir tu vida escondiéndote. Te vas a convertir en un maestro para no responder las preguntas personales. Vas a llevar contigo un catálogo de respuestas bíblicas tópicas que comunicarán a los demás que tú eres más espiritual de lo que realmente eres. Estoy persuadido que muchos pastores tienen miedo a que los conozcan por lo que ellos realmente son y en dónde verdaderamente luchan. Muchos pastores me

han dicho que tienen miedo de que su pecado salga a la luz. Si hemos engendrado una cultura en la que los pastores tienen que negar el pecado y vivir en una simulación medrosa, hemos fundado una cultura pastoral que no puede funcionar porque es una contradicción del evangelio que esta cultura está llamada tanto a proclamar como a vivir.

Yo mismo me tengo que recordar que el evangelio me socorre para salir de mi escondite. Me socorre para que enfrente con esperanza mis áreas más oscuras. Me asegura que no hay nada que se tenga que conocer de mí que no se haya ya tratado en la persona y obra del Señor Jesús. Así que no tengo que erigir mi ministerio sobre la mentira de que soy algo que no soy. Puedo vivir con honestidad y humildad ante los demás, confiando mi ministerio presente y futuro en las manos de mi Salvador, sabiendo que no importa cómo me respondan las personas, Él nunca me va a dar la espalda ni a mí ni a los dones que me ha dado.

4) TENGO QUE RECORDAR QUE MIS DEBILIDADES NO ESTORBAN EL MINISTERIO FRUCTÍFERO PERO QUE SÍ LO ESTORBAN LAS FALSAS ILUSIONES QUE TENGO DE UNA FUERZA INDEPENDIENTE.

Podrías argumentar que si la debilidad humana fuera un descalificador automático del ministerio, ninguno de los discípulos hubiera sido llamado al ministerio. El hecho es que nunca hay un día, pastor, en que tú no demuestres, de una manera u otra, que eres débil. Nunca hay un día en que no reveles que también existen momentos de necedad en ti. De hecho, Dios va a usar las responsabilidades, las oportunidades, las cargas y las tentaciones del ministerio para revelarte a ti y a los que te aman qué débil realmente eres. Él te revela tu debilidad para que sigas buscando la ayuda de Su gracia y Él se los revela a los demás para que puedan ser instrumentos de Su gracia en tu vida. Pablo no renunció a su ministerio porque llegó a convencerse de que era el más grande de todos los pecadores. No, podrías argumentar que el que tú admitas tu debilidad protege a tu ministerio de que solo se trate de la reputación humana y la construcción del reino. Y es tu debilidad la que te protege de los peligros de la justicia propia y la autosuficiencia.

Son tus falsos espejismos de la fuerza y la madurez que percibes, que de hecho te hacen falta, los que tienen el potencial de descarrilarte y, al fin de cuentas, destruir tu ministerio. Esto se debe a que cuando crees que eres fuerte, crees que puedes vivir independiente de la gracia de Jesús y del ministerio de los demás, aunque puedas no saber que esto es lo que estás haciendo.

5) PUEDO DESCANSAR SEGURO DE QUE DIOS NO OBTUVO UNA DIRECCIÓN INCORRECTA CUANDO ÉI ME LLAMÓ AL MINISTERIO. MI NECESIDAD ESPIRITUAL NO COMPROMETE EL MENSAJE DEL EVANGELIO; MÁS BIEN, MI NECESIDAD LO PREDICA.

Ahora bien, permíteme decir que es obvio que tienes que estar en cierto nivel de madurez para calificar para el ministerio en la iglesia local. Lo que creo que tenemos que abordar es el criterio de que cualquier debilidad que se revele de un pastor compromete o potencialmente hace burla del mensaje que él proclama. Si tomas este punto de vista, crees que te tienes que presentar como el retrato perfecto de todo lo que el evangelio es capaz de producir o si no vas a traer vergüenza al nombre de Jesús. Esto no deja lugar para admitir y buscar la ayuda que invariablemente vas a necesitar como pastor, ya que todavía estás exactamente en medio de tu propia santificación.

Pero pastor, tú nunca vas a ser el retrato perfecto; el único que logró esa perfección fue Cristo. No, en vez de ser un retrato perfecto que les asegure a las personas que el evangelio es verdadero, tú y yo somos llamados a ser ventanas por medio de las cuales las personas vean y observen la gloria del Señor Jesucristo resucitado. Es nuestra debilidad la que demuestra tanto la indispensabilidad como el poder de la gracia del Señor Jesucristo. Solo Su gracia omnipresente y poderosa podría facultar a una persona, que todavía necesita ser transformada, para ser usada como un instrumento de Su gracia transformadora en las vidas de otros. Esto nos libera de fingir ser lo que no somos. Nos libera de presumir lo que nunca podríamos haber producido por nuestra cuenta y libera a las personas a las que servimos de ponernos en un pedestal mesiánico que debería estar reservado solo para Jesús. Nos debemos predicar un evangelio de una debilidad que sigue vigente y una gracia suficiente.

6) SOLO EXISTE UN MESÍAS Y ¡DEFINITIVAMENTE YO NO SOY ÉL!

Hay algo que el ministerio pastoral aclara sobre nosotros: no tenemos ni la sabiduría, ni el carácter y ni la fortaleza del Mesías. Está bien admitir que no somos perfectos en sabiduría y que a veces somos necios. Está bien admitir que no tenemos un carácter íntegro, que hay momentos en los que nos hace falta el carácter que se necesita. Está bien admitir que nos quedamos cortos cuando se trata de fortaleza; el ministerio va a sacar a la luz nuestras áreas débiles. Si el ministerio tiene el poder de hacer algo en nosotros, tiene el poder de destruir nuestra ingenua confianza en nosotros mismos y convencernos que no existe una sólida roca de esperanza sino la roca Jesucristo.

Verás, es solo la esperanza y la seguridad del evangelio lo que te puede rescatar tanto de la duplicidad como de la idolatría que tientan a todos los pastores. Es la valentía que da la gracia la que va a hacer que estés dispuesto a ver y tratar con las áreas de tu vida en las que tu mensaje y tu vida no están en armonía. Solo el evangelio te puede liberar de tus fútiles intentos de hacer esta obra de separación. Y es el irrevocable socorro del evangelio lo que te libera de buscar tu identidad y tu reposo en las cosas de tu ministerio que se vuelven tus objetos de adoración práctica, pero que no tienen ninguna habilidad en lo absoluto para darte lo que estás buscando. Es solo la seguridad del inmenso amor de Dios lo que te va a liberar de buscar el consuelo y la esperanza en los falsos mesías que se les presentan a todos los pastores.

Existe una forma en la que tu ministerio pastoral te va a entristecer o engañar. Ya que el ministerio va a sacar a la luz tu debilidad, esto tiene el poder de producir en ti una tristeza honesta, un abandono de tu propia justicia que te va a llevar a la cruz para encontrar el perdón, el aliento y el consuelo. En la amnesia del evangelio vas a trabajar para esconder y negar lo que se te está revelando y vas a usar el éxito de tu imagen ministerial pública para argumentar en contra de lo que se está revelando en tu vida privada. Vas a buscar y vas a pulir las falsas ilusiones de que eres un graduado de la gracia cuando realmente eres un caso de estudio que necesitas lo mismo del evangelio que les ofreces a otros. Solo puede haber dos caminos por los cuales tu corazón viaje en el ministerio: el camino del dolor personal o el camino de la grandiosidad personal. El primero conduce a una mayor esperanza en Cristo y a un mayor valor en el ministerio. El otro conduce al orgullo del triunfo, de las decisiones imprudentes y de tratar de encontrar de manera independiente una vida que solo es el resultado de vivir en una comunidad evangélica con los demás. El dolor va a hacer que abandones tus sueños de ministrar un reino por los fines de un mejor Rey. La grandiosidad va a hacer que confundas los propósitos de tu reino con el Rey al que has sido llamado a servir. El dolor va a hacer que encuentres gozo en ser un embajador del Rey de la gracia. La grandiosidad va a hacer que emprendas tu ministerio como un monarca que no necesita la gracia. Pastor, sé honesto en este preciso momento – ¿qué senda describe mejor tu ministerio?

CERRANDO LA BRECHA DE SEPARACIÓN

Así que si hay áreas en todas nuestras vidas como pastores donde exista una separación entre lo que les enseñamos a los demás y lo que vivimos y cómo lo vivimos, ¿qué podemos hacer para cerrar la brecha? Déjame sugerir cinco compromisos que debemos clavar en cada una de nuestras vidas ministeriales.

1) TE DEJA ENSEÑAR BAJO TU PROPIA ENSEÑANZA Y TU PREDICACIÓN.

Nuestro estudio para cualquier momento de enseñanza o de predicación debe incluir la aplicación personal. Nos debemos preguntar qué revela sobre nuestros propios corazones el pasaje en particular que hemos estado estudiando. ¿En dónde esta porción de la Palabra de Dios nos llama a la confesión y al arrepentimiento? ¿Qué revela del carácter de Dios y de Su plan que deben reavivar nuestra forma de vivir? ¿De qué manera debemos aplicar sus perspectivas, principios y mandatos a nuestras vidas cotidianas? Mientras preparamos tenemos que darles tiempo a nuestros corazones para que se duelan de nuestra condición y celebren el evangelio. Tenemos que darnos el tiempo para orar palabras de confesión y para comprometernos con medidas concretas de arrepentimiento. Todos tenemos que aprovechar la enorme bendición que es ser llamados por Dios para pasar mucho tiempo en Su palabra que nos libera y nos transforma.

2) CONFIESA EN PÚBLICO TU PROPIA LUCHA.

Ahora bien, no estoy sugiriendo que debas ventilar todo el lino manchado de tu corazón cada vez que enseñes o prediques. Pero sí pienso que no solo es valioso para ti, sino también importante para tus oyentes, escuchar que tú tampoco has tenido éxito, que la vida de fe todavía es una lucha para ti también. El mismo hecho de que estés dejando al descubierto tu corazón en público cierra la brecha entre tu imagen pública y tu vida privada. Te estás negando a construir la existencia de dos personas. Estás luchando en contra de sentirte cómodo con una falta de armonía entre lo que enseñas y cómo lo vives. Estás aplicando tu predicación y tu enseñanza ante los ojos y los oídos de tu congregación. Los estás invitando a orar por ti, a confrontarte y a alentarte y estás confesando en público que estás comprometido a vivir todo lo que enseñas. Estás trabajando públicamente para cerrar la brecha.

3) COLÓCATE BAJO EL CONSEJO SABIO Y BÍBLICO.

Pastor, es simple y sencillo: tú y yo tenemos que ser pastoreados. Uno de los escándalos de muchas iglesias es que nadie está pastoreando a su pastor. Nadie lo está ayudando a ver lo que él no está viendo. Nadie lo está ayudando a examinar sus pensamientos, deseos, palabras y conducta. Nadie lo está llamando de una manera regular a la confesión. Nadie le está delineando en dónde el arrepentimiento es correcto. Nadie lo está contactando, cuando está desalentado, para compartirle las verdades de la presencia, las promesas y la provisión del

Salvador. Nadie está confrontando su idolatría y su orgullo. Nadie lo está poniendo en alerta de las áreas de tentación y de peligro en su vida.

Ahora bien, tú y yo no tenemos la libertad para solo esperar y desear que esto suceda. Tenemos que tomar la iniciativa de buscar a alguien a quien respetemos y con quien podamos construir esta clase de relación de consejería y con quien nos podamos comprometer durante el transcurso de nuestros ministerios. Estoy postulando que no es suficiente hacer esto en los momentos del desaliento personal y de los problemas. Tú y yo tenemos que reconocer humildemente que necesitamos esta clase de relación ministerial bien informada como un componente regular en nuestros ministerios. En todos los lugares del ministerio en los que he estado he buscado a alguien que me pastoree. No puedo imaginarme viviendo mi vida o haciendo el ministerio sin la protección, la liberación, la visión y el crecimiento que esto me ha dado. Y voy a confesar que tengo que ser pastoreado hoy tanto como lo fui hace algunos años cuando comencé a darme cuenta que, como pastor, no había sido llamado para ir por mi cuenta o que avanzar por mi cuenta no era innato para mí.

4) SÉ ACCESIBLE CON TUS AMIGOS Y CON TU FAMILIA.

Hay otro compromiso que tenemos que hacer que tiene el poder de cerrar la brecha de separación que existe en las vidas de demasiadas personas que están en el ministerio: solicita el ministerio de tu familia. Invita a tu cónyuge a que te señale las áreas de flojera espiritual e inconsistencia. Invita a tu cónyuge a que con amor te enfrente cuando estés poniendo en marcha a tu abogado interno y no estés dispuesto a escuchar. Pregúntale a la persona que viva más cerca de ti en qué momento sacas con tu familia las frustraciones que has acumulado en tu ministerio. Pide ayuda para tomar mejores decisiones cuando se trate de ser fiel al llamamiento doble que tienes con la familia y el ministerio. Invita a tus hijos a que con respeto acudan a ti cuando los hayas tratado de cierta forma en la que nunca tratarías a alguien en tu iglesia. No, nuestros hijos no nos deben de instruir pero tú y yo debemos ser humildes y accesibles, estar listos para admitir que la manera en la que ejercemos la autoridad paterna no siempre es un hermoso cuadro de la autoridad de Dios. Por lo regular pídele a tu cónyuge o a tus hijos que oren por ti. En los tiempos de la adoración familiar, pide oración por las áreas en donde estás luchando. Comprométete a confesar tus equivocaciones a los miembros de tu familia y busca su perdón. La pregunta es ésta: ¿Estamos abiertos al hecho de que nadie tiene una mejor oportunidad para ver o entender quienes somos en realidad que las personas con las que vivimos? ¿Vemos esto como un beneficio y una bendición y, por lo tanto, aprovechamos estas relaciones de forma personal y espiritual? ¿O no nos estamos beneficiando del discernimiento de los que viven más cerca de nosotros?

5) CONSTRUYE UNA COMUNIDAD DE LÍDERES QUE SEA HUMILDE Y FRANCA.

El hecho es que a muchos pastores no los conocen sus líderes y muchos pastores realmente no conocen a sus líderes. El hecho es que en la mayoría de las comunidades de líderes simplemente no se invierte tiempo en forjar una comunidad de líderes bien informada que se ministre mutuamente. Estoy convencido de que tu meta debe ser que tu grupo de ancianos, de diáconos o cualquier otro grupo de liderazgo que tengas sea el grupito más rico y útil, espiritualmente hablando, de tu iglesia. Debe suceder que los otros grupitos que vean la comunidad espiritual que tú has forjado con tus líderes digan, “¡Si solo nuestro grupito pudiera ser como ése!” Cada vez que se reúnan, debe haber una correcta confesión y oración. Debes tener retiros con los líderes para construir esas relaciones en las que haya un intercambio personal, confesión y oración. Debes aprovechar las reuniones ministeriales para pedir oración por las áreas en las que estés luchando o necesites crecer. Recuerda, los ministerios que dirijas con tu liderazgo local nunca los van a conformar el conocimiento, la habilidad, la experiencia y la planeación estratégica de este grupo de líderes. Estos ministerios van a estar poderosamente influidos por la condición de cada uno de los corazones de los que guían. Tú y yo no debemos dejar que el negocio de la iglesia destruya cualquier esperanza de que los líderes de la iglesia actúen como una comunidad espiritual vibrante.

Sí, todavía hay áreas en todas nuestras vidas donde todavía somos malos ejemplos de lo que les planteamos a los demás. Hay áreas donde no estamos cumpliendo con el estándar de lo que enseñamos y predicamos. Esto va a ser verdad hasta que el Señor regrese o nos lleve a casa porque Dios ha escogido que nuestro crecimiento sea un proceso, no un evento. Pero aquí está la cuestión: ¿hemos aprendido a estar cómodos con la falta de conexión entre el ministerio y la vida? ¿Esta falta de armonía práctica ya no nos molesta? ¿Hemos aprendido cómo hacer que funcione nuestra esquizofrenia espiritual? ¿O todos los días nos dolemos por nuestra inconsistencia y nuestra pena nos ha hecho vivir y ministrar con mayor humildad y franqueza? ¿Hemos abierto nuestras vidas a la ayuda que Dios tan misericordiosamente provee para todos nosotros en Su iglesia? He aquí la conclusión: ¿vivimos como si realmente pensáramos de nosotros, que hemos sido llamados a pastorear a otros, como personas que necesitamos el pastoreo? ¿Lo hacemos?

CAPÍTULO Q UINCE

ENTONCES, ¿AHORA QUÉ?

Voy a confesar que éste ha sido un libro muy difícil de escribir pero muy útil. Dios lo ha usado para recalcar muchas cosas en mi corazón – palabras y comportamientos que requieren de atención. Lo ha usado para sacar a la luz actitudes y acciones que son inconsistentes con lo que yo apasionadamente les enseño a otros. En muchas ocasiones, durante su escritura, he tratado de compartir con Luella lo que Dios me está mostrando y me he puesto a llorar en el proceso. Muchas veces me he tenido que retirar de lo que estoy escribiendo y he tenido que pasar tiempo confesando en oración o en una gozosa celebración personal. He sido llevado a verme con mayor exactitud y he sido llevado a una gratitud más profunda por la gracia constante de mi Salvador. He sido humillado para otra vez ver porqué mi posición con mi Padre Celestial nunca se va a basar en mi desempeño sino en el de Cristo. Me he vuelto menos y menos miedoso de confesarles a los demás que soy un hombre que todavía tengo necesidad de la liberación del Salvador que me llega por medio del ministerio de Su pueblo.

Así que quiero dejarte con un pasaje que es un maravilloso resumen de todo lo que hemos considerado. Es el consejo que Pedro les da a los líderes de la iglesia y que se encuentra en 1 Pedro 5:6-11:

Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que Él os exalte cuando fuere tiempo; echando toda vuestra ansiedad sobre Él, porque Él tiene cuidado de vosotros. Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo. Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a Su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, Él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca. A Él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos.

Permíteme trazar cinco criterios de este pasaje que son una manera práctica de vivir el llamado de este libro.

1) CONOCE TU LUGAR.

Es una pena para mí, pero debo confesar que cuando miro al pasado a mis años de ministerio, no siempre he sabido cuál es mi lugar. Ha habido momentos, incluso temporadas, en los que he visto mi ministerio como *mi* ministerio. Ahora

me es claro que algunos de los periodos más importantes en los que hubo dificultades en el ministerio, Dios los envió para quitar mis manos del ministerio. Una carta enviada a otros pastores cuestionando mi ortodoxia, un voto que me sacó de la escuela cristiana que había fundado y un líder influyente de la iglesia local que degradó mi predicación fueron mucho más que las luchas que esperaba para el ministerio del evangelio en un mundo caído. No, el día de hoy sé que fueron los instrumentos que Dios empleó para rescatar mi ministerio y volver a conquistar mi corazón. Fueron el resultado, no de que Dios me diera la espalda, sino de que volteara hacia mí Su rostro de gracia. Quizá la iglesia gradualmente se había transformado en mi pequeño reino del ministerio. A lo mejor la escuela se había vuelto *mi* escuela. Tal vez llevaba al púlpito demasiado orgullo en mi predicación. Dios no estaba dispuesto a comprimir Su iglesia dentro de los pequeños confines de los propósitos de mi reino. Él no estaba dispuesto a abdicar a Su trono para que yo fuera el real soberano de mi propio ministerio. Él no me iba a permitir estar de pie en el púlpito y ser un ladrón de la gloria. Así que una y otra vez ha usado los momentos difíciles del ministerio para recuperar mi lealtad a Su reino y a Su gloria.

Ésta es la conclusión. Ésta es la gran guerra interna del ministerio. Eres llamado para ser un embajador público e influyente de un glorioso Rey pero debes resistir el deseo de ser un rey. Eres llamado a pregonar la gloria de Dios, pero nunca debes tomar esa gloria para ti mismo. Eres llamado a una posición de liderazgo, influencia y prominencia pero en esa posición eres llamado a “humilla[te]... bajo la poderosa mano de Dios” (versículo 6). A lo mejor no hay nada más importante en el ministerio que conocer muy bien tu lugar. Tal vez el temor del hombre, el orgullo del conocimiento, la seducción de la aprobación, la búsqueda del control, la depresión de cara a la adversidad, la envidia del ministerio de otros, la amargura contra los detractores y la ansiedad del fracaso, todo se trata de lo mismo. Cada una de estas luchas trata con la tentación para hacer que tu ministerio se trate de ti. Desde el primer momento oscuro en el jardín, ésta ha sido la lucha – hacer que todo se trate de nosotros.

Es tan fácil confundir tu reino con el del Señor. Es tan fácil decirte que estás luchando por el evangelio cuando por lo que realmente estás luchando es por tu lugar. Es tan fácil decirte que solo estás tratando de ser un buen líder cuando lo que realmente quieres es el control. Es tan fácil decirte que quieres construir un ministerio saludable cuando lo que realmente quieres es caerles bien a las personas. Es tan fácil decirte que estás tratando de ayudar a las personas a entender los detalles de su teología cuando lo que realmente estás logrando hacer es impresionarlos con cuánto sabes. Es tan fácil decirte que estás peleando por lo que está bien cuando lo que realmente está pasando es que te sientes amenazado por la creciente influencia de alguien. Es tan fácil decirte que solo quieres lo que

sea mejor cuando lo que realmente quieres es una vida ministerial cómoda y predicable. Es tan fácil decirte que quieres que Dios obtenga la gloria cuando realmente disfrutas la celebridad en el ministerio más de lo que estás dispuesto a admitir. Es difícil estar en una posición de prominencia e influencia en el ministerio y saber cuál es tu lugar. Es muy tentador, de un modo sutil, querer el lugar de Dios. Es vital darse cuenta que la tentación del jardín todavía vive en el púlpito, en el estudio, en la oficina de consejería y en el salón de juntas del ministerio.

He aquí la conclusión: en cualquier lugar que estés en el ministerio, no importa cuál sea tu posición, no importa cuántas personas te consulten, no importa la influencia que tu ministerio haya acumulado y no importa cuánto tiempo y cuánto éxito haya tenido tu ministerio, tu ministerio nunca se va a tratar de ti porque se trata de Él. Dios no va a abandonar Su reino por el tuyo. Él no te va a ofrecer Su trono. Él no te va a dar la gloria que le es debida. Su reino y Su gloria son la esperanza de tu ministerio y de la iglesia. Y cuando se me olvida cuál es mi lugar, y de alguna manera busco la posición de Dios, pongo en peligro a mi ministerio y a la iglesia que he sido llamado a servir.

Es aquí donde tengo que ser rescatado de mí. Puedo cambiar puestos y ubicaciones ministeriales pero no puedo escapar de los pensamientos y deseos de mi propio corazón. Así que otra vez esta mañana clamo por la liberación de mi Redentor. Pido a Dios en oración que luche en mi nombre, que Su gracia haga que lo ame más de lo que me amo a mí. Oro para que me dé una profunda satisfacción en Su gloria para que no tenga ningún interés en buscar la mía. Y mientras oro, sé que voy a necesitar orar esta oración otra vez mañana porque mañana, una vez más, voy a estar tentado a perder mi lugar y hacer que mi ministerio sea lo único que nunca debe ser – que todo se trate de mí.

En tu ministerio, en el sitio donde Dios te ha puesto, ¿hay evidencia de que hayas olvidado cuál es tu lugar o tu ministerio está formado y protegido por un compromiso diario de “humillar[te]... bajo la poderosa mano de Dios”? ¿La gente que sirve contigo pensaría que estás demasiado orientado hacia el poder y el control? ¿Las personas a las que sirves evaluarían que te preocupas demasiado por lo que la gente piense de ti? ¿Dirían que te preocupa demasiado la atención y la influencia? ¿Te describirían como un líder humilde y como un siervo? ¿Te verían como que estás demasiado tentado a atribuirte el crédito o dirían que con claridad demuestras que sabes que el ministerio al que Dios te ha llamado no se trata de ti? ¿Podrían concluir que realmente conoces cuál es tu lugar?

2) REPOSA EN EL CUIDADO DE DIOS.

Reposar en el cuidado de Dios es el resultado de una creencia práctica que

moldea el ministerio de que a Él realmente le importa. Hay momentos en el ministerio en los que vas a estar tentado a preguntarte si Dios está cerca y si le importa. Va a haber momentos en los que va a parecer como si tus oraciones no han sido contestadas. Va a haber momentos de prueba cuando va a parecer como si Dios estuviera ausente. Va a haber momentos en los que te vas a sentir incomprendido y solo. Va a haber momentos en los que va a ser casi imposible descifrar qué rayos está haciendo Dios. Va a haber momentos cuando vas a estar tentado a preguntarte si el ministerio vale la pena, cuando vender iPads no te parece una idea tan mala. Va a haber momentos en los que la presión de los dos factores del ministerio y la familia van a parecer demasiado difíciles de soportar. Va a haber momentos en los que vas a sentir como si Dios no te hubiera dado ni la sabiduría ni la fuerza para hacer lo que Él te ha llamado a hacer. Va a haber momentos en los que la oposición sea mucha y el progreso escaso. Va a haber momentos en los que la tentación para dudar del cuidado omnipresente de Dios va a ser grande.

Ya he escrito esto antes, pero es importante decirlo otra vez. Incluso nosotros, los que estamos en el ministerio, llegamos al punto donde somos tentados a meter a Dios en la corte de nuestro juicio y cuestionar Su bondad, Su fidelidad y Su amor. Hay momentos en los que solo quieres gritar, “¿Dónde estás?” o “¿Qué rayos estás haciendo?” Hay veces en las que estamos tentados a pensar que seríamos una mejor cabeza de la iglesia que Aquél que es la Cabeza o un mejor soberano que el Soberano o un mejor salvador que el Salvador. Es duro admitirlo, pero puede haber veces en las que te preguntes si Dios está tomando en serio Sus responsabilidades.

El hecho es que nunca vamos a descifrar a Dios. Él nunca va a hacer todas las cosas que estamos esperando. Nunca se va a quedar en la página de nuestra agenda. Nunca va a ser cómodamente predecible. Si reposamos en el cuidado de Dios solo cuando entendemos exactamente lo que Él está haciendo, van a haber muchos momentos y lugares en los que no vamos a descansar en Su cuidado. El peligro en todo esto es éste: simplemente no corremos para pedirle ayuda a alguien de quien hemos llegado a desconfiar. Es en los momentos de dificultad, en los que lo que Dios está haciendo no tiene ningún sentido, que lo más importante de todo es predicarnos el evangelio de Su cuidado inmovible, constante, omnipresente. Él *está* cuidando de ti y de mí de forma activa, incluso en esos momentos en los que no entendemos Su cuidado y no podemos descifrar qué es lo que Él está haciendo.

No me voy a decir que estoy solo. No me voy a permitir pensar que soy pobre. No voy a dar cabida al pánico o a la parálisis en el ministerio. No voy a buscar ayuda donde la ayuda no se puede encontrar. Dios está conmigo y Él tiene cuidado y eso garantiza que sí tengo y voy a tener todo lo que necesito para

ser lo que soy llamado a ser y para hacer lo que he sido escogido para hacer en el lugar particular del ministerio al que Él me ha comisionado.

¿Tu descanso en el cuidado de Dios apacigua tu ansiedad ministerial? ¿Evita que te sientas solo y abrumado? ¿Te consuela en tiempos de dificultad? ¿Tu descanso les da descanso y consuelo a los demás? ¿Tu reposo en el cuidado de Dios evita que sientas la necesidad de escapar en alguna forma (comida, sustancias químicas, alcohol, sexo, televisión, internet, actividades, gente, etc.)? ¿Tu reposo en el cuidado de Dios resulta en tener valor en el ministerio? ¿Te ayuda a lidiar con humildad con la oposición? En lo cotidiano y habitual, ¿descansas en el cuidado de Dios?

3) TOMA EN SERIO TU MINISTERIO.

Es casi como si Pedro estuviera diciendo, “¿Has olvidado la existencia del mal, existencia que es real y personal? ¿Has olvidado que el ministerio es una guerra espiritual constante, momento tras momento? ¿Te has llegado a sentir cómodo con no tomar en serio esta guerra espiritual en el contexto de tu vida cotidiana y tu ministerio de todos los días? ¿Has olvidado que a este lado de la eternidad tú y tu gente están bajo un incesante ataque espiritual? ¿Tu actitud hacia tu ministerio es demasiado casual? ¿Te permites hacer cosas que no harías si pensaras que estás involucrado en la guerra más importante que jamás se haya peleado? ¿Hay cosas indispensables que dejas de hacer porque no has tomado en serio la guerra espiritual del ministerio?”

Es triste y peligroso, pero es cierto, que muchos de nosotros hemos asumido un punto de vista con respecto a nuestros ministerios que de manera práctica no es espiritual. Tenemos un punto de vista cotidiano y habitual del ministerio de la iglesia local que se trata más de reclutar personal, de los planes estratégicos, de los programas de construcción, de la planeación financiera, de las estructuras corporativas, del estudio estadístico de la audiencia, de la importancia cultural, de la promoción profesional, del mantenimiento del presupuesto, de las iniciativas para la movilización de los recursos, etc., que acerca de la mejor manera de ser buenos soldados en la gran guerra espiritual que se propaga con furia dentro y fuera de nosotros. A lo mejor es este punto de vista del ministerio, que es profundamente no espiritual, lo que nos tiende a muchos de nosotros una trampa para los problemas porque a demasiados de nosotros nos expone a la tentación. Tú pensarías que lo último que Pedro tendría que decirles a los líderes de la iglesia de Cristo es que tenían que estar vigilantes porque en realidad existe un diablo, pero lo hizo.

Pedro conocía la trampa en la que muchos de nosotros hemos caído, que en medio del ministerio se nos olvida quienes somos, se nos olvida la condición del

mundo en el que vivimos y se nos olvida quienes son las personas a las que hemos sido llamados a servir y, al olvidar, perdemos de vista la maldad en el ataque que es el contexto en el que todos nosotros ministramos. Pastor, tu teología no va a prevenir que seas atacado espiritualmente. Tus dones no te ponen en una posición en la que estás libre del ataque. Tu experiencia no te va a defender contra el ataque. El correcto reclutamiento del personal y los buenos planes estratégicos no van a paliar las realidades espirituales en las que aquí Pedro nos advierte que pongamos atención. Existe un diablo que devora. Tienes que tomarlo en serio y estar vigilante.

Ha habido muy pocos pastores cuyos ministerios los haya dañado una mala planeación estratégica. Hay muy pocos pastores cuyos ministerios los haya comprometido un mal reclutamiento de personal. Hay muy pocos pastores que hayan perdido el rumbo en el ministerio porque no hicieron un buen presupuesto. Pero hay miles de pastores que han dañado o destruido sus ministerios porque perdieron de vista de qué realmente se trataba el ministerio y no se protegieron contra la tentación y, por desgracia, se convirtieron en víctimas de la misma guerra que Pedro dice que nunca debemos olvidar.

Si tú realmente crees lo que Pedro dice acerca del ministerio cotidiano en la iglesia local, entonces hay cosas que vas a hacer constantemente. Vas a estar atento a las mentiras seductoras y tentadoras del enemigo. Nunca vas a pensar que te has elevado a un punto en el que ya no tengas que ser cuidadoso. Vas a asegurarte de que como pastor estés siendo pastoreado. Te vas a rodear de personas a las que les puedas confesar con libertad tus debilidades, fracasos, luchas y pecados. Vas a invitar a personas a que te enfrenten, te prevengan, te desafíen y te reprendan cuando sea necesario y no vas a estar a la defensiva y vas a adoptar tu justicia propia cuando lo hagan. Te vas a comprometer a alimentar todos los días tu propia alma. Vas a buscar las evidencias de la mano del diablo en tu personal y en tus líderes. Tú mismo te vas a poner límites – límites que otros te ayuden a mantener para protegerte de ti mismo. Vas a estar vigilante de las inconsistencias entre tu imagen ministerial pública y tu vida privada. Vas a regresar una y otra vez a 1 Pedro 5 con tu personal y con tus líderes. Vas a exigirte que la forma en la que te enfoques en el ministerio, incluso en los lugares más mundanos, esté conformada por las palabras de advertencia de Pedro.

4) RESISTE SIN IMPORTAR EL COSTO.

Pedro dice algo aquí que parece extraño a primera vista. Nos dice a nosotros, los que estamos en el ministerio, que resistamos al diablo y después nos dice, "... sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos

en todo el mundo” (versículo 9). Estas palabras revelan que Pedro mismo es un pastor sabio y sagaz. Después de llamarnos a todos los que estamos en el ministerio a resistir al diablo, es decir, a no ceder ante nada que le diera cabida para hacer su obra devoradora, él después expone una de las mentiras más seductoras del diablo. El diablo quiere que pienses que tu ministerio es particularmente difícil. Él quiere que pienses que has recibido un trato diferente para sufrir de una manera extraordinaria. Él quiere que comiences a creer que tu situación, ubicación y relaciones en tu ministerio son definitivamente más difíciles de lo que otros enfrentan. Él quiere que te dejes embaucar por la mentira de que mientras tú estás sufriendo, ellos están prosperando; mientras tú estás siendo cuestionado, a ellos los están respetando; y mientras tu trabajo es duro, el de ellos es fácil. Quiere que comiences a llevar por todos lados la carga de que, de una manera u otra, tú has recibido un trato diferente.

¿Y por qué el diablo quiere que llegues a pensar que has sido escogido para un sufrimiento en particular? Lo hace porque él quiere que hagas lo único que va a debilitarte y, al fin de cuentas, va a destruir tu ministerio. Quiere que comiences a cuestionar la presencia, bondad, fidelidad y gracia de Dios. Ésta es un arma muy poderosa. Tiene el poder de herirte a ti y a tu ministerio. Verás, si has llegado a dudar de la bondad de Dios, en tu momento de necesidad no vas a correr a Él porque no tienes la tendencia de buscar la ayuda de alguien de quien has llegado a dudar. Y si has llegado a cuestionar la bondad de Dios, esto hace que te sea muy difícil llamar a otros a que confíen en Su bondad. Abrigar preguntas personales, que son fundamentales con respecto a la bondad de Dios, va a succionar tu vitalidad espiritual y la de tu ministerio. Cabe señalar que todavía puedes estar involucrado en el ministerio cotidiano, e incluso estar aferrándote a tu confesión teológica oficial, y sin embargo ser una persona que, en los recesos de tu corazón, has llegado a cuestionar la fidelidad de Dios. Hay muchos pastores que están enojados y amargados, que están haciendo el ministerio de una forma automática sin pensar en renunciar y que se preguntan si el Dios al que han sido llamados a representar realmente se preocupa.

No hay nada más que haya de comentarse aquí. Pedro no está sorprendido de que sus lectores estén sufriendo y no está sorprendido de que sus hermanos en el ministerio estén sufriendo porque él sabe por experiencia de primera mano que ser llamado a ministrar es al mismo tiempo ser llamado a sufrir (ver 2 Corintios 1 para leer del debate que hace Pablo sobre esto). Así como todos los soldados de todas las guerras sufren de algún modo, así los pastores en la gran guerra espiritual de la redención van a sufrir de algún modo. Tal vez el militar no sufra lesiones, pero va a sufrir la cesación de su vida, va a sufrir la separación de sus seres queridos, va a sufrir el miedo, la tensión y el agotamiento de la batalla, va a sufrir el horror de ver y vivir cosas que ningún ser humano debería ver y

vivir y se va a encontrar con la culpa de ser un sobreviviente que desearía haber hecho más. De la misma manera, el ministerio del evangelio te pone en la línea de combate y te expone a los peligros personales y colectivos de la guerra. Es imposible estar en el ministerio y no ser afectado. Así que tú y yo debemos oponernos a la mentira del enemigo de que hemos sido seleccionados para enfrentar lo que los demás no van a enfrentar. Debemos oponer resistencia a la tentación de pensar que Dios nos ha olvidado, nos ha descuidado o nos ha dado la espalda. Debemos negarnos a sentir que somos las víctimas del abandono de Aquél que somos llamados a representar. Y debemos recordar que nuestro sufrimiento no interfiere con el plan de Dios, sino que es parte del mismo. En nuestro sufrimiento Dios no solo está con nosotros, sino que también lo está usando para cambiarnos a nosotros y a los que ministramos.

5) CONFÍA EN LA GRACIA SANTIFICADORA DE DIOS.

Pedro termina su llamado a los líderes de la iglesia recordándoles, no para qué han sido llamados, sino lo que se les ha dado. Al hacerlo de esta manera, les apunta hacia el único lugar donde siempre van a encontrar el descanso, la esperanza, la seguridad, la paz interior y la razón para continuar.

Cuando en tu ministerio comienzas a buscar de manera horizontal lo que ya se te ha dado de manera vertical, te colocas a ti mismo y a tu ministerio en un peligro espiritual. Cuando acudes a tu ministerio para que te dé tu identidad, en vez de ministrar por la identidad que ya se te ha dado, vas a introducir una pobreza y una ansiedad que van a debilitar y desviar tu ministerio. Cuando el respeto y el aprecio de las personas son lo que hace que sigas adelante, en vez de la gracia constante y omnipresente de Dios, vas a terminar decepcionado y desanimado y preguntándote si tienes lo que se necesita para seguir adelante. Cuando acudes a tus propios recursos de sabiduría y fortaleza, teniendo que ser más justo de lo que realmente eres, te dispones para el fracaso porque no recurres a la gracia momento tras momento.

Así que Pedro termina sus palabras de sabiduría, amonestación y consuelo con la conclusión para todos los que están en el ministerio. Tú tienes un – y solo un – lugar para buscar tu reposo, tu motivación y tu esperanza. No puedes buscar estas cosas en ti, en las personas a las que sirves, en los líderes que sirven contigo o en el éxito de tu ministerio. Tú y yo nos debemos predicar a nosotros mismos, día tras día en el ministerio, el antiguo evangelio de la gracia con un nuevo beneficio y con entusiasmo. No nos debemos evaluar solo sobre la base de nuestros dones y nuestra trayectoria. No debemos valorar nuestro futuro basados en la respuesta que estamos recibiendo actualmente.

Es interesante que Pedro sienta la necesidad de llamar a los ministros del

evangelio a recordar el evangelio. Pensarías que esto no sería necesario pero lo es. A lo mejor esto es de lo único que se trata este libro que acabas de leer. Es una exposición detallada de lo que sucede en la vida de una persona que está en el ministerio cuando olvida predicarse a sí misma el mismo evangelio que les predica a los demás. Es triste, pero cierto, que hay miles de ministros del evangelio cuyas vidas y ministerios están conformados por una amnesia práctica del evangelio. Dado que esto es así, estos líderes y los ministerios a los que sirven están pagando el precio que resulta cuando buscas la vida donde no se puede encontrar.

Pedro no está ni indeciso ni avergonzado de predicarles el evangelio una vez más a los ministros del evangelio. Él sabe que en el ardor, la lucha y el sufrimiento del ministerio de la iglesia local, muchas veces el evangelio es una de las primeras bajas. Así que él empieza recordándoles a sus lectores que la gracia les garantiza su futuro. Él dice, “[Dios] que nos llamó a Su gloria eterna en Jesucristo” (ver versículo 10). Ahora bien, es importante entender porqué ésta no es solo una esperanza lejana sino una motivación para el ministerio en este preciso momento. Aquí está la lógica de Pedro. Si a ti y a mí se nos ha garantizado un lugar en la eternidad con nuestro Salvador, entonces también se nos ha garantizado toda la gracia que necesitamos para el camino que tenemos por delante. La promesa de la gracia futura también lleva con ella la promesa de la gracia presente. Si el final de mi historia es seguro, quiere decir que Dios no me puede abandonar o perder en el camino que está por delante. Pastor, tu futuro eterno lleva consigo la promesa segura de que vas a tener toda la gracia que necesitas para hacer lo que has sido llamado a hacer entre el tiempo en el que viniste a Cristo y el tiempo cuando vas a ir a casa para estar con Él para siempre.

Pedro dice todavía más. Él quiere que sepas que tu Señor no solo te está protegiendo, proveyendo y habilitándote, sino que Él también está obrando para cambiarte. Nunca hay un momento en el ministerio en el que no estés siendo ministrado. El Salvador no solo está obrando por medio de ti en las vidas de los demás, sino que Él también está obrando en ti mientras obra por medio de ti. Él no solo te está llamando a ser un agente de su gracia transformadora; Él te está transformando por la misma gracia. Él no solo está comprometido con el éxito de tu ministerio, sino también con el triunfo de Su gracia en tu propio corazón y en tu vida. Así que Él dice, “Jesucristo... Él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca” (versículo 10). Tú nunca eres solo un medio de Su sorprendente gracia. No, siempre eres también un receptor de esa gracia. En lo recóndito de tu corazón sabes que necesitas con desesperación todo lo que les dices a los demás y que Dios se ha comprometido en Cristo para darles. Bueno, Pedro quiere que estés seguro una vez más que todavía eres el objeto de Su cuidado redentor y que lo vas a seguir siendo hasta que ese cuidado haya completado Su obra. Ahora

bien, esto te da una razón por la cual levantarte en la mañana y seguir adelante, incluso cuando tu pecado y tus debilidades hayan salido a la luz y el ministerio sea difícil.

Pero Pedro tiene una última conclusión final. Está deseoso de recordarte que tu Salvador tiene dominio por los siglos de los siglos. Aquél a quien acudes en busca de esperanza tiene una supremacía absoluta sobre cada situación, ubicación o relación en el ministerio en las que te vas a encontrar. Es imposible estar en una situación, ubicación o relación en el ministerio que no esté gobernada por Cristo Rey. He aquí porqué esto es tan importante: todas las promesas que Él te ha hecho dependen de Su soberanía. Él solo es capaz de garantizar la entrega de Sus promesas en los lugares donde Él tiene el control total. Y ya que Él tiene el control total sobre todo, no existe un lugar en el ministerio donde no vayas a ser capaz de depender de la entrega de todo lo que Él te ha prometido. También, la esperanza de tu ministerio no es el éxito de tu control pastoral o de tu ingenio, sino que un Salvador soberano va a terminar Su plan para Su iglesia. Así que, ¿de aquí, hacia dónde partimos?

En tu lugar de ministerio, comprométete a predicarte de manera normal el evangelio de Pedro y pídeles a los que están a tu alrededor que te recuerden esto una y otra vez. Si tú eres un líder de un seminario, de una denominación o del ministerio, trabaja con los demás para ocuparte de las áreas en las que tu formación y cultura ministeriales no hayan sido del todo bíblicas. Si tú estás en el ministerio y estas páginas han expuesto tu corazón, confiesa lo que tenga que ser confesado y busca ayuda. Si eres un pastor y has llegado a ver cómo tu cultura ministerial necesita un cambio, ocúpate de estas cuestiones con tus líderes y haz esos cambios con ellos.

Si tú has leído este libro porque amas a tu pastor o a tu líder del ministerio y estás preocupado por él, ora todos los días por él y busca alentararlo con el evangelio, siempre y cuando sea correcto hacerlo. Si eres la esposa de alguien que está en el ministerio, y estás preocupada por su bienestar espiritual, no te quedas sentada observándolo en silencio, no arremetas verbalmente contra él con ira y desaliento sino consuélalo y alientalo a buscar ayuda. Y a medida que hagas estas cosas, recuerda estas palabras: *"Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis Su voluntad, haciendo Él en vosotros lo que es agradable delante de Él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén"* (Hebreos 13:20-21).

“En este libro mi amigo Paul Tripp centra la atención de la palabra de Dios en el corazón de cada pastor. Si has estado en el ministerio veinte minutos o veinte años, te lo recomiendo. Abórdalo con oración y pasión y prepárate para el cambio que Dios va a hacer en tu corazón, en tu vida y en tu ministerio.”

James MacDonald, Pastor Anciano, Harvest Bible Chapel; autor, *Vertical Church* [Iglesia Vertical]

“Este libro es ‘bueno’ del mismo modo que una cirugía de corazón es buena. Es doloroso y escalofriante y, a medida que lo vayas leyendo, vas a estar tentado a huir de la verdad que contiene. Pero justamente ésta podría salvar tu vida. Los pastores necesitan este libro. Yo sé que realmente lo necesito. Me retó y me reprendió al mismo tiempo que me dio esperanza y una nueva fe en Dios para el ministerio pastoral.”

Joshua Harris, Pastor Anciano, Iglesia Covenant Life, Gaithersburg, Maryland; autor, *Dug Down Deep* [Cavado en lo Profundo]

“Mi amigo Paul Tripp lo ha hecho una vez más. Con un discernimiento agudo y un realismo pujante, echa una mirada honesta a los desafíos que son únicos del ministerio pastoral o que el ministerio pastoral intensifica. Centrado en el evangelio y saturado de gracia hasta lo más profundo, *Llamamiento Peligroso* es un libro que debe leer cualquier pastor, o pastor que esté en entrenamiento, que necesite ser alentado por el recuerdo de que Jesús vino a hacer por nosotros lo que nosotros nunca hubiéramos podido hacer ni por nosotros mismos ni por los demás.”

Tullian Tchividjian, Pastor de la Iglesia Presbiteriana Coral Ridge; autor, *Jesus + Nothing = Everything* [Jesús + Nada = Todo]

“*Llamamiento Peligroso* es un libro peligroso de leer. También es un libro que todas las personas que están en el ministerio deben leer. Te va a llegar hasta lo más profundo del corazón y va a producir en ti una enorme convicción si lo lees con humildad y le pides a Dios que saque a la luz los pecados que están profundamente escondidos en tu alma. Hierde, pero también da los remedios bíblicos para la cura. Me encantaría poner este libro en las manos de cada uno de los seminaristas que camina por mi campus.”

Daniel L. Alin, Presidente, Seminario Teológico Bautista del Sureste.

“Nuestras esposas, nuestros hijos y los miembros a los que servimos van a tener

un nuevo marido, un nuevo padre y un nuevo pastor para el viernes si seguimos el ejemplo de Tripp y leemos este libro con humildad y honestidad – una lectura que debemos hacer con nuestro fariseo y nuestro escriba internos apagados. Vamos a ver la necesidad que tenemos de salvarnos de una fuerza muy oscura y destructiva que está obrando en contra de los pastores: la justicia propia del pastor que no se ha diagnosticado. Con mucha sabiduría y convicción, *Llamamiento Peligroso* de Tripp predica el evangelio de la gracia a los hombres que le está predicando el evangelio, domingo a domingo, a todo el mundo menos a ellos mismos.”

Eric C. Redmond, Asistente Pastoral Ejecutivo y Profesor de la Biblia en Residencia, Iglesia Bautista Nuevo Canaán; miembro del Consejo, La Coalición Evangélica

“El ministerio pastoral es un llamamiento peligroso y éste es un libro peligroso. No te va a dejar sin que cambies. Los pastores necesitan a los pastores y, por la gracia de Dios, cada página de este libro va a ministrar a tu corazón, a tu matrimonio, a tu familia y a las personas que sirves – de maneras tales que nunca pensaste que necesitarías. Este libro ahonda en las partes más ocultas de nuestros corazones para descubrir nuestros más grandes ídolos y para señalar nuestras más grandes necesidades. Va a hacer que te sientes inconfortablemente gozoso y, por la gracia de Dios, va a hacer que te arrodes con lágrimas de agradecimiento, solo para ayudarte a levantar tu cabeza cansada para fijar tu renovada mirada en Cristo. Este libro es como un espejo que desvía el reflejo de nosotros hacia Cristo. Si este libro fuera un sermón, sería el sermón más importante y refrescante que hayas tenido que escuchar. Espero sinceramente que sea traducido a muchos idiomas, que se vuelva una lectura obligada en los seminarios y que se distribuya por todo el mundo a los cristianos que saben que son llamados a servir a Dios y a los demás con los dones con que el Espíritu los ha equipado.”

Burk Parsons, Pastor Asociado, Capilla de San Andrés, Sanford, Florida; editor, revista *Tabletalk* [Conversación de Sobremesa]

“Pocos considerarían el papel de un pastor como un llamamiento peligroso, pero pocas personas están tan calificadas y son tan incisivas como Paul Tripp para penetrar en las trampas y los obstáculos potenciales que se asocian con el ministerio pastoral. Más pocos aun prescribirían tales remedios que se basan en el evangelio y que tienen sus raíces en la iglesia local. Este excelente libro se debería leer, volver a leer y poner en práctica.”

Terry Virgo, fundador de Newfrontiers [Nuevas Fronteras]

Otros Títulos
de
Publicaciones Faro de Gracia

Una Iglesia Saludable - 9 Características
por Mark Dever

La Iglesia Deliberante
por Mark Dever

La Tarea del Pastor
por William Still

La Supremacía de Dios en la Predicación
por John Piper

Querido Timoteo
por Tom Ascol

La Vida en la Casa del Padre
Un Manual de Membresía
por Wayne Mack

De las Brazas a las Llamas
por Harry Reeder

Miembro Saludable de la Iglesia, ¿Qué Significa?
por Thabiti Anyabwile

www.farodegracia.org
ventas@farodegracia.org